

Grandes vidas de la Palabra de Dios

Un hombre de integridad y perdón

JOSÉ



CHARLES R.
SWINDOLL



DEDICATORIA

Con profunda gratitud dedico este libro

A

Jack A. Turpin

quien ha servido como miembro de la Junta Directiva del
Seminario Teológico de Dallas desde 1981.

Todos los que formamos la familia del seminario alabamos a Dios por su ejemplo de integridad, espíritu de generosidad, humildad de corazón y dedicación a su familia.

Contenido

DEDICATORIA	3
Contenido	4
INTRODUCCIÓN	
José: Un hombre de integridad y perdón	6
Capítulo Uno	
HIJO FAVORITO, HERMANO ODIADO	8
Capítulo Dos	
NO A LA TENTACIÓN	17
Capítulo Tres	
ENCARCELADO Y OLVIDADO.....	24
Capítulo Cuatro	
RECORDADO Y PROMOVIDO	32
Capítulo Cinco	
LA RECOMPENSA DE LA RECTITUD.....	39
Capítulo Seis	
LA ACTIVACIÓN DE UNA CONCIENCIA CAUTERIZADA	46
Capítulo Siete	
LAMENTOS DE UN PADRE TRISTE Y DESANIMADO	52
Capítulo Ocho	
EL TEMOR DESPLAZADO POR LA GRACIA.....	59
Capítulo Nueve	
¡YO SOY JOSÉ!.....	65
Capítulo Diez	
EL GRAN ENCUENTRO FAMILIAR.....	72
Capítulo Once	
LA INTEGRIDAD EN EL TRABAJO	80
Capítulo Doce	
REFLEJOS CREPUSCULARES Y DE MEDIA NOCHE	89
Conclusión	
JOSÉ: UN HOMBRE DE INTEGRIDAD Y PERDÓN	98

INTRODUCCIÓN

José: Un hombre de integridad y perdón

La tragedia de nuestro tiempo me llevó a leer un libro fascinante. Hastiado de todas esas publicaciones sensacionalistas que explotan rumores escandalosos, y de las investigaciones inquisitoriales que escarban hasta lo más profundo en la vida privada de las personas, necesitaba una nueva esperanza de que todavía existen héroes genuinos; de que algunos siguen siendo modelos de grandeza; de quienes siguen siendo dignos de nuestro respeto y admiración.

Así que puse todo a un lado y me dediqué a leer el excelente libro *Great Souls* (Almas grandes) de David Aikman. En menos de 400 páginas, y basado en sus observaciones personales y en una meticulosa investigación, Aikman recuerda a sus lectores que, en realidad, hay por lo menos seis grandes individuos que han ayudado a cambiar el siglo XX por medio de su vida y sus logros extraordinarios. A pesar de sus imperfecciones y debilidades, estos seres tan humanos se impusieron a sus circunstancias, vencieron enormes obstáculos, y consagraron su vida a cumplir grandes metas con una determinación irresistible.

Al terminar de leer el libro, caí una vez más en la cuenta del valor que hay en la historia de la vida de las personas. ¿Quién no se siente inspirado por un hombre o una mujer que ejerce una influencia extraordinaria y positiva sobre los demás? ¿Quién puede leer acerca del valor de alguien que lucha solo, con una visión fija en su mente, en medio de una cultura resbaladiza y que se deteriora cada vez más, sin desear emular esa vida? Yo también me sentí motivado y con un nuevo deseo de continuar esta serie de libros sobre biografías de la Biblia que comencé hace más de un año. La primera fue la de David, luego la de Ester.

Ninguna colección titulada “Grandes vidas de la Palabra de Dios” estaría completa si no incluyera a José, un hombre que fue ejemplo de una vida que cualquiera consideraría grande. Al decir esto, me parece necesario que entendamos lo que quiero decir con “grande”. Tan pronto como terminé de leer su libro, cuyo título contiene la misma palabra, volvieron a la mente los comentarios de David Aikman:

La palabra *grande* tiene muchas definiciones diferentes, y entre ellas se encuentran “prominente, eminente, distinguido, excelso, noble, magnánimo, asiduo, persistente, maravilloso, admirable, excepcional, impresionante, extraordinario, imponente, importante, notable, soberbio, superior”.

La lista continúa. En otro diccionario de sinónimos, bajo la palabra *magnánimo*, también se puede encontrar la definición de “grande de corazón o de alma”.

Luego, el autor explica en detalle su reflexión muy personal, con la cual yo coincidí de todo corazón:

Personalmente, siempre me he sentido inspirado por la vida de los grandes personajes. Es muy difícil no sentirse inspirados por los relatos de cómo estas personas se sobrepusieron a la adversidad o al sufrimiento, o cómo mantuvieron su dignidad cuando se vieron enfrentada a una gran tentación. Nuestro tiempo, con esa costumbre que existe de juzgar de inmediato la vida de un hombre o de una mujer, tomando como fundamento lo parcial y el proverbial sonido del mordisco, pierde a menudo la paciencia con los detalles, los matices y la profundidad de las cosas.

No queriendo demostrar la misma impaciencia, me he tomado el tiempo de pulsar el botón de “pausa” a lo largo de la vida de cada uno de los personajes y considerar a cabalidad lo que pudo haber pasado por alto el lector apresurado. He tratado de mantener el mismo patrón en este estudio sobre José. Después de todo, cuando descubrimos que **su historia ocupa más espacio en el libro de Génesis que la de cualquier otro individuo**, más que Adán, Noé, Abraham, Isaac, y aun más que su propio padre, Jacob, caemos en la cuenta de que no estamos tratando con una luz menos brillante. Por el contrario, aquí está uno de los antiguos patriarcas cuya presencia arroja una sombra considerable a lo largo del singular conjunto de circunstancias de la historia hebrea. Aquí está uno de la lista de los “grandes” de Dios, de una existencia vivida para su gloria e igualmente significativa. Aunque fue terriblemente maltratado, estuvo muy por encima de todas las reacciones tan comunes de ira, resentimiento y venganza. Aquí está uno que deliberadamente decidió pasar por encima las faltas injustas, sobreponerse a enormes obstáculos, y servir como modelo de una virtud que se está perdiendo vertiginosamente en estos tiempos de hostilidad: *el perdón*. Pero de esto hablaremos más adelante.

De nuevo estoy en deuda con muchos fieles y valiosos amigos que me ayudaron a poner este libro en manos del lector: Con David Moberg, primer vicepresidente del Departamento de Creatividad y Mercadeo y editor asociado de la editorial *Word Publishing*, quien ha demostrado una equilibrada combinación de considerada comprensión y de gentil presión al ayudarme a continuar en la tarea. Con Helen Peters, quien una vez más ha descifrado mi cuaderno de páginas manuscritas y convertido esas líneas en palabras, oraciones y párrafos correctamente escritos y con acertada puntuación; también por haberse asegurado de que estuvieran en regla todos los permisos requeridos para utilizar las notas al pie de página. Con Judith Markham, mi perspicaz editora, quien ha aplicado sus grandes capacidades a uno más de mis libros, trabajando con

diligencia para cumplir con las exigencias y el plazo de entrega asignado a este proyecto. Además de a estas “almas grandes”, deseo expresar mi agradecimiento a dos de mis colegas, Gary Matlack y Wendy Peterson, de las oficinas de nuestro ministerio *Visión para vivir*, en Anaheim, por su buena disposición de ver lo que estaba haciendo y, cuando lo consideraron necesario, salvarme de un error histórico, de un verbo mal utilizado, o de un error técnico. La excelente labor de Lee Hough en nuestra guía de estudio para este libro fue sumamente útil en varias ocasiones, por lo que reconozco con gratitud su metódica investigación y sus facultades creativas.

Tengo una deuda especial de gratitud con Cynthia, mi esposa por más de 43 años, cuyo estímulo mantiene en actividad mi pluma, y cuyo apoyo y comprensión no tienen límites. Especialmente por ella, y por todos los que mencioné antes, *José: Un hombre de integridad y perdón* está ahora en sus manos, y yo, un hombre de mano cansada y mente fatigada, me siento aliviado.

Chuck R. Swindoll

Dallas, Texas

Capítulo Uno

HIJO FAVORITO, HERMANO ODIADO

“Error es humano; perdonar, divino.” (Ni lo uno ni lo otro es parte de la política de la Infantería de Marina) No pude sino sonreír cuando tuve en mis manos dicho slogan, al sacarlo de un sobre que también contenía una carta que me enviaba un antiguo amigo militar. Los dos sabíamos por experiencia que esas cinco palabras representaban en verdad una política no escrita entre los infantes de marina, al menos de la “vieja unidad”, de los que una vez formamos parte. Entiendo que esto está cambiando en estos días (pero francamente, lo creeré cuando lo vea). Si es así, tal cambio debió haberse producido desde hace mucho tiempo.

Puede ser que los cambios que tienen que ver con el perdón se estén produciendo en las filas de los infantes de marina, pero no en las filas de la humanidad. La frase: “Yo no me molesto, sólo me desquito”, no es simplemente una pegatina que hace que la gente se sonría; es una fuerte afirmación representativa de una dolorosa realidad. ¿De qué otra manera podemos explicar la proliferación de litigios y demandas, las malas pulgas de los conductores de automóviles de los Estados Unidos, o las reacciones explosivas y, en algunas ocasiones, la devastadora reacción de aquellos que sienten que han sido tratados injustamente? El “desquitarse” ha alcanzado el nivel de una maligna habilidad en nuestra sociedad hostil. Es verdad que los humanos yerran, y que Dios perdona, pero ni lo uno ni lo otro representa una política que la mayoría de las personas estén dispuestas a aceptar.

Afortunadamente hay excepciones. De vez en cuando nos encontramos con una persona que es un contraste con el mínimo común denominador de la opinión de la mayoría del nivel más bajo de nuestros tiempos. De vez en cuando surge una de esas personas, y nosotros nos quedamos asombrados por su grandeza.

Lo que les voy a contar me sucedió en 1980. Al principio del verano decidí leer la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis antes de que terminara ese año. No había siquiera terminado el primer libro de las Escrituras cuando me encontré con un personaje bíblico cuya vida me hizo mover la cabeza con admiración, una y otra vez. A pesar de la manera como lo habían tratado; a pesar de recibir acusaciones injustas y falsas; aun cuando fue rechazado, abandonado, atropellado, calumniado y olvidado, se negó a convertirse en un resentido, a guardar rencor, o a sucumbir ante la amargura. Para ser absolutamente sincero con usted, ese personaje me parecía demasiado bueno para ser real. Así que leí su historia otra vez, y esta vez lo hice mucho más despacio y con mayor atención. Para mi sorpresa, la lectura mucho más cuidadosa me reveló un nivel mucho más profundo de paciencia y bondad moral. En ese momento, me prometí a mí mismo que algún día volvería a ocuparme de esa vida registrada en Génesis 37 al 50, y, pluma en mano, lo presentaría al público en general. ¡Aquí estaba un hombre que todos debían conocer!

Ese momento ha llegado. Por fin, después de tanto tiempo, es un privilegio para mí presentar ante usted a un hombre de inmensa integridad que es un modelo del perdón constante. Su nombre es José. A menos que me equivoque en mi corazonada, usted nunca olvidará a este hombre. Pero, ¿por qué deberíamos sorprendernos? Su biografía se encuentra en el libro más asombroso jamás escrito: la Biblia. Ninguna vida registrada en este libro carece de importancia o es fácil de olvidar.

La Biblia es el Libro supremo en cuanto a la personalidad humana... Desde Adán en el Génesis hasta Satanás en el Apocalipsis, sus retratos son inolvidables... Agustín escribió cómo los hombres andan errantes sobre la tierra y se maravillan de los ríos y las montañas, del mar y las estrellas, en tanto que, todo el tiempo, el hombre mismo es la gran maravilla... Cuán escalofriantes y gloriosas capacidades y posibilidades del hombre... Se ha dicho que la vida de cada hombre tiene material suficiente como para hacer una gran novela.

EL MANUAL DE CAPACITACIÓN DE DIOS

Dios utiliza, con frecuencia, las vidas de personajes de la Biblia para enseñarnos, para animarnos, para advertirnos. ¿Quién puede olvidar el impacto de las verdades vividas en la vida de David y Ester, de Moisés y Jonás, de Pedro y Pablo? Es imposible dejar la verdad en el ámbito de lo teórico cuando la vemos revelada en la vida de hombres y mujeres de carne y hueso. Esto es lo que hacen estas biografías divinamente inspiradas, ellas destilan verdad y son entretejidas en el intrincado tapiz del diario vivir. El manual de capacitación de Dios está lleno de vidas que nos inspiran e instruyen.

Romanos 15:4 dice: “Pues lo que fue escrito *anteriormente* fue escrito para nuestra enseñanza, a fin de que por la perseverancia y la exhortación de las Escrituras tengamos esperanza” (bastardilla del autor). Esta referencia al término “anteriormente” incluye todas las verdades escritas en el Antiguo Testamento. Y si leo este versículo correctamente, hay aquí dos razones básicas por las cuales Dios nos ha permitido disponer del Antiguo Testamento para nuestro estudio y aplicación: Primera, para nuestra instrucción en los días actuales, segunda, para nuestra futura esperanza. Dios nos ha provisto de esta información para que nuestra mente pueda aprender la verdad acerca de él y acerca de la vida, de manera tal que nos sintamos animados y perseveremos en los días que tenemos por delante.

Luego, 1 Corintios 10:6 y 11 dice: “*Estas cosas* sucedieron como ejemplo para nosotros, para que no seamos codiciosos de cosas malas, como ellos codiciaron... *Estas cosas* les acontecieron como ejemplos, y están escritas para nuestra instrucción, para nosotros sobre quienes ha llegado el fin de las edades” (bastardilla del autor). La frase “estas cosas” del versículo 6 se refiere a los cinco primeros versículos de este capítulo, que hablan del pueblo de Israel y de algunas de las cosas que ellos soportaron y experimentaron. El mismo pensamiento se repite en el versículo 11, enfatizando que Dios nos ha proporcionado las verdades del Antiguo Testamento para instruirnos, para darnos esperanza y para advertirnos acerca de la manera como tenemos que vivir día tras día, a fin de que no codiciemos las cosas malas que algunos de nuestros antepasados espirituales codiciaron.

Cité anteriormente las palabras de Clarence E. Macartney, que concluyen con el comentario de que la vida de cada uno de nosotros tiene material suficiente para escribir una novela. Tal vez ninguna vida en la Biblia se lee tanto como una novela de suspenso y emoción, como la vida de José:

La historia de José es una novela completa muy bien elaborada, que describe con vívidos detalles el desarrollo de su personalidad desde su carismática y arrogante juventud hasta su misericordiosa edad madura... El libro de Génesis alcanza una cumbre dramática en sus últimos capítulos: una historia de la pobreza a la fortuna repleta de todas las pasiones humanas: de amor y de odio, de ambición y de gloria, de ira y de desconfianza. En él se vierten lágrimas de alegría y de pesar. Las vestiduras se rasgan en señal de angustia. Es un relato absorbente de perfidia y de engaño, de traición y de perdón.

UN BREVE VISTAZO

Antes de que conozcamos más a José, vamos a dar un rápido vistazo a cierta información que nos sirva como antecedente. Ella servirá de ayuda si usted recuerda que su biografía se encuentra perfectamente en tres períodos bien diferenciados:

Del nacimiento a los 17 años (Génesis 30:24—37:2)

Durante este tiempo, la familia de José se encontraba en transición; ninguno de ellos se había asentado; todos estaban en movimiento. Se estaba formando un bajo nivel de antagonismo, mientras los celos y el odio producían enfrentamientos en el seno de su familia.

De los 17 a los 30 años (Génesis 37:2—41:46)

Este segundo período ocurre cuando José llega a su joven madurez. Parece como si su vida estuviera fuera de control. La esclavitud, la acusación injusta y la prisión caen sobre él.

De los 30 años hasta su muerte (Génesis 41:46—50:26)

Los últimos 80 años de José son años de prosperidad y recompensa bajo la bendición de Dios. Tuvo la oportunidad de vengarse de sus hermanos, de arruinarlos para siempre, pero rehusó hacerlo. En vez de eso, los bendijo, los protegió y los perdonó.

Jacob: El padre que envejece

La primera persona que encontramos (y a quien necesitamos comprender) es a Jacob, el padre de José. Su otro nombre es Israel, que significa “el que lucha con Dios y prevalece”, un nombre que le fue dado después de haber luchado con Dios y haberse aferrado a él por una bendición. (La historia se encuentra en Génesis 32:22-32.) Este nombre es una mejora significativa en comparación con su nombre original, Jacob, el cual significa literalmente “engañador” o “suplantador”. Regresaremos a este punto en un momento, pero por ahora, lea cuidadosamente las primeras líneas de Génesis 37:

Jacob se estableció en la tierra donde había residido su padre en la tierra de Canaán. Esta es la historia de la familia de Jacob: José, siendo de 17 años, apacentaba las ovejas con sus hermanos; y el joven estaba con los hijos de Bilha y los hijos de Zilpa, mujeres de su padre. Y José informaba a su padre de la mala fama de ellos. Israel amaba a José más que a todos sus otros hijos, porque le había nacido en la vejez, y le hizo una túnica de diversos colores. Génesis 37:1-3.

Jacob era un hombre de edad avanzada cuando nació José. Las Escrituras dicen que José “le había nacido en la vejez”. El nombre original de Jacob, el “engañador”, era el apropiado, ya que esa había sido su naturaleza desde la época cuando era un hombre muy joven. Por lo tanto, no era ninguna sorpresa que el engaño fuera parte de los problemas que se presentarían en su familia.

Jacob no fue solamente un engañador, también veremos que era un padre pasivo. En esta antigua historia tenemos la clásica ilustración del hombre demasiado ocupado en sus propios asuntos, excesivamente absorbido en lo suyo y des-preocupado, lo que significa que era demasiado pasivo para ocuparse de lo que estaba ocurriendo en la vida de sus hijos y tratar de ayudarlos.

Debido a que Jacob para esa época se encontraba avanzado en edad, amaba a José a más no poder. Cuando nació José, Jacob se sintió revivido. En la actualidad y con bastante frecuencia, hemos sido testigos de esto cuando los hombres al final de los 40 años, o de más edad, se convierten en padres. Cuando esto sucede, los padres de edad avanzada parecen tener un

nuevo incentivo para reorganizar su vida. Y eso fue lo que sucedió con Jacob cuando nació José. Por otra parte, el gran amor por José estaba subrayado por el hecho de que él era el hijo de Raquel, la esposa amada de Jacob.

Unos capítulos más atrás leemos estas palabras que relatan el nacimiento de José:

Entonces se acordó Dios de Raquel. La escuchó y le dio hijos. Ella concibió y dio a luz un hijo, y dijo: "Dios ha quitado mi afrenta." Y llamó su nombre José, diciendo: "¡Jehová me añadió otro hijo!" Génesis 30: 22-24

Su madre le dio el nombre de José, el cual significa "el Señor me añade", o "puede que él (Dios) me añada!". Raquel estaba diciendo: "Quiera el Señor darme otro hijo."

Hasta el nacimiento de José, Raquel había sido estéril, y la esterilidad constituía el mayor estigma para una mujer de aquel tiempo y cultura. Para una mujer, el hecho de estar casada y de pasar la vida sin tener hijos era una desgracia y, a menudo, lo era también para su esposo. En este caso, sin embargo, no era un estigma para Jacob, debido a que él ya había tenido hijos con su primera esposa, Lea, quien además era hermana de Raquel. Esto nos lleva a otra historia interesante. Permanezca conmigo mientras examinamos unos pocos detalles. Esto le ayudará a apreciar y entender lo que José tuvo que experimentar en los primeros años de su vida.

Cuando Jacob era un hombre joven se enamoró de Raquel, la hermosa hija de un hombre llamado Labán. "Si puedo casarme con tu hija Raquel", prometió Jacob a Labán, "trabajaré para ti por siete años con toda fidelidad." El trato se cerró, y Jacob sirvió durante siete años. Pero, el día de la boda, Labán cambió las reglas del juego y engañó a Jacob. Engañó al engañador, como algunos dirían, y Jacob terminó casándose con Lea, la hermana mayor de Raquel y la menos atractiva de ambas.

Cuando Jacob se dio cuenta de lo que había pasado, dijo: "Trabajaré siete años más por Raquel". Comprenderemos que ella era la mujer a quien él amaba realmente. Por lo tanto, Labán le dio a Raquel como su segunda esposa, y Jacob trabajó otros siete años para su suegro. ¡Obviamente, esta familia no había empezado con buen pie!

Durante los siguientes años, Lea le dio a Jacob siete hijos, seis varones y una hembra. A causa de la rivalidad que había entre Lea y Raquel por el afecto de su esposo y por la maternidad, Jacob tuvo además cuatro varones con las criadas de sus esposas.

Durante todo este tiempo, Raquel le rogaba a Dios que abriera su vientre, que le diera un hijo. Al final, Dios se acordó de ella y les dio a José.

Hasta este momento, Jacob había trabajado por 20 largos años bajo las órdenes de su suegro y estaba ansioso de trabajar por su cuenta. Labán vivía en Harán, una tierra que quedaba lejos, al noreste de Canaán, y Jacob deseaba tomar consigo a sus esposas y al resto de su familia y llevarlos de regreso a su tierra natal, Canaán, a la que comúnmente se hace referencia como la tierra prometida.

Y aconteció que cuando Raquel dio a luz a José, Jacob dijo a Labán: Déjame ir a mi lugar, a mi tierra. Dame mis mujeres y mis hijos por quienes he trabajado para ti, y déjame ir. Tú conoces el trabajo que yo he realizado para ti. Génesis 30:25, 26

Canaán: La tierra prometida

"Canaán es la tierra a la que pertenezco", le dijo Jacob a su suegro. "Es allí donde mi familia tiene sus raíces. Es allí donde deseo criar a mis hijos."

Labán estuvo de acuerdo, pero mientras tanto, y una vez más, él y Jacob trataron de engañarse el uno al otro. Por fin, y a pesar de todo, Jacob y su familia pudieron salir hacia la tierra de Canaán, pero no sin que ocurrieran tragedias. El primer incidente sucedió cuando llegaron a la ciudad de Siquem, dentro de un territorio poblado por la gente conocida como los heveos. Lea y llore:

Entonces Dina, la hija que Lea había dado a luz a Jacob, salió para ver a las jóvenes del lugar. Y la vio Siquem, el hijo de Hamor el heveo, príncipe de aquella tierra. Él la tomó, se acostó con ella, y la violó. Génesis 34:1, 2

Desgraciadamente, Dina fue violada. Sin embargo, fue protegida por sus hermanos, que la amaban y estaban muy preocupados por su bienestar. Tramaron un plan y engañaron a los heveos, quienes cayeron en una trampa, y mataron despiadadamente a todos los hombres que vivían en la ciudad. Luego, saquearon todos sus bienes y se llevaron cautivos a todas sus mujeres y sus hijos (Génesis 34:29).

Cuando Jacob supo lo que sus hijos habían hecho para tomar venganza, se puso furioso. Aparentemente, no por lo que le habían hecho a su hija, ni siquiera por la magnitud de su brutal revancha. Lo que más le preocupaba a Jacob, increíblemente, eran sus relaciones públicas con el resto de la población que vivía en esa tierra.

La segunda tragedia tuvo que ver con Raquel. Mientras ellos todavía viajaban de regreso a la casa de Isaac, el padre de Jacob, Dios oyó las plegarias de Raquel y le dio otro hijo.

Partieron de Betel, y faltando aún cierta distancia para llegar a Efrata, Raquel dio a luz tras un parto muy difícil. Y aconteció que como había dificultad en su parto, le dijo la partera: No temas, porque también tendrás este hijo. Pero sucedió que al dar el último suspiro (porque murió) llamó el nombre de su hijo Benoni. Pero su padre lo llamó Benjamín. Así murió Raquel y fue sepultada en el camino de Efrata, es decir, Belén. Génesis 35:16-19

¡Qué triste debió de haber sido ese día! Jacob había trabajado por mucho tiempo y con mucho empeño por la mujer que amaba y, a su vez, Raquel había esperado muchos años para tener sus hijos. Ahora, a las mismas puertas de su tierra natal, con su familia y con todas sus posesiones a la zaga, con los hijos que tuvo con Lea y con los dos hijos de Raquel, su amada Raquel acababa de morir en el parto. Como si fuera poco, mientras él todavía estaba lamentando la muerte de su esposa,

Israel (Jacob) partió e instaló su tienda más allá de Migdal-eder. Y sucedió mientras habitaba Israel en aquella tierra, que Rubén fue y se acostó con Bilha, concubina de su padre. Y lo llegó a saber Israel. Ahora bien, los hijos de Israel fueron doce... Génesis 35:21, 22

Rubén había tenido relaciones sexuales con Bilha, quien era la madre de sus dos medio hermanos. Jacob (Israel) era un padre tan pasivo que cuando se enteró de lo que su hijo había hecho, no hizo absolutamente nada para solucionar el problema. Esto parece evidente por el hecho de que el escritor, después de relatar los hechos, sigue apenas con el registro de los nombres de los doce hijos de Jacob. Cuando Jacob supo de la violación de su hija, no hizo nada: y cuando tuvo conocimiento de que su propio hijo había cometido adulterio con Bilha, de nuevo no hizo nada. ¡Nada!

Algunos pudieran decir: “Espere un momento. Puede ser que nadie se lo contó a Jacob. Quizá le ocultaron la información.” Pero bien sabemos que eso no es verdad; el texto dice que él se enteró de ambos incidentes. De hecho, cuando Jacob estaba muriendo, mandó a reunir a todos sus hijos a su alrededor y les dio su bendición. “Él los bendijo, a cada uno lo bendijo con su respectiva bendición” (Génesis 49:28). Mientras se efectuaba esta reunión, él dijo:

Rubén, mi primogénito, tú eres mi fortaleza y el principio de mi vigor: principal en dignidad y principal en poder. Porque fuiste inestable como el agua, no serás el principal, porque subiste a la cama de tu padre, y al subir a mi lecho lo profanaste. Génesis 49:3, 4

Todo esto es una forma poética de decir: “Rubén, tú eres un alocado y un temerario, y cometiste una acción vergonzosa. Por causa de esto, ya no tendrás el honor y el poder que te corresponden como primogénito.” Jueces 5:15, 16 nos da a entender que los descendientes de Rubén se caracterizaron por la indecisión. La vida inestable del padre afectó a los hijos.

Si usted es como yo, al leer este relato final desearía haberle dicho a Jacob: “¿Por qué estás diciendo todo esto ahora, después de tantos años? ¿Dónde estabas cuando pasó todo esto? ¿Por qué no te enfrentaste a esto en ese momento, como debías haberlo hecho en tu condición de padre? ¿Por qué no interviniste entonces? Si no lo hacías tú, ¿quién iba a guiar a tus hijos?

Gracias por haberme acompañado a través de estos detalles históricos. Me he ocupado de todos estos antecedentes con el propósito de que usted comience a ver y a entender el engaño, la intriga, la ira, la rebeldía, la rivalidad y los celos incontrolados y feroces que había en las filas de los hijos de Jacob, características todas que habían sido exhibidas por su propio padre. Este fue el hogar donde nació el joven José, un ambiente bien triste donde criar a un niño.

José: El hijo favorito

Recuerde que desde que nació, José fue el favorito de su padre. Él era el primogénito de Raquel, la esposa favorita de Jacob, a quien él amaba tiernamente. Fue el hijo de la ancianidad de Jacob. José además fue diferente a sus hermanos, tanto en carácter como en conducta. Quizá Jacob favoreció a José por todas esas razones. No solamente lo amó más que a los demás, sino que torpemente demostró por él un gran favoritismo.

Ahora bien, los otros hijos de Jacob no eran unos tontos. Es posible que fueran lujuriosos, revoltosos, tramposos y vengativos, pero no eran unos estúpidos. Pronto se dieron cuenta, por la evidencia tan visible de la indulgencia que su padre mostraba hacia José, de que él era el favorito de la familia. Su madre había sido la esposa favorita, y ese muchacho era el hijo preferido. Y ellos no estaban dispuestos a cruzarse de brazos y dejar que eso continuara. Era sólo cuestión de tiempo para que ellos desataran su ira. Fíjese bien cómo su mecha se consumía rápidamente.

Israel amaba a José más que a todos sus otros hijos porque le había nacido en la vejez, y le hizo una túnica de diversos colores. Génesis 37:3

Los padres pasivos tienden a favorecer al hijo que es más fácil de criar. Es difícil lidiar con un hijo que es difícil de educar. De manera que un padre pasivo tenderá a favorecer al hijo que no ofrece dificultades. Y puesto que Jacob tenía once hijos que eran difíciles de manejar, favoreció a aquel que era una delicia para su corazón.

Como he dicho antes, Jacob no hizo nada para ocultar su favoritismo. De hecho, lo puso en evidencia al darle a José “una túnica de diversos colores”.

Un confiable comentarista del Antiguo Testamento, H. C. Leupold, dice lo siguiente con relación al diseño de la vestidura de José: “Esta túnica tenía mangas y llegaba hasta los tobillos.” Él llegó a esta conclusión por la palabra hebrea *passeem*, que significa “muñecas” o “tobillos”.

No se puede trabajar muy bien vestido con una ropa que tiene mangas y que se extiende por todo el cuerpo hasta los tobillos, especialmente si es una túnica costosa y ricamente ornamentada. Esto sería como enviar a un soldador a una obra de construcción vestido con un largo abrigo de piel de visón. En la época de José, la ropa de trabajo consistía en una túnica corta y sin mangas. Esto dejaba los brazos y las piernas libres, de manera que los trabajadores podían maniobrar con facilidad y moverse sin dificultad. Como usted puede imaginar, al darle a José esa esmerada y larga túnica, lo cual también era un signo de nobleza en ese tiempo, su padre estaba implicando a las claras: “Puedes llevar puesta esta hermosa túnica, pues tú no tienes que trabajar como esos hermanos tuyos.”

UNA CONFABULACIÓN CRIMINAL

José, siendo de 17 años, apacentaba las ovejas con sus hermanos; y el joven estaba con los hijos de Bilha y los hijos de Zilpa, mujeres de su padre. Y José informaba a su padre de la mala fama de ellos. Israel amaba a José más que a todos sus otros hijos porque le había nacido en la vejez, y le hizo una túnica de diversos colores. Al ver sus hermanos que su padre lo amaba más que a todos ellos, le aborrecían y no podían hablarle pacíficamente. Génesis 37:2-4

El hogar donde José se crió estaba compuesto por una familia llena de personas iracundas, celosas e intrigantes. Por lo tanto, dentro de ese ambiente hostil, durante 17 años los demás hijos de Jacob habían observado cómo su padre tenía como favorito a José. Sus celos se habían transformado en odio y resentimiento. No pase por alto este último comentario. Los hermanos de José habían llegado a odiar tanto a su joven hermano que ni siquiera podían cruzar una palabra amable con él. Trate de imaginar la presión cada vez mayor que había en ese hogar. Era un gigantesco barril de pólvora a punto de explotar.

Por si fuera poco, José era un soñador. Por cualquiera que haya sido la razón, él les contó a sus hermanos un par de sueños que había tenido. Si él no hubiera tenido antes relaciones tensas con ellos, créame que sólo estos sueños habrían sido suficientes.

José tuvo un sueño y lo contó a sus hermanos, quienes llegaron a aborrecerle más todavía. Les dijo: Por favor, escuchad lo que he soñado. He aquí que atábamos gavillas en medio del campo. Y mi gavilla se levantaba y se mantenía erguida, mientras que vuestras gavillas la rodeaban y se inclinaban ante la mía. Sus hermanos le respondieron: ¿Has de reinar tú sobre nosotros y nos has de dominar? Y le aborrecieron todavía más a causa de sus sueños y de sus palabras. Génesis 37:5-8

“Déjenme contarles el sueño que tuve”, dijo José.

Cuando lo escucharon, sus hermanos dijeron despectivamente: “¿Qué?” ¿En realidad tú crees que vas a ser nuestro amo, que *nosotros* vamos a servirte a ti?” Podemos imaginarnos a cada uno de ellos pensando: *¡No seas tan tonto, Pepito!*

José les dijo también: “Esperen, no he terminado. También tuve otro sueño”. El texto bíblico dice:

Entonces tuvo otro sueño y lo contó a sus hermanos, diciendo: He aquí, he tenido otros sueños; que el sol, la luna y once estrellas se inclinaban ante mí. Él contó este sueño a su padre y a sus hermanos, pero su padre le reprendió diciendo: ¿Qué sueño es éste que has tenido? ¿Hemos de venir yo, tu madre y tus hermanos a postrarnos a tierra ante ti? Sus hermanos le tenían envidia, pero su padre guardaba en mente el asunto. Génesis 37:9-11

Cuando su padre se enteró del sueño, debió haber fruncido el ceño y decirle: “Espera un momento, hijo. ¿De qué se trata todo esto? ¿Estás tratando de decirnos que yo soy el sol, que tu madre es la luna, y que tus hermanos son las once estrellas, y que todos nosotros nos vamos a inclinar delante de ti? Ahora *sí que estoy* algo preocupado por ti, José.”

Pero una vez más, Jacob respondió pasivamente. Se dio cuenta de que José había dicho, y hasta lo entendió, pero no pareció ver más allá de esto. No estoy seguro de que se haya dado cuenta de los celos que sentían sus otros hijos; o si lo hizo, no se ocupó de eso. Evitó el asunto diciendo, en esencia: “Bien, así tiene que ser. Así somos en esta familia.” La pasividad paterna es fatal para una familia que está escapando al control. Y aquí tenemos un ejemplo clásico. La mecha encendida pronto iba a llegar al barril.

Enviado Por su padre

Poco tiempo después de esto, los “hermanos de José fueron a apacentar las ovejas de su padre”, pero José no fue con ellos, posiblemente porque Jacob deseaba que el muchacho permaneciera a su lado.

Sus hermanos fueron a apacentar las ovejas de su padre cerca de Siquem, e Israel dijo a José: Tus hermanos apacientan las ovejas cerca de Siquem. Ven, te enviaré a ellos. Y él respondió: Heme aquí. Él le dijo: Anda, por favor, y mira cómo están tus hermanos y cómo están las ovejas, y tráeme la respuesta. Lo envió desde el valle de Hebrón, él llegó a Siquem. Génesis 37:12-14

Es interesante notar que los hijos de Jacob volvieron al territorio llamado Siquem a apacentar sus animales. Este era el mismo lugar donde su hermana Dina había sido violada y donde ellos habían matado a todos los hombres y destruido sus hogares y propiedades. Cuando Jacob se dio cuenta del lugar donde ellos habían ido, con toda probabilidad pensó: “Por lo que ellos le hicieron a la gente que vive en Siquem, mis muchachos pudieran estar en peligro.” Así que le ordenó a José que fuera y averiguara cómo se encontraban sus hermanos y que volviera con un informe.

Uno se pregunta qué estaría pensando Jacob en ese momento. O si no estaría pensando en nada en absoluto. ¿Estaba totalmente inconsciente de la situación? ¿Cómo podía evitar el ver el odio y los celos que bullían dentro de su propia familia? ¿Acaso no tenía idea alguna del peligro al que estaba enviando a su hijo favorito? En realidad, él expuso a José a lo que le sucedió después. Usted está a punto de presenciar una explosión de emociones reprimidas.

Entonces José fue tras sus hermanos y los encontró en Dotán. Cuando ellos lo vieron desde lejos, antes de que se acercase, actuaron engañosamente contra él para matarlo. Se dijeron el uno al otro: ¡Ahí viene el de los sueños! Ahora pues, venid; matémoslo y echémoslo en una cisterna. Después diremos: “Alguna mala fiera lo devoró.” ¡Veamos en que van a parar sus sueños! Génesis 37:17-20

Maltratado por sus hermanos

¡Qué hostilidad la que había en esa familia! Tan pronto como vieron que se acercaba, la reacción inmediata de los hermanos fue decir con los dientes apretados: “¡Ahí viene ese soñador! ¡Vamos a matarlo!” Este es el momento oportuno para señalar que la mezcla de un padre pasivo y un ambiente familiar hostil da como resultado una serie de consecuencias que se escapan del control. Ya los hermanos habían pensado en el asesinato.

Lo curioso del caso es que en ese momento interviene Rubén.

Cuando Rubén oyó esto, lo libró de sus manos diciendo: No le quitemos la vida. Y Rubén añadió: No derramáis sangre. Echadlo en esta cisterna que está en el desierto, pero no pongáis la mano sobre él. Era para librarlo de sus manos a fin de hacerlo volver a su padre. Génesis 37:21, 22

¿Recuerdan a Rubén? Este es Rubén, el primogénito. Este es Rubén, el que había dormido con la concubina de su padre. Tal vez, debido a que era el mayor, se sintió de alguna manera responsable por la suerte de su hermano menor. O quizá, sin proponérselo, se estaba convirtiendo en mejor persona de lo que había sido hasta ese momento.

“Oigan, no lo matemos”, dijo Rubén. “Vamos sólo a arrojarlo a una cisterna y a dejarlo ahí. Podemos enseñarle una lección, pero no hay ninguna razón para matarlo.” Mientras tanto, Rubén estaba pensando en regresar más tarde, rescatar a José, y llevarlo de regreso a casa.

Sucedio que cuando José llegó hasta sus hermanos, ellos despojaron a José de su túnica, la túnica de diversos colores que llevaba puesta. Lo tomaron y lo echaron en la cisterna. Pero la cisterna estaba vacía, sin agua. Después se sentaron a comer. Génesis 37:23-25

Obviamente, los hermanos debieron estar de acuerdo con el plan de Rubén. Pero observe lo primero que hicieron cuando José se acercó: “Ellos despojaron a José de su túnica.” Ese odiado ropaje de especial favoritismo era la primera cosa de la que tenían que deshacerse. “Quítenle esa túnica” dijeron. Esto fue como si estuvieran diciendo: “¡Quítenle ese abrigo de pieles! Tú no eres mejor que nosotros.” Luego lo arrojaron en la cisterna.

Después de esto, ¡se sentaron a comer! Toda la ira que sentían se les convirtió en voracidad. Sorprendente, ¿verdad? ¡Ni por un momento tuvieron ni un asomo de una conciencia culpable!

UNA CARAVANA A EGIPTO

Después se sentaron a comer, y alzando los ojos miraron, y he aquí que una caravana de ismaelitas venía e Galaad con sus camellos cargados de perfumes, bálsamo y mirra para llevarlos a Egipto. Entonces Judá dijo a sus hermanos: ¿Qué provecho hay en matara nuestro hermano y en encubrir su sangre? Venid, vendámoslo a los ismaelitas. No pongamos nuestra mano sobre él, porque es nuestro hermano, nuestra carne. Sus hermanos estuvieron de acuerdo con él. Y cuando pasaban los mercaderes madianitas, sacaron a José, subiéndolo de la cisterna, y lo vendieron a los ismaelitas por 20 piezas de plata. Estos se llevaron a José a Egipto. Génesis 37:25-28

Un escalofrío me recorre el espinazo al leer lo que estos hombres le hicieron a su propio hermano. Al divisar a lo lejos una caravana de mercaderes, Judas dijo, en efecto: “Oigan, Rubén tenía razón. No matemos al muchacho. Después de todo, él es un miembro de nuestra familia, y nosotros no necesitamos manchar nuestras manos con su sangre. Dejémoslo aquí. Mejor aún, saquemos un dinero de esto.” Los otros estuvieron de acuerdo, y por 20 piezas de plata (que es lo que se pagaba en ese tiempo por un esclavo incapacitado) lo entregaron a un grupo de perfectos extraños, a una banda de mercaderes madianitas.

Entonces ellos tomaron la túnica de José, degollaron un cabrito del rebaño y empaparon la túnica en la sangre. Después enviaron la túnica de diversos colores, la trajeron a su padre y le dijeron: Esto hemos

encontrado. Reconoce, pues, si es o no la túnica de tu hijo. Él la reconoció y exclamó: ¡Es la túnica de mi hijo! alguna mala fiera lo ha devorado! ¡Ciertamente José ha sido despedazado! Génesis 37:31-33

Mientras la caravana seguía su camino a través de los campos y desaparecía de su vida, los hermanos sumergieron tranquilamente la túnica de José en la sangre de un cabrito recién sacrificado. Luego, tomaron la ropa manchada de sangre y se la llevaron a su padre, la arrojaron al suelo, y dijeron: “Hemos encontrado esto. Creemos que puede ser la túnica de tu hijo.

Cuando vio la sangrienta evidencia, Jacob llegó a la conclusión que querían: su amado hijo, José, había muerto.

Un engaño más, una nueva acción de odio en una familia llena de ambos. ¡Qué realidad tan cruel! ¡Qué consecuencias tan trágicas! Jacob, un padre ya anciano, había sembrado vientos y ahora estaba cosechando tempestades. No puedo menos que imaginar lo que estaba pasando por la mente de Jacob esa noche mientras, sólo, daba vueltas en su lecho durante esas tortuosas horas. Me pregunto si se habría dado cuenta de su fracaso como padre, y si habría derramado su corazón en angustiosa plegaria.

LECCIONES APRENDIDAS DE LA ADVERSIDAD

Ningún enemigo es más insidioso que la pasividad. Cuando los padres son pasivos, es posible que de vez en cuando ejerzan la disciplina, pero entonces la reacción retardada muchas veces se lleva a cabo con ira. La pasividad espera hasta que, al final, cuando ya no puede esperar más, ¡descarga toda su furia! Cuando eso sucede, los hijos no son disciplinados sino tratados como animales. La pasividad no solamente nos ciega al aquí y al ahora, sino que nos vuelve inconsistentes.

Mi alma está muy preocupada en estos días por la familia estadounidense.

Si los cristianos no comienzan a despertar y a tomar el control de la situación, a través del poder del Señor Jesucristo, ¿quién, en este mundo, lo va a hacer?

Ahora bien, usted puede decir: “Bueno, ya yo soy un abuelo. Los días de criar a los hijos terminaron.” O, “Yo soy soltero. ¿Qué quiere usted que yo haga?” Pero esas afirmaciones son pretextos, excusas cómodas. Todos nosotros hemos nacido dentro de una familia; todos nosotros vivimos dentro de una familia de una u otra clase; y todos nosotros nos relacionamos como familia todos los días de nuestra existencia. En el caso de que usted no lo haya notado últimamente, la familia se encuentra en una pendiente resbalosa, y se parece muy poco a la familia de hace cincuenta años.

Hace poco, quedé anonadado al ver un gráfico donde se comparaban los principales problemas de disciplina de 1990 con los de 1940, basado en el testimonio de maestros de las escuelas públicas.

1940

Hablar fuera de lugar
Mascar chicle
Hacer ruido
Correr por los pasillos
Quitarle a otro el puesto en la fila
Desacato a las normas en el vestir
Lanzar basura al piso

1990

Consumo de drogas
Consumo de alcohol
Embarazos
Suicidio
Violación
Robo
Asaltos

Desde 1940, los principales problemas de disciplina que se presentaban en las escuelas públicas han empeorado, desde el mascar chicle y quitarle el puesto a otro en la fila, hasta el consumo de drogas y alcohol, las violaciones y los asaltos.

Mi anonadamiento se convirtió en desaliento mientras leía el último libro de Stephen Covey, titulado *The Seven Habits of Highly Effective Families* (Los siete hábitos de las familias altamente eficientes). En un penetrante capítulo dedicado a los padres que desean marcar una diferencia en un mundo que ha perdido el rumbo, Covey nos cuenta la historia de un niño de siete años que manifestaba intranquilidad. Su padre, pensando que el niño sufría se pesadillas, insistió en que le contara lo que le preocupaba. Después de persuadirlo mucho, el niño comenzó a contarle varias escenas horribles de pornografía. Conteniendo su estupor, el padre se dedicó a investigar en qué lugar había estado expuesto su hijo a tal suciedad. El dedo final señaló a un niño de nueve años de edad que vivía en el vecindario, que había convertido su sala de computación de su casa en una tienda de pornografía, y ninguno de sus padres estaba enterado de esto.

Covey pregunta: ¿Cómo pudo suceder esto? ¿Cómo puede ser que vivamos en una sociedad donde la tecnología hace posible que niños, que no tienen la comprensión, ni la experiencia, ni el discernimiento en estos asuntos, se conviertan en víctimas de ese morbosos veneno mental, tan adictivo, como lo es la pornografía.

En los últimos treinta años, la situación de las familias ha cambiado de manera drástica y dramática:

- Los nacimientos ilegítimos han aumentado en más de 400 por ciento.
- El porcentaje de familias donde la cabeza de familia es una persona sin pareja ha aumentado en más del triple.
- La tasa de divorcio ha aumentado más del doble.
- El suicidio entre adolescentes ha aumentado casi un 300 por ciento.

- Los resultados de la prueba de aptitud académica entre todos los estudiantes han descendido en 73 puntos.
- En la actualidad, la violencia doméstica es el problema de salud número uno que sufren las mujeres estadounidenses. Cuatro millones de mujeres son golpeadas cada año por su pareja.
- Uno de cada cuatro de todos los adolescentes contrae una enfermedad transmitida sexualmente antes de graduarse de la escuela secundaria.

En realidad, nada de esto debe sorprendernos. Después de todo, el niño promedio pasa siete horas diarias viendo televisión, pero solamente cinco minutos al día con sus padres.

Es posible que se esté preguntando qué tiene que ver todo esto con la historia de José. Francamente, mucho, ya que la familia de Jacob sufrió las consecuencias de un padre que parecía cruzarse de brazos y desentenderse de los problemas.

Nunca, nunca olvide estas cinco palabras:

¡La pasividad es un enemigo!

Hay una segunda lección que debemos aprender de las luchas de José durante su adolescencia.

Ninguna respuesta es más cruel que los celos. Salomón tenía razón cuando dijo: “Cruels como el Seol [son] los celos” (Cantares 8:6, *La Biblia al Día*). Los celos, si se les permite crecer y ulcerarse, producen consecuencias devastadoras. Si usted permite que surjan celos dentro de su familia o entre sus hijos, se estará metiendo en problemas. En cualquier momento los celos se manifestarán con lamentables consecuencias.

Tenemos que enfrentar las actitudes tan severamente como enfrentamos las acciones. Padres cristianos, ¡aprendan esto! ¡Ataquen vigorosamente las actitudes incorrectas! Pero cuando comiencen a ver esos hermosos destellos de actitudes correctas, ¡premien a sus hijos! ¡Alábenlos! Por supuesto que, para hacer esto y ser consistentes con su papel de servir de ejemplo, sus propias actitudes deben ser las correctas.

Jacob y Raquel, Lea y Labán, tengo que decirlo con mucha sinceridad, fueron muy malos ejemplos para sus hijos. Durante los primeros años de la vida de José, podemos ver claramente las consecuencias de tener un padre pasivo; una madre ausente; una familia llena de engaños, celos y luchas intestinas; unos hijos abandonados a su suerte para que lucharan en la vida por sí solos; y el pecado y el maltrato que habían entrado cautelosamente, siendo, en realidad, tolerados. Los celos nunca se corrigen por sí solos; éstos solamente conducen a males mayores.

Pero ya basta de cosas negativas. Vamos a buscar en todo esto por lo menos una magnífica lección de esperanza: *Ninguna acción es más poderosa que la oración.* Me doy cuenta de que la historia bíblica no dice que Jacob se volvió a Dios en oración pero, con toda seguridad, ¡pudo haberlo hecho! ¿De qué otra manera hubiera podido continuar con su vida? ¿A dónde más pudiera haber acudido en busca de esperanza?

Lo mismo pudiéramos decir de usted y de mí. La oración nos da el poder para seguir sin rendirnos. Los mayores constituyen una fuente de sabiduría para los padres jóvenes, para los hijos, y para los nietos. Quienes están solteros, o sin pareja, tanto hombres como mujeres tienen también mucho que ofrecer, ya sea dentro de su propia familia extendida o dentro de la familia de la iglesia. Las vidas rotas y vacías pueden encontrar nueva fortaleza para recuperarse. Es en este punto en que yo diría que José, indudablemente, presentó su situación a Dios, mientras la caravana seguía su camino a Egipto. Es seguro que él sabía, aun a sus 17 años de edad, que su única esperanza de salvación ¡vendría a través de la fiel intervención de Dios! ¡Sin lugar a dudas, José clamó a aquel, al único que tenía el control soberano de su futuro! ¡Y eso es, indudablemente, lo que todos nosotros debemos hacer!

Dejamos ahora a José en las circunstancias más precarias. Abandonado por sus hermanos y dejado a merced de unos indolentes mercaderes en camino a un destino totalmente extraño para él, el hijo adolescente de Jacob no tenía hacia dónde mirar, sino hacia arriba. Estoy convencido que eso fue lo que él hizo. En lugar de compadecerse de sí mismo y jurar que algún día tomaría venganza, el muchacho debió haber propuesto en su corazón, de la misma manera que un día Daniel seguiría su ejemplo, el no contaminarse con los malos y desechar sus propios planes de venganza. Aunque no podía enviarle un mensaje final a su anciano padre, él sabía que el Señor estaba al tanto de su situación, y que estaba listo para oír su plegaria por misericordia. ¡Con toda seguridad José acudió al Señor en busca de ayuda!

B. Meyers coincide con esto. Con un corazón lleno de ternura hacia este solitario muchacho, él escribe:

¡Cuán anhelante es su deseo de enviar apenas un último mensaje a su padre! Y con todos estos pensamientos en su mente, estaría también presente un pensamiento de asombro para el gran Dios a quien él había aprendido a adorar. ¿Qué diría él de todo esto? Poco pensó entonces que de allí en adelante debía dar una mirada hacia atrás para recordar ese día como uno de los eslabones más misericordiosos de una cadena de amorosas providencias; o de que un día diría: “No os entristezcáis ni os pese el haberme vendido acá, porque para preservación de vida Dios me ha enviado delante de vosotros” (Génesis 45:5). Es muy placentero, mientras transcurre la vida, estar en capacidad de observar en retrospectiva estos oscuros y misteriosos acontecimientos, y ver la mano de Dios en el lugar donde una vez vimos únicamente la malicia y la crueldad del hombre.

José solamente ha empezado a experimentar los “oscuros y misteriosos acontecimientos” de la vida. Pero, a través de todos ellos, la mano de Dios lo sostendrá muy estrechamente y al final delineará su plan soberano.

Capítulo Dos

NO A LA TENTACIÓN

El 9 de abril de 1945, Dietrich Bonhoeffer fue ejecutado por los nazis. Tenía sólo 39 años de edad. Sin embargo, en esos 39 años, Bonhoeffer se había distinguido como pastor y teólogo, y también como un activo y esforzado miembro de la resistencia que luchaba en contra del Tercer Reich de Hitler. En ese entonces, Bonhoeffer era apreciado por muchos en su nativa Alemania, pero ahora lo es aún más por la familia de Dios alrededor del mundo. Sus obras sobre la espiritualidad son todavía ampliamente leídas en el día de hoy, y *El costo del discipulado*, *La vida en comunidad*, *Ética*, *Cartas y Ensayos desde la prisión* son consideradas clásicas. Pero la mejor obra, en mi opinión, es un pequeño folleto de menos de 50 páginas de extensión titulado *La tentación*. En este breve tratado, Bonhoeffer nos ha dejado la explicación más gráfica de la tentación, a excepción de la Biblia.

En nuestros miembros hay una inclinación latente hacia el deseo, que es repentina e indómita al mismo tiempo. El deseo se apodera de la carne con poder irresistible, y de inmediato se enciende un fuego secreto y ardiente. La carne arde y se inflama. No importa si se trata del deseo sexual, de la ambición, de la vanidad, o del deseo de venganza, del amor por la fama y el poder, de la ambición del dinero, o, finalmente, de ese extraño deseo por la belleza del mundo y de la naturaleza.

El gozo en Dios se encuentra en vías de extinguirse en nosotros y buscamos todo nuestro gozo en la criatura. En ese momento, Dios se nos vuelve totalmente irreal, pierde toda realidad, y solamente el deseo por las criaturas es real; la única realidad es el diablo. Satanás no nos llena aquí de odio hacia Dios, sino de olvido hacia Dios... El deseo vehemente que ha surgido sumerge a la mente y a la voluntad del hombre en la más profunda oscuridad. El poder de una clara discriminación y el poder de decisión nos son quitados... Es aquí cuando todo lo que hay dentro de mí se subleva en contra de la Palabra de Dios.

No existe una persona que haya proyectado su sombra sobre esta tierra, incluido el Señor Jesucristo, que no se haya enfrentado a la tentación. Y no hay ni una sola persona que haya vivido, salvo Jesucristo, que no haya cedido a ella en un momento u otro y sufrido las consecuencias. La tentación es parte inevitable de nuestro mundo caído. No podemos escapar de ella.

La tentación tiene, asimismo, muchos rostros. Hay, por ejemplo, la *tentación material*, que es el anhelo vehemente por las cosas. Esta puede ser grande como una casa, o tan pequeña como un anillo. Puede ser tan brillante y rutilante como un nuevo auto Mercedes último modelo, o algo tan poco atractivo y viejo como un antiguo escritorio de tapa corrediza. Sin embargo, ¿quién no ha sentido esa pasión abrasadora por las cosas? ¿Y quién, a veces, no ha sucumbido estúpidamente ante ella?

Luego hay lo que podemos llamar la *tentación personal*, que consiste en el deseo intenso por la fama, por la autoridad, por el poder, por el control sobre los demás. Esta puede ser tan sencilla como el deseo ardiente por tener el título de “presidente ejecutivo”, o “director”, o “doctor”, o “profesor”, o “almirante”. No hay nada malo con estos títulos o posiciones, hasta que se presenta el deseo ardiente y dice: “Tú te mereces eso, por lo que significará para ti.”

Finalmente, está la *tentación sexual*, que es el deseo concupiscente por otra persona o, en realidad, el deseo lujurioso por el cuerpo de la persona. Me refiero aquí al deseo hedonista de tener y disfrutar lo que no nos pertenece, ni legal ni moralmente.

Debido a que José trabó una lucha con esta tercera categoría de la tentación, limitaremos nuestras reflexiones en este capítulo a esa categoría en particular. Mientras lo hacemos, no olvidemos el muy práctico recordatorio de Bonhoeffer de que cuando cedemos a esta tentación particular “el poder de una clara discriminación y el poder de decisión nos son quitados”.

Pero antes de ocuparnos de su tentación, necesitamos saber con exactitud qué ha estado sucediendo con José desde que lo dejamos, en el capítulo anterior, con un grupo de madianitas que se dirigían en una lenta caravana a Egipto.

EL TRASFONDO HISTÓRICO

Jacob había aceptado el hecho de que su hijo José había muerto. Para sus hermanos, por lo menos hasta donde quisieran reconocerlo, él se había ido para siempre y quizá hasta estuviera muerto. Pero, en realidad, José todavía se encontraba vivo, y muy vivo.

Llevado José a Egipto, Potifar, un hombre egipcio, funcionario del faraón y capitán de la guardia, lo compró de mano de los ismaelitas que lo habían llevado allí. Génesis 39:1

José se halló en un país y en una cultura que no conocía, rodeado por un lenguaje que no entendía. El hijo larga-mente anhelado por Raquel y abiertamente favorito de Jacob había sido vendido como un esclavo cualquiera, y puesto por la fuerza en una situación que parecía aun peor que la cisterna en la que sus hermanos lo habían arrojado antes.

Mientras nos familiarizamos con sus circunstancias en Egipto, notemos que un par de cosas son conspicuas por su ausencia. En primer lugar, no hay ninguna mención del tiempo. No se dice nada acerca de cuánto tiempo había estado José en la casa de Potifar cuando comenzaron a producirse estos hechos. Pudo haber estado allí dos años o dos meses.

En segundo lugar, no se dice nada en cuanto a los ajustes que José tuvo que hacer. Recordemos que él provenía de una cultura rural, de una familia sencilla, y de un hogar donde él había sido el orgullo y la alegría de su madre, y el hijo favorito de un padre anciano que lo adoraba.

Sin previo aviso, fue agarrado brutalmente por sus hermanos, despojado de su hermosa túnica y lanzado dentro de una profunda y sucia cisterna. Fue rescatado de esa situación sólo para ser vendido a unos insensibles mercaderes de esclavos y transportado por una caravana a un país distante, donde fue subastado y vendido como una vulgar pieza de mercancía. Los cambios y ajustes a los que José tuvo que enfrentarse tuvieron que haber sido considerables.

En el relato de Génesis leemos que José fue vendido a un hombre llamado Potifar, quien es descrito como el “capitán de la guardia”. Este era un grupo de soldados escogidos, constituido por hombres de gran rudeza. El historiador judío Alfred Edersheim describe a ese grupo al decirnos que Potifar era el “jefe de los verdugos”. No importa el título que usted le dé, Potifar no era alguien con el que se podía jugar; era un hombre de gran experiencia militar, con poder sobre la vida y la muerte. Sin embargo, José no solamente se adaptó a su nueva situación, sino que prosperó en ella, y eso por una razón muy importante. Esa razón se encuentra en una hermosa frase que aparece varias veces en la historia de José: “Pero Jehovah estaba con José.”

Pero Jehovah estuvo con José, y el hombre tuvo éxito. Él estaba en la casa de su señor, el egipcio, quien vio que Jehovah estaba con él y todo lo que él hacía, Jehovah lo hacía prosperar en su mano. Así halló José gracia ante los ojos de Potifar y le servía. Potifar le puso a cargo de su casa y entregó en su poder todo lo que tenía. Y sucedió que desde que le puso a cargo de su casa y de todo lo que tenía, Jehovah bendijo la casa del egipcio por causa de José. Y la bendición de Jehovah estaba sobre todo lo que tenía, tanto en la casa como en el campo. Él dejó todo lo que tenía en mano de José, y teniéndole a él no se preocupaba de nada, excepto del pan que comía. José era de bella presencia y hermoso semblante. Génesis 39:2-6

El Dios soberano de Israel estuvo íntimamente ligado a la vida de José. Él fue su guía. Le dio la facilidad de aprender el idioma de Egipto. Además de todo eso, le concedió favor a los ojos de Potifar. Sin duda, Dios era el secreto del éxito de José. La suerte no tuvo nada que ver con ello.

Por supuesto, José no tuvo que decirle a Potifar que Dios estaba con él; él podía verlo por sí mismo: “Su señor... vio que Jehovah estaba con él” (v. 3). Asimismo, José no utilizó su espiritualidad como una herramienta de manipulación para obtener beneficios de su jefe. Sencillamente, porque el Señor determinó que todo lo que José hiciera prosperara, éste halló gracia ante los ojos de Potifar. Fíjese bien, no dice que José le pidió *favores* a su amo; sino que el esclavo recibió el favor de Potifar.

La fe de José en Jehovah fue reconocida por Potifar porque vio la evidencia de esa en la vida y en el trabajo de José, lo que constituye una combinación ganadora. José fue un trabajador esforzado y un joven diligente. Tanto así que Potifar aumentó sus responsabilidades y su autoridad. Por último, el capitán de la guardia lo puso a cargo de su propia casa. En otras palabras, puso todo lo que él poseía bajo el gobierno de José. El texto hebreo dice: “Todo lo que él tenía lo puso bajo su cargo.” Muy interesante. No solamente las cosas que le pertenecían a Potifar, sino todo el producto de su gestión terminaron finalmente bajo la mirada vigilante y la mano orientadora de José. ¡Qué ascenso tan fantástico! De ser un simple esclavo, probablemente uno más entre las docenas de esclavos que había en la casa de Potifar, pasó a administrar la casa del máximo jefe militar de Egipto. Pero esto se pone aun mejor, ya que a través de José el Señor bendijo la casa de Potifar y todo lo que él poseía.

A mayor éxito, una medida mayor de confianza, los cuales, por cierto, conducen a mayores oportunidades de vulnerabilidad. En cuanto a esto último, F. B. Meyer dice acertadamente:

Podemos esperar tentaciones en los días de prosperidad y de holgura, no en los de privaciones y de trabajo duro. No en las laderas de los Alpes, sino en las soleadas mesetas de la Campagna; no cuando el joven está ascendiendo arduamente la empinada escalera de la fama, sino cuando ha entrado por la dorada puerta del éxito; no donde los hombres fruncen el entrecejo, sino donde sonríen dulcemente con sonrisas exquisitas de aprobación; ¡es ahí, es ahí que la tentación está al acecho! ¡Cuidado!

¡Qué exhortación tan sabia! Esta advertencia no es para la persona que está sin un centavo. Este mensaje está dirigido al hombre de éxito, al ejecutivo con mucho futuro, al hombre o a la mujer que ha llegado bien arriba, al individuo que está experimentando los beneficios y el favor de Dios, al que está cosechando los beneficios de una intimidad y una confianza cada vez mayores. Thomas Carlyle, el ensayista escocés, tenía razón cuando dijo: “La adversidad es a veces dura con el hombre, pero por un hombre que puede soportar la prosperidad, existen cien que soportarán la adversidad.” Las tentaciones que acompañan a la prosperidad son mucho mayores (y muchos más sutiles) que las que acompañan a la adversidad.

Ciertamente, José estaba prosperando. Potifar le dejó todo bajo su cargo, y leemos: “Él [Potifar] no se preocupaba por nada, excepto del pan que comía. ¡A eso se le llama confianza!

Aquí tenemos a un esclavo que se había ganado el derecho a ser respetado y a que se le tuviera confianza. Por consiguiente, Potifar puso todo lo que poseía bajo su cargo. Con esto quiero decir que José se fijó su propio horario, que organizó todas las posesiones de Potifar, y que administró todas sus finanzas. Potifar lo puso todo en manos de José.

Pero recuerde que con el mayor éxito viene una medida mayor de confianza, lo cual lleva inevitablemente a mayores ocasiones de vulnerabilidad. En esa coyuntura, “podemos esperar tentaciones en los días de prosperidad... ¡es *ahí* que la tentación está al acecho! ¡Cuidado!

El Espíritu de Dios, que supervisó la escritura del texto bíblico, dirigió la selección de las palabras de una manera sabia y segura. Por eso Génesis 39:6 termina con una oración algo sorprendente pero significativa: “José era de bella presencia y de hermoso semblante.” La Biblia al Día dice: “José, por cierto, era un joven muy bien parecido.” En la *Nueva Versión Internacional* se lee: “José tenía muy buen físico y era muy atractivo.” Esas palabras que se utilizan para describir la apariencia de José se encuentran solamente cuatro veces en el Antiguo Testamento, y se refieren a José, Saúl, David y Absalón.

Ahora bien, espero que comprenda que no hay nada malo en tener buen físico o ser bien parecido. Pero con estos atributos pueden venir tentaciones especiales. Aquí tenemos a un hombre que lo tenía casi todo: fama, poder, autoridad y respeto. Aquí tenemos a un sirviente doméstico que había triunfado, que tenía todo lo que necesitaba, que disponía de oficina privada; que tenía acceso a información muy confidencial, y la confianza absoluta de su amo. Además de todo esto, era un hombre joven, apuesto que, sin proponérselo, captaba el interés de las mujeres. No es de sorprenderse, entonces, de que el enemigo del alma de José, el tentador, se concentrara en esos atributos físicos.

Las Escrituras no desperdician las palabras. Tampoco las desperdició la esposa de Potifar.

Y sucedió después de estas cosas, que la mujer de su señor puso sus ojos en José y le dijo: Acuéstate conmigo. Génesis 39:7

¡Esto es lo yo llamaría *una propuesta directa*! Pero volvamos a un comentario que hice anteriormente. El mayor éxito conduce a mayores ocasiones de vulnerabilidad. ¡Es *ahí* que la tentación está al acecho “¡Cuidado!” El escritor del Génesis declara: “Y sucedió después de estas cosas”, refiriéndose a los versículos anteriores que hablan del éxito de José. Él se encontraba a propósito para este ataque del enemigo; por lo tanto, el ataque vino con la misma precisión de un rayo láser.

La esposa de Potifar fue descarada y desvergonzadamente agresiva: “Ven a la cama conmigo. Tengamos relación sexual.” La mayoría de los hombres de entonces y de ahora habrían sido pillados desprevenidos y, al menos momentáneamente, se habrían sentido halagados por esas palabras tan seductoras. Pero no José; ni siquiera por un momento. Sin vacilar, y estando completamente seguro de sí mismo y de su Dios, le respondió con igual audacia.

Él rehusó y dijo a la mujer de su señor: He aquí que mi señor, teniéndome a mí, no se preocupa de nada de cuanto hay en la casa. Ha puesto en mi mano todo cuanto tiene. No hay otro superior a mí en esta casa; y ninguna cosa se ha reservado, sino a ti, porque eres su mujer. ¿Cómo, pues, haría yo esta gran maldad y pecaría contra Dios? Génesis 39:8, 9

El versículo 8 dice sencillamente: “Él rehusó.” José se negó a hacerlo. Si usted olvida todo lo demás que he escrito hasta ahora, no olvide esas dos maravillosas palabras. Si usted está sentado ahí pensando que José era una especie de gigante espiritual, sáquese eso de la cabeza. Si está pensando que alguna nube sobrenatural de protección le impidió pecar, olvídelo. Límitese sólo a la evidencia. Ahí estaba una mujer egipcia ofreciendo su cuerpo, y un joven sirviente judío siendo tentado por la descarada propuesta de la mujer. ¿Y entonces? “Él rehusó.” ¡Dijo NO! Se resistió a sus tentadoras palabras; la hizo bajar la vista con su mirada, decidido a no sucumbir.

¿Cómo pudo José hacer eso? Por dos razones. Primero, por la lealtad que le profesaba a su amo. José le dijo a esta mujer: “Mi amo confía en mí. Me ha dado la responsabilidad de todo lo que le pertenece. La única cosa que no es mía eres tú, su esposa. Yo nunca podría defraudar su confianza.”

La segunda razón era su lealtad a Dios. Él dijo: ¿Cómo, pues, haría yo esta gran maldad y pecaría contra Dios?

Clarence Edward Macartney le agrega un toque de realismo:

Esta era no una tentación cualquiera. José no era una piedra, ni una momia, sino un joven ardiente que frisaba los 30 años. Esta no fue una tentación de un solo día, sino una tentación reiterada...

Una vieja leyenda dice que cuando José le comenzó a hablar acerca de Dios a la tentadora, ella cubrió con su falda el busto del ídolo que tenía en su recámara y le dijo: “Ahora, mi dios no podrá verlo.” Pero José respondió: “¡Mi Dios sí lo ve!”

¿Cómo pudo este “joven ardiente que frisaba en los 30 años” decir que no? Porque sabía que su vida era un libro abierto delante de su Dios. Hasta ese momento de su vida, el Dios de José se había convertido para él en algo o alguien mucho más real que cualquiera otra persona o cosa de la tierra. Se encontraba en una habitación privada, perfectamente a salvo, con la

esposa de su amo, que lo había planeado todo para ese anhelado momento de placer carnal. José era un atractivo joven soltero. Estaban solos. Ceder habría sido la cosa más natural del mundo. Pero José dijo que eso era una gran iniquidad, un pecado horrible contra Dios. Y entonces se marchó.

Usted pudiera estar pensando: ¡Uf, me alegro que eso terminara así. Le doy gracias a Dios por el ejemplo de José. Cuando uno resiste fuertemente una tentación como esa, la deja fuera de su vida para siempre. ¡Eso es lo que usted quisiera! Pero siga leyendo:

Sucedió que ella insistía a José día tras día, pero éste no le hacía caso para acostarse con ella, ni para estar con ella. Génesis 39:10

La esposa de Potifar se negó a recibir un no como respuesta. No estaba dispuesta a ser ignorada, así que continuó presionando a José día tras día. Era una seductora perversa. Estaba obsesionada por tener relaciones sexuales con él. Todo lo dicho por José acerca de las nobles razones que tenía para oponerse a lo que ella quería, sólo sirvieron para aumentar la resolución de la mujer. A ella no le importaba nada la santidad de su matrimonio, ni la relación de confianza que había entre su esposo y el joven. Sólo estaba interesada en satisfacer sus deseos sensuales, de *inmediato*.

Si usted está viviendo en la burbuja imaginaria de que de alguna manera la tentación, una vez que se resiste, se desvanecerá, hágala explotar en este mismo momento. En realidad, cuando usted piensa de esta manera se convierte en un blanco aun mayor para el tentador. Por otra parte, le será de gran ayuda tener presente que el tentador busca a la persona respetada, a la persona que se le reconoce autoridad moral, al individuo de éxito, al cónyuge o socio fiel, al alma piadosa.

Es por esta razón que no es de sorprenderse que la esposa de Potifar persiguiera a José con tan implacable insistencia. ¡Era una buena presa! ¡Si atrapaba a José se habría apoderado de algo extraordinario! Pero José se negó a rendirse. ¡Y qué contentos estamos de que fuera así! De haber manifestado el más ligero indicio de interés por ella, eso habría sido su perdición.

Vale la pena repetir las palabras de Bonhoeffer:

En nuestros miembros hay una inclinación latente hacia el deseo, que es repentina e indómita al mismo tiempo. El deseo se apodera de la carne con poder irresistible, y de inmediato se enciende un fuego secreto y ardiente... El deseo vehemente que ha surgido sumerge a la mente y a la voluntad del hombre en la más profunda oscuridad. El poder de una clara discriminación y el poder de decisión nos son quitados...

Una vez que las brasas de la lujuria comienzan a arder, entra en acción la vívida escena descrita en el capítulo 1 de Santiago.

Nadie diga cuando sea tentado: "Soy tentado por Dios"; porque Dios no es tentado por el mal, y él no tienta a nadie. Pero cada uno es tentado cuando es arrastrado y seducido por su propia pasión. Santiago 1:13, 14

La atracción de la carne funciona como un imán, atrayendo entre sí a dos fuerzas "repentinas e indómitas": el deseo interno y la carnada externa. Seamos honestos, usted no podrá evitar la carnada si vive en este mundo. En efecto, aunque de alguna manera se las arregle para aislarse del mundo, su mente no lo dejará escapar de la carnada externa. Pero no olvide que no hay pecado en la carnada. El pecado está en la mordida. Cuando la lujuria de otra persona lo tienta a usted a ceder a su propia lujuria, de tal manera que su resistencia se debilite, usted ha sido seducido. Habrá cedido a la carnada de la tentación. El secreto está ejemplificado hermosamente por José. Él se negó a aflojar. Siguió sin dar su brazo a torcer.

La esposa de Potifar lanzaba la carnada día tras día. Y en cada oportunidad José se negaba a morderla. "¡No, no, no!", respondía. No sólo no la escuchaba, sino que llegó al punto donde ni siquiera deseaba estar cerca de ella. Era peligroso estar cerca de ella.

José le había rechazado una y otra vez, negándose a ceder a sus requerimientos. Finalmente, ella le puso una trampa.

Y sucedió que él entró un día en la casa para hacer su trabajo, y ninguno de los hombres de la casa estaba allí en casa. Entonces ella le agarró por su manto, diciendo: Acuéstate conmigo. Pero él dejó su manto en las manos de ella, se escapó y salió afuera. Génesis 39:11,12

Un día, José entró a la casa a hacer su trabajo, y notó que todo estaba en silencio. No veía ningún sirviente por ahí. ¿Por qué sería? Tal vez la esposa de Potifar los había enviado a hacer algunos mandados para mantenerlos alejados. Cualquiera que haya sido la razón, ella estaba sola con José en la casa, y le hizo la proposición una vez más. Sólo que esta vez no estaba dispuesta a recibir un no como respuesta. Fue más allá de la propuesta verbal y se afeó físicamente de él. Lo estrechó tanto que cuando él se zafó a la fuerza de ella y se marchó corriendo a la calle, dejó su manto en sus manos.

¡Qué imagen tan positiva! ¡Qué iluminación tan práctica en cuanto a la verdad a partir de la vida de José! ¡Qué enseñanza bíblica tan poderosa! Siempre que el Nuevo Testamento se ocupa del tema de la tentación sexual, nos da una orden: ¡CORRAN! La Biblia no nos dice que tenemos que razonar con la tentación. No nos dice que la analicemos ni que nos pongamos a citar versículos bíblicos. Nos dice: ¡HUYAN! Yo he descubierto que uno no puede ceder ante la sensualidad si está huyendo de ella. ¿Entonces? ¡Escape por su vida! ¡Salga de allí! Si usted trata de razonar con la lujuria o de

entretenerse con pensamientos sexuales, finalmente sucumbirá. Usted no puede desafiarla. Esa es la razón por la que el Espíritu de Dios nos ordena enérgicamente: “¡Huyan!”

Eso fue exactamente lo que hizo José. Se lanzó corriendo a la calle, y la esposa de Potifar se quedó allí, parada, rechazada una vez más, con la ropa de José en sus manos. Estaba furiosa.

Las conocidas palabras de William Congreve son una realidad: “El cielo no conoce una cólera tan grande como la del amor transformado en odio, ni el infierno un furor tan grande como el de la mujer que ha sido desdeñada.”

Cada pizca de deseo sexual de la señora Potifar se convirtió en furor. Después de haber sentido tanto deseo por José, ahora lo despreciaba, lo cual resultó en una falsa acusación de violación.

Y aconteció que al ver ella que el manto había quedado en sus manos y que él había escapado fuera, llamó a los de su casa y les habló diciendo: ¡Mirad, nos ha traído un hebreo para que se burle de nosotros! Vino a mí para acostarse conmigo, pero yo grité a gran voz. Génesis 39:13, 14

La mujer desdeñada sólo quería venganza, y para lograrlo acusó falsamente a José, utilizando una pieza de evidencia circunstancial: el manto de José.

Ella puso junto a sí el manto de José hasta que su señor volvió a casa. Entonces ella le repitió a él las mismas palabras diciendo: El esclavo hebreo que nos trajiste vino a mí para burlarse de mí. Pero cuando yo alcé la voz y grité, él dejó su manto a mi lado y escapó afuera.

Sucedió que cuando su señor oyó las palabras que le hablaba su mujer, diciendo: “Así me ha tratado tu esclavo”, se encendió su furor. Tomó su señor a José y lo metió en la cárcel, en el lugar donde estaban los presos del rey, y José se quedó allí en la cárcel. Génesis 39:16-20

Ella llamó a los hombres de la casa y mintió, diciendo: “Este hebreo a quien mi esposo trajo a nuestro hogar egipcio, miren lo que ha hecho. ¡Trató de acostarse conmigo y grité! Y aquí está la evidencia: su manto. Lo agarré cuando me atacó.” Yo estoy seguro de que en realidad gritó, pero fue un grito de ira, no un grito de violación. Sus gritos y sus lágrimas fueron gritos y lágrimas de una mujer desdeñada que estaba enfurecida porque el apuesto joven José se había resistido a sus proposiciones; porque no había querido tener nada que ver con ella.

Cuando leo las palabras del relato bíblico, siento compasión por José, y pienso: ¡Ay, si hubiera una oportunidad de premiar a este hombre José, prémialo ahora, Señor! ¡Prémialo por decir no, día tras día! ¡Prémialo por huir, en vez de ceder! Pero Dios no ha terminado todavía su obra en la vida José, su hombre. Dios no es como nosotros. Con paciencia y fidelidad, Él trabaja de manera que nosotros nunca haríamos. Dios ve mucho más allá de esta situación y sabe qué hay que hacer en los resquicios más profundos de la vida de José, mientras lo prepara para la grandeza en los años que vendrían. Por lo tanto, Él permanece silencioso aun cuando José había sido atrapado en una trampa de evidencia circunstancial. Observe atentamente cómo se desarrolla el complot en contra de José. Visto superficialmente, es desgarrador.

LAS CONSECUENCIAS PERSONALES

José era absolutamente inocente, pero las circunstancias estaban en su contra. La esposa de Potifar tenía su manto como evidencia, y también su posición dentro de la casa como un poder manipulador. Ella utilizó ambas cosas en contra de él, lo que lo llevó a la cárcel.

Ahora bien, no quiero ser culpable de decir algo de esta historia que no sea cierto, pero creo que aquí hay suficiente evidencia como para apoyar la idea de que Potifar no creyó totalmente la historia de su esposa. Después de todo, él era el capitán de la guardia y el jefe de los verdugos. Si él hubiera creído que un esclavo había intentado violar a su esposa, ¿cree usted que solamente lo hubiera puesto en la cárcel? Pienso que lo habría matado en el acto. El antiguo Egipto no era precisamente misericordioso con los delincuentes.

Sin embargo, en lugar de torturarlo o condenarlo a muerte, Potifar hizo que José fuera puesto “en la cárcel”, el lugar donde estaban los presos del rey. A mí me parece que Potifar estaba furioso principalmente por haber perdido a su mejor servidor, por causa de una esposa que él sabía que le era infiel. Pero aunque haya sido así, José terminó tras los barrotes.

Imagine lo que debe haber pasado por la mente de José en esos momentos, poco después de haber sido encarcelado. Él no sólo era inocente, sino que había resistido la tentación descarada una y otra vez. (Él nunca había leído Génesis 41. No sabía lo que iba a ser el final de la historia. No sabía que, en cuestión de años, se convertiría en el primer ministro de Egipto.) En ese doloroso momento, lo único que el hombre sabía era que había hecho lo correcto y que había sufrido injustamente por eso. El tiempo transcurría. Los días se convirtieron en semanas y meses. Él estaba, otra vez, siendo injustamente rechazado; quedaba otra vez olvidado y totalmente desamparado.

Pero, de alguna manera, en medio de esta injusta situación, José sentía que la mano de Jehová estaba en todo esto. “José, tú eres mío. Solamente espera. Yo estoy contigo. No me he desentendido de ti, ni te estoy rechazando. Tú serás un mejor hombre, José, por esta acusación que han hecho contra ti. Yo aún no he terminado la preparación que estoy haciendo de ti para mi servicio.”

¿Le suena esto demasiado piadoso? ¿Le resulta muy difícil de tragar todo este laberinto? ¿Estoy equivocado en esto? No, si creemos el resto de la historia registrada en este capítulo.

Pero Jehovah estaba con José; le extendió su misericordia y le dio gracia antes los ojos del encargado de la cárcel. El encargado de la cárcel entregó en manos de José a todos los presos que había en la cárcel; y todo lo que hacían allí, José lo dirigía. El encargado de la cárcel no se preocupaba de nada de lo que estaba en sus manos, porque Jehovah estaba con José. Lo que él hacía, Jehovah lo prosperaba. Génesis 39:21-23

¿Se fijó en la frase clave: “Jehová estaba con José”? La mano del Señor estaba sobre José. Pero la relación era recíproca. José también obedecía a Dios. En lugar de sentirse amargado, resentido y furioso, él servía a Dios por encima de todo. Por consiguiente, él prosperó aun en la prisión. ¡Qué asombroso!

UNAS PALABRAS PRÁCTICAS DE ESPERANZA

Es posible que usted esté enfrentando una tentación ahora mismo. Tal vez ya ha cedido a ella. Puede ser que algunos de mis lectores estén pensando: *Predique sobre esto, hermano, yo necesito oírlo. Hasta ahora he resistido el atractivo de la tentación sexual, y necesito ayuda para mantenerme firme.* Pero ninguna de las personas que está leyendo esto puede decir, “No sé de lo que me estás hablando, Chuck. Yo nunca me he encontrado con algo como esto en toda mi vida”.

Así, pues, para todos aquellos que leen estas líneas, permítanme terminar este capítulo con algunos consejos prácticos. Estos son principios que han funcionado para mí, por la gracia de Dios. Si está dentro de sus planes resistir la tentación, debe cumplir estos cuatro requisitos. Iré al grano, y luego explicaré cada uno de ellos.

1. Usted no debe sentirse debilitado por su situación.
2. No debe ser engañado por la persuasión.
3. No debe ser considerado con sus emociones.
4. No debe sentirse confundido por los resultados inmediatos.

Cuando se produjo esta situación, José era un triunfador. Económicamente, estaba seguro. En cuanto a su trabajo, gozaba de respeto y confianza. En cuanto a su persona, era encantador y apuesto. Él pudo haber permitido que todo debilitara su firmeza, o que cediera ante la oportunidad que se le ofrecía, pero no lo hizo.

Repito la advertencia, si está dentro de sus planes resistir la tentación, usted no debe sentirse debilitado por su situación. Esto está en armonía con el segundo requisito en el cual necesita mantenerse firme: No debe ser engañado por la persuasión. Su tentadora, o su tentador, utilizará las palabras adecuadas y será muy persuasivo:

- “Mi esposo no satisface mis necesidad como tú pudieras hacerlo.”
- “Si lo haces, me estarás demostrando que realmente te preocupas por mí.”
- “¿Quién lo va a descubrir jamás? Estamos completamente solos, absolutamente a salvo.”
- “Mira, de todas maneras nos vamos a casar. ¿Por qué esperar? ¿Qué importa?”
- “Me siento tan terriblemente solo(a). Dios lo entiende; esta es la razón por la que te trajo a mi vida.”
- “Solamente por esta vez. Nunca, nunca habrá otra vez.”
- “¿En qué consiste, entonces, la gracia de Dios, si no cubre algo tan natural como esto?”

Usted y yo necesitamos discernir los tiempos que vivimos. Estamos viviendo en una era que trata de extender la gracia hasta extremos heréticos. Lo veo y lo oigo prácticamente cada semana de mi vida. Por tanto, permítame decir esto de manera muy directa: el regalo más preciado que usted puede darle a su cónyuge es su pureza, su fidelidad. El más preciado rasgo de carácter que usted puede proporcionarles a su cónyuge y a sus hijos es su dominio propio moral y ético. Permanezca firme, mi amigo(a). Niéguese a ceder, José lo hizo y usted también puede hacerlo. ¡Lo mismo tiene que hacer usted!

Estamos expuestos cada día a las carnadas del engaño, y no todas proceden de una persona. Algunas vienen a través de un canal de televisión por cable, del Internet, de una revista, de la presión de los compañeros de estudios, o de los colegas en el trabajo. Usted oír las palabras persuasivas de la señora Potifar una y otra vez. Usted se sentirá como un mojigato, como el único a su alrededor que no está cediendo a la tentación. No se debe engañar por la persuasión, no importa lo hermosas y atractivas que pueden sonar sus palabras. Es una mentira. Recuerde, todo es una mentira.

En tercer lugar, permítame subrayar este principio de manera especial: Usted no debe ser considerado con sus emociones. Sí, lo leyó correctamente. Sus sentimientos internos implorarán ser satisfechos. La tentación ejercerá su influencia sobre ellos, pidiendo comprensión. ¿Recuerda lo duro que fue José con su tentación? El v. 8 dice: “¡Él rehusó!” En el v. 9, él llamó a la tentación de la esposa de Potifar “esta gran maldad y pecaría contra Dios...” El v. 10 dice que José ni siquiera oía las palabras de la mujer, ni permanecía en su presencia. El versículo 12 declara que ¡huyó de ella! Si es necesario, pórtese como un grosero, y sea lo más *rudo* que pueda.

Puedo oír a alguien responder a esto: “Bueno, yo no sé mucho de eso. Yo pensaba que el mensaje de Dios era el amor.” ¿Amor al mal? ¿Amor a la injuria? *Por favor, ¡sea sincero!*

El extinto Dag Hammarskjöld escribió una vez:

Usted no puede jugar con el animal que hay dentro de usted sin convertirse completamente en un animal; no puede jugar con la falsedad sin perder su derecho a la verdad; no puede jugar con la crueldad sin perder su sensibilidad mental. Quien desee mantener arreglado su jardín no debe reservar un espacio para la maleza.

En cuarto y último lugar, usted no debe sentirse confundido por los resultados inmediatos. Una vez más, recuerde a José. Después de hacer lo correcto y resistir al mal, fue falsamente acusado y echado en una prisión. Y si usted se toma un tiempo para leer lo que sigue después, se dará cuenta de que fue olvidado por un largo tiempo.

No se sienta confundido por los resultados inmediatos. Puede darse el caso de que usted pierda su trabajo. Puede ser que usted pierda a la persona que ama. Puede ser que sea ridiculizado. Puede ser que lo expulsen del club. Puede que sea el único que no “está haciendo eso”. Entonces, ¡sea el “único”! Si usted menciona el nombre de Cristo, méncionelo completamente, méncionelo en toda su extensión, y manténgase moralmente limpio desde ahora en adelante. Hágalo, aunque esto le signifique un descenso de rango en su trabajo, la pérdida de su posición social o de su empleo. ¡Testifique! Usted tiene esa obligación moral consigo mismo y con su familia. Y por encima de todo, usted tiene esa obligación con Dios.

La verdad que se evidencia en la vida de José constituye una enseñanza para todos nosotros; divorciados o vueltos a casar; o que seamos hombres o mujeres, jóvenes o viejos. Cualquiera que sea su situación, no importa cuán atractiva, placentera o deliciosa le parezca en algún momento la carnada, no se entretenga con ella. Reclame para sí la fortaleza sobrenatural que resulta de conocer a Jesucristo y, al actuar bajo el control de su poder, permanezca firme en su fuerza. Ahora mismo, en este mismo momento, tome la determinación de ser un José. Decídase a unirse a sus filas, y desde hoy en adelante, resista.

De lo contrario, usted *cederá a la tentación*. Será sólo cuestión de tiempo.

Capítulo Tres

ENCARCELADO Y OLVIDADO

Víctima es una palabra que oímos mucho en estos días.

Me he dado cuenta de que algunos la utilizan demasiado rápido y con excesiva frecuencia. Hay aquellos que dicen haber sido unas víctimas, sin decir toda la verdad de la historia: Si sus padres fueron algo estrictos en alguna ocasión, estas personas dicen que fueron víctimas del maltrato infantil. Si el jefe esperaba un esfuerzo extra y necesitaba que ellos laboraran fuera de las horas de trabajo para culminar un proyecto, se sentían víctimas de un tirano autoritario. Pero no quiero hablar de estas ridiculeces aquí.

Me estoy refiriendo a aquellos que de verdad han sido víctimas de un trato injusto y arbitrario. De vez en cuando sabemos de personas así y las compadecemos. De niños que maltratan a otros niños. De estudiantes que maltratan a otros estudiantes en la escuela. De hombres que maltratan a sus esposas, y de mujeres que maltratan a sus esposos. De pastores que maltratan a sus congregaciones, y viceversa. Con frecuencia, en el correo que recibimos en nuestro programa radial *Visión para vivir* hay cartas que envían víctimas deshechas y enojadas debido al maltrato extremo que recibieron. Mientras leemos sus historias y tratamos de responderlas de manera tal que las víctimas reciban ayuda, nuestro corazón es tocado por el dolor que sufren estas personas. Cuán a menudo he pensado: *¡Esto no es justo! Esta persona hizo lo que era correcto y, sin embargo, fue tratada tan mal. ¿Por qué, Señor?*

Hay historias de personas que han sido severamente maltratadas. De una esposa que ha sido abandonada o maltratada; de un niño que ha sido desamparado o abusado sexualmente. De un esposo que ha sido abandonado de repente, sin aviso alguno, por una esposa que quiso tomar su propio rumbo y que ya no deseó estar más con su familia. De individuos que han sido arrestados — siendo inocentes — sentenciados y después llevados a prisión. De mucha gente que ha sido víctima de horribles rumores o de infames calumnias.

Mi esposa y yo somos amigos de una dama judía que tuvo una niñez muy dolorosa. Ella todavía puede recordar una Navidad cuando otros niños de la clase, que odiaban a la “niña judía” como ellos la llamaban, intercambiaban regalos. Lo que ella recibió como regalo fue una bolsa de basura.

Recuerdo que una vez leí acerca de un pastor que asumió una posición firme en cuanto a cierto asunto. Varios miembros de la iglesia no estaban de acuerdo con lo que el pastor estaba haciendo. En vez de tratar el asunto de una forma directa, inteligente y amorosa, estas personas fueron de noche y destruyeron el pequeño columpio de los hijos del pastor que había en el patio trasero de la casa, y rajaron los cuatro neumáticos de su automóvil.

Mi esposa todavía recuerda vívidamente que hace unos años estaba en un consultorio con uno de nuestros niños, esperando ser atendida. En ese lugar, ella fue testigo de cómo una joven madre de tres niños dijo muchas cosas abusivas, una tras otras, a sus hijos. Lo peor fue cuando uno de los niños se levantó para tocar un cuadro, sólo para palpar el marco, y la madre le dijo: “Si lo tocas otra vez te voy a quebrar todos los dedos de la mano.”

Estoy seguro de que usted podría pensar en una docena de ejemplos como estos. Ciertamente, hay ocasiones en que los abusos y el maltrato deben ser denunciados a las autoridades. Pero la mayoría de las veces las cosas que sufrimos no son consideradas como actos delictivos sino más bien experiencias injustas que son difíciles de soportar. Y cuando esas cosas pasan, la mayor prueba de esa experiencia es la prueba de la actitud que adoptamos ante tales situaciones. Si hemos sido víctimas de un engaño, queremos hacer lo mismo, ¡sólo que de una manera peor! Así es nuestra naturaleza humana. Deseamos vengarnos, queremos desquitarnos. Espera y lo verás, decimos. Nos las vamos a cobrar. Nos vamos a sacar la espina. Y así, esperamos el momento perfecto para arrojarlos sobre la persona. Pero al hacerlo sentimos el yugo que nos impone esa actitud. Esta nos atrapa de manera que nos convertimos en esclavos de ella, incapaces de liberarnos, incapaces de disfrutar de una vida digna.

De repente nos encontramos con un versículo como 1 Pedro 2:20, que dice:

Porque, ¿qué de notable hay si, cuando cometéis pecado y sois abofeteados, lo soportáis? Pero si lo soportáis cuando hacéis el bien y sois afligidos, esto sí es aceptable delante de Dios.

Sí, usted ha leído correctamente. Puede que quiera leerlo nuevamente, sólo para estar seguro. Cuando leemos declaraciones como ésta junto con versículos como Isaías 55:8, 9, comenzamos a preguntarnos cómo cuadran estas cosas con la verdad de que Dios es bueno. ¿Recuerda aquellas palabras de la pluma de Isaías, mientras repite el mensaje de Dios?

Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos, dice Jehovah. Como son más altos los cielos que la tierra, así mis caminos son más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más altos que vuestros pensamientos. Isaías 55:8, 9

Observe con cuidado los contrastes. Hay una gran diferencia entre “mis pensamientos” y “vuestros pensamientos”, dice el Señor. “Mis caminos” no son como “vuestros caminos”. Son más altos; son mucho más profundos, insondables, misteriosos. Y yo podría añadir: sorprendentes.

Nuestros caminos se basan en lo que nos parece justo. Creemos firmemente que cuando alguien hace lo correcto, el resultado es premios y bendiciones. Y que cuando alguien hace lo malo, hay consecuencias serias, incluso el castigo. Pero ese es nuestro camino, no necesariamente el camino del Señor. Por lo menos, no inmediatamente. Sabemos que Dios ha permitido que algunas personas que eran totalmente inocentes sufran un trato injusto, por razones que son mucho más profundas e insondables que lo que ellas o nosotros hubiéramos podido imaginar. ¡Con qué lentitud interviene el Señor!

EL MALTRATO DE JOSÉ

Si alguien ha sabido lo que es trato injusto, el maltrato, el ser una víctima inocente que sufre las consecuencias, ése es José.

En primer lugar, *recibió un trato injusto de su familia*. Sus hermanos lo odiaban, quisieron matarlo, pero en vez de eso lo vendieron como esclavo. Luego, *sus condiciones de vida se vieron inesperadamente limitadas*. José se convirtió en un esclavo en una tierra donde no conocía ni siquiera el idioma. Un día había sido un muchacho de apenas 17 años de edad con toda una vida por delante, y al siguiente se encontraba totalmente a merced — en realidad, como propiedad— de un extraño. Además de todo esto, fue acusado falsamente. Después de ganarse el favor de su amo, Potifar, la esposa de éste trató de seducirlo. Y como hemos visto en el capítulo anterior, cuando no se sometió a sus deseos, ella mintió y dijo: “Este esclavo trató de violarme.” Como resultado de sus mentiras, *José fue encarcelado, y abandonado*.

EL ENCARCELAMIENTO DE JOSÉ

Es aquí donde encontramos a José en este capítulo. Luego de haber sido tratado injustamente, de ver limitadas sus condiciones de vida y de haber sido acusado falsamente, se halla ahora preso. En efecto, según Génesis 40:15, se encuentra en una cárcel. Se encuentra de nuevo en una cisterna, esta vez en lo más profundo de una cisterna egipcia. Todo está comenzando otra vez.

¿Qué edad tenía José? Nadie lo sabe con seguridad. Posiblemente frisaba los 30 años. Pero hay una pregunta más importante: ¿Dónde estaba Dios? Podemos ver a Dios en las cosas buenas. Podemos verlo incluso en las cosas dudosas. Pero, ¿dónde está Dios cuando todo es injusto? ¿Dónde está Dios cuando se produce la experiencia del calabozo? ¿Significa su silencio que él está ausente? La pregunta no está sin respuesta

Génesis 39:21 dice: “Pero Jehovah estaba con José”. Allí es donde estaba Dios. Él estaba precisamente allí. Nunca abandonó a José. *Nunca* lo dejó. Él estaba *con* José. Y no solamente eso, sino que hizo por José lo que había hecho antes. Le dio gracia ante los ojos de los demás.

Pero Jehovah estaba con José; le extendió su misericordia y le dio gracia antes los ojos del encargado de la cárcel. El encargado de la cárcel entregó en manos de José a todos los presos que había en la cárcel; y todo lo que hacían allí, José lo dirigía. El encargado de la cárcel no se preocupaba de nada de lo que estaba en sus manos, porque Jehovah estaba con José. Lo que él hacía, Jehovah lo prosperaba. Génesis 39:21-23

Dos veces leemos en este breve relato que “Jehovah estaba con José”. José había comenzado a ver la mano de Dios en su experiencia carcelaria. En lo que pudo haber sido la más calamitosa de las situaciones y el más deprimente de los lugares, José prosperaba. Por esta razón, estaba libre para ser utilizado estratégicamente por Dios en las vidas de por lo menos dos hombres. Insólitamente, prosperó nada menos que en la cárcel.

El novelista ruso Alejandro Soljenitsyn describe dolorosamente ese despertar espiritual con algunas de las palabras más intensas en todo su libro, *Archipiélago Gulag*. En medio de su dolor y de su soledad, Dios se acercó a él.

En medio de la intoxicación que produce el éxito en la juventud, me sentía como un ser infalible, y por tanto me volví cruel. Por la indigestión del poder yo era un asesino y un opresor. En los momentos más viles, yo estaba convencido de que hacía lo correcto, y me hallaba muy bien surtido de argumentos sistemáticos. Fue sólo cuando yacía sobre el lecho de paja de una maloliente prisión que sentí dentro de mí las primeras percepciones en cuanto al bien. Poco a poco aprendí que la línea que separa el bien del mal no pasa a través de los estados, ni de las clases sociales, ni de los partidos políticos, sino directamente a través de todos los corazones humanos...

Por tanto, bendita seas, prisión, por haber estado en mi vida.

El anciano escritor que pasó ocho años en el tristemente célebre campo soviético de Gulag, se parece al salmista que escribió: “Bueno me es haber sido afligido, para que aprendiera tus leyes” (Salmo 119:71).

“La experiencia de la cárcel fue buena para mí, porque fue allí donde que el Señor me quitó todo ese nebuloso idealismo que tenía en cuanto a la vida espiritual.” Al final, José pudo también decir: “Bendita seas, prisión, porque fue *allí* donde Dios se convirtió para mí en alguien auténtico.”

José fue puesto en la cárcel por unas acusaciones falsas, pero fue el Señor quien permaneció cerca de él y quien alimentó su alma mientras se encontraba en ese lugar. Como resultado, José halló gracia aun ante los ojos del jefe de los carceleros — a quien pudiéramos llamar el director de la prisión — hasta el punto de que este hombre le confió la supervisión de todos los demás prisioneros. El director de la cárcel confiaba en José y lo respetaba tanto que “no se preocupaba de nada de lo que estaba en sus manos, porque Jehovah estaba con José. Lo que él hacía, Jehovah lo prosperaba” (Génesis 39:23).

Como usted puede ver, el Señor Dios permanecía en primer lugar en la vida de José; él era el centro de su vida. El lente de la voluntad de Dios se hallaba entre José y sus circunstancias, permitiéndole ver a Dios en ellas, a comprender a Dios en ellas, y a permitirle que lo utilizara en ellas.

Cuando se vive la experiencia de una cárcel, la respuesta más fácil y más rápida es sentir que uno ha sido olvidado por Dios. Yo no sé si usted ha leído la tira cómica “Ziggy”, pero yo la disfruto mucho ¡tal vez con bastante frecuencia él dice las mismas cosas que yo he estado pensando! En una de mis tiras favoritas aparece Ziggy con su larga nariz y su calva, de pie en una montaña, y mirando fijamente a lo lejos más arriba de él. El cielo está oscuro y sólo se ve una nube. Entonces Ziggy grita: “¿Tengo que estar esperándote aquí por el resto de mi vida?”

Usted se ha sentido así, ¿verdad? “Señor, ¿cuándo me vas a responder?” Con cuánta frecuencia los cielos se parecen más al frío bronce que a la amorosa morada de Dios. Imploramos, pero no llega ninguna respuesta.

Sin duda alguna, José no merecía la cárcel, pero respondió en una forma realmente hermosa. Esta es la parte maravillosa de la historia. Lo primero y principal en su vida era su vital y sólida relación con su Señor. Por esta razón, Dios lo utilizó de manera estratégica y significativa.

LOS COMPAÑEROS DE PRISIÓN DE JOSÉ

Aconteció después de estas cosas que el copero y el pandero del rey de Egipto, ofendieron a su señor, el rey de Egipto. El faraón se enfureció contra sus dos funcionarios, el jefe de los coperos y el jefe de los panaderos, y los puso bajo custodia en la casa del capitán de la guardia, en la cárcel donde José estaba preso. Génesis 40:1-3

El copero era la persona que probaba el vino y la comida del rey, antes de que él comiera o bebiera. De esa manera, si estaban envenenados: “Adiós, copero”, y “¡Que viva el faraón!” Él tampoco permitía que le fuera servido al faraón una comida mal preparada, ya que era el responsable de vigilar la dieta del monarca. Esto llevaba a una relación muy estrecha, a una relación de confianza entre los dos hombres. Con frecuencia, el rey de la nación tenía que confiar en su copero. Si lo recuerda, Nehemías fue el copero del rey de su tiempo y tenía una estrecha relación personal con él. De muchas maneras, el copero era el hombre más digno de confianza de la corte. Si esa confianza desaparecía, el copero se veía en serios problemas.

Algo así debió haber sucedido, porque el copero del faraón fue a parar a la cárcel, y también el panadero del rey. (Este era otra persona en quien se apoyaba el faraón, porque todo lo que preparaba llegaba a la boca del gobernante egipcio.) Nunca se nos dicen los detalles de lo que había pasado para que se produjera este distanciamiento y el castigo. Todo lo que sabemos es que ellos “ofendieron a su señor”, y que él “se enfureció contra sus dos funcionarios”. ¡Quizá una mañana se le cayeron las galletas al rey, y después le puso mucho picante a la comida, y el copero no se lo advirtió a Faraón! La razón del encarcelamiento parece que tuvo que ser con la comida, ya que los trabajos de estos funcionarios estaban relacionados. Pero cualquiera que fuera la razón, eso enfureció de tal manera al faraón que dijo: “¡Apártense de mi vista!”, y los mandó a echar en la cárcel. Y, puesto que los caminos de Dios son profundos, esta cárcel resultó ser la misma donde José se encontraba preso.

¿No es admirable cuán a menudo Dios nos reúne con personas que están pasando, o que han pasado, por experiencias similares? ¿No es maravilloso que cuando estamos sufriendo Dios nos reúne con personas que entienden nuestro dolor? Eso es realmente cierto aquí. José y estos dos hombres habían parado en la cárcel posiblemente por distintas razones, pero se encontraban en el mismo lugar, compartiendo la misma desgracia. Y gracias a su experiencia, José pudo ser de ayuda para ellos.

Recuerde, sin embargo, que esto fue posible únicamente porque el Señor era lo primero y principal en la vida de José. Puesto que estaba libre de amargura, se convirtió en un instrumento útil en la poderosa mano de Dios. Si acaso quedaba algún remanente de resentimiento, hostilidad, o deseo de venganza, en esta narración no leemos nada al respecto. Pero estoy convencido de que nada de eso había allí.

Esto se pone cada vez más interesante:

El capitán de la guardia se los encargó a José, y él les servía. Estuvieron algunos días bajo su custodia. Y en una misma noche ambos, el copero y el panadero del rey de Egipto que estaban presos en la cárcel, tuvieron un sueño, cada uno su propio sueño, y cada sueño con su propia interpretación. Por la mañana, José vino a ellos y los vio, y he aquí que ellos estaban tristes.

Preguntó a los funcionarios del faraón que estaban con él bajo custodia en la casa de su señor, diciendo: ¿Por qué están tristes vuestras caras hoy? Génesis 40:4-7

Al leer esto sonrió, pues si alguien debía tener una cara triste debió haber sido José. Su situación era mucho más grave que la de ellos. Ellos se encontraban allí por un capricho del faraón y seguramente no estarían en la cárcel para siempre. Pero José había sido acusado por la esposa del jefe de los verdugos y no sabía si algún día podría volver a ver la luz del día. Sin embargo, a pesar de sus circunstancias, José se dio cuenta de la dificultad en que se encontraban estos dos hombres.

Cuando alguien es recto de corazón, aun cuando su vida esté tocando fondo, es admirable lo sensible que puede ser con otros que se encuentren pasando por un mal momento. Ni siquiera tienen que expresarlo. En lugar de decirle a la persona: “Y usted cree que tiene mucho de qué quejarse, ¡deje que le cuente mi historia de sufrimiento!” José les dijo: “¿Qué les sucede que están tan tristes hoy, amigos? ¿Qué les ocurre?” Admito que esto puede ser lo más obvio que se puede preguntar dentro de un calabozo, pero también muestra la capacidad de José para pensar más allá de sus propias e inmediatas preocupaciones y necesidades, a fin de ministrar misericordia a los demás.

Una de las cosas hermosas en cuanto a tener una actitud correcta es que, con ella, cada día brilla el sol. Uno no necesita tener días sin nubes para tener días de alegría.

Muchas veces he disfrutado al narrar la verdadera historia de un incidente en la vida de Thomas Edison que ilustra perfectamente los beneficios de tener una actitud positiva. Charles, el hijo de Edison, escribe en este sentido acerca de su padre en su libro titulado *The Electric Thomas Edison* (El electrizante Thomas Edison):

Una noche de diciembre, el grito de “¡fuego!” hizo eco a través de la planta. Se había producido una combustión espontánea en la sala de filmación. En cuestión de minutos, todos los compuestos químicos, el celuloide de los discos, las películas y otros materiales inflamables se habían esfumado, con el rugido del fuego.

Al no poder encontrar a mi padre, me empecé a preocupar. ¿Estaría a salvo? Con todo lo que tenía reducido a cenizas, ¿estaría abatido? Tenía 67 años, una edad en la que ya no se puede comenzar de nuevo. Entonces, lo vi en el patio de la planta, corriendo hacia mí.

“¿Dónde está tu madre?”, gritó. “¡Ve por ella y dile que traiga a sus amigas! ¡Ellas nunca tendrá la oportunidad de volver a ver un fuego como éste!”

¿Puede creer esto? En lugar de decir: “¡Ay, Dios! ¿Qué hice para merecer todo esto? Sesenta y siete años de mi vida he vivido devotamente, y esto es lo que recibo a cambio”, lo que dice es: “Oye, hijo, busca a tu madre. ¡Este es un espectáculo increíble! ¡Mira ese fuego!”

El hijo de Edison sigue diciendo:

A las 5:30 de la mañana siguiente, cuando el fuego se encontraba apenas bajo control, reunió a los empleados y anunció: “¡Vamos a reconstruir la planta!” A uno le dijo que hiciera un contrato de arrendamiento con todos los talleres de maquinaria del lugar. A otro, que consiguiera una grúa de demolición en la Compañía Ferroviaria Erie.

Luego, casi como si se le hubiera ocurrido de pronto, añadió: “Ah, por cierto, ¿se le ha ocurrido a alguien en dónde podemos conseguir algún dinero?”

Más tarde, razonó diciendo: “Uno siempre puede sacarle provecho a los desastres. ¡Recién acabamos de limpiar un montón de viejos desechos! Vamos a construir sobre estas ruinas algo mucho más grande y mucho mejor.” Apenas acabó de hablar, enrolló su chaqueta para le sirviera de almohada, se acurrucó sobre una mesa, y de inmediato se quedó profundamente dormido.

José hizo algo similar. Él dijo: “¿Qué les pasa que están tan tristes, amigos? ¿Qué está pasando en este calabozo?”

Ellos le dijeron: Hemos tenido un sueño, y no hay quien nos lo interprete. Génesis 40:8a

¡Apuesto a que José tuvo que morderse la lengua al oír eso! Estaban preocupados por un sueño que cada uno había tenido y que no podían interpretar. Bien poco sabían estos hombres que tenían frente a ellos al más grande de todos los intérpretes de sueños.

Entonces José les dijo: ¿Acaso no son de Dios las interpretaciones? Por favor, contádmelo a mí. Génesis 40:8b

En realidad, resulta bastante sorprendente que José quisiera tener que ver con sueños. La última vez que había hecho eso, ¿recuerda lo que pasó? Les estaba contando sus sueños a sus hermanos y se produjo lo que yo llamo “Operación Cisterna”. Después de eso terminó en un mercado de esclavos en Egipto. Usted pensaría que diría: “¡No, amigo, eso no es para mí! Estoy cansado de sueños, y para siempre.” Pero José no hizo eso, sino que dijo: “Ah, ¿de veras? ¡Qué interesante! A ver, cuéntenmelos.”

Eso es lo que hace una actitud optimista y es lo que nos permite superar las dificultades de la vida diaria. Lo que nos prepara para enfrentar los problemas. Lo que nos libera de las reacciones neuróticas. Lo que nos provee la oportunidad para acercarnos y ministrar a aquellos que jamás habríamos podido alcanzar, ni siquiera con una vara de tres metros.

De manera que José dijo: “Sólo Dios puede interpretar los sueños, pero cuéntenme los que ustedes tuvieron.”

La interpretación del primer sueño

Entonces el jefe de los coperos contó su sueño a José, diciendo: En mi sueño veía delante de mí una vid. En la vid había tres ramas. Parecía que ella brotaba, florecía y sus racimos de uvas maduraban. La copa del faraón estaba en mi mano, y yo tomaba las uvas, las exprimía en la copa del faraón y ponía la copa en la mano del faraón. Génesis 40:9-11

El copero dijo: “Había una viña; ésta creció y tenía tres ramas. Brotó, echó flores y los racimos produjeron uvas maduras. Yo tomé las uvas y las exprimí dentro de la copa del faraón, y puse la copa en su mano. Por todos los cielos, ¿qué significa todo esto?”

Y José le respondió: Esta es su interpretación: Las tres ramas son tres días. Dentro de tres días el faraón te hará levantar cabeza y te restituirá a tu puesto. Volverás a poner la copa en la mano del faraón, como solías hacerlo anteriormente, cuando eras su copero. Pero cuando te vaya bien, acuérdate de mí. Por favor, actúa con misericordia para conmigo; haz mención de mí al faraón y hazme sacar de esta casa. Porque yo fui secuestrado de la tierra de los hebreos, y nada he hecho aquí para que me pusieran en la cárcel. Génesis 40:12-15

“Eso es lo que significa”, dijo José. “Las tres ramas son tres días. Dentro de tres días, tú serás restituido a tu antiguo oficio de copero.” Luego añadió: “Cuando eso suceda, acuérdate de mí”, y pasó a hablarle un poco de su propia tragedia e inocencia.

Aquí vemos manifestada la humanidad de José. Me encantó esto, porque nos muestra que José era una persona auténtica, no un santo de yeso. Él sabía que algunas veces un preso podía salir de la cárcel si estaba bien conectado con alguien que podía ayudarlo. Era de esperar que cuando el copero volviera a estar en presencia del faraón y tuviera otra vez su confianza, le diría: “Amo, hay un hombre de quien usted podría tener misericordia.”

“Acuérdate de mí cuando te vaya bien”, dijo José. “Acuérdate de mí.” No se le puede criticar por esto.

Mientras tanto, el panadero había estado oyendo la conversación, y debió haber pensado: A lo mejor mi sueño significa que tendré también buenas noticias. De manera que le dijo a José: “¿Y qué me dices de mi sueño?”

La interpretación del segundo sueño

Viendo el jefe de los panaderos que la interpretación había sido favorable, dijo a José: También yo soñaba que había tres cestas de pan blanco sobre mi cabeza. En la cesta superior había toda clase de manjares de pastelería para el faraón, pero las aves se los comían de la cesta que estaba sobre mi cabeza. Génesis 40:16, 17

“¿Qué significa eso?”, preguntó el panadero. José respondió: “Bueno, este es un poco diferente.”

Reconozcamos la integridad de José. Él sabía que el sueño quería decir que el hombre iba a ser ejecutado. ¿Quién desea dar una noticia así? Pudo haberle dicho al panadero cualquier cosa, y éste nunca se habría enterado. O cuando lo hubiera sabido, ya no le habría importado de cualquier modo. Pero José era un hombre que decía la verdad. No se estaba granjeando amigos, sino representando a Dios.

Entonces José respondió: Esta es su interpretación. Las tres cestas son tres días. Dentro de tres días, el faraón quitará tu cabeza de encima de ti. Te hará colgar en la horca, y las aves comerán tus carnes. Génesis 40:18,19

“Las tres cestas son tres días”, dijo José. “Esto significa que en tres días serás ejecutado. La noticia era funesta, pero José le dijo la verdad.

Deseo enfatizar este punto porque quiero que usted entienda que el hecho de tener una actitud alegre y positiva hacia Dios no significa vivir en forma poco realista, diciéndole a todo el mundo cosas agradables y optimistas todo el tiempo, sean verdad o no. Yo creo que hay que pensar positivamente, pero no creo en las palabras huecas. Creo que hay que pensar positivamente, porque creo que esa es la única manera como los cristianos piensan correctamente, ya que vemos las cosas a través de los ojos de Cristo. Pero eso no es lo mismo que pensar en forma fantasiosa, o vivir en un mundo imaginario, o decirle algo a alguien sólo para hacerlo sentir bien.

José dijo, en realidad: “Amigo mío, tus días están contados.” Y eso fue exactamente lo que sucedió. Los hechos que tenían que ver con ambos hombres se produjeron precisamente como José lo había predicho.

Y sucedió que al tercer día fue el cumpleaños del faraón, y él dio un banquete a todos sus servidores. Entonces levantó la cabeza del jefe de los coperos y la cabeza del jefe de los panaderos, en medio de sus servidores. Al jefe de los coperos lo restituyó en su cargo de copero, y éste volvió a poner la copa en la mano del faraón. Pero hizo ahorcar al jefe de los panaderos, como José les había interpretado. Génesis 40:20-22

LA DECEPCIÓN DE JOSÉ

Cuando José vio que el copero lo sacaban de la prisión, debió haber pensado: *¡Esta es mi oportunidad! Esta persona goza de la confianza del faraón. Él me ayudará a salir de aquí.* No sabemos si José se enteró de lo que pasó después con estos hombres, pero cuando obtuvieron su libertad dentro del tiempo que había anunciado, debió haber pensado que, con la ayuda de Dios, había dado la interpretación correcta de los sueños. De manera que aguardó esperando su oportunidad de ser puesto en libertad. Seguramente que esperaba que el director de la cárcel vendría a decirle: “Estás en libertad, José. Se han acordado de ti y has sido rehabilitado.”

A pesar de que José no había hecho nada malo; aunque había dicho sólo la verdad; aunque había pedido específicamente que se acordaran de él, sólo prevaleció el silencio. Sus esperanzas tan largamente anheladas se desvanecieron.

Sin embargo, el jefe de los coperos no se acordó de José, sino que se olvidó de él. Génesis 40:23

Aconteció después de dos años completos que el faraón tuvo un sueño. Génesis 41:1

¡Vaya decepción! En vez de ser recordado y recompensado, fue olvidado por dos años más. Resulta fácil pasar por alto ese pequeño hecho, sepultado en medio de toda esa secuencia de sueños y sus interpretaciones. Sin embargo, durante los dos años siguientes a la salida del copero de la cárcel, José permaneció encerrado en ese calabozo. Fíjese en el énfasis: *Dos años completos.* ¡Dos largos, monótonos y miserables años!

¿Qué pensaría José durante ese tiempo? La tendencia humana habría sido: “¿Me pasaré toda la vida esperando, Señor? Para empezar, nunca merecí estar aquí, pero no me quejé ni traté de escapar. También interpreté los sueños correctamente y, mes tras mes, caminé muy cerca de ti. Hice lo que tú querías que hiciera. Te he servido con fidelidad. ¡Lo que le dije fue la verdad! Y ese hombre se olvidó de mí.” ¡En realidad, me parece que tú también *te has olvidado de mí!*” No, no hubo nada de eso. Este hombre extraordinario, a pesar de seguir siendo una víctima una y otra vez, siguió esperando y confiando en Dios, y dependiendo de él.

LA SITUACIÓN DE JOSÉ AYER Y LA NUESTRA HOY

La historia del maltrato, de la decepción y del abandono de José tiene eco en todos nosotros. Esposas sin esposos, esposos sin esposas, hijos sin padres, padres sin hijos, hombres y mujeres sin trabajo, pastores que ya no están en el ministerio, esposas de ex pastores que ya no son utilizadas ni, en realidad, respetadas. Prisioneros encerrados, obsesionados por los delitos que cometieron (¡o que no cometieron!), atormentados por la sociedad y el abandono. Esta historia tiene una gran pertinencia, de principio a fin.

El trato arbitrario, el maltrato, se presenta de muchas formas, pero la mayor parte de éste cae en una de estas cuatro categorías. La primera *es el trato inmerecido por parte de la familia*. Es posible que los hijos maltraten a sus padres, tanto como es posible que los padres maltraten a sus hijos, aun siendo adultos.

En el seminario donde sirvo capacitamos a algunos de los mejores hombres y mujeres que uno pudiera esperar conocer. Son dotados intelectualmente, sintonizados espiritualmente y dispuestos a hacer la obra del Señor a dondequiera que él los llame a servir. En apariencia, pareciera que con ellos “no hay problema”. Pero mientras más intimamos y más tiempo pasamos juntos, más cuenta me doy de cuántos de ellos provienen de hogares enfermizos y debilitados.

Yo entrevisto a la mayoría de nuestros graduandos varias veces antes de recibir sus títulos. Es sorprendente lo que uno descubre en la vida de los demás una vez que se cierra la puerta de la oficina. Muchas veces hay lágrimas de sufrimiento al hablar de las relaciones tensas que mantienen con uno o ambos padres. Afortunadamente, hay maravillosas excepciones, pero no es raro oír a nuestros graduandos relatar historias tristes de maltrato familiar y de hogares deshechos, de madres amargadas y de padres ausentes. Cada año hay quienes reciben su grado de maestría, duramente ganado, sin que siquiera una persona de su familia esté presente para aplaudir el éxito obtenido.

Un joven me contó cómo su padre no le había dirigido la palabra por cuatro años, desde que decidió no estudiar leyes como él (un abogado) había esperado, sino teología para servir a la iglesia de Cristo. Mientras le estrechaba la mano y le entregaba su diploma de maestría en teología, nuestros ojos se encontraron; entonces nos abrazamos, y se echó a llorar. En ese momento tan memorable de su vida, él sintió una vez más, el aguijón de la orfandad.

El maltrato dentro de la familia toma muchas formas y deja muchas cicatrices.

La segunda categoría de maltrato es la *limitación inesperada* de las circunstancias. Esto ocurre cuando uno, de repente, se ve confinado, ya sea emocional o físicamente. Una lesión repentina o una enfermedad terrible puede dejar a una persona incapacitada, haciendo que se sienta terriblemente sola. Las cicatrices provenientes de un pasado de maltratos pueden dar como resultado largos y penosos años de sufrimiento, mientras la persona lucha por recuperarse. Un buen amigo mío está atravesando por la angustia de tener que ayudar a su esposa a recuperarse de una niñez de abuso sexual. No dispongo de espacio, ni sería apropiado que describiera la dificultad de esa peregrinación. Entre muchos otros subproductos de esa larga recuperación está la pérdida de su intimidad conyugal por más de dos años. Él anhela abrazar a su esposa y disfrutar de las delicias del romance y de los placeres íntimos, pero eso no es posible. No por ahora, y quizá nunca.

Estas limitaciones inesperadas impiden que la persona se sienta libre, que se remonte a las alturas, que disfrute de la vida.

La tercera clase de maltrato son las *acusaciones falsas*. Uno no necesita vivir mucho tiempo sobre esta tierra sin que la gente empiece a decir cosas falsas acerca de uno. Esto le sucede aun a los niños. La tragedia está en que esas falsedades son oídas por personas sin suficiente criterio y las creen. Estas calumnias se convierten en algo tan imposible de corregir, como el recoger las plumas de una almohada rota en un día de viento. No transcurrirá mucho tiempo sin que uno se rinda asqueado y frustrado, diciendo: “¿Cómo podré jamás limpiar mi buen nombre?”

Hace algún tiempo se corrió el rumor por todo el noroeste de los Estados Unidos, de que yo había estado casado antes. Si hubieran sabido cuán jóvenes éramos Cynthia y yo cuando nos casamos por la primera y única vez en 1955, ¡jamás habrían dicho algo semejante! El rumor no era cierto, pero se comenzó a regar, muchos lo creyeron y se lo contaron a otros. ¿Qué podíamos hacer para poner en claro la verdad? Hay otras personas, por supuesto, que han sido víctimas de acusaciones falsas mucho más escandalosas y dolorosas.

La cuarta categoría de maltrato es el *abandono injusto*. Este puede ser el más doloroso de todos, de diversas maneras. Este tipo de maltrato ocasiona mucho daño.

Muchas mujeres se pueden identificar con este maltrato. Usted ha ayudado a su esposo mientras él realizaba sus estudios. Vio la visión y el futuro de su esposo, así como el potencial de sus capacidades, y usted, la esposa fiel, trabajó duramente para que él tuviera éxito. Él obtuvo la gloria, los títulos, el empleo, el prestigio, el reconocimiento, y después la abandonó. Hoy usted ni siquiera sabe dónde está él. Usted consagró su vida a ese matrimonio. Puede, incluso, haberle dado hijos a su esposo. Se mantuvo a su lado a pesar de haber recibido de él muy poco, y la ha abandonado. Se apoderó de su dinero y se fue huyendo.

Algunos de ustedes bondadosamente le prestaron una cantidad considerable de dinero a cierta persona, y ésta se ha aprovechado de su generosidad. Esta no les ha devuelto lo prestado. Usted ha perdido quizá miles de dólares. Ha sido injustamente abandonado.

Algunos de ustedes han trabajado para cierta persona para echar adelante un negocio. Usted ha trabajado de buena gana entre bastidores. La otra persona recibió el reconocimiento, pero fue usted quien hizo la mayor parte del trabajo, trabajando laboriosamente año tras año. Entonces, al final, cuando la empresa comenzaba a dar beneficios, esa persona se deshizo de usted como de un mal hábito.

Algunos de ustedes han sido juzgados injustamente y abandonados por sus amigos. Quizá hasta por los hermanos de su iglesia, al creer las falsedades dichas contra usted. Eso es doloroso.

Pero quiero decirle algo: puede ser difícil que lo acepte, pero tiene que entender que es en esa clase de dolor que Dios nos da sus mejores mensajes. Esto es lo que C. S. Lewis llama “el megáfono de Dios”. En su obra *El problema del dolor*, él escribe: “Dios susurra a nuestro oído en nuestros placeres, habla en nuestra conciencia, pero grita en nuestros dolores.”

La desilusión es una pendiente peligrosa y resbaladiza. Primero nos desilusionamos de nuestros semejantes. Luego pasamos al escepticismo. Antes de no mucho tiempo no confiamos en nadie, ni siquiera en Dios. Nos hemos endurecido. Se han aprovechado de nosotros; hemos sido maltratados. Yo nunca he conocido a una persona desilusionada de la humanidad, que no se haya desilusionado también de Dios. Las dos cosas van de la mano. En un contexto como ese, el cinismo se esparce con mucha rapidez.

La causa de la desilusión y su cura se pueden expresar con casi las mismas sencillas palabras. La causa de la desilusión es *poner toda nuestra esperanza y confianza en las personas*. El poner a la gente en un pedestal, el centrar nuestra atención en ella, el encontrar nuestra seguridad en ella. Al estar tan horizontalmente apegado a las personas, éstas toman el lugar de Dios, y hasta se convierten en nuestro Dios. Toda su esperanza puede descansar en una sola persona. Puede ser en su hijo. Puede ser en su padre o en su madre. Puede ser en un socio comercial, en un amigo, en un pastor, en un entrenador, o en su cónyuge. Y cuando los pies de barro se desmoronan (y seguro que lo harán) la desilusión total se apodera de nosotros.

¿Cuál es la cura? *Poner toda nuestra esperanza y confianza en el Dios viviente*. Cuando hacemos eso, los mensajes más sencillos que vienen de Dios calman nuestro espíritu.

Christian Reger es un hombre que hizo exactamente esto. Pasó cuatro años en el ignominioso Dachau, como prisionero de los nazis de 1941 a 1945. ¿Cuál fue su delito? Era miembro de la Iglesia Confesante, una de las iglesias estatales de Alemania que se opuso a los nazis en las décadas de los años treinta y cuarenta. Tanto Martin Niemöller como Dietrich Bonhoeffer fueron pastores de esa iglesia. Toda la iglesia se levantó en defensa de la verdad, pero Christian Reger fue entregado a los nazis por el organista de su iglesia local. Reger fue enviado a cientos de kilómetros de distancia donde pasó los siguientes cuatro años de su vida en el campo de concentración de Dachau, cerca de Munich.

El autor Philip Yancey nos cuenta la memorable historia de este hombre en su libro *¿Dónde está Dios cuando se sufre?*

Si usted se lo pide, Christian Reger le contará historias de terror. Pero él nunca se detendrá allí. También le hablará de su fe, de cómo fue visitado en Dachau por un Dios que ama.

"Nietzsche dijo que un hombre puede sufrir la tortura si sabe el porqué de su vida", me dijo Reger. Pero aquí en Dachau yo aprendí algo nuevo más grande. Aprendí a conocer al Quién de mi vida. Él fue suficiente para sostenerme entonces, y sigue siendo suficiente para sostenerme ahora.

UNA SÚPLICA FINAL

Escúchenme, víctimas del maltrato. Pero, mucho más importante, escuchen, por favor, la verdad de Dios. Él tiene un centenar de mensajes diferentes que darles, para un centenar de experiencias penosas diferentes. Él sabe cuál es el mensaje apropiado en el momento apropiado, y lo único que se necesita es tener un corazón sensible, obediente y confiado. No un corazón preocupado por tomar venganza, lleno de amargura y de animosidad, sino un corazón que diga: "Señor, mi Dios, ayúdame ahora. Justo en este momento. Libérame de mi propia prisión. Ayúdame a ver tu mano más allá de la oscuridad. He sido molido y te pido que me moldees a tu manera. Ayúdame a verte en este abandono, en este rechazo." Diga esa oración. Transforme su congoja en confianza mientras mira a Dios, para que él, con ternura, utilice su aflicción, esa prisión, ese abandono, para su propósito. Se lo ruego, ¡hágalo hoy! Si José fue capaz de sobrevivir a todos esos años de maltrato, de soledad y de olvido, ¡yo tengo la confianza de que usted también podrá hacerlo!

Sé que su mundo no está lleno de prisiones egipcias ni de sueños que necesiten interpretación, ni siquiera de campos de concentración nazi. El maltrato que usted ha recibido tiene una procedencia completamente diferente. Pero, cualquiera que sea la forma que tome, le produce dolor. Usted siente un terrible rechazo. Usted ha hecho lo correcto y a pesar de eso ha sido tratado injustamente.

En medio de todo esto, recuerde que Dios no lo ha abandonado. Él no se ha olvidado de usted, Él nunca se ha marchado. Él entiende el sufrimiento que padece y que ha sido provocado por el mal, que Él misteriosamente permite, para traerlo a caminar con Él de una manera tierna y sensible. Dios es bueno y Jesucristo es verdadero, a pesar de las actuales circunstancias que usted está viviendo. Mi oración es que Él haga por usted lo que hizo por José.

Que Dios le dé la gracia para resistir.

Capítulo Cuatro

RECORDADO Y PROMOVIDO

El dolor, cuando es bien comprendido, puede formar una vida para la grandeza. La historia está llena de ejemplos de personas cuyas luchas y cicatrices fueron el fundamento de sus extraordinarios logros. En efecto, fue gracias a sus padecimientos que lograron lo que necesitaban para alcanzar la grandeza.

Una joven cantaba un solo en frente de un gran auditorio. Su técnica vocal era espléndida, su entonación excelente y su registro impresionante. Por casualidad, en el auditorio se hallaba el hombre que había escrito la pieza musical que ella cantaba. Cuando la joven terminó de cantar, la persona que estaba sentada al lado del compositor se inclinó hacia él y le dijo: “Bien, ¿qué piensa usted de ella?” Con suavidad, el compositor respondió: “Ella será realmente grande cuando le suceda algo que le quebrante el corazón.”

Durante mucho tiempo en mi vida estuve luchando con ese concepto. Me parecía una filosofía cruel. ¿Por qué alguien necesita sufrir? ¿Qué se quiere decir con aquello de que “hay bendiciones que sólo se consiguen a través de las luchas”? He vuelto ahora al punto de partida. Estoy de acuerdo con A. W. Tozer, quien dijo: “Dudo que Dios pueda bendecir mucho a un hombre antes de hacerlo sufrir mucho.” Yo podría mencionar numerosos ejemplos, pero ciertamente ninguna vida puede mostrar evidencias de esta verdad con mayor claridad que la de José.

Las experiencias vividas por José han sido, hasta ahora, tristes en su mayor parte. A pesar de que fue un hijo privilegiado desde que nació, su vida estuvo llena de decepciones, maltrato y rechazo; de miedo y de falsas acusaciones; de servidumbre y de abandono. Dejamos a José solo en prisión cuando terminamos el capítulo anterior. Ahora, después de un vacío de dos años completos, retomamos de nuevo su historia.

Recuerde que, cuando lo dejamos allí, él le había dicho al copero dos años antes: “Ahora que te he dicho el significado de tu sueño, no te olvides de mí. Recuérdame cuando te vaya bien, y cuando te asciendan. Por favor, ten la bondad de mencionarle mi nombre al faraón para que me saque de este lugar. Acuérdate de mí.” Pero el jefe de los coperos no se acordó de José ni lo mencionó. Sólo tres días después de que José le dijo esto, el hombre fue puesto en libertad y restituido a su antigua posición como jefe de los coperos del faraón. Pronto se olvidó de su prisión en la cárcel, así como de José, su compañero de prisión.

Después de este hecho transcurrieron dos años completos, un largo tiempo que estuvo olvidado. Es posible que nos preguntemos: “Después de todo lo sucedido a José, ¿por qué había de ocurrirle algo así?” Él había sido obediente a Dios y favorecido ante porque “Jehovah estaba con él”. La respuesta es que Dios todavía estaba trabajando en su vida. Otro personaje de la Biblia que aprendió a través de las penalidades fue Job.

PROMESAS DE PROMOCIÓN DIVINA

Pobre viejo Job. Fue golpeado terriblemente por los desastres, por la muerte de diez hijos (¡imagínese!), por la destrucción de su hogar; por la pérdida de lo que tenía, incluso su propia salud. Ni siquiera tuvo el apoyo de unos buenos amigos. Se quedó sin nada. Yo creo que nadie se atrevería a hablar mal de Job por decir lo que dijo mientras meditaba en su desgracia, buscando la respuesta de Dios.

¡Oh, si yo pudiera saber dónde hallar a Dios!
Entonces iría hasta su morada.
Expondría delante de él mi causa,
Y llenaría mi boca de argumentos.
Yo sabría las palabras que él me respondería;
Y entendería lo que él me dijera.
¿Contendería conmigo con la grandeza de su fuerza?
No; más bien, él me prestaría atención.
Allí el justo podría argüir con él,
Y yo me libraría para siempre de mi Juez.
Si voy al oriente, él no está allí;
Y si voy al occidente, no lo percibo.
Cuando él actúa en el norte, no lo diviso;
Se vuelve al sur, pero no lo veo.
Job 23:3-9

Job está diciendo: “Quisiera poder encontrar a Dios. Quisiera sólo que él y yo nos sentáramos y habláramos cara a cara acerca de mi situación, y así podría preguntarle por qué me está pasando todo esto. Quiero tener respuestas a todos mis ‘¿por qué?’ Quiero tener todos mis problemas de ‘¿hasta cuándo?’ aclarados.”

A pesar de todo lo que le ha pasado, Job cree todavía que Dios lo va a oír. “¿Me cruzará el rostro con una bofetada y me dirá: ‘Estate quieto, Job, y siéntate allí’? No, Él me prestará atención.”

Aunque él cree esto, Job todavía se pregunta por qué: “Lo que él está haciendo, no lo sé. Donde está, no puedo encontrarlo. Lo que él ve, yo no lo puedo ver. *Pero*, yo sé esto... Yo sé esto”, dice Job. Me encanta su declaración de fe:

**Si embargo, Él conoce el camino que ando;
cuando Él me haya probado, saldré como oro.
Mis pies han seguido fielmente sus huellas;
he guardado su camino y no me he apartado.
No me he apartado del mandamiento de sus labios;
en mi seno he guardado los dichos de su boca.
Job 23:10-12**

La frase clave de esta declaración se encuentra al comienzo: “cuando él me haya probado”. No existe un proceso rápido para encontrar y darle forma al oro. El proceso de descubrir, procesar, purificar y moldear el oro es largo y laborioso. La aflicción es el oro en proceso del hijo de Dios, y es Dios quien determina cuánto tiempo tomará el proceso. Sólo él es el Refinador.

Job no estaba diciendo: “Cuando él me haya probado ¡me convertiré en un millonario!” O “cuando él me haya probado, tendré de nuevo todo lo que he perdido”. O “cuando él me haya probado, mi esposa me pedirá perdón y se arreglarán las cosas entre nosotros”. O “cuando él me haya probado todo volverá a ser igual que antes o quizá mejor”. No, no son cosas externas las que nos son prometidas, sino internas. El Señor le prometió a Job: “Cuando el proceso haya finalizado, saldrás como el oro. Entonces estarás listo para servirme donde yo decida. Entonces podrás manejar cualquier promoción que recibas.”

Este era el punto donde estaba José cuando lo dejamos. Todavía estaba en el proceso. Su oro aún estaba siendo refinado. Su corazón estaba aún siendo quebrantado por la aflicción y el abandono.

LA PRUEBA: LA OSCURIDAD ANTES DEL AMANECER

Para José, estos *dos años* completos no fueron emocionantes ni memorables. Significaron una labor pesada, larga, aburrida, monótona, poco espectacular y lenta. Mes tras mes, mes tras mes... bueno, nada. Ni siquiera el relato de Génesis trata de mostrar que esos años fueron de valor para José. Porque no lo fueron.

Así es cuando uno se encuentra en un período de espera. ¡No pasa nada! Hay que esperar. Esperar. Esperar. Esperar.

Por otra parte, sólo parece que nada está pasando. En realidad, están ocurriendo un montón de cosas. Hay hechos que se están produciendo sin nuestra participación. Además, nosotros estamos siendo fortalecidos, afirmados, perfeccionados. Estamos siendo refinados. Refinados para ser oro puro.

Hemos regresado a mi comentario anterior: José está siendo formado para la grandeza. Todos aquellos a quien Dios utiliza grandemente son primero escondidos en el secreto de su presencia, lejos del orgullo del hombre. Es allí donde nuestra visión se aclara. Es allí donde el cielo se desprende de la corriente de nuestra vida y nuestra fe comienza a aferrarse al brazo de Dios. Abraham esperó el nacimiento de Isaac. Moisés no dirigió el Éxodo hasta que tuvo 80 años de edad. Elías esperó al lado del arroyo. Noé esperó 120 años para que lloviera. Pablo estuvo oculto por tres años en Arabia. La lista es interminable. Dios está trabajando mientras su pueblo espera, espera y espera. José está siendo modelado para un futuro importante.

Eso es lo que está sucediendo. Para el presente, nada. Para el futuro, ¡todo!

EL HECHO CRUCIAL: EL SUEÑO DEL FARAÓN

Después de estos dos años completos, José experimentó un hecho crucial en su vida, en un día que parecía como cualquier otro. Esa mañana amaneció como cualquier otra mañana de los dos años anteriores. Igual que la mañana que amaneció antes de que Moisés viera la zarza ardiendo. Igual que la mañana que amaneció antes de que David fuera ungido por Samuel como el rey elegido. Para José, este era sólo un día más de calabozo, excepto por un pequeño detalle del que José no sabía nada: la noche anterior el faraón había tenido un sueño terrible.

EL SUEÑO DECLARADO

Aconteció después de dos años completos que el faraón tuvo un sueño: He aquí que él estaba de pie junto al Nilo; y del Nilo subían siete vacas de hermoso aspecto y gordas de carne, de entre los juncos. Pero he aquí que otras siete vacas salían del Nilo, detrás de ellas, de mal aspecto y flacas de carne. Estas se pusieron junto a las otras vacas a la orilla del Nilo. Entonces las vacas de mal aspecto y flacas de carne devoraron a las siete vacas de hermoso aspecto y gordas. Y el faraón se despertó. Se durmió de nuevo y soñó por segunda vez; y he aquí que siete espigas subieron de un solo tallo, gruesas y hermosas. Pero he aquí que detrás de ellas brotaron otras siete espigas delgadas y quemadas por el viento del oriente. Entonces las espigas delgadas devoraron a las siete gruesas y llenas. El faraón se despertó y que ahí que había sido un sueño. Génesis 41:1-7

El rey de la tierra de Egipto había tenido un sueño, en el que vio siete vacas gordas y de buen aspecto saliendo del cenagoso delta del Nilo. Luego siete vacas feas, macilentas y hambrientas subieron del mismo río y devoraron las vacas gordas y de buen aspecto.

El faraón se despertó, pensando tal vez que la abundante comida que había tenido antes de acostarse no le había sentado muy bien a su estómago. Al poco tiempo volvió a dormirse y siguió soñando. En esta oportunidad, vio un tallo de grano con siete espigas robustas y vigorosas. Pero luego siete espigas flacas y chamuscadas por el viento solano devoraron las siete espigas vigorosas.

Cuando el faraón se despertó, recordó lo que había soñado, y esto lo turbó.

Sucedio que por la mañana su espíritu estaba perturbado, por lo que mandó a llamar a todos los magos de Egipto y a todos sus sabios. El faraón les contó sus sueños, pero no había quien se los interpretase al faraón. Génesis 41:8

Hay algo interesante en cuanto al término traducido como “magos” en este texto. Cuando esa palabra fue traducida originalmente de las Escrituras hebreas al griego, los traductores utilizaron un término que quería decir “hombres versados en los escritos sagrados”.

¿Por qué mencionar esto? Porque nos dice que todos estos hombres eran muy inteligentes. Eran considerados los hombres más sabios de Egipto. Ocupaban su tiempo descifrando todo, desde los textos jeroglíficos de Egipto hasta el movimiento de las estrellas en los cielos. Pero, por más sabios que fueran, no pudieron decirle al faraón el significado de su sueño. En realidad, admiro su honestidad. Pudieran haber inventado algo, pero no lo hicieron, sino que dijeron: “No sabemos lo que significa tu sueño.”

De repente, el jefe de los coperos del faraón cayó en la cuenta de algo:

Entonces el jefe de los coperos habló al faraón diciendo: “Ahora haré mención de una falta mía. El faraón se enojó contra sus siervos y me echó en la cárcel de la casa del capitán de la guardia, junto con el jefe de los panaderos. En una misma noche él y yo tuvimos un sueño, y cada sueño tenía su propia interpretación. Y estaba allí con nosotros un joven hebreo, esclavo del capitán de la guardia. Se lo contamos, y él interpretó nuestros sueños; a cada uno le interpretó su propio sueño. Y aconteció que tal como él nos lo interpretó, así sucedió. A mí el faraón me estableció en mi puesto y al otro lo hizo colgar.

—Entonces el faraón mandó llamar a José, y le hicieron salir apresuradamente de la cárcel. Se afeitó, se cambió de ropa y vino al faraón. Génesis 41:9-14

Cuando el faraón supo que había alguien que podía decirle lo que significaba este inquietante sueño, lógicamente dijo: “Vayan y traigan a ese hombre.”

Ahora bien, recuerde que José no sabía nada de lo que estaba sucediendo en el palacio del faraón. Él no tenía idea alguna de lo que iba a pasar con él. Se hallaba en la cárcel cuando, de repente, resonaron las cadenas, quitaron los barrotes, levantaron las cuerdas, y José se vio sacado del pozo donde se encontraba.

Hay aquí un detalle interesante que quiero que observe. Cuando el faraón envió por José, los guardias lo sacaron rápidamente del calabozo. Pero en vez de llevarlo de inmediato a la presencia del rey, José “se afeitó y se cambió de ropa” antes de presentarse ante él.

¡José se preparó para verse con el Rey!

Después de pasar todo este tiempo en prisión, José estaba desgredado y andrajoso, y sin duda le había crecido mucho la barba. Normalmente, los egipcios estaban bien afeitados. Así que él debió de haber pensado: *Si voy a estar en la presencia de rey, tengo que hacer algo en cuanto a mi aspecto. Debe ser el apropiado si voy a presentarme ante él.* De manera que se afeitó, se bañó y se cambió de ropa.

El sueño interpretado

Haga una pausa e imagine este momento tan largamente esperado. Habían pasado varios años desde que José se había convertido en parte del duro mundo de la realidad. Considere este pasmoso contraste: de un sucio calabozo al palacio del faraón. ¡Qué velocidad! Allí estaba José, recién afeitado, luciendo una ropa limpia, y todavía con el Señor a su lado, como podemos ver en su primera respuesta al faraón.

Entonces el faraón dijo a José:

—He tenido un sueño, y no hay quien me lo interprete. Pero he oído hablar de ti, que escuchas sueños los interpretas. José respondió al faraón diciendo:

—No está en mí. Dios responderá para el bienestar del faraón. Génesis 41:15, 16

Según mis fuentes — dijo el faraón —, tú eres la persona que tiene la respuesta. Dime lo que significa mi sueño, y te recompensaré bien.

— Un momento —dijo José— yo no tengo la respuesta, pero Dios sí.

La *Nueva Versión Internacional* lo traduce: “No soy yo quien puede hacerlo —respondió José—, sino que es Dios quien le dará al faraón una respuesta favorable.”

¡Qué humildad! ¡Qué integridad tan grande! Este era el gran momento de José en la corte, una excelente oportunidad para que dijera: “¿Te das cuenta de que hubiera podido estar fuera de este lugar desde hace dos años si este idiota que está parado allí no se hubiera olvidado de mí? ¿Te das cuenta de que pudiera estar interpretando tus sueños durante los dos últimos años? Hubiera podido evitarte muchos insomnios. Así que si esperas que te ayude ahora, ¿qué te parece si te deshaces de este tipo y que me dé una satisfacción?” Pero no hubo nada de eso.

En vez de eso, José dijo: “No, no soy yo quien tiene la respuesta. Pero le sirvo a un Dios quien sí la tiene. Ambos lo oiremos y él nos dirá lo que quiere que sepamos.”

Lo que dijo, en realidad, fue: “Faraón, hay un Dios allá arriba, más allá de las estrellas, las que los adivinos del faraón están siempre observando, pero con quien no tienen ninguna relación. Yo estoy aquí para decirte que él, y sólo él, es el único que puede interpretar los sueños.” Le dice, además, literalmente: “Dios dará paz al faraón.” ¿No es eso maravilloso? “Dios dará *shalom* al faraón. Él le dará una respuesta de paz. Y si viene de Dios, todo estará bien.”

¿Sabe usted por qué José pudo ser tan humilde y hablar con tanta libertad? Porque su corazón había sido quebrantado. Porque había sido probado por el fuego de la aflicción. Porque, mientras que sus circunstancias externas parecían casi insoportables durante esos años, su condición interna había sido transformada en oro puro. Ahora estamos siendo testigos de las bendiciones de soportar la aflicción con la mirada puesta en Dios.

Por el resto de la vida de José, desde los 30 hasta los 110 años cuando murió, no oiremos ni una palabra de resentimiento de sus labios. Ni una palabra de reproche contra los hermanos que lo vendieron como esclavo; ni una palabra de amargura contra la esposa de Potifar; ni una palabra de censura contra el jefe de los coperos que se había olvidado de él. José llegó a la larga a estar en una posición en la que pudo vengarse de todos ellos. Pero no lo hizo. De eso hablaremos más tarde. Regresemos ahora a la escena con el faraón.

Él le contó a José todo su sueño; le habló de las vacas gordas y de las flacas y de las espigas llenas y las secas. Luego esperó la respuesta. Tranquilamente y paso a paso, José interpretó el sueño.

Entonces José respondió al faraón: El sueño del faraón es uno solo. Dios ha mostrado al faraón lo que va a hacer. Las siete vacas hermosas son siete años; y las siete espigas hermosas también son siete años. Se trata de un mismo sueño. Las siete vacas flacas y feas que salían detrás de las primeras son siete años, y las siete espigas delgadas y quemadas por el viento del oriente son siete años de hambre. Como dije al faraón, Dios ha mostrado al faraón lo que va a hacer. He aquí que vienen siete años de gran abundancia en toda la tierra de Egipto, pero después de ellos vendrán siete años de hambre. Toda la abundancia anterior será olvidada en la tierra de Egipto. El hambre consumirá la tierra, y aquella abundancia pasará desapercibida en la tierra, debido al hambre que vendrá después, porque será muy grave. El hecho de que el sueño del faraón haya sucedido dos veces significa que la cosa está firmemente decidida de parte de Dios, y que Dios se apresura a ejecutarla. Génesis 41:25-32

Después que José se enteró del sueño, dijo: “Dios le dirá al faraón, a través de mí, lo que está a punto de suceder. Yo soy sólo el mensajero.” Entonces procedió a interpretar el sueño para el faraón. “Los dos sueños significan la misma cosa: Egipto va a tener siete años de abundancia, con cosechas muy grandes en todas partes. Después de eso vendrán siete años de hambre; serán tan fuerte que la gente olvidará que alguna vez hubo días de abundancia. No sólo el plan de Dios se cumplirá, sino que el faraón puede estar seguro de esto: que se realizará en la fecha precisa.”

¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! A lo largo de todo la respuesta, José se refiere a Dios. En vez de llamar la atención hacia sí mismo, le señala a Dios al faraón. “No soy yo, ¡es el Señor Dios!” Aquí tenemos a un hombre que en verdad se había humillado bajo la poderosa mano de Dios.

José añadió luego unas palabras de consejo:

Por tanto, provéase el faraón de un hombre entendido y sabio y póngalo a cargo de la tierra de Egipto. Génesis 41:33

Junto con esta recomendación, dio también palabras muy específicas de consejo en cuanto al procedimiento que debía seguir el faraón. Egipto iba a requerir un sistema de racionamiento severo y bien organizado. Cuando uno tiene mucho, come mucho. Gasta mucho. No ahorra.

Así que José dijo: “El faraón tiene que encontrar un hombre capaz de responsabilizarse de administrar esos siete años de abundancia; un hombre que supervise la construcción de graneros y que se asegure de que una parte del grano sea almacenada. Cuando venga el hambre y destruya esta fértil tierra, el faraón y su pueblo podrán vivir de esas reservas. Por consiguiente, necesita un hombre con disciplina y visión en quien pueda confiar para desempeñar ese cargo. Necesita un buen administrador.” Pero nunca dijo ni una sola vez: “Me gustaría tener ese trabajo. Yo he interpretado los sueños del faraón y me merezco ese puesto.”

LA RECOMPENSA: LA PROMOCIÓN DE JOSÉ

El plan le pareció bien al faraón y a todos sus servidores. Entonces el faraón dijo a sus servidores: ¿Podemos hallar otro hombre como éste, en quien esté el espíritu de Dios? Génesis 41:37, 38

Allí estaba José, justo delante del faraón, cumpliendo con todos los requisitos para el cargo. Pero aun así, cuando parecía correcto que ofreciera sus servicios, se contuvo. El rey, sin embargo, ya sabía que José era el hombre que le convenía para el cargo.

Humildad al ser promovido

El faraón dijo a José: Puesto que Dios te ha hecho saber todo esto, no hay nadie tan entendido ni sabio como tú. Tú estarás a cargo de mi casa, todo mi pueblo será gobernado bajo tus órdenes.

Solamente en el trono seré yo superior a ti. Génesis 41:39, 40

¿A quién no le impresiona el dominio propio de José? Se negó a manipular el momento o a deslizar sugerencias; simplemente permaneció allí y esperó. De alguna manera, en la soledad de sus últimos años, abandonado y olvidado en una prisión, había aprendido a dejar que el Señor hiciera su voluntad, ¡a su tiempo y conforme a su propósito! Libre de una ambición egoísta, José se negó a promocionarse a sí mismo. ¡Qué inspirador! ¿Qué extraordinario!

¿Cuántos de nosotros hemos maniobrado o maquinado para conseguir lo que queríamos, sólo para tener que lamentarnos después? Uno de los momentos más vergonzosos que mucha gente recuerda es el día cuando consiguieron lo que habían planeado y tramado, y luego vieron como eso desaparecía justo frente a sus ojos. Esa no era la clase de promoción que José quería.

Si Dios estaba en la situación, él lo haría. Eso fue precisamente lo que pasó aquí. El faraón le dijo a José: “Puesto que Dios te dijo todo esto, es obvio que nadie es tan prudente y sabio como tú. Por lo tanto, te pongo al mando de todo. La única persona a quien tienes que rendir cuentas es a mí, la única persona con más autoridad que tú, soy yo. Tú eres el segundo en el mando. Tú eres ahora mi primer ministro.” ¿Sabe usted lo que el faraón vio en José? Oro.

La palabra *prudencia* sugiere la capacidad de tener discernimiento y sagacidad en cuanto a una situación, y de actuar positivamente en tiempos de necesidad. José era un hombre que podía hacer eso y mucho, mucho más. Sabía cómo evaluar una situación y dar los pasos adecuados, aun estando bajo presión. Sabía hacerlo, porque fue a través de la presión que había sido refinado como el oro.

Exaltado sobre todo Egipto

El faraón dijo además a José: He aquí, yo te pongo a cargo de toda la tierra de Egipto. Entonces el faraón se quitó el anillo de su mano y lo puso en la mano de José. Le vistió con vestiduras de lino fino y puso un collar de oro en su cuello. Luego lo hizo subir en su segundo carro, y proclamaban delante de él: “¡Doblad la rodilla!” Así lo puso a cargo de toda la tierra de Egipto. Génesis 41:41-43

Faraón extendió su brazo a todo lo ancho, como para incluir a toda la vasta tierra de Egipto, y dijo: “Es toda tuya, José.” Entonces se quitó el anillo con que sellaba y lo colocó en la mano de José.

Usted sabe lo que ese anillo significaba, ¿verdad? Era como la tarjeta de crédito de platino de aquellos tiempos. Era la manera como el rey sellaba los recibos, las leyes, o cualquier otro documento que deseara verificar o validar con su autoridad real. Ahora José tenía ese anillo en su dedo, puesto allí por el mismo faraón. Tenía sobre sí la marca de autoridad del rey.

Junto con esto, el faraón le dio finas vestiduras hechas de lino y, como correspondía, le colocó un collar de oro alrededor del cuello. Le dio, además, un carruaje real.

Apenas unas pocas horas antes, José había sido un prisionero sucio y harapiento, olvidado en un calabozo. Ahora tenía atuendo real, lucía un collar de oro alrededor de su cuello, tenía el anillo del faraón en su dedo y disponía de un fabuloso carruaje. Y por todas partes se le ordenaba a la gente: “¡Doblad la rodilla!”

El ascenso de José, parecido al de la Cenicienta, era increíble. Pero cuando Dios determina que ha llegado el momento así es como él actúa.

José tenía 30 años cuando empezó a servir al faraón, rey de Egipto. Saliendo José de la presencia del faraón, recorrió toda la tierra de Egipto. Génesis 41:46

Esta es una oportunidad excelente para cambiar de escena por un momento, y observar todo esto desde la perspectiva de un hombre que está trabajando en el campo, recogiendo piedras para uno de esos proyectos interminables de nunca acabar, de construcción de las pirámides. Él no sabe nada en absoluto de lo que acaba pasar en el calabozo y en el palacio real. Lo único que sabe es que cierto joven advenedizo, cierto extranjero, se las ha arreglado para ganarse el favor del faraón. Y que le han dicho: “¡Dobla tu rodilla delante de este hombre!”

“¡Ay, no, compañero, no faltaba más!”, dice el trabajador. “¿Quién piensa que es? ¿A quién sobornó para tener todo eso? Tiene que estar bien conectado. Esa es la única manera como se puede ascender allá en la corte.”

De estar en la misma situación, probablemente pensaríamos lo mismo. En la era de Vietnam oíamos con frecuencia la expresión: “Nunca confíes en alguien mayor de 30 años.” Hoy, en vista del amplio segmento de la población entrada en años, es más probable que oigamos: “Nunca confíes en nadie *menor* de 30 años.”

El mismo Job dijo: “No son los ancianos los únicos sabios, ni es la edad la que hace entender lo que es justo” (Job 32:9, NVI). Las canas no son garantía de sabiduría, ni necesariamente la juventud es señal de inmadurez o ignorancia. Podemos ser muy reacios a entregarles las riendas a los jóvenes. “¡Ellos tienen que ganarse el derecho!”, pensamos. Tenemos la tendencia a mirar con sospecha a cualquiera que tenga más poder, o que sea más rico, o que tenga mayor jerarquía, si es *más joven* que nosotros.

Pero lo que no podemos ver desde nuestra limitada perspectiva es lo que Dios ha estado haciendo en el interior. Ese trabajador que se encuentra en el campo no sabe, ni tiene siquiera la más leve idea de lo que ha pasado en la vida de José, ni está al tanto de los años que pasó en un calabozo. No sabe nada acerca de la fidelidad de José cuando nadie lo estaba observando.

José ha sido señalado, escogido, seleccionado, preparado y refinado como el oro por el Dios Todopoderoso. Es así como ha llegado a colocarse el anillo del rey. Es así como ha logrado las vestiduras, el collar y el carruaje. Esa es la razón por la que otros están diciendo: “Doblen las rodillas.” No es José quien lo está diciendo, sino otros.

Me pregunto qué estaría José pensando en ese momento.

Creo que se estaba diciendo una y otra vez: “¡Alabado sea el Señor!” Pienso que estaba contando todas las cosas que Dios le había enseñado durante treinta años, cosas que Dios quiere enseñarnos a nosotros también.

En primer lugar: *Durante el período de espera hay que confiar en Dios sin dejarse llevar por el pánico.* Deje que Dios se encargue de los coperos de su vida; de la gente que se ha olvidado de usted; de la gente que rompe sus promesas. Es a Dios quien le corresponde ocuparse de los coperos de su pasado. Lo que a usted le toca es ser la clase de siervo que él ha determinado que usted sea. Sea fiel durante los períodos de espera de su vida. Dios nunca lo olvidará ni lo desampará.

En segundo lugar: *Cuando llegue la recompensa, dele gracias a Dios sin sentirse orgulloso.* Sólo Dios puede darle fuerzas en la prisión y sacarlo de ella. Sólo Dios puede recompensarlo por su fidelidad. Si él lo ha hecho, sea agradecido, no orgulloso. Por supuesto, habrá siempre algunos que hallarán una razón para decir que usted no se lo merece, que usted no está calificado para recibir la recompensa ni la promoción. Pero recuerde con humildad que es Dios quien lo ha puesto en ese sitio.

G. Frederick Owen escribió lo siguiente acerca de José:

Un intento de seducción; un plan diabólico; una vil ingratitud; la prisión con todos los horrores que conlleva. Pero su irreprochable hombría; su fidelidad al hacer lo correcto, su lealtad hacia el Dios de sus padres, llevaron a este joven al palacio, para convertirlo en el gobernador de la tierra de los faraones.

Algunos de ustedes están a punto de ser ascendidos y aún no lo saben, porque Dios no anuncia sus decisiones por adelantado. Lo que tiene que hacer, mientras espera, es creer en las promesas de Dios. Mientras se encuentre en la obscuridad de su calabozo confíe, por fe, de que él traerá la luz de un nuevo amanecer. En el invierno de su descontento, crea, confíe en que habrá una primavera.

El extinto Joe Bayly nos cuenta en su libro *The Last Thing We Talk About* (La última cosa de la que hablamos) la pérdida de sus tres hijos, Danny, John, y Joe, cada uno perdido a diferente edad y bajo diferentes circunstancias, uno de ellos antes de cumplir los cinco años, de leucemia. Al recordar ese sufrimiento, Bayly escribe acerca de la esperanza que finalmente volvió a tener.

Un sábado por la mañana en enero observé cómo el camión del correo se detenía ante nuestro buzón que se encontraba al lado de la carretera. Sin pensar en nada, excepto en que deseaba ver la correspondencia, salí corriendo de la casa y me dirigí a la carretera en mangas de camisa. El día era muy frío — la temperatura estaba por debajo de cero—, soplaban un frío viento del norte, y el suelo estaba cubierto con más de treinta centímetros de nieve.

Abrí el buzón, saqué el correo, y me disponía a emprender una frenética carrera de vuelta a la casa cuando vi lo que había en el fondo, bajo las cartas un catálogo Burpee de semillas. En la portada había unas radiantes zinias. Volteé el catálogo y en la contraportada había unos tomates inmensos.

Por unos breves instantes me olvidé del frío; no lo sentía. Comencé a dar vuelta a las hojas, y sentí el sabor del maíz y de los pepinos, y la fragancia de las rosas. Vi la tierra recién removida, vida, la olí y dejé que se deslizara entre mis dedos.

Durante esos breves momentos, yo estaba viviendo la primavera y el verano, dejando atrás el invierno.

Entonces, el frío me penetró los huesos y corrí de regreso a la casa. Cuando la puerta se cerró detrás de mí, y entré en calor otra vez, pensé que en esos momentos en el buzón del correo se asemejaban a nuestra experiencia como cristianos en esta vida.

Sentimos el frío, junto con aquellos que no comparten nuestra esperanza. El viento cortante nos cala los huesos como también a ellos.

Pero en nuestros momentos de frío tenemos un catálogo de semillas. Lo abrimos y olemos la prometida primavera, la eterna primavera. La primicia que nos da esperanza es Jesucristo, quien fue levantado de la muerte y de la fría tierra a la gloria eterna.

El Dios de José permanecerá a nuestro lado durante los días de prisión; él no nos dejará ni nos olvidará. Estará allí durante las ráfagas de la tormenta invernal, manteniendo firme la promesa de una primavera. Estará allí a través de la noche más oscura, recordándonos silenciosamente la promesa de la luz de la mañana.

Hace muchos años, hice una decisión muy importante en mi vida. Me encontraba luchando con la pregunta de si Dios era o no el autor de la Biblia. Llegué a la firme convicción de que sí lo era y que, por tanto, este Libro era digno de confianza. A partir de ese momento, decidí confiar en la Palabra de Dios sin ninguna reserva.,

Más o menos en la misma época, comencé a estudiar las Escrituras con seriedad y descubrí algo asombroso: ¡"Dios hablaba de cosas con las que yo vivía a diario! Hablaba en su Palabra de cosas con las que había luchado personalmente, de problemas con los que me encontraba batallando solo, y me ofrecía respuestas que funcionaban. Y cuando esas respuestas no llegaban, me ofrecía esperanza para esperar. Así que decidí que su Libro era verdadero y absolutamente confiable, aunque no pudiera ver el final al otro extremo del túnel de la vida.

Cuanto más estudiaba las Escrituras, más me daba cuenta de que sus verdades caen dentro de varias categorías. Por ejemplo, Dios habla acerca de la salvación a través de su Libro. Habla de cómo llegar a conocerlo personalmente, de cómo relacionarnos con él íntimamente. También nos habla acerca de rasgos del carácter tales como la mansedumbre, la paciencia, la bondad, la benignidad y el gozo. Pero de todas las categorías a tomar seriamente, creo que la que significa más para mí cae dentro de la categoría de las promesas; de promesas tales como:

Pero a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio derecho de ser hechos hijos de Dios. Juan 1: 12

Por nada estéis afanosos; más bien, presentad vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestras mentes en Cristo Jesús. Filipenses 4:6, 7

Hace algunos años, alguien contó las promesas de la Biblia y totalizó 7.474. Yo no puedo verificar esa cantidad, pero si sé que dentro de las páginas de la Biblia hay miles de promesas que conmueven al lector y le dicen: "¡Cree en mí! ¡Acéptame! ¡Aférrate de mí!" Y de todas las promesas que se encuentran en la Biblia, las que muchas veces son más significativas, son las que ofrecen esperanza cuando la aflicción ha llegado al máximo. Son esas promesas que nos dicen: "Vale la pena seguirme. Camina conmigo. Confía en mí. Espera en mí. Yo te recompensaré por tu tiempo de espera. Tu oro está siendo refinado."

José aprendió que un corazón contrito y quebrantado no es el fin, sino el comienzo. Vapuleado y abrumado por los reveses de la decepción y de los sueños no realizados, descubrió que Dios nunca se había apartado de su lado. Cuando la aflicción llegó a su fin, él había sido refinado y transformado en oro puro. Se había convertido en una persona de mayor estabilidad, de mayor calidad y de un gran carácter moral.

Las promesas de Dios son para nosotros, al igual que lo fueron para José. Su gracia sigue actuando. Sus tiernas misericordias nos acompañan desde el foso más profundo hasta la cúspide más elevada.

Capítulo Cinco

LA RECOMPENSA DE LA RECTITUD

Hace poco recibí una carta que mencionaba una encuesta hecha a personas mayores de 95 años. Les hacían una pregunta de esas de respuesta abierta que podían contestar como quisieran:

“Si usted pudiera empezar de nuevo su vida, ¿qué haría de manera diferente?”

Se dieron numerosas respuestas. Pero entre todas ellas, sobresalían tres:

- Dedicaría más tiempo para reflexionar.
- Aceptaría más riesgos.
- Haría más cosas que perduraran después de mi partida.

¡Puesto que yo era “joven”, no participé en esa encuesta, pero de haberlo hecho habría añadido otra respuesta a las anteriores:

- Habría dado más reconocimiento a los demás.

Y usted, ¿qué? En una escala de 1 a 10, siendo 10 la mejor calificación, ¿cuán reconecedor y alentador es usted de los demás? ¿Cuán cooperador ha sido en sus logros y triunfos?

Algunas preguntas nos ayudarán a dar la respuesta. Primero, ¿cuán alentadores somos cuando otros se encuentran afligidos e incapaces de funcionar? ¿Cuando no son muy simpáticos ni receptivos? ¿Cuándo están enfermos o deprimidos y no son tomados en cuenta? ¿Cuando son, en las palabras de Romanos 12:15, “los que lloran”? ¿Los anima y llora con ellos? ¿Ofrece estímulo y apoyo a los que agonizan por diversas aflicciones?

Hace siete siglos, un hombre de Dios que ha pasado a la historia como San Francisco de Asís, se dio cuenta de la necesidad de animar a los que estaban sufriendo. Conocemos a este hombre, entre otras cosas, por una conmovedora oración que hemos llegado a apreciar:

**Señor, haz de mí in instrumento de tu paz.
Que donde haya odio, siembre yo amor;
donde haya ofensa, perdón;
donde haya duda, fe;
donde haya desaliento, esperanza;
donde haya obscuridad, luz;
donde haya tristeza, alegría...**

En una escala de 1 a 10, ¿cuántos le podría a la pregunta: “Aparta usted tiempo para consolar y llorar con los que lloran”?

Una segunda pregunta va aún más allá: ¿Cuán positivo es usted con aquello que han sido ascendidos? ¿O con los que han tenido éxito a los ojos del mundo? Ellos han logrado mucho y han sido premiados por sus logros. ¿Se alegra y los aplaude? ¿O los pone automáticamente en tela de juicio porque tienen más de lo que usted pudiera tener algún día?

Esta segunda pregunta trae a la luz algunas cosas interesantes, ¿no cree? He descubierto que la mayoría de las personas se encuentran más dispuestas a llorar con los que lloran que a regocijarse con los que se regocian. Esto es especialmente cierto en el área de la riqueza material y de las comodidades. He observado que muchas personas se sienten incómodas con la gente adinerada, aunque no tenga ninguna razón para dudar de su integridad o del origen de su riqueza. El lado desagradable de la naturaleza humana se manifiesta, atizado por la envidia o los celos, y entonces la crítica tiene a fluir libremente.

Escondido dentro de los pliegos de Filipenses 4 se halla una pepita de oro que habla directamente de esto. Pablo se está dirigiendo a la iglesia de Filipos, en el primer siglo. Al escribir acerca de los días difíciles que le había tocado vivir, menciona los dos extremos de su vida: sus tiempos de necesidad y sus tiempos de gozo. Pablo aconseja a los hermanos de esa iglesia que animen y que se gocen con los que se encuentran en ambos extremos.

En gran manera me regocijé en el Señor porque al fin se ha renovado vuestra preocupación para conmigo. Siempre pensabais en mí, pero faltaba la oportunidad. No lo digo porque tenga escasez, pues he aprendido a contentarme con lo que tengo. Sé vivir en la pobreza, y sé vivir en la abundancia. En todo lugar y en todas las circunstancias, he aprendido el secreto de hacer frente tanto a la hartura como al hambre, tanto a la abundancia como a la necesidad. ¡Todo lo puedo en Cristo que me fortalece! Sin embargo, hicisteis bien en participar conmigo en mi tribulación. Filipenses 4:10-14

Fíjese en los extremos. “Sé vivir en la pobreza”, admite Pablo, “y sé vivir en la abundancia”. Tenemos poca dificultad en imaginarnos a Pablo en situación de pobreza: ganándose el sustento haciendo tiendas, mientras se dedica a la evangelización

y a la enseñanza; sufriendo posiblemente los escalofríos de la malaria en las escarpadas playas de Panfilia; soportando noche sin dormir; pasando hambre, y muchas veces por causa de su fe. Es mucho más difícil imaginarnos a Pablo disfrutando de prosperidad, al menos con los criterios de la vida moderna. ¿Por qué? Bueno, seré franco en este punto. Parece haber algo más espiritual con los días tristes y dolorosos, y algo así carnal con los días de prosperidad. No obstante, Pablo dijo: “He aprendido el secreto de estar lleno y de estar en abundancia.” Había experimentado ambas cosas y aprendido cómo manejarlas. Hubo oportunidades en que este piadoso hombre de Dios disfrutó de “abundancia”.

Puedo contar con los dedos de la mano, y aun me sobrarían, el número de mensajes que he oído en defensa del éxito, de las recompensas terrenales o de las riquezas dadas por Dios, pero hay estantes llenos de libros que atacan la prosperidad y la riqueza. Sin embargo, ¿qué podríamos hacer sin los dones de la abundancia? ¿Tiene usted alguna idea de la condición en que se encontrarían muchas iglesias, ministerios de servicio, seminarios, institutos bíblicos y agencias misioneras, si no fuera por esos hombres y mujeres generosos que dan con abundancia de lo mucho que han prosperado? Y mientras trato este tema, debo mencionar también a aquellos personajes bíblicos a quienes Dios bendijo con riquezas materiales y a quienes utilizó para su mayor gloria. Esas personas fueron tan recompensadas e importantes como aquellos que sufrieron grandes privaciones.

Ahora bien, hay que reconocer que la prueba de la prosperidad puede ser algo tan amedrentador como lo que más de esta vida. J. Oswald Sanders escribió: “No todos los hombres son capaces de sostener una copa rebosante. Un encumbramiento repentino lleva muchas veces al orgullo, a la arrogancia, y a la caída. La prueba más difícil de soportar es la de la prosperidad.”

Pero, ¿qué es la persona que soporta la prosperidad y que honra al Señor con su riqueza? ¿Recibe la iglesia evangélica de hoy a ese hombre o a esa mujer? ¿Hay espacio en las bancas para alguien que, evidentemente, ha sido bendecido con los bienes de este mundo? ¿O no se da la bienvenida por envidia, celos o resentimiento? Hemos vuelto a mi pregunta inicial: ¿Cuán reconocedores y alentadores somos?

Estas son preguntas importantes que debemos considerar al examinar la siguiente etapa de la vida de José.

UN RÁPIDO ANÁLISIS... ANTES Y AHORA

Podemos imaginar a José luciendo ese elegante turbante egipcio que probablemente utilizaba. Podemos imaginarlo viviendo el estilo de vida de un egipcio, lo cual ciertamente hizo. Podemos imaginarlo en la corte del faraón, donde era el segundo en autoridad. Pero me gustaría imaginarlo hoy en una de nuestras iglesias evangélicas promedio.

Imagínelo primero cuando experimentaba la agonía del sufrimiento, rechazado por su familia, vendido como esclavo y encarcelado injustamente. Puedo garantizarle que su nombre estaría incluido en la lista de oración de la iglesia. Nos preocupamos por los que son arrojados de sus hogares a la calle. Nos preocupamos por todos ellos. Intercedemos por ellos. Muchas veces acudimos en su ayuda. Sí, el nombre de José habría ocupado el primer lugar en cualquier lista de oración.

Un hombre restaurado

Luego, a través de una interesante sucesión de hechos, después de haber sido acusado falsamente, encarcelado y olvidado por dos años más, José fue llevado ante el rey de Egipto. Allí interpretó correctamente un sueño, impresionó al faraón, y de pronto se volvió próspero y poderoso. Mire no más qué le dieron.

La mayoría de los eruditos del Antiguo Testamento que han escrito acerca de esa época dicen que Egipto no puede ser comparado con ningún otro país del mundo antiguo, excepto, tal vez, con Babilonia, que surgió varios siglos más tarde con todo esplendor. Egipto era un lugar de poder impresionante, de envidiable adelanto en la educación, de preponderancia militar y de riqueza ilimitada. Y el faraón de esa tierra le dijo a José:

He aquí, yo te pongo a cargo de toda la tierra de Egipto. Génesis 41:41

Una nueva posición de autoridad

Observe los pronombres: “Yo te pongo [a ti].”. Como vimos en el capítulo anterior, José no manipuló la situación. Ni siquiera esperaba lo que sucedió. Esto ocurre con frecuencia en la vida de una persona exitosa. Lo último que él habría esperado era la bendición de Dios en una medida de tal magnitud. La prosperidad personal no era algo que lo hacía perder el sueño.

El faraón dijo: “José, te estoy poniendo sobre toda la tierra de Egipto.” Esto significa que José tenía también autoridad fiscal, actuando como segundo al mando después del faraón. ¿Recuerda la escena descrita tan vívidamente en el relato de Génesis?

Entonces el faraón se quitó el anillo de su mano y lo puso en la mano de José. Le vistió con vestiduras de lino fino y puso un collar de oro en su cuello. Luego lo hizo subir en su segundo carro, y proclamaban delante de él: “¡Doblad la rodilla!” Así lo puso a cargo de toda la tierra de Egipto. Génesis 41:42, 43

La palabra hebrea utilizada aquí, traducida como anillo, significa “grabar”. Este anillo era usado para grabar inscripciones en arcilla suave. Por lo tanto, cuando le eran presentadas facturas, José simplemente estampaba el sello del

faraón sobre cada una de ellas con el anillo de su dedo. Le había sido dada autoridad final y poder económico sobre la nación. Se había convertido en el líder al que todos acudían.

Además de todo esto, Faraón hizo vestir a José con ropas de lino fino, le puso un collar de oro alrededor del cuello, y ordenó que su carruaje viniera inmediatamente después del suyo. A pasar por las calles, los servidores del faraón gritaban: “¡Doblen la rodilla delante de José!”

El hijo de Jacob tenía ahora riquezas, autoridad y poder, y daba evidencias de ello. Estaba vestido con ropas reales, tenía un resplandeciente collar de oro alrededor de su cuello, lucía el anillo del rey, y se trasladaba en su propio carruaje oficial. La gente se inclinaba a su paso. Un pequeño destacamento de seguridad formado por bronceados soldados egipcios lo rodeaba, dando bruscamente la orden: “¡Doblen sus rodillas. Muéstrenle respeto a este hombre. Este es José, nuestro primer ministro!”

Volvamos de nuevo a nuestro mundo actual. ¿Qué pensaríamos si José fuera un hombre de nuestra iglesia y le hubiera sucedido todo esto? ¿Nos resultaría difícil reconocerle esa clase de éxito? ¿Lo miraríamos con envidia y nos preguntaríamos: “¿Cómo lo logró? ¿Qué tuvo que hacer para tener esta clase de influencia y poder? ¿Quién se cree que es, queriendo que nos inclinemos ante él?”

Sin embargo, la Escritura nunca dice que José esperaba que la gente doblara la rodilla ante él. En realidad, me inclino a pensar que José debió de haberse sentido avergonzado a veces con toda la pompa asociada a su posición. Allí estaba él, un hombre que todavía mostraba las cicatrices de la esclavitud, recorriendo las calles de la ciudad con el faraón, viendo cómo la gente se arrodillaba ante él. En las palabras de Pablo, José tenía ahora que aprender “el secreto de hacer frente a la hartura.”

Un nuevo nombre y una esposa egipcia

El faraón llamó a José Zafnat-panea, y le dio por mujer a Asenat hija de Potifera, sacerdote de On. Y José salió a recorrer la tierra de Egipto. Génesis 41:45

Junto con toda esta autoridad, a José le fue dado un nuevo nombre. Una vez más, la iniciativa no fue suya. Él no escogió este nuevo nombre, sino el faraón, quien lo llamó Zafnat-panea.

Este nombre es significativo. En su centro está la sílaba “nat”. Esto no nos dice nada hoy, pero de haber vivido entonces, habría significado mucho. *Nat* era una de las diosas de Egipto. Por tanto, su nuevo nombre significaba ¡“el dios habla y vive”! A José le fue dado un nuevo nombre egipcio, pero siendo que este nombre le daba reconocimiento a un dios pagano, no es un nombre que José hubiera escogido por sí mismo para él.

También le fue dada una esposa que posiblemente él tampoco habría escogido. Su nombre era Asenat. Notemos, una vez más la sílaba “nat”. El nombre de su esposa quería decir “perteneciente a Nat”, y era hija de un sacerdote egipcio.

José se había convertido, de repente, en noticia. Súbitamente, había adquirido notoriedad. Todo lo que decía o hacía era noticia en todo Egipto.

Plutarco, quien vivió en el primer siglo y observó el abuso de poder entre muchos de los romanos ricos, escribió: “La autoridad y la posición muestran y ponen a prueba el carácter de los hombres., al agitar cada pasión y exhibir todas sus fragilidades. Ninguna bestia es tan salvaje como el hombre cuando tiene poder.” Él no dijo que todo hombre con poder era una bestia o un salvaje; dijo que el poder ofrecía esa gran tentación. Siglos más tarde, todos sabemos que eso es verdad. Lo hemos visto a través de la historia, y lo vemos hoy alrededor del mundo. Por eso, sospechar de los que tienen poder es para nosotros una segunda naturaleza. Sin embargo, no todos merecen esa sospecha. Por la gracia de Dios, siempre habrá otros José. Por la gracia de Dios, usted puede ser uno de ellos. Siempre habrá quienes, tras soportar años de penalidades, dolor e infortunios, se levantarán como grandes triunfadores en el mundo de la economía y en la vida pública. ¡Pero qué precio tan grande tuvieron que pagar para lograrlo! Valoro las palabras de Víctor Hamilton en cuanto a José: “Entre su venta como esclavo y su elevación transcurrieron trece años, trece años de pesadillas, penalidades, fracasos y frustraciones.”

Aquellos que tienen poder o riquezas enfrentan más que la tentación. A menudo tienen la desventaja de ser figuras públicas, y cuando usted es una figura pública ¡para vez tiene las de ganar! Usted paga el precio por tratar de convertirse en una de ellas y, a veces, un precio aún más grande cuando lo logra.

Recuerdo unas famosas palabras de Johnny Carson, cuando todavía gobernaba el presidente Reagan y Carson lideraba la TV nocturna. Johnny solía bromear, diciendo: “Ronald Reagan mantuvo su boca cerrada durante todo el día de hoy. Mañana dirá lo que quiso decir con eso.” Cuando las figuras públicas hablan, pueden tropezarse con cualquier cantidad de minas. Pero aunque permanezcan en silencio, la gente se pregunta que estarán escondiendo, qué estarán callando.

Pensemos en el evangelista Billy Graham, un hombre a quien casi todo el mundo admira y respeta. Este hombre tiene que ser cuidadoso con lo que dice acerca de las figuras políticas, una lección que ha aprendido bien y a veces dolorosamente en los años que ha sido centro de la atención pública. Lo único que tiene que hacer es tocar involuntariamente un plato de la balanza e inclinarla ¡y ya está en la primera página de los periódicos! Por consiguiente, ha sido objeto de la crítica ponzoñosa. ¿A qué se debe esto? Bueno, eso parece ser lo normal cuando la mano generosa de Dios descansa sobre ciertas personas. Y usted jamás podrá convencerme de que José no experimentó algo de esto en carne propia.

¡Qué responsabilidad, qué carga, especialmente para un hombre que tenía sólo 30 años de edad!

Recuerdo cuando los 30 años me parecían una edad muy avanzada. Ahora me parecen una edad maravillosamente joven. Pero la juventud no impide ser útil. De hecho, la Biblia está llena de ejemplos de personas jóvenes que ocuparon posiciones de liderazgo e influencia. David no tenía aún 20 años cuando fue ungido rey por Samuel, y sólo 30 cuando ocupó el trono. Cuando Daniel fue escogido por el rey Nabucodonosor para ser uno de los principales en su corte, era sólo un adolescente. Josías tenía ocho años de edad cuando comenzó a reinar (algo alarmante), y la Virgen María era todavía una adolescente cuando dio a luz al niño Jesús.

En tiempos más recientes, Charles Haddon Spurgeon tomó el púlpito de New Park Street Chapel (la Capilla de la Calle New Park) a los 20 años. Pero tuvieron que construir el Tabernáculo de Londres para dar cabida a las multitudes que venían a oírlo predicar. Este local se llenaba por completo antes de que Spurgeon cumpliera los 30 años. La gente de Londres permanecía fuera del templo bajo la nieve, esperando que abrieran sus puertas. El gran predicador G. Campbell Morgan tenía sólo 13 años cuando predicó su primer sermón, y cuando llegó a los 23 algunos lo llamaban “el maestro de la Biblia de Gran Bretaña”.

Comparado con algunas de esas personas. José era un viejo. ¡Tenía 30 años! Y ahora estaba en la cúspide, con su anillo de autoridad, su collar de oro y sus vestiduras de lino, llevado en su carruaje, y disfrutando de su flamante esposa. Había pasado de la cisterna al palacio, de la cárcel al trono. Y, gracias a Dios, lo hacía todo con humildad.

A pesar de todo eso, lo externo no es lo que cuenta, por supuesto. Lo que importa es lo que hay dentro. Nosotros no respetamos a un hombre o a una mujer — o al menos no debíamos — por la ropa que luce, o por las joyas que posee, o por el vehículo que conduce, ni siquiera porque sea muy popular. Lo respetamos por lo que es interiormente. La integridad tiene su propia manera de hacer callar a la crítica.

Dos hijos y una conciencia tranquila

Dios guió al escritor del libro de Génesis a revelar la verdad acerca de casi todas las áreas de la dramática vida de José. Nos permite ver cómo era el hombre en su interior, aún lo que estaba pensando. Podemos resumirlo en una sola oración: su corazón era humilde delante de Dios. ¿Cómo lo sabemos? Considere lo siguiente:

Antes del primer año de hambre, le nacieron a José hijos, los cuales le dio a luz Asenat hija de Potifera, sacerdote de On. José llamó el nombre del primogénito Manasés, porque dijo: “Dios me ha hecho olvidar todo mi sufrimiento y toda la casa de mi padre.” Al segundo lo llamó Efraín, porque dijo: “Dios me ha hecho fecundo en la tierra de mi aflicción.” Génesis 41:50-52

¿Por qué añade el escritor estos detalles? Primero, pienso que él quiere que sepamos que José fue monógamo. Él no cayó en la trampa de la poligamia, como muchos que lo rodeaban, aun de su propia familia. Tuvo una sola esposa, y ella le dio dos hijos. Segundo, y mucho más importante, el escritor quiere que nos demos cuenta del significado de los nombres de los hijos de José. Ambos nombres constituyen un juego de palabras.

Al ponerles estos nombres a sus hijos, José proclamaba públicamente que Dios lo había hecho olvidar todas sus aflicciones, aun aquellas que tenían que ver con la casa de su padre. Pero por encima y más allá de eso, Dios lo había hecho fructífero en una tierra y en unas circunstancias que sólo le habían traído problemas. ¡Qué humildad la de José al reconocer esto!

Manasés, el primer nombre, proviene de la raíz hebrea *menasheh*, que significa “olvidar”. Al llamar a su primer hijo Manasés, José estaba diciendo: “Dios me ha hecho olvidar.” ¡Qué contento debió haberse sentido con la llegada de su primogénito! Quizá sonrió, junto a Asenat, mientras le apretaba firmemente la mano y miraba los diminutos ojos de su hijo, y dijo: “Dios me ha *Manaseado*; ha quitado el dolor agudo de mis recuerdos.”

Al llamar Efraín a su segundo hijo, otro juego de palabras en el original, cuyo significado es “dos veces fructífero”. José estaba diciendo: “Dios me ha *Efrainado*. Me ha dado dos hijos. Me ha bendecido sin límites en un lugar que una vez parecía traerme sólo sufrimientos.”

José puso nombres a sus hijos que revelaron su noble y humilde actitud delante de Dios, identificando a estos niños con recordatorios de la actividad de Dios en su vida. “*Dios ha hecho...*” dijo. “*Dios me ha dado...*” reconoció.

Sabemos que en el cerebro tenemos grabados permanentemente los recuerdos. En realidad, no olvidamos nada. A veces, no podemos recordar algo; sin embargo, allí está guardado. José dijo: “Dios me ha hecho olvidar.”

Ah, esa es la clave. Los recuerdos seguían allí, alojados en lo profundo de los pliegues de debajo del cráneo, pero cuando finalmente llegó el alivio de Dios lo hizo olvidar el dolor, la angustia de lo que había pasado. Sabemos que los recuerdos seguían todavía allí, porque más tarde habla de ellos con sus hermanos, como veremos más adelante. Pero Dios lo hizo ir más allá de lo que yo llamaría “los agujones” en su memoria. De manera que José dijo: “Le he dado el nombre de Manasés a este niño porque él representa la remoción del ‘aguijón’ de ayer.” Todo esto no es diferente de las palabras del anciano profeta Joel, quien escribió acerca de la capacidad del Señor de restituir: “Yo os restituiré los años que comieron la oruga, el pulgón, el saltón y la langosta...” (Joel 2:25).

Aquí hay una advertencia para todos nosotros. Es muy tentador tratar de vengarse de los Rubén y de los Judá, de los Dan y de las señoras Potifar de nuestra vida pasada. De desquitarnos de quienes nos han afligido, arruinado y martirizado con sus acciones malvadas y sus palabras afrentosas. En vez de eso, debemos dar a luz a un Manasés. ¿Habrá llegado el momento de que usted le pida al Señor Dios que borre los agujones de su memoria? *Solamente él puede hacer eso.* Después vendrá el tiempo de dar a luz un Efraín. De recordar cómo Dios nos ha provisto de bendiciones en abundancia. ¡Qué nombre tan positivo e inspirador: “Dios me ha hecho fructífero!” Pero esto no se detiene aquí. Por su terminación plural, esta palabra comunica la idea de un doble beneficio, de múltiples bendiciones. Es lo que llamaríamos “superabundancia”. Y fue Dios quien lo hizo todo.

Esto me recuerda esa magnífica frase de la carta de Pablo a los Romanos: “...pero en cuanto se agrandó el pecado, sobreabundó la gracia.” (5:20). Me encanta la traducción que hace Eugene Peterson del mismo texto de la Escritura. Él escribe: “Pero el pecado... no tiene ninguna oportunidad de competir con el perdón agresivo que llamamos *gracia*. Cuando es pecado en oposición a gracia, la gracia gana sin duda alguna.”

Nunca he conocido una persona que realmente haya entendido y abrazado la gracia, y que a la vez haya continuado sintiendo rencor. Ese “perdón agresivo” quita los agujones y los reemplaza con olas y olas de gratitud a Dios. Eso fue lo que sucedió con José cuando le nacieron sus dos hijos.

¿Qué hizo José con toda esa abundancia?

Comida en medio del hambre

Se terminaron los siete años de abundancia que hubo en la tierra de Egipto, y comenzaron a llegar los siete años de hambre, tal como José había anunciado. Había hambre en todos los países, pero en toda la tierra de Egipto había qué comer. Pero cuando el hambre se sentía en toda la tierra de Egipto, el pueblo clamaba al faraón por alimentos. Entonces el faraón dijo a todos los egipcios: “Id a José y haced lo que él diga.” El hambre se extendió a todos los rincones del país. Entonces José abrió todos los depósitos de grano y vendía provisiones a los egipcios, porque el hambre se había intensificado en la tierra de Egipto. También de todos los países venían a Egipto para comprar provisiones a José, porque el hambre se había intensificado en toda la tierra. Génesis 41:53-57

Como hemos visto, a José le fue dada autoridad. Tiene en sus manos las llaves de los vastos depósitos de alimento. Es el dueño de la abundancia en medio del hambre.

Si leo bien estos versículos, era un hambre general como el mundo jamás había conocido antes, ya que el texto dice: “El hambre se sentía en toda la tierra.”

En estas circunstancias, ¿qué hizo José? No acaparó los abundantes depósitos de comida para sí mismo ni para su familia, ni para la familia real, ni siquiera para la tierra de Egipto. Abrió esos inmensos depósitos y dejó salir su contenido para todos los que necesitaran comida. “También de todos los países venían a Egipto, para comprar provisiones a José”, dice el texto. Este fue un hombre que nunca se aprovechó de sus privilegios, ni de su autoridad, ni de sus recursos económicos.

Con la ayuda de Dios, José previó lo que iba a pasar, pero nunca se aprovechó de ese conocimiento. Durante esos siete años de abundancia, demostró ser fiel. Nunca se aprovechó de su poder. Con discreta y callada eficiencia, acumuló suficiente comida para administrarla durante los años de hambre que vendrían con toda seguridad. Por eso, después de siete años de prosperidad, el faraón pudo decir: “Vayan donde José. Él se ha mostrado digno de mi confianza. Acudan a él. Les dirá lo que tienen que hacer. Si saben lo que les conviene, harán lo que él les diga.”

El pastor y escritor Gene Getz hace una tarea espléndida al sintetizar la capacidad administrativa de José:

A la edad de 30 años, José nunca hubiera podido manejar esta tarea de talla mundial sin un curso intensivo de administración probado por la experiencia. Este comenzó en la casa de Potifar, donde administraba todos sus asuntos. Continuó en la prisión, donde finalmente tuvo a todos los presos bajo su responsabilidad. Y trece años más tarde fue puesto “...a cargo de toda la tierra de Egipto” (Gén. 41:41).

El plan de Dios para José siguió un programa. Su preparación fue hecha a la medida para la tarea que Dios tenía para él. Y porque José pasó todas las pruebas, porque aprendió a confiar cada vez más en Dios, estuvo listo cuando Dios abrió la puerta de la oportunidad. José manejó el prestigio y el poder sin sucumbir al orgullo. Perseveró con paciencia y cumplió con sus deberes fiel y exitosamente. Él estaba bien preparado.

Evaluación y aplicación

Bueno, en una escala de 1 a 10, ¿cuántos puntos le daría a José? Vístalo con un traje de ejecutivo y póngalo en un alto cargo profesional. Vístalo con ropa costosa y colóquelo en una casa inmensa y bien amueblada. Dele un presupuesto ilimitado, un poder casi ilimitado, un lujoso vehículo de la compañía, una esposa encantadora, dos niños saludables y una gran cantidad de acciones de la industria de alimentos. ¿Lo animaría? ¿Lo aprobaría?

Ahora bien, no olvide que él sigue caminando con humildad delante de su Señor. Tiene poder terrenal, pero todavía mantiene su integridad y comparte generosamente su abundancia con los demás que tienen necesidades. Esto ayuda en

nuestra evaluación, ¿no es verdad? No podemos dejar de admirar a los que cosechan las recompensas de la rectitud porque Dios los prospera, cuando ellos, a su vez, proveen para los demás que tienen necesidades.

Quiero dejar constancia aquí, de que yo, personalmente, creo que algunos de los más grandes santos dentro de la familia de Dios son aquellos que han caminado en integridad cuando Dios, por su gracia, los ha bendecido con riquezas, y que utilizan esa riqueza para la gloria del Señor. Ministerios de los que yo he formado parte han sido favorecidos inmensamente, no sólo por aquéllos que tienen pocos bienes de este mundo, sino también por los José de esta generación y de las anteriores. Le doy gracias a Dios al pensar en las pocas personas de ambos niveles que he tenido el privilegio de conocer.

Al echar una mirada retrospectiva a los dolorosos años pasados de la vida de José, y estar de acuerdo con las recompensas que Dios derramó en su seno, encuentro algunos principios útiles aplicables hoy. Tres surgen inmediatamente.

En primer lugar, *las largas aflicciones no tienen por qué desanimarnos*. Recuerde que José tenía 17 años cuando fue arrojado dentro de la cisterna y cuando comenzó su largo viaje por la senda de la aflicción. Como hemos visto, nada parecía justo ni fructífero durante los años de la invasión de la langosta. Tenía 30 años cuando estuvo delante del faraón y las cosas comenzaron a mejorar en su vida. Deténgase y considere: de los 17 a los 30, trece largos años. Trece años desde que su vida tocó fondo. Trece años antes de que las cosas empezaran a mejorar. Trece años de altibajos, la mayoría de reveses, yendo de mal en peor. Trece años de un fracaso tras otro.

Lea, sin embargo, esas partes del relato del Génesis y trate de encontrar algún signo de desánimo por parte de José. Yo lo he hecho. En realidad, las he leído en voz alta, las he leído en varias versiones, y hasta las he leído en el original en el idioma hebreo, y no he podido encontrar ninguna señal de desánimo. El único posible indicio es cuando José cuenta su historia a sus dos compañeros de cárcel, les menciona su inocencia, y le pide al copero que se acuerde de él. Aun así, eso sólo parece ser una petición justa, dada la situación.

José fue un hombre que vivió por encima del peso del desaliento. Vivía por encima de sus circunstancias. Su largo período de aflicción no lo desanimó.

Segundo, *los malos recuerdos no tienen por qué derrotarnos*. Ahora bien, yo sé que una cosa es decirlo y otra muy diferente hacerlo. Hablando en lo personal, puedo decirle que tengo algunos recuerdos en mi vida que me producen sinsabores. Si me decidiera a hacerlo, podría escribir un libro completamente dedicado a la gente difícil que he conocido, a las cartas llenas de insultos y amenazas que he recibido, y a los horribles rumores que he tenido que soportar. Pero, ¿para qué hacerlo? ¡Dios me ha “Manaseado” y Efrainado!”! ¿Qué necesidad hay de vivir en esas aguas estancadas, cenagosas y nauseabundas de los recuerdos negativos? Yo he escogido no dejar que esas langostas me atormenten o me derroten. Si yo he aprendido cómo hacerlo, usted también puede hacerlo. ¡Liberémonos de todos esos recuerdos negativos!

Usted y yo escogemos lo que nos encarcela. Escogemos quién va a controlarnos. Podemos decidir, las más de las veces, quién o qué nos va deprimir. No hay una sola persona que esté leyendo esto que no tenga una reserva de recuerdos dolorosos que pudieran derrotarla. Pero no tiene que ser así. Puede ser que usted necesite ayuda para transformar esa herida en una cicatriz indolora. Es posible que necesite un amigo, cónyuge, y hasta un consejero profesional que lo ayude en el proceso de deshacerse de esos agujones. Aprenda esta maravillosa lección conmigo: no tenemos que ser derrotadas por los malos recuerdos.

Tercero, *las grandes bendiciones no tienen por qué descalificarnos para el servicio*. Por demasiado tiempo ha habido una sombra de sospecha sobre aquellos que Dios ha querido que prosperen, antes que una respuesta de gratitud por ello, que diga: “¡Alabado sea Dios! ¡Aquí hay alguien que ha sido escogido por Dios para su gloria, para ser usado en posiciones que yo nunca podría lograr! Que siga prosperando y que sea cada vez más generoso. Que su oído nunca se cierre a los que sufren.” Hoy se necesitan José modernos, tanto como se necesitó el primer José en la antigua historia de Egipto.

Me encanta leer a los escritores clásicos de antaño. Uno de mis favoritos es un predicador y escritor escocés llamado Alexander Whyte, quien sirvió 47 extraordinarios años en la misma iglesia de Edimburgo. En su excelente libro *Bible Characters* (Personajes de la Biblia) escribe lo siguiente acerca de José:

José iba a sumergirse ahora en la más corrupta sociedad que había sobre la faz de la tierra en esa época. Y si no hubiera entrado en esa contaminación directamente desde el horno —calentado siete veces más de lo acostumbrado— del sufrimiento santificador, nada más se habría sabido de él. La sensualidad de Egipto pronto lo habría devorado. Pero el Dios de su padre estaba con José.

El Señor estaba con él para protegerlo, guiarlo y darle la victoria. El Señor estaba con él para elevarlo más; para honrarlo más y más; y para darle más influencia y más poder, hasta que este no tuviera nada más que concederle. Pero, a través de todo esto, José se había convertido en un hombre cada vez más mejor todos los días de su vida. En un hombre cada vez más noble. En un hombre cada vez más digno de confianza y cada vez más consultado. En alguien cada vez más leal a la verdad y al deber. En alguien cada vez más virtuoso, moderado, paciente, tenaz y perdonador; y en un hombre rebosante como nadie de una piedad sencilla y sincera que alababa a Dios, hasta volverse proverbial en la magnificencia de sus servicios y en la magnificencia de sus recompensas.

A los José que Dios está levantando en esta generación y en la próxima les deseo que sigan caminando con él. Que puedan utilizar generosamente su riqueza y su prestigio para su gloria, y su influencia y su éxito para hacer que su Palabra y su verdad sean conocidas. El cristiano no está siempre sometido a la aflicción, ni es siempre objeto de odio y persecución. Algunos, por la gracia de Dios, son puestos en sitios de honra y liderazgos. ¡Cuánta falta nos hacen esos líderes!

Recuerde, sin embargo, que el mensaje de Jesucristo rebasa toda posición y todo éxito. No importa cuál sea su salario o su estilo de vida, el coche que maneja, el lugar donde viva o donde trabaje. Todos estos factores tienen mucho que ver con su posición delante de la gente, pero nada que ver con su posición delante de Dios. He descubierto, con tristeza, que en medio de la mayor riqueza hay muchas veces la mayor indiferencia y el mayor vacío espiritual. No siempre, pero sí a menudo.

Dios *puede* utilizar nuestra autoridad, nuestra riqueza y nuestra posición como lo hizo con José. Pero antes de que pueda hacerlo, tenemos que humillarnos ante su poderosa mano y decir: “Jesucristo, te necesito. Tengo todo esto de lo que debo dar cuenta y que no puedo llevarme conmigo. Utilízame, por favor, como quieras.” Con la autoridad viene la necesidad de la *responsabilidad*. Con la popularidad viene la necesidad de la *humildad*. Con la prosperidad viene la necesidad de la *integridad*. José sobrevivió muy bien a estas tres pruebas.

Quienes son ejemplo de la misma profundidad de carácter y sabiduría, merecen nuestro respeto y aprobación.

Capítulo Seis

LA ACTIVACIÓN DE UNA CONCIENCIA CAUTERIZADA

Estoy pensando en unas líneas de la ópera de Gilbert y Sullivan llamada *Mikado*. Al comienzo de una de sus típicas y traviesas canciones, hay una cuya letra provoca siempre carcajadas espontáneas cuando uno de los actores menciona una lista de transgresiones, la clase de personas de las que uno pudiera prescindir ¡y a las que jamás echaríamos de menos! Gracioso, ¿verdad? Todo el público responde con rapidez, porque todos tenemos una pequeña lista de personas que nos han ofendido y que merecen un justo castigo.

Este es el momento para hacerle algunas preguntas más profundas que sólo usted puede responder. ¿Es usted la clase de persona que tiene su “lista”? ¿Recuerda algo que sería mejor que olvidara? Cuando alguien le ha hecho daño, ¿le permite al Espíritu de Dios que borre ese agravio? ¿O se aferra al rencor, y en secreto añade ese nombre a su lista, esperando tener la mejor oportunidad para devolver el golpe?

José se enfrentó a todas estas preguntas, y las respondió correctamente.

Al retomar la historia de José, recordará la situación. Había hambre en todo el mundo. La situación era terrible; la gente se estaba muriendo de hambre.

El único país que tenía comida era Egipto. Por estar la mano de Dios sobre José, los egipcios habían sido advertidos de lo que sucedería, por lo que se prepararon para los años de escasez, bajo el liderazgo de José. Ahora la gente hambrienta de otras tierras había empezado a llegar a Egipto implorando comprar comida.

Mientras tanto, la cámara fotográfica de la Sagrada Escritura, dirigida por el Espíritu Santo, deja a Egipto y ajusta su lente “zoom” a una aldea de Hebrón en la tierra de Canaán. Al lugar donde José pasó su niñez, el cual se había visto obligado a abandonar hacía más de 20 años.

Viendo Jacob que había provisiones en Egipto, dijo a sus hijos: ¿Por qué os estáis mirando unos a otros? Y añadió: He aquí, he oído que en Egipto hay provisiones. Descended allá y comprad para nosotros de allí, para que vivamos, y no muramos. Génesis 42:1, 2

El padre y los hermanos de José seguían vivos, pero no la estaban pasando muy bien; su tierra había sido devastada por la hambre. Fue en ese tiempo que el anciano patriarca Jacob supo que en Egipto había grano.

“¿Por qué están ahí sentados viéndose las caras?”, les dijo a sus hijos. ¿No le suenan familiares las palabras del viejo? Cuando uno llega a su edad, la paciencia da paso al sermoneo. “¿Por qué están ahí sentados matando el tiempo? Necesitamos comida. Nos estamos muriendo de hambre. Las cisternas y los pozos se han secado. Nuestras cosechas se han marchitado. La tierra no produce nada. No hemos tenido lluvia ni alivio por meses. Necesitamos ayuda. He sabido que hay comida en Egipto, así que quiero que ustedes bajen allá y compren para toda la familia. Si no lo hacen, nos moriremos todos.”

Jacob despachó a todos sus hijos a Egipto, menos al más joven, a Benjamín, el único que le quedaba de su Raquel, muerta hacía tiempo. Jacob lo retuvo en casa.

Recuerde que allá en Canaán, Jacob pensaba que José había muerto, y que sus hermanos no sabían nada de su paradero. ¿A quién le importaba? El dicho: “Ojos que no ven, corazón que no siente” describe muy bien la actitud de esos hombres.

Los hijos eran ya unos adultos y tenían sus propias familias. Probablemente nunca comentaron entre sí aquel hecho violento. Hicieron todo lo posible para desterrar ese pensamiento de sus mentes. Es posible que en sus sueños hayan tenido una visión momentánea de aquel joven en su angustia, u oído las súplicas de su alma angustiada; pero trataron de borrar esos recuerdos dolorosos de su memoria consciente. Así adormecieron sus conciencias.

Ellos, desde luego, no sabían que el hermano que habían vendido como esclavo hacía unos 20 años o más, era ahora el primer ministro de Egipto. Lo único que sabían era que tenían que obedecer a su anciano padre y traer comida al regreso.

Mientras tanto, allá en Egipto, José no sabía nada de su familia. Sin duda, en ciertos momentos de reflexión, a solas con sus pensamientos, debió haberse preguntado cómo estaban. ¿Viviría aún su querido padre? ¿Seguirían vivos todos sus hermanos? ¿Estarían bien? ¿Habría el hambre cobrado sus víctimas entre ellos? Mientras se encontraba ocupado con su vida en Egipto, cumpliendo con sus responsabilidades como primer ministro, es indudable que sus pensamientos volvían a aquellos días más sencillos de antaño. Su principal actividad entonces era asegurarse de que el pueblo estuviera alimentado, y supervisar la distribución de la comida que se hallaba almacenada para muchos que venían a Egipto con la esperanza de ser auxiliados.

Todo esto prepara el escenario para lo que es uno de los relatos más extraordinarios y dramáticos de la historia. Hasta hoy, esta narración toca las cuerdas emocionales más profundas de los públicos de todo el mundo, cuando sus escenas son vistas en películas y en producciones teatrales en vivo.

EL ENCUENTRO EN EGIPTO

Fueron, pues, los hijos de Israel entre los que iban a comprar provisiones, porque había hambre en la tierra de Canaán. Y José era el gobernador de la tierra, el que vendía provisiones a todos los pueblos de la tierra. Entonces llegaron los hermanos de José y se postraron ante él con el rostro a tierra. Y al ver José a sus hermanos los reconoció, pero simuló serles extraño y les habló con dureza. Y luego les preguntó:

— ¿De dónde habéis venido?

Ellos le respondieron:

—De la tierra de Canaán, para comprar alimentos. *Génesis 42:5-7*

¡Déjese llevar por su imaginación en esta escena! Todos los 10 hijos de Jacob: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón, Gad, Aser, Dan y Neftalí son conducidos a la presencia del primer ministro de Egipto. El entorno debe haberles resultado sobrecogedor a estos pobres campesinos de Canaán al estar frente al primer ministro, un hombre de autoridad y riqueza inmensas que, por tener el control mundial de la comida, tenía en sus manos el poder sobre la vida y la muerte. Podemos ver cuán abrumados estaban, porque la primera reacción del grupo fue postrarse “con el rostro a tierra”. Recuerde que ellos no tenían la más mínima idea de que el egipcio en aquel atuendo real era el hermano desaparecido desde hacía mucho tiempo.

Por otra parte, veámoslo desde la perspectiva de José. A esas alturas es posible que estuviera exhausto. Primero, había vivido el estrés de la construcción de los graneros, así como de la planificación y racionamiento de la comida durante los años de abundancia. Ahora se encontraba bajo la presión de tener que distribuir con prudencia, equidad y sabiduría el grano almacenado. Cada día tenía que enfrentarse con su propio pueblo, y también con un desfile de personas venidas de tierras extranjeras, incluida ahora banda heterogénea de hebreos agotados por el viaje. Puesto que los reconoció de inmediato, y se dio cuenta de que ellos no lo habían reconocido a él, disfrutó de una oportunidad magnífica rara vez permitida a una persona con su poder, dado el sórdido pasado de ellos. ¡Qué gran momento! Bueno, al menos se inclinaron hasta el piso con gran respeto ante él. Luego, al ponerse ellos de pie miró sus rostros, observándolos minuciosamente.

Tenían barba, a diferencia de los bien afeitados egipcios. Usaban la indumentaria de Canaán y hablaban el lenguaje de su pueblo, el hebreo. José debió de haberlos escudriñado fijamente y estudiado con sus ojos; debió de haberlos escuchado mientras hablaban, tratando tal vez de discernir la identidad de cada uno. No había ninguna duda: ¡estos hombres eran sus hermanos! ¡Me encantan escenas como ésta!

Con frecuencia me he preguntado si, quizá, José había estado buscándolos desde el principio. Ya que la gente de otras naciones entraba a montones en Egipto en busca de comida, puede que se haya preguntado si algún día su familia habría de aparecer ante él.

Por fin, estaban allí y el relato nos dice que “los reconoció, pero simuló serles extraño”. Aquí hay un juego de palabras en el idioma hebreo. Fueron *reconocidos*, pero él se hizo *irreconocible* (simuló serles extraño). En realidad, fue más allá, porque dice que “les habló con dureza”

“¿De dónde vienen?”, les gritó ásperamente el primer ministro

No había razón para que lo reconocieran. Habían pasado muchos años. No tenía barba ni bigote. Llevaba puesto el turbante de los egipcios. Les habló en egipcio a través de un intérprete. A los ojos de los diez hijos de Jacob, él era sólo un poderoso funcionario que los intimidaba con su presencia.

Puesto que José reconoció a sus hermanos y éstos no lo reconocieron, tenía que pensar con rapidez. La ausencia de cualquier tipo de resentimiento le permitía pensar en forma creativa, y hasta divertida. Y lo que había sido un interesante intercambio de palabras se volvió altamente significativo.

Y al ver José a sus hermanos los reconoció, pero simuló serles extraño y les habló con dureza. Luego les preguntó: ¿De dónde habéis venido? Ellos le respondieron: De la tierra de Canaán, para comprar alimentos. José reconoció a sus hermanos, pero ellos no le reconocieron a él. Entonces José se acordó de los sueños que había tenido acerca de ellos y les dijo: ¡Sois espías! Para ver los lugares desprotegidos del país habéis venido. Génesis 42:7-9

— ¿Por qué están ustedes aquí? —les preguntó.

— Hemos venido a comprar alimentos —dijeron. Somos de la tierra de Canaán, donde estamos pasando hambre.

De repente, José experimentó que estaba ante una cita divinamente decretada. Mientras estaba allí de pie hablando con sus hermanos, el polvo de veinte años se disipó de su memoria y recordó sus sueños de hacía tanto tiempo.

Recordó las gavillas de trigo de sus hermanos que se inclinaban ante la suya, y al sol, la luna, y las once estrellas inclinándose ante él. ¡Qué tentador debió ser revelárseles en ese momento y recordarles esos sueños, esos sueños que le habían acarreado tantas burlas y odio! ¡Qué satisfacción le habría producido decirles: “¡Se lo dije!” En vez de eso, José decidió esperar un poco más.

—Ustedes han venido a espiarnos —los acusó—. Han venido a examinar las partes de nuestro país que no están bien defendidas, para poder atacarnos y robar nuestra comida.

—No, no, no —replicaron sus hermanos—. Tenemos hambre por la escasez de comida. Hemos venido simplemente a comprar alimentos.

Fíjese ahora muy bien cómo se desarrolla este insólito diálogo:

Todos nosotros somos hijos de un mismo hombre. Somos hombres honrados; tus siervos no somos espías. Él les dijo:

—No, sino que para ver los lugares desprotegidos del país habéis venido.

Ellos respondieron:

—Tus siervos somos doce hermanos, hijos de un mismo hombre de la tierra de Canaán; pero el menor se ha quedado ahora con nuestro padre, y el otro ya no está con nosotros.

José les dijo: Eso es lo que he dicho al afirmar que sois espías. En esto seréis probados: ¡Vive el faraón que no saldréis de aquí, sino cuando venga vuestro hermano menor! Génesis 42:11-15

Póngase ahora en las sandalias de José. ¿Cómo debió sentirse al oír sus palabras? ¿Para sus hermanos, él ya no existía! Estaba enterrado en el cementerio de sus recuerdos. Él “ya no estaba”. Estaba fuera de su vista, de su mente, se había ido para siempre.

Por tres veces, José los acusó de ser espías. Luego, en una de sus respuestas, le dieron inconscientemente la información que él quería. ¡Le dijeron que su padre y Benjamín seguían vivos! Al mencionarlos, los hermanos le hicieron el juego a José.

“Hay sólo una manera como pueden probarse su inocencia, que pueden demostrar que están diciendo la verdad”, les dijo José. “Pueden traerme a su hermano más joven. Pero, todavía no confío en ustedes, así que solamente uno de ustedes puede ir. Los demás se quedarán aquí presos, como rehenes.”

Luego, después de proponerles este plan, José los echó a todos en la cárcel por tres días. Nada se nos dice en cuanto a lo que sucedió durante esos tres días. Es algo que queda para nuestra imaginación. Sin embargo, el tercer día, por alguna razón, José cambió el plan, ofreciendo retener como rehén a sólo uno de ellos. El resto podía regresar a Canaán para traer a su hermano más joven, Benjamín.

Y al tercer día José les dijo: Haced esto y viviréis. Yo temo a Dios. Si sois hombres honestos, quede preso en vuestra celda uno de vuestros hermanos. El resto id, llevad las provisiones para saciar el hambre de vuestras casas. Pero habéis de traerme a vuestro hermano menor. Así serán verificadas vuestras palabras, y no moriréis. Ellos lo hicieron así. Génesis 42:18-20

No sabemos por qué cambió José su plan, ni lo que esperaba lograr con todo esto, pero podemos imaginar lo que bullía en su mente: “¿Estará Benjamín fuerte y sano? ¿Cómo estará mi padre? ¿Estará muy viejo para recordarme? ¡Ay, cuánto deseo ver a toda mi familia! ¡Qué tentación tan grande tengo de decirles quién soy! ¡Se quedarán de una pieza! Lo que quisiera saber, en verdad, es la condición de su corazón.”

José escogió a Simeón como rehén y ordenó que le pusieran grilletes en presencia de sus hermanos. ¿Por qué eligió a Simeón? Podríamos pensar que debió haber escogido al primogénito, pero ése era Rubén, quien había tratado de salvarle la vida en la cisterna cuando todos se confabularon contra él. Quizá José recordaba el intento de Rubén de intervenir a su favor, y escogió más bien retener a Simeón, su segundo hermano mayor.

Sin embargo, antes de hacer eso, oyó una conversación entre sus hermanos, mientras hablaba entre sí en hebreo, pensando que él no podía entender lo que decían. Recuerde que, como parte de su simulación, José se había estado comunicando con sus hermanos hablando en egipcio a través de un intérprete. Pero José entendía cada una de sus palabras.

En esta comunicación, vemos como una conciencia cauterizada puede ser activada y restaurada.

Y se decían el uno al otro

—Verdaderamente [nosotros] somos culpables con respecto a nuestro hermano, pues a pesar de ver [nosotros] la angustia de su alma cuando nos pedía compasión, [nosotros] no le escuchamos.

Por eso ha venido sobre nosotros esta desgracia.

Entonces Rubén les respondió diciendo:

—¿No os hablé yo, diciendo: “No pequéis contra el muchacho”, y no me escuchasteis? He aquí, también su sangre nos es demandada.

Ellos no sabían que José les entendía, porque él hablaba con ellos por medio de un intérprete. Y apartándose de ellos, lloró. Después volvió a ellos y les habló; y tomando de entre ellos a Simeón, lo tomó preso a la vista de ellos. Génesis 42:21-24

En el lenguaje original, ¡el “nosotros” de su conversación es enfático! “Nosotros somos culpables... A pesar de ver *nosotros* la angustia de su alma... *Nosotros* no le escuchamos...”

El primer paso para activar una conciencia cauterizada es *responsabilizarnos de nuestra propia culpa personal*. Los hermanos no culparon a su padre por ser pasivo. No culparon a su hermano José por ser orgulloso, o arrogante, o el favorito. No excusaron su falta diciendo que eran muy jóvenes para saber lo que hacían. Utilizaron el pronombre correcto cuando convinieron en decir: “¡*Nosotros* somos responsables! ¡A nadie más podemos culpar!”

Independientemente de lo que pudieron haber conversado en la cárcel, ahora por lo menos hablan en términos de su culpa en el asunto de José. Su conciencia se había despertado profundamente durante esos tres días. Sienten que un castigo justo ha venido sobre ellos y, aparentemente, piensan de la misma manera en cuanto al asunto. Admiten su culpa, el “único reconocimiento de pecado que hay en el libro de Génesis”.

Nótese también que hablaron de una transferencia de angustia. “Nosotros ignoramos la angustia de su alma cuando nos pedía compasión, y nosotros lo echamos en la cisterna y lo vendimos como esclavo. Todavía podemos ver esos ojos. Su rostro se nos aparece para perseguirnos.” La raíz hebrea original para la palabra angustia significa “amarrar, restringir, sujetar, atar”. No la clase de grillete usado para sujetar a Simeón; el grillete de ellos era de tipo emocional.

Cuando uno ha hecho algo malo a alguien y no ha pasado por el necesario proceso de arreglar las cosas con su prójimo y con Dios, es decir, cuando uno no ha encarado su falta por completo, se convierte en víctima de la misma angustia que hizo vivir a esa persona. “Sentimos la misma angustia que le causamos y que vimos en su rostro.”

¿Recuerda usted aquel cuento de Edgar Allan Poe, *The Telltale Heart* (El corazón denunciador)? En éste, el asesino no podía dormir porque oía siempre el latido del corazón de su víctima en el sótano de su casa. Por supuesto, no estaba oyendo el corazón de su víctima; lo que estaba oyendo era su propio corazón, golpeándole el pecho y retumbando en su mente. Su propia culpa lo despertó y, al final, lo condujo a revelar que él había sido el asesino.

Para ese momento, el delito de los hermanos tenía más de veinte años de haber sido cometido, pero todavía se sentían angustiados al recordarlo. Es que el tiempo no borra la angustia. De eso todos tenemos evidencia en nuestra propia vida. Sabemos por experiencia que no podemos escapar de los recuerdos de nuestra culpa. Los enredos emocionales que surgen como consecuencia de nuestro propio pecado pueden ser tan devastadores que pueden llevarnos a enfermar físicamente. Esto es precisamente lo que sucedió a David después de adulterar con Betsabé, y de su plan asesino contra Urías, el esposo. ¿Recuerda su angustiada confesión?

Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir, todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; mi vigor se convirtió en sequedades de verano. Salmo 32:3, 4

Eugene Peterson lo dice de esta manera: “La presión nunca disminuyó; toda mi vida se secó.”

Me pregunto que habrá sentido José cuando oyó las palabras de sus hermanos, cuando los oyó admitir su culpa por lo que habían hecho. Se nos dice que tuvo que salir de la habitación para poder llorar. ¡Cuántas lágrimas de alivio y de gozo habrá derramado! Comprendió muy bien una de las razones del quebrantamiento de ellos. Habían permanecido por tres días en el calabozo, y él sabía por experiencia lo que se sentía al estar allí. También había pasado varios años en una cárcel. Sabía cómo podía eso afectar a una persona. También sabía que cuando Dios se acerca para tocar unos hombros abatidos y para quebrantar un corazón culpable, no se limita a un ligero codazo ni a una leve reprimenda.

Ana de Austria, una santa del siglo XVI, escribió una vez: “Dios no paga al final de cada día, pero paga siempre.”

Había llegado el momento de que los hermanos de José pagaran la cuenta pendiente durante tanto tiempo. Y cuando su deuda aumentó ante sus ojos, reconocieron sinceramente: “¡Somos culpables!”

Hace muchos años, un competente pastor llamado William E. Sangster concluyó un mensaje sobre José con esta historia verdadera:

Era tiempo de Navidad y yo me encontraba en casa. Uno de mis invitados había venido un par de días antes y vio cuando yo despachaba la última de mis tarjetas de Navidad. Se sorprendió al ver cierto nombre y dirección en uno de los sobres.

—Por supuesto, que no le vas a enviar una tarjeta a ese hombre —me dijo.

—¿Por qué no? —le pregunté.

—Recuerda —comenzó a decir— que hace dieciocho meses...

Recordé, entonces, lo que aquel hombre había dicho públicamente contra mí, pero recordé también que había resuelto entonces, con la ayuda de Dios, que había decidido olvidar. Y Dios me había “hecho” olvidar.

Entonces, envié la tarjeta.

William Sangster no mantenía una lista. Tampoco lo hacía José. Lo sabemos, en parte, por el nombre que le puso a su hijo, Manasés, que significaba “Dios me ha hecho olvidar”. Cada vez que José llamaba a su hijo por su nombre, era un recordatorio de que había prometido delante de Dios dejar atrás el dolor, olvidar lo que sus hermanos le habían hecho.

Ahora, estos hermanos están de pie ante José, y éste ve cómo comienzan a quebrantarse. “Somos culpables”, dicen. “Lo que hicimos estuvo mal, y la angustia de nuestro hermano ha sido transferida a nosotros.”

En sintonía con el tiempo de Dios, José no se dio a conocer a ellos. En vez de eso, retuvo a Simeón como rehén y envió a los demás a Canaán con instrucciones precisas de traer a Benjamín.

Sin embargo, antes de que partieran, José hizo una acción misericordiosa.

Después José ordenó que llenaran sus costales de trigo y que a cada uno le devolviesen el dinero, colocándolo en su costal. También ordenó que les diesen comida para el camino. Y así se hizo con ellos. Ellos pusieron sus provisiones sobre sus asnos y se fueron de allí. Pero al abrir uno de ellos su costal en la posada, para dar comida a su asno, vio su dinero en la boca de su costal, y dijo a sus hermanos: ¡Mi dinero me ha sido devuelto! ¡He aquí, está en mi costal! Se les sobresaltó el corazón y temblando se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto que nos ha hecho Dios? Génesis 42:25-28

Los hermanos de José deseaban salir de Egipto cuanto antes. Cuando los grandes sacos de grano que habían comprado fueron puestos llenos sobre sus asnos, comenzaron de inmediato su regreso a Canaán. Pero algo pasó la primera noche que se detuvieron a descansar, y para alimentar y dar de beber a los animales. Cuando uno de los hermanos abrió uno de los sacos para dar de comer a su asno, vio que el dinero que le había entregado al primer ministro de Egipto estaba puesto en la boca del saco.

“¡No puedo creerlo!”, exclamó. “¡Miren! Mi dinero me ha sido devuelto. Está aquí, en el saco.”

Los demás hermanos abrieron de inmediato sus respectivos sacos y descubrieron que también su dinero les había sido devuelto.

Sin embargo, en vez de sentirse felices por esta sorpresa, se atemorizaron. “Se les sobresaltó el corazón y temblando se dijeron unos a otros...” La palabra original traducida como “temblando” es la misma palabra utilizada en 1 Samuel 14:15 para describir un gran terremoto. También se utiliza en Génesis 27:33 para referirse al temblor de Isaac cuando supo que su hijo Jacob había robado la primogenitura de Esaú. En efecto, leemos allí que Isaac “se estremeció fuertemente”. ¡Tembló, literalmente! Y eso fue lo que los hermanos de José comenzaron a hacer. Comenzaron a estremecerse. Comenzaron a temblar mientras se miraban entre sí. Luego dijeron: “¿Qué es lo que nos ha hecho Dios?”

Me encantan estas palabras. No sólo están sintiendo ahora todo el impacto de su culpa, sino que también están sintiendo la mano de Dios en esto. “¿Qué está haciendo Dios?”

Cuando Dios activa una conciencia cauterizada *comenzamos a tener una perspectiva diferente*. A veces nos volvemos víctimas del mismo tipo de trato que le hemos dado a otro. Cuando sufrimos en carne propia el daño, la herida o el dolor que hemos ocasionado a otra persona, algo comienza a cambiar dentro de nosotros. Dios comienza a obrar rompiendo nuestro duro caparazón y a ablandar nuestro corazón encallecido.

Estos hermanos no tenían idea alguna de que José todavía estaba vivo. Todo lo que sabían era que ellos estaban pasando por una gran angustia. Al instante, sí, al instante, recordaron la terrible angustia que le habían ocasionado a su hermano más de veinte años atrás.

Repito, el paso del tiempo no borra una conciencia culpable. El dolor persiste...

- aun después de que todo los miembros de la familia se hayan convertido en adultos;
- aun después de que el delito haya sido declarado sin lugar en el tribunal;
- aun después de que se haya producido el divorcio y usted se vaya de la casa... sin una justificación bíblica;
- aun después de que las cosas hechas en secreto no las sepan los demás;
- aun después de que décadas de agua contaminada hayan sido limpiadas debajo del puente de nuestra memoria.

Hay angustia. Hay un “corazón denunciador” latiendo fuertemente en nuestro pecho. Esto es parte del quebranta-miento de la voluntad, del proceso de ablandamiento que comienza a activar nuestra conciencia antes cauterizada.

Dios también activa una conciencia *cuando somos recipientes de expresiones inmerecidas de gracia*. Los hermanos de José no merecían el grano. No merecían nada de dinero. Lo que merecían era castigo, tal vez hasta la cárcel, por lo que le habían hecho a su hermano. En vez de eso, habían terminado quedando libres, con los sacos llenos de grano y con todo su dinero devuelto.

Merecían estar en la lista negra de José, pero él no tenía tal lista. ¿Recuerda al copero? José había estado en la prisión por dos años más porque, al menos humanamente hablando, el copero del rey se había olvidado de él. Aquel a quien había ayudado y había animado, se había olvidado de él en un instante. Entonces, de repente, José fue liberado, y finalmente se convirtió en el hombre más poderoso de Egipto, después del faraón. ¡Qué gran oportunidad para vengarse de ese copero que estaba en la corte del faraón! Pero no lo hizo. En efecto, en ninguna parte encontramos a José diciendo una palabra de resentimiento en contra del copero.

¿Por qué razón? Porque José caminaba con Dios. Porque se negó a pasar los días preguntándose: “¿Por qué se olvidó de mí el copero?” En realidad, José oró así: “Dios, que todo esto se termine. Mantendré mis ojos puestos en ti. Aceptaré el haber sido olvidado. Mantén recto mi corazón. Y cuando llegue el momento, que yo pueda darte la gloria. Si alguna vez decides utilizarme otra vez, que me deleite en tu gracia y que quede libre de todo sentimiento de resentimiento y venganza.

Ahora hemos visto que él, al menos hasta ahora, actúa así con sus hermanos. No sólo no aprovecha la ocasión para vengarse contra ellos, sino que demostró gracia con abundancia de misericordia.

UN RECORDATORIO FINAL

¿Mantiene usted todavía una lista negra? A lo mejor, parte de la razón es porque Dios no lo ha hecho pasar todavía por una experiencia similar. Tal vez usted no ha visto aún cuán abundantemente su gracia ha reconstruido y restaurado su vida.

A través de los años, he notado que quienes mantienen listas negras tienden a tener una insensibilidad hacia Dios; permiten que continúe una dureza y una callosidad de corazón. ¡Qué manera tan espantosa de vivir... y de morir!

Si esto sucede con usted, lo invito a venir a la cruz de Cristo, quien de una vez por todas quitó nuestros nombres de la lista negra de los no perdonados. Aunque no merecemos su favor, aunque merecemos la muerte, él nos ha dado vida.

¡Cuán agradecidos debemos estar de que todavía tengamos un corazón denunciador que funciona! Es lo que Dios hace para convencernos de pecado y llevarnos al arrepentimiento. Su Espíritu no deja de obrar en nosotros aunque dejemos de interesarnos en él. Este corazón representa el lugar más central de nuestra vida, donde Dios nos guía para que volvamos a estar en armonía con él. La respuesta que usted le dé —la decisión de obedecer su voz— cambiará el resto de su vida.

Las profundas palabras de C. S. Lewis nos proporcionan una adecuada conclusión a este capítulo escrutador de nuestra conciencia:

Cada vez que usted toma una decisión está convirtiendo la parte central de usted mismo —la parte suya que escoge— en algo un poco diferente de lo que era antes. Y al tomar su vida como un todo, con todas las innumerables elecciones que hace, su vida entera está convirtiendo lentamente ese punto central, ya sea en una criatura celestial o en una criatura infernal; en una criatura que está en armonía con Dios, con las demás criaturas y consigo misma. Convertirse en la primera clase de criatura significa gozo y paz, conocimiento y poder. Convertirse en la otra significa locura, estupidez, ira, impotencia y soledad eternas. Cada uno de nosotros se está moviendo cada momento de su vida hacia un estado u otro.

Capítulo Siete

LAMENTOS DE UN PADRE TRISTE Y DESANIMADO

La Ley de Murphy dice: “Si algo puede salir mal, seguro que saldrá.” Si usted lava su coche el sábado por la mañana, lloverá el sábado por la tarde. Si se acuesta temprano, sonará el teléfono. Si se le cae una rebanada de pan a la que acaba de untar una gruesa capa de mantequilla de maní y jalea, siempre caerá por el lado untado. Si lleva su auto al mecánico para que se lo repare, funcionará a la perfección en cuanto llegue al taller.

Si las cosas van bien, algo malo *pasará*; sólo tiene que esperar. Cuando las cosas no puedan ir peor, siempre habrá algo peor. Siempre que parezca que las cosas están mejorando, es sólo porque ha pasado algo por alto. No importa en qué dirección maneje su bicicleta, siempre tendrá que subir la pendiente y luchar contra el viento. Si manipula algo por mucho tiempo con toda seguridad se romperá. La otra fila de espera siempre se mueve con más rapidez que la suya.

TENDENCIAS NATURALES EN TODOS NOSOTROS

Puesto que la vida no siempre funciona correctamente, lo que al interpretarse significa que no funciona según nuestra forma de pensar, hemos desarrollado tres tendencias básicas y muy naturales.

Primero, *tenemos tendencia a responder negativamente, no positivamente*. Cuando las circunstancias comienzan a volverse contra nosotros, o cuando la vida se convierte en un reto superior a nuestra capacidad de enfrentar las cosas, nuestra reacción o respuesta inmediata es negativa, en vez de positiva. Esto es especialmente cierto cuando enfrentamos cambios inesperados. A menos que usted sea diferente a la mayoría, su primera reacción será decir no.

Segundo, *tenemos tendencia a mirar los problemas horizontalmente, no verticalmente*. Con esto quiero decir que miramos los problemas estrictamente desde el punto de vista humano. Tenemos la tendencia a no tomar en cuenta a Dios hasta que nos vemos perdidos, en una situación totalmente desesperada. Sólo entonces introducimos lo vertical. Y a veces, ni siquiera eso hacemos.

Tercero, *tenemos tendencia a resistirnos a lo nuevo, especialmente si parece demasiado bueno para ser verdad*. Nos resistimos en vez de aceptarlo, especialmente cuando parece se emocionante y lleno de nuevas oportunidades. Deténgase un momento y reflexione. ¿Cuándo fue la última vez que no opuso resistencia a la posibilidad de mudarse? ¿No puede recordarlo? Tampoco podemos hacerlo la mayoría de nosotros. Nos concentramos en lo que “no puede suceder” en lugar de lo que sí puede. Nos preocupa dejar lo familiar; no nos adentramos en situaciones inciertas para no correr el riesgo de decepcionarnos. Soy consciente de la necesidad de hacer una evaluación sabia de las situaciones y de planificar cuidadosamente, pero ¿no resulta interesante que nuestra primera respuesta a algo nuevo sea casi siempre la resistencia a ello? Lo sé, porque me ha ocurrido a mí muchas veces en mi vida adulta.

Estas tres tendencias parecen intensificarse a medida que envejecemos. En vez de mejorar, nos volvemos más inseguros. Hay un mayor temor al peligro, una vacilación cobarde en vez de una apertura a un cristianismo positivo. Por “positivo” no quiero decir el vivir en un mundo de ensueños, que seamos unos crédulos y faltos de discernimiento, sino que vivamos con nuestros ojos bien abiertos. No quiero decir, tampoco, que llamemos bueno a lo malo. Lo que quiero decir, en realidad, es que veamos a Dios en las tribulaciones y en las alegrías de la vida. Esto no sólo es posible, sino que es preferible. Me estoy dando cuenta, por fin, de que esa es la manera de vivir la vida. ¡Y me encanta vivirla al lado de una esposa que es más arriesga y valiente que yo! Somos la pareja que se las sabe todas, ¿recuerda?

RESISTENCIA Y RENUENCIA DE JACOB

Jacob, el padre de José, no vivía así. Era un hombre que, en realidad, tenía problemas para caminar con fe, a pesar de que había conocido al Señor por más de cien años. Jacob tuvo siempre que lidiar con el negativismo, con la perspectiva horizontal y con una mentalidad cerrada y refractaria. Muy pronto veremos esto otra vez.

El regreso y el informe

Al retomar el hilo del relato nos encontramos con que los hijos de Jacob finalmente habían regresado a Canaán. Habían contado sus experiencias tenidas en Egipto, e informado a Jacob en cuanto a su encuentro con el primer ministro. Y, por supuesto, mencionaron el hecho de que su hermano Simeón había quedado retenido allá como rehén hasta que ellos regresaran con Benjamín, su hermano menor. Esta era la gran oportunidad del patriarca de volver la atención de todos a Jehovah. ¿Podría él estar actuando en esto? ¿Tendría un plan, alguna oportunidad maravillosa e inesperada, delante de ellos? ¿Tenían que confiar en él!

¡Pero, lamentablemente, no lo hizo! Veamos la respuesta de Jacob:

Entonces Jacob su padre les dijo: Vosotros me estáis privando de mis hijos: José ya no está con nosotros, ni Simeón tampoco. Y ahora os llevaréis a Benjamín. ¡Contra mí son todas estas cosas! Rubén habló a su padre diciendo: Haz morir a mis dos hijos si no te lo traigo de vuelta. Entrégalo en mi mano, que yo te lo traeré de

vuelta. Y él dijo: No irá mi hijo con vosotros; pues su hermano está muerto, y sólo éste me ha quedado. Si le aconteciera alguna desgracia en el camino por donde vais, haríais descender mis canas con dolor a la sepultura. Génesis 42:36-38

Discusión y desacuerdo

Cuando Jacob supo lo que había pasado, el anciano caballero se estremeció de miedo. En vez de decir: “Gracias a Dios, él está actuando. Hijos, él nos ama y nos está protegiendo. Todos estamos seguros en sus manos”, respondió negativa y horizontalmente.

Sus hijos no sólo habían regresado con la comida que necesitaban, sino también con todo su dinero. Habían recibido gratis el grano en Egipto. Lo único que el primer ministro había pedido era que demostraran que no eran espías, volviendo a Egipto acompañados de su hermano menor y pidiendo la libertad de Simeón, que había sido dejado como rehén. Pero Jacob no vio nada de eso como la provisión de Dios. El temor lo paralizó y se limitó a pensar lo peor. Su respuesta fue negativa y horizontal.

Sus hijos tenían la misma tendencia. Recordemos que se sintieron “atemorizados” cuando encontraron el dinero. Los hermanos habían reaccionado negativamente, por miedo, tal como lo estaba haciendo ahora su padre.

A propósito, la palabra origina aquí, de la que se traduce “atemorizados”, es la misma que se utiliza en Génesis 3:10 para describir la reacción que tuvo Adán después de haber pecado y esconderse de Dios: “Oí tu voz en el jardín y tuve *miedo*... Por eso me escondí.”

A veces necesitamos tener miedo, especialmente si estamos haciendo algo malo. Hace varios años leí un relato fidedigno acerca de un hombre y una mujer que se detuvieron en un restaurante para comer algo. Compraron dos almuerzos a base de pollo y se fueron a comer a un parque. Pero, cuando abrieron la bolsa se encontraron con mucho más que pollo. ¡La bolsa estaba llena de fajos de billetes!

Como era una persona honesta, el hombre regresó al restaurante y devolvió el dinero. El gerente estaba maravillado mientras explicaba lo que había sucedido. Había estado trabajando en la parte trasera del restaurante y había colocado todo el dinero de las ventas del día en una de las bolsas utilizadas para llevar comida rápida. Luego puso la bolsa a un lado, lista para llevarla al banco. Cuando la empleada que trabajaba en el mostrador les entregó el pedido, tomó accidentalmente la bolsa equivocada.

El administrador estaba tan impresionado con la honestidad de este hombre que dijo:

—Voy a llamar al periódico local para que vengan y les tomen una foto a los dos. La gente necesita saber que todavía hay personas honestas como ustedes.

—No, no lo haga —respondió el hombre. Tomó del brazo al administrador del restaurante, lo llevó a un lado y le susurró al oído—: Soy casado... y la mujer que me acompaña no es mi esposa.

¡A veces las personas debieran atemorizarse ante la presencia del dinero! Pero no Jacob en esa ocasión. Él debía sentirse agradecido de que sus hijos aún siguieran vivos. Habían sido acusados de ser espías y pudieron haber sido ejecutados en el acto. Sin embargo, además de haberles dio perdonada la vida, habían recibido la comida que necesitaban y la devolución del dinero que habían pagado. Lo único que tenían que hacer era demostrarle al jefe del gobierno de Egipto que sí era cierto que tenían un hermano más joven, que habían estado diciendo la verdad.

Pero Jacob no sólo reaccionó de forma negativa y horizontal, sino también de forma exagerada. Tan pronto supo que sus hijos habían dejado a Simeón en Egipto, sacó precipitadamente la conclusión de que había muerto. “José está muerto, Simeón está muerto. ¡Todo está en mi contra!”, se lamentó. Comenzó a dar la impresión de que estaba paranoico, y a compadecerse de sí mismo. “¡Todo esto está en mi contra!”

La última vez que verifiqué la historia, Jacob tendría que ser el *patriarca* del clan, el líder espiritual de su familia. Sin embargo, si damos una rápida mirada entre bastidores, al entrar furtivamente y a hurtadillas por la puerta trasera de la tienda, vemos a Jacob tal como es en realidad. Es un hombre negativo, estrecho de mente, de pensamiento horizontal, que está dominado por el miedo. “¿Dónde está Dios en todo esto?”, gimoteaba. “¡Todo está en mi contra!”

En este momento Rubén interviene una vez más y dice:

—Mira, te propongo un trato, papá. Haz morir a mis dos hijos si no te traigo a Benjamín de vuelta.

Pero Jacob responde:

—No, no se pueden llevar a mi hijo. Su hermano José está muerto, y él es el único que me queda. Si le pasara algo, me moriría.

Es increíble; es como si los otros hijos no existieran. Como si no contara a José y a Benjamín con los otros diez. Como si sus demás hijos fueran algo separado y ni con mucho tan preciosos para él. “Estos dos hermanos... mis hijos”, los llama. No los llama “sus hermanos”. Me suena como un padre que está sembrando otra vez la semilla del favoritismo. ¿Cómo deben haberse sentido Rubén y los demás cuando oyeron a su padre decir: “Sólo me ha quedado *un hijo*?”

“Si dejo que se lo lleve y algo le pasa, me iré con el corazón destrozado a la tumba”, dijo Jacob. El fatalismo imperaba en el corazón de este anciano. ¡Qué trágico!

Una cosa es sentarnos con este libro en la mano y leer la historia, sabiendo cuál será el final, y decir con un encogimiento de hombros: “Yo no habría hecho eso; habría confiado en Dios de haber estado en esa situación.” Pero, ¿en verdad lo habría hecho? Bien, ¿por qué entonces no confió en él la semana pasada? ¿Qué le impidió ver la mano de Dios en ese asunto que no podía manejar el mes pasado? Recuerde la mayor prueba que ha tenido últimamente. ¿Descansó tranquilamente en él? ¿O se puso histérico por el temor?

Una mentalidad negativa. Una perspectiva horizontal. Una mente cerrada a lo inesperado y novedoso. Esa es la razón por la que tendemos a dejarnos llevar por el pánico. Porque humanamente hablando, usted y yo hemos sido programados para la derrota. Hemos desarrollado hábitos de respuesta que no toman en cuenta a Dios. En realidad, no lo decimos con estas palabras, sino que lo ponemos de manifiesto y lo racionalizamos dándole otro nombre. ¿No nos sentimos aliviados de que Dios no haya publicado nuestra biografía?

Aquí, sin embargo, el Espíritu de Dios no esconde nada. Nos muestra el lado desagradable de Jacob, el lado horrible que todos tenemos.

Otra manera de considerar el impacto de la reacción de Jacob es tener en cuenta que él era ya abuelo, probablemente bisabuelo, y tal vez tatarabuelo. Era un *patriarca* que debía estar diciendo a sus hijos: “Muchachos, es posible que las cosas parezcan tétricas, pero este es el momento de confiar en las soberanas promesas de Dios. Debemos recordar algunas de ellas. Él proveerá! Benjamín, vamos a arrodillarnos y a orar por tu seguridad, y veremos cómo actúa Dios. Hay una razón por la que él puso el dinero en esos sacos. Hay una razón por la que él quiere que descendas a Egipto. No la sabemos todavía, pero confiemos en que él nos dará la respuesta.”

En vez de eso, Jacob reaccionó con miedo, desconfianza, paranoia, negativismo y altivez. “No, que va”, dijo. De ninguna manera; Benjamín no irá.”

¿Le suena familiar? No bien recibimos una información que puede ser peligrosa, de inmediato hacemos una decisión impensada. Quedamos como alelados, mientras nuestra fe queda reducida a nada por la altivez. No somos capaces de reconocer que hemos cometido un error, que hemos hecho un mal juicio. Para empeorar las cosas, diseminamos esos gérmenes de temor en nuestra familia, en nuestro trabajo y en nuestra iglesia. Y después nos mantenemos en nuestras trece con una determinación contumaz.

“¡Nunca!”, dijo Jacob. Su orgullo estaba en juego. Dar marcha atrás ahora lo haría aparecer débil. De ninguna manera puede ceder ahora; se ha jugado el todo por el todo. Sigue diciendo: “¡Definitivamente, no!” ¡Qué poco sabía que pronto estaría tragándose esas palabras!

Ya que la confesión es buena para el alma, este es, entonces, el momento en que debo salir de mi escondite y decirles a ustedes que me puedo identificar, de muchas maneras, con la reacción horizontal inicial de Jacob. Yo también he tenido que tragarme mis palabras. Recuerdo una llamada telefónica que recibí hace más de cinco años. Desempeñaba un ministerio pastoral que muchos considerarían envidiable. Por más de veinte años, el Señor había derramado sus bendiciones sobre mí. Todo funcionaba bien: contaba con un admirable grupo de líderes, un gran ministerio musical, un buen número de excelentes grupos de apoyo, un ministerio para la juventud que muchos deseaban imitar, la familiaridad con el medio, buena acogida por parte de la gente, etc. La gracia de Dios, puedo asegurarles, era abundante.

Esa llamada telefónica significaba una invitación para que yo dejara mi lugar de servicio, y toda la familiaridad, los amigos, y la familia espiritual que habíamos cultivado por más de dos décadas, para comenzar de nuevo en un papel completamente diferente, en un lugar totalmente distinto, con un grupo de personas enteramente diferente. Para pasar de una iglesia a un seminario. De una función pastoral que había cultivado por más de 30 años —como pastor de un rebaño— para asumir una función rectora en la que nunca había soñado. De lo conocido a lo desconocido. De California a Texas. De un hogar en que habíamos vivido todo ese tiempo, a un apartamento que ocuparía hasta que pudiéramos establecernos en una casa casi año y medio más tarde. ¡No, gracias! No pude decir no lo suficientemente rápido. En realidad, dije: “¡Definitivamente no!”

Fui tan categórico que escribí una carta de dos páginas explicando claramente todas las razones que tenía para rechazar la oferta. Era una argumentación a toda prueba, cuidadosamente elaborada y escrita, que no dejaba lugar para ninguna duda. Al considerar el futuro, no había en realidad manera de que siquiera pudiera considerar la posibilidad de tal cambio. Ciertamente, no a mi edad, ni en la etapa de mi vida en que me encontraba. ¿Es que acaso esa gente estaba loca? Así que envié la carta por correo, y eso fue todo.

Sólo que había un problema: *yo estaba equivocado*. Para ser franco, fui refractario en vez de permanecer abierto.

Vayamos al grano: Todo dentro de mí deseaba a aferrarse a lo familiar; a que todo siguiera sencillo y sin complicaciones; a continuar donde estaba; a terminar bien mi pastorado; a salir a pasear feliz en mi ruidosa motocicleta al caer las tardes, con Cynthia sentada detrás de mí. Pero Dios tenía otros planes y los cambios que se han dado han sido mucho más grandes de lo que yo esperaba. Pero estamos exactamente donde él quiere que estemos, haciendo exactamente lo que él

planeó para nosotros, logrando exactamente lo que lo que él tenía en mente cuando yo me reía de la idea y decía: “¡Ni pensarlo!” Y lo estamos disfrutando como nunca.

¿Que si entiendo la reacción inicial de Jacob? ¡Absolutamente!

LA ACEPTACIÓN FINAL POR PARTE DE JACOB

Es interesante cómo Dios hace su voluntad. Siempre la hace, pero es mucho más doloroso cuando nos oponemos a él y resistimos su dirección, por tener una mentalidad negativa, una perspectiva horizontal y ser refractarios al cambio.

Primero, Jacob se negó a creer y demoró su decisión.

El hambre era grande en la tierra. Y aconteció que cuando acabaron de consumir las provisiones que trajeron de Egipto, les dijo su padre:

—Volved y comprad para nosotros un poco de alimento.

—Y Judá le respondió diciendo:

—Aquel hombre nos advirtió enfáticamente diciendo: “No veréis mi cara a no ser que vuestro hermano esté con nosotros.” Si dejas ir a nuestro hermano con nosotros, iremos y te compraremos alimentos. Pero si no lo dejas ir, no iremos; porque aquel hombre nos dijo: “No veréis mi cara a no ser que traigas a vuestro hermano con vosotros.” Génesis 43:1-5

Dios estaba actuando y por eso el hambre no disminuía. Varios meses después de que los hijos de Jacob habían vuelto de Egipto con el grano, estaban otra vez en serias dificultades.

“Eso era todo. Ya no queda más grano. El último saco está vacío, papá.” (No puedo sino sonreír al ver cómo Dios aprieta los tornillos para hacer su voluntad. Bien poco sabía Jacob que su renuencia iba a ser tan corta. Sé por qué se lo digo.)

“Esta bien”, dijo Jacob. “Regresen a Egipto y compren más comida para todos nosotros.”

“No podemos regresar allá a menos que Benjamín venga con nosotros”, dijo Judá. “El que manda más allá nos advirtió que no regresáramos sin él.” Pero Jacob seguía negándose, reacio aún a enfrentar la realidad. No había querido oír esto cuando sus hijos se lo dijeron por primera vez, y lo había estado rechazando por meses, negándose a levantar siquiera un dedo para lograr el regreso de su hijo Simeón. Simplemente se había resignado a la idea de que había perdido a Simeón para siempre, al igual que a José, y por eso demoró la respuesta.

Por eso, cuando Judá trató de que dejara de resistirse y demorarse más, Jacob le respondió con una *acusación* y una *evasiva*:

Y dijo Israel: ¿Por qué me habéis hecho tanto mal, declarándole a aquel hombre que teníais otro hermano? Génesis 43:6

Jacob les lanzó esta agria acusación, y otra vez lo volvió todo hacia sí mismo. “¿Por qué me hicieron esto?” ¿Por qué me causaron este problema? ¿Por qué tuvieron que decirle a ese hombre que tenían otro hermano?”

Recuerde que tanto el nombre como la naturaleza de Jacob equivalían a “engañador”, así que no debe sorprendernos que volviera una vez más a las andadas. “¿Por qué simplemente no le mintieron? ¿Por qué le dijeron la verdad?”

Proverbios 12:22 dice: “Los labios mentirosos son abominación a Jehovah, pero le agradan los que actúan con verdad.”

Cuando Jacob se veía acorralado, su respuesta era mentir. Cuando se veía con el agua al cuello estaba dispuesto a tramar. ¿Nos sorprende, entonces, que sus hijos hubieran hecho las cosas que hicieron? Su padre les había enseñado, mediante su ejemplo, que había ocasiones cuando había que torcer un poco la verdad. “¿A quién le importa que una mentira sea abominación para el Señor? ¿Por qué tuvieron que decirle a ese hombre que tenían otro hermano?”

Pero algo había pasado, aunque pequeño, en las conciencias cauterizadas de sus hijos. Esta vez varios de ellos intervinieron para tratar de que Jacob oyera y comprendiera. Si él no estaba dispuesto a hacer lo correcto, iban entonces a ser francos con su padre.

“Óyenos, papá, le dijeron:

Aquel hombre nos preguntó expresamente por nosotros y por nuestra familia, diciendo: “¿Vive aún vuestro padre? ¿Tenéis algún otro hermano?” Nosotros respondimos conforme a estas preguntas. ¿Cómo podíamos saber que nos iba a decir: “Haced venir a vuestro hermano”? Génesis 43:7

Padres, oigan esto por favor. A veces, sus hijos se hallan en situaciones muy difíciles y tratan de comunicarles su preocupación y ansiedad. Pero ustedes, por enfado y orgullo, se niegan a escucharlos. En vez de eso, comienzan a sermonearlos en cuanto a cómo deben resolver el problema. Se ponen a culparlos y a darles lecciones de moral antes de conocer todos los hechos.

Yo no me siento orgulloso de mis años de rebeldía juvenil. Gracias a Dios no fueron muchos ni tampoco tan graves, pero sí los recuerdo muy bien. Recuerdo cuando se iniciaron: cuando sentí que mis padres no me estaban escuchando. Yo no era un rebelde en el fondo, pero muy dentro de mí se agitaban muchas cosas y realmente *deseaba confiar* en mis padres.

Sin embargo, cuando trataba de hacerlo, sentía que uno o ambos me cortaban antes de terminar de hablar. Terminaban hablando por mí y mis conflictos eran interpretados como rebeldía. En mi caso, simplemente me retraía. La distancia se hizo mayor, y no fue sino hasta muchos años después que sentí que la cercanía con ellos había vuelto: después de convertirme en padre de familia, cuando estaba criando a mis propios hijos.

Los hijos de Jacob simplemente estaban tratando de aclararle las cosas, para que viera la verdad. “Papá, estábamos parados frente al hombre que es la mano derecha del faraón, y él específicamente nos preguntó si nuestro padre vivía aún y si teníamos otro hermano. Así que le dijimos la verdad. ‘Sí’, le dijimos. Nosotros no teníamos idea por qué estaba preguntando eso.”

Entonces, Judá le propuso algo. Recuerde: el hambre no había disminuido y la situación se estaba volviendo desesperante, y ellos tenían muchas bocas que alimentar.

Entonces Judá dijo a Israel su padre: Deja ir al muchacho conmigo. Así nos levantaremos e iremos, para que vivamos y no muramos nosotros, tú y nuestros niños pequeños. Yo saldré como fiador. A mí me pedirás cuenta de él. Si no te lo traigo y lo pongo delante de ti, seré ante ti el culpable y para siempre. Si no nos hubiéramos detenido, ahora ya habríamos vuelto dos veces. Génesis 43:8-10

Judá le habló con toda franqueza: “Tú no puedes continuar demorando y negando la situación. Yo asumiré la responsabilidad por la vida de Benjamín. Si algo le sucede, yo pagaré las consecuencias por el resto de mi vida. Vamos, papá, coopera. Si no nos hubiéramos demorado tanto, ya habríamos ido y regresado dos veces con comida.”

Judá se ofreció a aceptar la culpa por lo que sucediera, aunque echarle la culpa a alguien de nada sirve. Gritarle a la obscuridad no la convierte en luz. Pero nos gusta culpar: “Papá”, dijo Judá, “si quieres culpar a alguien, culpame a mí. Pero deja ir a Benjamín. Hombre, nos estamos muriendo aquí.”

De modo que Jacob cedió a regañadientes. Respondió con lo que yo llamaría *condescendencia y desconfianza*. Primero, hubo renuencia y demora. Luego, acusación y evasiva. Y ahora, finalmente, condescendencia y desconfianza. ¡Era un hueso duro de roer!

Entonces Israel su padre les responde: Si tiene que ser así, haced esto: Tomad de lo mejor del país en vuestros equipajes y llevadlo al hombre como un presente: un poco de bálsamo, algo de miel, perfumes, mirra, nueces y almendras. Tomad con vosotros el doble del dinero, y devolved personalmente el dinero que os fue devuelto... Génesis 43: 11, 12

Tal vez su respuesta fue algo así como: “¡Ay, está bien! Si tienen que hacerlo, entonces este es el procedimiento que quiero que sigan.” ¿Ven su actitud? Luego volvió al viejo patrón. Les ordenó que llevaran regalos, cosas típicas de Canaán. De haber vivido en los tiempos de Salomón, Jacob habría reclamado la autoría de Proverbios 21:14: “El regalo en secreto calma la ira; y el obsequio a escondidas, el fuerte furor.”

Años antes él había hecho eso con su hermano Esaú, y le había dado resultado. Podría resultar también con el primer ministro de Egipto.

Jacob podía ver todo tipo de plan, pero seguía negándose a ver la mano de Dios en acción. No podía decir: “Oiganme, hijos, nosotros no sabemos lo que significa esto, pero lo que sí sabemos es que estamos confundidos y necesitamos la ayuda de Dios. Vamos a confiar en la protección y en la sabiduría de Dios en esta situación. Vamos a pedirle a él que nos dé su dirección en cuanto a lo que debemos hacer.”

Padres, este es el momento apropiado para que yo los inste a llamar a sus hijos a orar. “Oigan, chicos, vamos a orar por esto antes de que terminemos de desayunar.” O, “Vamos a dedicar un rato de la mañana del sábado a la oración, para que Dios nos guíe en esta situación, ya que nosotros no sabemos qué hacer.” A lo mejor uno de sus hijos (o hijas) se está volviendo poco a poco un rebelde. Escúchelo. Dedique más tiempo de lo normal a hacerlo. Haga un gran esfuerzo por no interrumpirlo. Si usted no sabe cómo responderle, admítalo. Luego, siéntense y oren juntos, pidiendo la dirección de Dios. Eso le hará mucho bien.

Jacob nunca hizo eso. En su mejor momento, hasta ahora, lo único que dice es: “Tal vez estaba equivocado; nos congradaremos con el primer ministro haciéndole un obsequio.”

Finalmente, sin embargo, *tuvo una acción de fe y resignación cautelosas*. Los retortijones del hambre lo convencieron de que no debía seguir resistiéndose.

Tomad también a vuestro hermano. Levantaos y volved a aquel hombre. ¡Que el Dios Todopoderoso os conceda hallar misericordia delante de aquel hombre, y libere a vuestro otro hermano y a Benjamín! Y si yo he de ser privado de mis hijos, que lo sea. Génesis 43:13-14

Justo cuando uno piensa: *¡Qué bien! ¡Ese es el patriarca en acción; ese es nuestro modelo!* Jacob dice: “Tomen a Benjamín y váyanse; que *El Shaddai* les acompañe y que le dé compasión a este egipcio para con ustedes, para se salven Simeón y Benjamín. En cuanto a mí —pobre de mí— si ninguno de ustedes regresa tendré que aceptarlo.” Acabamos de leer los lamentos de un padre triste y desanimado. Desde luego el viejo no daba muchos ánimos a sus hijos.

Jacob habló más de la cuenta. Debió haber terminado su discurso de despedida con: “Benjamín”. Sin gimoteos. Sin lloriqueos de “ay de mí.” Así sus hijos habrían partido con “El Shaddai” resonando en sus oídos y pensando: *Dios tendrá compasión de nosotros. ¡El Dios Todopoderoso proveerá, tal como nuestro padre nos lo ha recordado!* Pero no; Jacob se equivocó una vez más. Como dijo cierto hombre: “Es [el comentario final de Jacob a sus hijos] una declaración de resignación, de una disposición a aceptar el peor de los panoramas.”

Entonces los hombres tomaron el presente. Tomaron también con ellos el doble del dinero, y a Benjamín.

Se levantaron y descendieron a Egipto, y se presentaron ante José. Génesis 43:15

¿De qué hablarían estos diez hombres, estos diez hijos adultos de Jacob durante el viaje de Canaán a Egipto? Tengo la idea de que pudo haber sido de lo mismo que nosotros hubiéramos hablado de haber estado en sus sandalias. También creo que estos hombres estaban empezando a quebrantarse. Hablaron, quizá, de cuánto extrañaban a su hermano José. Con Benjamín ahora en medio de ellos, a lo mejor sintieron que era un buen momento para expresar su arrepentimiento por sus acciones pasadas, y juntos, con sinceridad de corazón, pedir el poder y la protección de *El Shaddai*. ¡También deseo creer que Dios estaba comenzando a derretir el corazón de ellos delante de él! De hecho, esto es lo hermoso de esta historia a medida que se desarrolla. Nos lleva a preguntarnos qué estarían pensando exactamente. Cuánto deseamos llegar al final para ver el final feliz, pero tenemos que esperar, porque siempre hay algo aprender en el camino.

UN REGRESO A LAS VERDADES ORIGINALES... Y UNA CORRECCIÓN DE RUMBO

Cuando estamos viajando de Canaán a Egipto, tendemos a ser negativos en vez de positivos. Nos inclinamos a ver la vida desde una perspectiva horizontal en vez de una vertical. Tendemos a poner resistencia en vez de abrimos a lo nuevo y a lo inesperado. Por consiguiente, la mayoría de las veces somos personas mal dispuestas, desconfiadas e intransigentes. Cuando nos sentimos amenazados por lo inesperado, levantamos nuestras defensas. O alzamos una pancarta paranoica que dice: “¡Todos están en mi contra! ¡Nadie me entiende!” ¡Necesitamos ciertas técnicas de corrección de rumbo para quitarnos esta mala costumbre!

Puedo pensar en, por lo menos, tres que han funcionado para mí:

1. Reconozca y acepte que tiene una mentalidad negativa. Gran parte de la curación está en la aceptación. La corrección inmediata comienza con un reconocimiento sincero. Reconozca y comprenda que tiene una mentalidad negativa. No lo disimule. Deje de negarlo. Nos ayudará a usted y a mí decir simplemente: “He caído en el hábito de pensar negativamente.”
2. Oblíguese a tener un enfoque vertical hasta que éste comience a fluir libremente. Yo nunca he visto a un hábito simplemente echarse, rendirse y morir. Tenemos que hacer un esfuerzo consciente si esperamos poner fin a hábitos arraigados. Si usted es una persona negativa hoy, lo más probable es que despierte mañana por la mañana siendo igual de negativa. En realidad, usted será mucho más negativo mañana, porque habrá perfeccionado el hábito un día más. Así que, oblíguese a tener un enfoque vertical. Esto significa, primero, que debe orar pidiendo fortaleza. Luego, hacer un esfuerzo consciente para decir: “¿Pudiera Dios estar en esto? ¿Está Dios tratando de decirme algo?” O, ¿Cómo reaccionarías tú, Señor, ante esta situación? O, “Señor, no sé con seguridad qué hacer; reconozco que mi tendencia es mantenerte a distancia. Esa es la respuesta de mi carne. Te invito a que vengas y me ayudes en esto. Dame una dirección clara, la respuesta que a ti te agradaría, o la fortaleza para esperar, porque deseo verte en todo esto.” Esto es obligarse a tener un enfoque vertical.
3. Esté abierto a una idea nueva al menos por cinco minutos. No trate de estarlo por un día completo, porque caerá casi en el pánico. Tome sólo cinco minutos cada vez. Cuando se vea confrontado a algo nuevo, a algo inesperado, no responda con: “¡No! ¡Nunca!” Espere cinco minutos. Domínesse. Admita la posibilidad por cinco minutos. Podría sorprenderle el beneficio de estar abierto durante esos trescientos segundos.

No tengo idea de dónde pueda golpearlo esto hoy. Pero sí sé esto: la vida está llena de cambios y retos que pueden ser difíciles de enfrentar. También puede ser difícil manejarlos con una mentalidad positiva y vertical. En vez de contarle otra historia que ilustre los beneficios de responder así, o de citarle una página completa de versículos que enfatizen el valor de confiar en Dios y de no resistirse al cambio, quiero hacer una pausa en esta parte del libro y orar. Estas son mis palabras, pero me gustaría que usted se viera en ellas.

Querido Dios:

No tengo forma de saber quién está leyendo mis palabras ahora, ni de saber lo que está pasando en su vida en este momento. Pero sí sé esto: tú todavía eres *El Shaddai*, el Dios de poder ilimitado, de poder infinito, de poder arrollador. Ningún obstáculo puede detenerte. Nadie te intimida ni nada es demasiado difícil para ti. Además, porque sabes el final de la historia —tanto la de José como la nuestra— tienes la capacidad de lograrlo todo, por lo que no tengo ninguna razón para temer.

Pero no somos sino humanos. Eso significa que tenemos la tendencia a ser negativos, a tener una perspectiva horizontal de la vida y a ser intolerantes ante las ideas nuevas. Sin embargo, he llegado en mi vida

al punto de sentirme harto de ser así. Necesito la fortaleza que viene de ti, *El Shaddai*, para que me ayudes a deshacerme de esos hábitos, y necesito de tu poder para enfrentar el futuro con valentía.

Con tu ayuda, comenzaré a hacerlo hoy. Dame una nueva esperanza para pensar positivamente y para confiar en tu soberano control sobre todo lo que enfrentaré. Calma mis temores. Dame nuevo valor y una fuerte confianza en ti. Dame un entusiasmo contagioso al emprender esta nueva manera de pensar y de vivir. Cambia mi enfoque de lo horizontal a lo vertical.

Ayúdame a envejecer con gracia, diciendo “sí” a los retos de la vida, y “estoy abierto” a los cambios de la vida.

Te pido esto en el nombre todopoderoso de Jesucristo. Amén.

Capítulo Ocho

EL TEMOR DESPLAZADO POR LA GRACIA

Cuando la Cortina de Hierro dividió a Europa después de la Segunda Guerra Mundial, la gente se sintió atrapada. Entonces comenzamos a oír historias increíbles acerca de personas que habían escapado de los regímenes comunistas y que luego se reunieron con sus familias en Occidente. De vez en cuando, las noticias de la noche dejaban ver escenas conmovedoras de ese momento emocional. Cuando los miembros de la familia se veían unos a otros por primera vez después de años de separación forzosa. Esas reuniones desafiaban siempre todo intento de describirlas, y una imagen valía tanto como mil palabras: el emotivo espectáculo de brazos que se abrían de par en par; la carrera para encontrarse unos con otros; el abrazo que ninguno quería que terminara; el festejo, los gritos y las lágrimas de alegría.

De igual forma, ninguno de nosotros que la vio podrá olvidar la escena en la Base Aérea Clark en 1973, cuando 143 valientes salieron de un avión con paso vacilante, algunos deformados, otros tullidos, pero todos ellos regresando tras haber sido prisioneros de guerra, ahora liberados de las prisiones de Vietnam del Norte. El soldado de más alto rango a bordo de ese primer vuelo era el capitán de navío Jeremiah Denton, de 48 años de edad, quien había estado prisionero por cerca de ocho años. Se paró frente al micrófono y dijo con voz entrecortada: ¡Nos sentimos honrados por la oportunidad de haber servido a nuestro país bajo unas circunstancias difíciles. Estamos profundamente agradecidos a nuestro comandante en jefe y a nuestra nación por este día.” Después de una breve pausa pudo dominarse y decir: “¡Dios bendiga a los Estados Unidos de América!” Luego él y los demás, que habían sido conducidos por aire a la libertad, cayeron en brazos de sus anhelantes familias.

Las palabras no bastan para describir la emoción de escenas como éstas. El solo imaginarlas puede hacer botar lágrimas de nuestros ojos. Escenas como éstas —y lo digo en el sentido correcto— son casi demasiado emotivas para ser analizadas con objetividad, demasiado sagradas de contemplar. Allí están familiares que han vivido de los recuerdos, que han pasado literalmente horas de agonía, preguntándose si podrían volver a verse una vez más. A medida que transcurría la vida y seguían separados, no pasaba un solo día sin que sus corazones volaran del uno al otro. Y ahora están juntos otra vez, luchando para poner en palabras todos esos años de separación. Como lo expresó una vez la himnóloga Fanny Crosby, “Las cuerdas que estaban rotas... vibran una vez más.”

Una escena no diferente de las que acabo de describir es la que está a punto de ocurrir en nuestra historia de José en Egipto. Una vez más, las emociones que la rodean son difíciles de explicar con palabras, cuando todos los hermanos de una familia, separados por más de dos décadas, se reunirán muy pronto.

DE CANAÁN A EGIPTO... UNA VEZ MÁS

Al comenzar esta parte de la historia de José, Simeón sigue como rehén en Egipto, y los demás hijos de Jacob están regresando a ese país con Benjamín, su hermano menor. Su misión es cuádruple: demostrar su buena fe, probar que no son espías, liberar a Simeón y comprar más comida. También llevan el dinero que había aparecido devuelto en sus sacos en su primera visita. En realidad usted recordará que llevaban consigo el doble de esa cantidad, junto con varios regalos especiales. Finalmente llegán, con su mente llena de preguntas y preocupaciones. *¿Dejará libre a Simeón el gobernante de Egipto? ¿Nos recibirá bien por devolverle el dinero, o nos meterá presos como lo hizo con nuestro hermano? ¿Nos dejará regresar a nuestra tierra?*

Estos hombres estaban temblando de ansiedad. No sabían lo que les esperaba en Egipto. No sabían si iban a encontrar a Simeón o si aún estaba vivo. No tenían idea de lo que sucedería cuando estuvieran otra vez en presencia del gobernante real.

Entonces los hombres tomaron el presente. Tomaron también con ellos el doble del dinero, y a Benjamín. Se levantaron y descendieron a Egipto, y se presentaron ante José. Cuando José vio a Benjamín con ellos, dijo al administrador de su casa: Lleva a esos hombres a casa. Mata un animal y prepáralo, porque estos hombres comerán conmigo al mediodía. El hombre hizo como dijo José y llevó a los hombres a la casa de José. Génesis 43:15-17

El sentimiento de culpa atormentaba a estos hijos de Jacob. Estos sentimientos pesaba fuertemente sobre sus hombros y susurraba a sus oídos. En no pocas ocasiones habían revivido lo que le habían hecho a su hermano menor José más de 20 años antes. Todos los hechos recientes en sus viajes de ida y vuelta a Egipto les remordían su conciencia. Se acordaban de lo que habían hecho, pero todavía no se habían arrepentido del todo de sus malos caminos. Pero lo harían. Ah, claro que lo harían.

UNOS HERMANOS ACOBARDADOS ANTE EL MAYORDOMO DE JOSÉ

Nuestra historia cambia rápidamente de los preocupados hermanos al impaciente y nervioso José que espera su regreso. Sin que ellos lo supieran, José observaba a sus hermanos a través de los ojos del recuerdo, pero desde lejos. Por fin se sentía aliviado al verlos regresar a Egipto. Probablemente había estado esperando y observando, preguntándose si habían aceptado

su reto o dejado a Simeón a su suerte, así como lo habían hecho con él muchos años antes. Pero habían regresado finalmente, y José tuvo que hacer un gran esfuerzo para mantener la calma.

Planes para un banquete

Al contarlos, José se dio cuenta de que Benjamín estaba con ellos. *Así que este es Benjamín*, pensó al mirar fija-mente a su hermano menor. ¡Cómo debió latir el corazón de José en su pecho al ver a este hombre, que era sólo un niño cuando él fue arrebatado de su familia! *Ha llegado el momento de que tengamos esa fiesta*, se dijo a sí mismo, y luego le ordenó al mayordomo que hiciera que hiciera preparar una comida y que llevara a esos hombres de Canaán a su casa.

Muchas veces me he preguntado qué pensaría el mayordomo de José de todo esto. Debió haberle parecido extraño, para no decir más. ¿Por qué razón invitaba el gobernador a esta polvorienta y sucia tribu de hebreos nómadas a una fiesta? Pero el mayordomo obedeció a su amo. Hizo preparar el banquete, como fue ordenado, y condujo a los israelitas a la casa de José.

Una explicación nerviosa

Los hombres tuvieron temor cuando fueron llevados a la casa de José, y decían: Por el dinero que fue devuelto en nuestros costales la primera vez nos han traído aquí, para buscar ocasión contra nosotros, para caer sobre nosotros y tomarnos como esclavos, junto con nuestros asnos.

Entonces se acercaron al administrador de la casa de José y le hablaron a la entrada de la casa, diciendo: ¡Por favor, señor mío! Nosotros en verdad vinimos la primera vez para comprar alimentos. Y aconteció que cuando llegamos a la posada, abrimos nuestros costales, y he aquí el dinero de cada uno estaba en la boca del costal: Nuestro dinero en su justo valor. Lo hemos traído de vuelta con nosotros. También hemos traído más dinero con nosotros para comprar alimentos.

Nosotros no sabemos quién puso nuestro dinero en nuestros costales. Génesis 43:18-22

A estas alturas, todos estos hombres ya adultos hechos y derechos, estaban realmente aterrados. ¿Qué estaba pasando aquí? Su sentimiento de culpa aumentaba su ansiedad. La culpa no resulta siempre aumenta la ansiedad. *Debe ser por el dinero*, pensaban. Así que empezaron a trastabillar, tratando de explicar lo sucedido al servidor bilingüe del gobernador.

William Shakespeare escribió en *El Rey Enrique VI*: “El temor obsesiona siempre a la mente culpable.” Si usted se siente culpable por algo que ha hecho, todo lo que le suceda se lo achacará a esa acción, haciéndolo temblar de preocupación y temor: *Me van a descubrir*.

Observe lo que temían los hermanos de José: “Nos han traído aquí para buscar ocasión contra nosotros, para caer sobre nosotros y tomarnos como esclavos.” Habían vendido a su propio hermano como esclavo, y es ahora lo que temían que les sucediera a ellos. Paralizados por el sentimiento de culpa, ellos temieron lo peor, cuando José, dominado por la gracia, estaba planeando para ellos lo mejor.

El sentimiento de culpa nos hace decir cosas insólitas en situaciones insólitas. Recuerdo un caso real de una carta que fue enviada a la Dirección General de Impuestos de los Estados Unidos. “Estimados señores”, comenzó diciendo. “No he podido dormir porque el año pasado, cuando llené la planilla sobre mi declaración de impuestos, deliberadamente di una información falsa en cuanto a mis ingresos. Aquí les estoy incluyendo un cheque por 150 dólares.” La carta terminaba con lo siguiente: “Si todavía no puedo dormir, les enviaré el resto.” Esta es una respuesta parcial a un senti-miento de culpa no resuelto.

El doctor Paul Tournier, un hombre especializado en medicina y un sabio en los caminos de la fe, escribió todo un libro titulado *Guilt and Grace* (La culpa y la gracia). En éste, escribió estos profundos pensamientos acerca de los sentimientos de culpa:

Por lo general, la gente no se da cuenta de cuánto tormento experimentan la mayoría de los médicos, ni cuánta preocupación deben poner en cada caso que tratan; ellos viven en un continuo estado de alerta: ¿Pasé por alto algún punto en el examen del paciente? ¿Cometí algún error al hacer el diagnóstico? ¿Habrá algún método eficaz para el tratamiento que sea desconocido para mí o en el que no pensé? Estas preguntas vienen a su mente una y otra vez hasta el punto de obsesionarlos.

Es algo parecido a lo que sucede con los padres de un niño que ha sido víctima de un accidente. Las preguntas se agolpan en su mente. Consideran las circunstancias del drama que están viviendo, pensando que pudo haberse evitado con poca cosa. Recuerdan un pequeño detalle que pudieron haber tomado como un presentimiento, pero al que no le dieron importancia. Parece brutal decirlo, pero no hay una tumba a cuyo lado no haya un diluvio de sentimientos de culpa atacando a la mente.

Todo aquel que haya tenido que ver con la muerte, como lo hace un pastor, estará de acuerdo con las palabras de Tournier. Junto a la tumba se ve a menudo el sentimiento de culpa dibujado en los rostros de los deudos. ¿Pude haber hecho más? ¿Hice muy poco? ¿Fue correcta la decisión? Si yo hubiera actuado de forma diferente, ¿habría vivido un poco más? ¿Habría sufrido menos? Aunque no se trataba de la culpa de al lado de una tumba, estos hombres ya adultos estaban teniendo una lucha parecida.

El sentimiento de culpa siempre nos daña. Esto fue, por cierto, lo que sucedió con los hermanos de José. De pie ante el anónimo y afable servidor de Egipto, a quienes ellos nunca habían conocido en toda su vida, hicieron su confesión.

“Nosotros no sabemos cómo volvió el dinero a nuestros costales la primera vez, pero aquí está. Lo hemos regresado todo. También trajimos más dinero para comprar más comida. Por eso estamos aquí... para comprar alimentos.”

Una respuesta tranquilizadora

Él respondió: Paz a vosotros; no temáis. Vuestro Dios, el Dios de vuestro padre, os puso el tesoro en vuestros costales, puesto que vuestro dinero llegó a vuestro poder. Luego les sacó a Simeón. Génesis 43:23

Me encanta la respuesta tranquilizadora del mayordomo: “Paz”, les dijo. La Biblia hebrea dice, sencillamente: “Shalom.” El mayordomo, que era un buen conocedor del hebreo, utilizó la palabra de ellos para decir paz. Lo que en realidad dijo, fue: “Miren, señores, *shalom*, paz a ustedes. Estén tranquilos. No tengan temor.” Luego este egipcio hasta les testificó del Dios de ellos. “El Dios de ustedes es quien ha puesto el dinero en sus costales. Nadie piensa que ustedes han robado. Sé lo que sucedió: yo fui quien lo puso allí. Yo era quien tenía su dinero. Era un dinero de Elohim, el Dios de sus padres.”

Habían estado angustiados, preguntándose qué sucedería después. En vez de eso, el mayordomo les dijo: “Shalom! Elohim lo ha hecho otra vez!” ¡Qué reproche! Y, de paso, qué interesante sorpresa que este mayordomo egipcio tuviera una teología tan sólida. Sin duda, este era el fruto de la influencia ejercida por José a través de los años. Él personifica lo que consideramos en el capítulo anterior: una perspectiva vertical.

Los hermanos de José nunca relacionaron la devolución de su dinero con la abundante gracia de Dios. ¿Por qué? Porque el sentimiento de *culpa* les impedía ver la mano misericordiosa de Dios en sus vidas. (¡Siempre ocurre lo mismo!) Pero el inmerecido favor de Dios les había llegado en abundancia: grano en abundancia y dinero en abundancia. Y ahora, su hermano Simeón les había sido devuelto, sano y salvo. Misericordia en abundancia.

LOS AGRADECIDOS HERMANOS DE JOSÉ

Así que el hombre llevó a los hombres a la casa de José. Les dio agua, y ellos se lavaron los pies. Luego dio forraje a sus asnos. Por su parte, ellos prepararon el presente mientras José venía al mediodía, porque habían oído que iban a comer allí. Génesis 43:24, 25

Esta extraña situación tenían totalmente confundidos a los hijos de Jacob. Habían venido trayendo dinero y regalos, esperando ganarse la buena voluntad del primer ministro egipcio. Y, mucho más importante, habían llevado con ellos a Benjamín, como el hombre les había exigido. Pero en vez de pedírseles esto, habían sido llevados a la casa del primer ministro para disfrutar de una fiesta, reponer sus fuerzas, aprender algo de teología de parte de un mayordomo egipcio, y reunirse otra vez con Simeón.

Reunidos otra vez

Cuando José llegó a casa, ellos le llevaron el presente que habían traído personalmente a la casa y se postraron a tierra ante él. Él les preguntó cómo estaban y les dijo: Vuestro padre, el anciano que mencionasteis, ¿está bien? ¿Vive todavía? Ellos respondieron: Tu siervo, nuestro padre, está bien. Él vive todavía. Ellos se inclinaron ante él y se postraron. Génesis 43: 26-28

De repente, el gobernador se presenta, y ellos se apresuran a ofrecerle sus regalos. Pero él no veía enojado ni severo. No estaba caminando de un lado para otro, respirando amenazas ni exigiendo ver a Benjamín. De hecho, parecía rebosar de alegría por verlos a todos de nuevo. Casi de inmediato les preguntó por su padre. ¿Seguía vivo el anciano? ¿Estaba bien?

“Sí, sí... aún vive”, respondieron. “Tiene ahora más de 100 años, pero todavía disfruta de buena salud.”

A pesar del buen humor, del sincero interés y de la solicitud del funcionario, seguían intranquilos y nerviosos, sin saber aún qué esperar de este hombre poderoso.

Se produjo entonces uno de esos momentos singulares, como ya dije al comienzo de este capítulo, desafiaban cualquier intento de descripción:

Y alzando sus ojos, él vio a su hermano Benjamín, hijo de su madre. Y les preguntó: ¿Es éste vuestro menor de quien me habíais hablado? Y añadió: Dios tenga misericordia de ti, hijo mío. Génesis 43:29

Una Descarga de emoción

Aquí tenemos una de las palabras más elocuentes de la Biblia: “Y alzando sus ojos, él vio a su hermano Benjamín.”

José levantó sus ojos y vio a su hermano de sangre por primera vez en unos veinte años. “Vio a Benjamín, hijo de su madre.” El único hermano de carne y sangre, del mismo padre y de la misma madre. En realidad, los otros eran sus hermanastros, pero Benjamín era su verdadero hermano de carne y sangre, su única conexión directa con su madre Raquel.

José estaba allí de pie; las lágrimas amenazaban con desbordarse de sus negros ojos mientras contemplaba fijamente ese amado rostro: ¿Es éste vuestro hermano menor de quien me habíais hablado? les preguntó para mantener su compostura.

“Sí, éste es Benjamín.”

José entonces le dijo tiernamente: “Dios tenga misericordia de ti, hijo mío.”

De repente, este gran hombre, este firme y eficiente gobernador de una nación poderosa, se derrumbó por dentro. Al igual que todos nosotros, los hombres y mujeres más grandes tienen momentos en su vida en los que no pueden contener más sus emociones. Desaparece su compostura y los sentimientos toman el control. Esto fue lo que le pasó a José en este momento largamente esperado. Es en estos momentos tan sagrados cuando nos fallan las palabras, y cuando muchas veces necesitamos estar a solas para recuperar la compostura. José lo hizo.

Entonces José se dio prisa, porque se conmovió profundamente a causa de su hermano, y estuvo a punto de llorar. Entró en su habitación y lloró allí. Génesis 43:30

¿Puede usted imaginarse esa escena? De improvviso, el apuesto y bronceado líder de millones de personas ha corrido a su dormitorio y se ha desplomado en sollozos. Como si retrocediera la película de su vida, todos aquellos años pasaron ante su vista. Toda la soledad. Todos los infortunios. Todas las fechas, los cumpleaños y las grandes ocasiones que pasó sin su familia. Esto era demasiado para poder contenerse; era como un río que se precipita con abundancia en un lago, desbordando la represa. Las lágrimas le corrían mientras sollozaban fuerte y convulsivamente. De repente, era otra vez un niño que extrañaba a su papito.

Mis pensamientos vuelan hacia otros grandes hombres de la Biblia, que alguna vez se vieron deshechos por la emoción.

David, cuando perdió a su precioso hijo Absalón, clamó angustiado: “¡Hijo mío Absalón! ¡Hijo mío, hijo mío Absalón! ¡Quién me diera que yo muriese en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío!” (2 Samuel 18:33).

Job, que lo había perdido todo, incluso a sus hijos y su salud, clamó a Dios: “Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: ‘Un varón ha sido concebido!’... ¿Por qué no morí en las entrañas o expiré al salir del vientre?” (Job 3:3, 11).

Elías, después de la gran victoria de Dios contra los profetas de Baal en el monte Carmelo, supo acerca de las amenazadoras palabras de Jezabel, de que en las siguientes 24 horas sería asesinado. “...y él se fue un día de camino por el desierto. Luego vino, se sentó debajo de un arbusto de retama y ansiando morirse dijo: ¡Basta ya, oh Jehová! ¡Quítame la vida, porque yo no soy mejor que mis padres!” (1 Reyes 19:4).

Aun los gigantes en la fe tuvieron momentos cuando sencillamente explotaron en hondas emociones delante de Dios.

Considere todos los pormenores de nuestro antepasado espiritual Moisés. Había recorrido muchos kilómetros a través del árido desierto, conduciendo a los hebreos a la tierra prometida. A pesar de que Dios los había sacado de Egipto en forma milagrosa y segura, la gente comenzó a quejarse tan pronto como cruzaron el mar Rojo. Estaban cansados del calor que nunca terminaba. Estaban cansados de la comida; todo les sabía igual. Estaban cansados del agua; tenía un sabor salobre. Estaban cansados de la arena y de las piedras del camino, y del desierto interminable. Querían volver a Egipto con todas sus comodidades. Quejas, quejas y más quejas. Rezongos, rezongos y más rezongos. Lamentos, lamentos y más lamentos.

De repente, en un arranque de emoción, Moisés dice: “¡Ya basta! ¡No aguanto más!”

Y Moisés dijo a Jehovah: ¿Por qué has hecho mal a tu siervo? ¿Por qué no he hallado gracia ante tus ojos, para que hayas puesto la carga de todo este pueblo sobre mí? ¿Acaso concebí yo a todo este pueblo? ¿Acaso yo lo engendré, para que me digas: “Como una nodriza lleva a un bebé, llévalo en tu seno a la tierra que juré dar a sus padres? ¿De dónde he de sacar yo carne para dar de comer a todo este pueblo, que llora ante mí diciendo: “Danos carne para que comamos”? Yo solo no puedo llevar a todo este pueblo, porque es demasiado pesado para mí. Si así vas a hacer tú conmigo, por favor concédeme la muerte, si he hallado gracia ante tus ojos, para que yo no vea mi desgracia. Números 11: 11-15

Si usted quiere sentir todo este efecto del colapso de Moisés, vuelva a leer el pasaje en voz alta, con sentimiento. ¡Imagínese! Le está hablando al Señor Dios, al Todopoderoso, a *El Shaddai* mismo.

“¿Acaso di yo a luz a toda esta gente? ¿Por qué tengo que ser su niñera? ¿De dónde voy a sacar carne para todos ellos, que todo el tiempo están llorando por ella? ¡Ya basta! ¡Mátame, Señor. Sácame de esto... ¡Líbrame de este tormento!”

¿Es esa la manera de hablarle a Dios? Uno pensaría que el Señor el Señor lo fulminaría con la descarga de truenos y rayos del Sinaí. Pero no lo hizo.

Tengo un amigo que perdió a su hijo. Encontraron al muchacho ahogado en el fondo de la piscina de un vecino. Mi amigo y su esposa, después que terminó el luto público, siguieron enlutados por dentro. “Hasta el día de hoy, hay veces que tengo que tragarme mi dolor”, recuerdo haberle oído decir,

“Poco tiempo después de haberse ahogado”, me contó. “subí a mi auto y recorrí kilómetros y kilómetros por las autopistas de los Ángeles. Mientras manejaba, decía con rabia unas palabras tan terribles que jamás las diría fuera del auto. Nadie más estaba conmigo, así que pude desahogar mi dolor y mi resentimiento, mi ira y mi confusión; dije todo lo que sentía por dentro. Luego de hacer eso por más de dos horas, volví a casa, estacioné el auto en la cochera y lo apagué. Con los ojos y las mejillas todavía húmedos por las lágrimas, puse mi frente sobre el volante, completamente agotado. Luego, de repente, me sacudió un pensamiento: *¿Puede Dios manejar todo esto.*”

¿Sabe qué es lo bueno? Que Dios nunca lo va a acusar por esto. ¿No es eso maravilloso? ¿No es un alivio saber que el Señor Dios nunca se va a parar en la iglesia y decir: “Estoy aquí para informarles lo que fulano me dijo el jueves en la mañana”?

Ha habido veces en mi vida que he tenido dudas, en que he dado tumbos en las inmensas grietas que han aparecido en mi mundo. Ha habido oportunidades cuando me he ido a la cama llorando, clamando a Dios, lo mismo que usted. Así es la vida, especialmente cuando uno decide ser auténtico, en vez de tratar de proteger cierta clase de imagen perfecta. Produce mucho alivio saber que no estamos solos en momentos así, ¿no le parece?

Hay que reconocer que José era un hombre fuerte y poderoso, pero también un ser humano auténtico, con emociones humanas auténticas, que podía salir de los corredores del poder y tener la fortaleza de descargar con lágrimas lo que había en su corazón.

Así, pues, este recio y competente primer ministro de Egipto se sintió abrumado por la emoción cuando vio a su hermano menor por primera vez en tantos años. El relato dice: “El amor hacia su hermano lo llenó de emoción y sintió necesidad de llorar” (Génesis 43:30, *La Biblia al Día*). De nuevo, esta es una escena tan íntima que desafía cualquier intento de descripción.

Después, con toda naturalidad, “se lavó la cara”, recobró la compostura, fue a reunirse con sus hermanos, y ordenó a los sirvientes: “Servid la comida.” Me encanta la escena que sigue.

La hermandad restaurada

A José le sirvieron aparte. Y sirvieron por separado a ellos y a los egipcios que habían de comer allí, pues los egipcios no pueden comer con los hebreos, porque esto a los egipcios les es abominación. Génesis 43:32

Tras ese momento tan emotivo, hay una situación casi cómica en esta escena. José estaba comiendo solo, los hermanos estaban comiendo aparte, y los egipcios también lo estaban haciendo aparte. Todos estos hombres estaban comiendo en el mismo lugar, pero en mesas separadas.

Los egipcios no soportaban comer con los hebreos. La explicación de esta actitud parece que la encontramos en Génesis 46:33, 34 y en Éxodo 8:26. Esto nos ayuda a entender la razón por la que hebreos y egipcios estaban comiendo en mesas separadas.

José le indicó a cada uno su asiento, y los sentó de mayor a menor para sorpresa de ellos. La comida de los hermanos de José la servían desde la mesa de éste. Le dio la mayor porción a Benjamín, cinco veces mayor que la de los demás. Tuvieron unos momentos de felicidad y bebieron con gozo. Génesis 43:33-34 (*La Biblia al Día*)

El autor y erudito Henry Morris explica la razón de su sorpresa:

Luego que les fueron asignados los puestos alrededor de la mesa, los once hermanos notaron algo singular. Habían sido ubicados por orden de edad, de mayor a menor. Si esto era mera coincidencia, fue ciertamente algo maravilloso. Se puede demostrar fácilmente... ¡que hay no menos de 39.917.000 órdenes diferentes en que pueden sentarse once personas! Evidentemente, este hombre sabía de su familia mucho más de lo que ellos creían; o tenían algún poder sobrenatural.

No tenían la respuesta, y lo único que podían hacer era maravillarse.

Los hermanos de José estaban atónitos por la manera como era tratados. Habían esperado que les sucedieran muchas cosas, incluso la muerte, pero, ciertamente, nada como esto. Ahora estaban allí, sentados de acuerdo con su edad, cenando con el gobernador. ¡Y qué banquete! Si pudiéramos describirlo refiriéndonos a viandas buenas y comidas de hoy, diríamos que les sirvieron ensaladas frescas, gruesas chuletas de res, quimbombó frito, papas horneadas rellenas, pan, frijoles y buenos vasos de vino. Además de todo eso, el gobernador les enviaba más comida de su propia mesa.

Es interesante notar que a Benjamín le fueron servidas porciones cinco veces más grandes que las de los otros hombres... ¡cinco grandes chuletas, cinco abundantes porciones de frijoles, cinco papas horneadas gigantes, cinco raciones de pan y cinco grandes vasos de vino! Estos hambrientos hebreos debieron haber pensado que habían muerto y llegado a la gloria. Por su parte, Benjamín debió haber pensado: *Sé que estoy delgado, pero esto es una extravagancia. ¿Qué es lo que está pasando aquí?*

A estas alturas, José estaba totalmente absorto. ¡Este es Benjamín! ¡Mi hermano! Estaba tan extasiado, tan lleno de gozo, que la comida se le amontonaba en el plato. Lo que haría un hermano mayor por otro hermano que no ha visto en siglos, ¿no le parece? ¡Especialmente si el mayor está lleno de perdón y de gracia!

Es maravillosa, en verdad, la manera como la actitud amistosa de José desbloqueó a todos los que estaban en las mesas. Al principio, había sentimientos de ansiedad y temor mientras eran cautivos del sentimiento de culpa. Su temor no tenía límites mientras regresaban a Egipto, preguntándose qué tendrían que enfrentar.

Pero en cuestión de horas se vieron tratados con amabilidad, sentados alrededor de una mesa de banquete repleta de comida e, ¡imagínese!, solazándose en la exaltada presencia de la aristocracia. ¡Qué alivio! Pero aún mejor que eso, ¡qué bendición! Eran los recipientes de un favor que no se habían ganado y de una bondad que no merecían. Y allí estaban, con una abundancia tal de provisiones que nunca podrían devolver. ¿Sorprende a alguien que estuvieran asombrados y libres de temor? El miedo había sido desplazado por la gracia. ¿Por qué? Por una razón: José. Este gran hombre, aunque todavía no había sido reconocido por ellos como su hermano, se propuso perdonar su maltrato y, al mismo tiempo, demostrarles una mayor gracia. Lejos de recordarles sus malas acciones y obligarlos a pagar por su crueldad e injusticias de años pasados, les mostró gracia al máximo. Esta reunión fue, en verdad, un banquete de gracia —por todo lo alto— gracias a José, un hombre de integridad y perdón.

UNA ANALOGÍA SENCILLA, PERO MUY PERSONAL

La vida de José nos ofrece una magnífica descripción de la gracia de Dios cuando vino a rescatarnos en la persona de su Hijo Jesucristo. Son muchos los que van a él, como los culpables hermanos de José, sintiendo la distancia y temiendo lo peor de Dios, sólo para verlo exhibir su increíble generosidad y misericordia. En vez de ser condenados, somos perdonados. En lugar de sentirnos culpables, somos liberados. Y en vez de experimentar el castigo, que ciertamente merecemos, nos sentamos a su mesa y se nos sirve mucho más de lo que jamás pudiéramos consumir.

Para algunos de nosotros esto es demasiado fantástico. Así que con desesperación le llevamos a Dios nuestro caso y el resultado es que él nos habla bondadosamente y nos promete paz, en nuestro propio idioma. Tratamos de detener su ira regateando con él, pensando que nuestro duro trabajo y nuestros sinceros esfuerzos compensarán todas las malas obras del pasado de las que nos sentimos culpables. Pero, para nuestro asombro, él nunca consideró siquiera nuestros intentos lo suficientemente importantes como para mencionarlos. Lo que teníamos en mente era hacernos merecedores apenas de lo suficiente como para silenciar nuestros sentimientos de culpa, pero lo que él tenía en mente era abrumarnos con una abundancia tal, de modo que nos diéramos cuenta de que jamás podremos devolver nada.

¡Qué hermosa escena la de Cristo en la cruz, llevando los pecados que nosotros hemos cometido, perdonándonos al hacerlo! ¿No es maravilloso? Aquel que fue rechazado es el mismo que se esfuerza tanto para lograr que volvamos a reunirnos con él.

Por tanto, Jehovah espera para tener piedad de vosotros; por eso, se levanta para tener misericordia de vosotros. Porque Jehovah es un Dios de justicia, ibienaventurados son todos los que esperan en él! Isaías 30:18

¿Espera usted en él? ¡Pues le tengo una gran noticia! Y de una forma aún mayor, mucho mayor de lo que usted pudo imaginar jamás. Él le está ofreciendo todas las cosas de las que usted tiene hambre. La mesa está servida en abundancia y él está sonriendo, esperando que usted se siente y disfrute del banquete que él preparó pensando en usted. Tome asiento, la gracia está servida.

Frederick Buechner escribe:

Después de siglos de manejo y de mal manejo, la mayoría de las palabras religiosas están tan trilladas que nadie se interesa más por ellas. Pero no sucede así con la palabra gracia, por alguna razón. De una manera misteriosa, aun derivados de ella, tales como grato y agraciado conservan todavía algo de su encanto.

La gracia es algo que uno nunca puede obtener a menos que le sea dada. No hay manera alguna de ganarla, ni de merecerla, ni que se produzca, como tampoco uno puede merecer el sabor de las frambuesas con crema, o ganarse un buen parecido, o venir por voluntad propia al mundo...

Una peculiaridad fundamental de la fe cristiana es la afirmación de que las personas son salvas por gracia. Usted no tiene que hacer nada. No hay nada que usted tenga que hacer...

Hay sólo una condición. Como sucede como cualquier regalo, el regalo de la gracia solamente puede ser suyo si usted extiende la mano y lo toma.

Es posible que el poder extender la mano y tomarlo sea también una gracia.

Capítulo Nueve

¡YO SOY JOSÉ!

¿Por qué fue José considerado grande? ¿Por qué ronda el Espíritu de Dios sobre su vida más que sobre la de cualquier otra persona en el libro de Génesis, incluyendo a Abraham? ¿Qué había en José que pudo haber determinado que el Señor le dijera algo como esto a Moisés, el escritor del Pentateuco: “Haz una cuidadosa descripción de la vida de este hombre, para que las generaciones futuras le dediquen mucho tiempo”?

José, desee luego, no era sobrehumano. Era simplemente un hombre. Jamás caminó sobre el agua. No tenía un halo sobre su cabeza. Jamás hizo un milagro. Nunca estuvo, sin duda alguna, libre de problemas. Tampoco era un santo sagrado y sin mácula. Con la ayuda del Señor —como él mismo lo reconoció— interpretó algunos sueños, pero no hizo profecías formidables. Y hasta donde sabemos, él jamás escribió ninguna parte de las Sagradas Escrituras.

Entonces, ¿por qué fue José tan grande? Fue grande por su fe en Dios, que se manifestó en una actitud magnánima hacia los demás, y por su magnífica actitud frente a las dificultades. Una fe fuerte lleva a una buena actitud. Cuando se dan estas dos condiciones, las dificultades se convierten en desafíos para enfrentarlos, no en razones para desanimarse.

Elbert Hubbard, un escritor estadounidense de comienzos del siglo XX, escribió una vez: “La evidencia final de la grandeza radica en ser capaz de soportar un trato desdeñoso sin guardar resentimiento.” José pasó esa prueba exitosamente.

Al retomar su historia, llegamos a lo que parece ser un episodio intrascendente. De hecho, Martín Lutero tuvo problemas con Génesis 44 y una vez se preguntó por qué el Espíritu de Dios se había tomado el trabajo de preservar “esos 34 versículos tan triviales”. ¿Por qué, en verdad? Lo cierto es en los detalles triviales y pequeños de la vida que nuestra actitud es probada al máximo. ¡La mayor parte de nuestra vida no es “superfantástica”! Gran parte de nuestra vida no es más que una rutina intrascendente.

José sabía esto. Él había visto cómo su propia actitud había sido puesta a prueba tanto en posiciones de responsabilidades, honor y poder, como en las más humillantes, como en los de la más profunda depresión. Pero quizá su prueba más grande fue la larga espera. Quería ver en sus hermanos algo de esa misma actitud que el Señor había hecho arder dentro de él: una fe poderosa en Dios y una respuesta positiva hacia los demás. Pero sus hermanos todavía no habían dado muchas evidencias que demostraran que compartían la perspectiva de José. Así que preparó un examen final de dos partes para sus hermanos.

LA PRUEBA: LA COPA DE PLATA EN EL COSTAL

Después ordenó José al administrador de su casa diciendo: Llena de alimentos los costales de estos hombres, todo lo que puedan llevar. Pon el dinero de cada uno en la boca de su costal. Pon también mi copa, la copa de plata, en la boca del costal del menor, junto con el dinero de su trigo.

Él hizo como le dijo José. Génesis 44: 1, 2

Tal como había hecho cuando visitaron Egipto por primera vez, José ordenó que les llenaran de comida los costales y que otra vez les pusieran su dinero en la boca de los sacos. Además, hizo que colocaran su propia copa de plata en la boca del costal de Benjamín. Entonces José le ordenó a su mayordomo:

Levántate y sigue a esos hombres. Cuando los alcances, diles: “¿Por qué habéis pagado mal por bien? ¿Por qué me habéis robado la copa de plata? ¿No es ésta la copa que mi señor usa para beber y por la que suele adivinar? Habéis actuado mal al hacer esto.” Génesis 44:4, 5

Los hijos de Jacob no se habían alejado mucho de la ciudad cuando miraron hacia atrás y vieron al mayordomo del primer ministro dándoles alcance. Una vez que los alcanzó, los acusó de haber robado al líder egipcio. “¿Cómo pudieron cometer algo tan indigno, después de haber sido tratados tan bien?”

“Jamás haríamos algo así”, respondieron los hermanos. “No hay nada en estos costales que no nos haya sido entregados. Nosotros vinimos a comprar grano y eso es lo que llevamos. Si ustedes encuentran alguna otra cosa, seremos sus esclavos. De hecho, pueden matar a quien sea hallado culpable.” Así se sentían de seguros. Así de categóricos eran en cuanto a su inocencia.

No vacilaron en dejar que el mayordomo revisara sus costales de comida, comenzando por el de Rubén, el mayor. Pero, ¡quién lo iba a decir!, cuando el mayordomo revisó todo y llegó al menor ¡encontró la copa de plata en el costal de Benjamín!

Decir que los hermanos estaban aturdidos es decir poco. Sabían que no se habían apropiado de la copa. ¿Cómo, entonces, había ido a parar al costal de Benjamín? Al darse cuenta de las terribles implicaciones de esta evidencia circunstancial, pasaron del aturdimiento a la desesperación. En su angustia “rasgaron sus vestiduras” (Génesis 44:13)

Tuvieron que regresar a la ciudad con el mayordomo, por supuesto, e inmediatamente fueron llevados a la presencia del gobernador. Allí fue Judá quien habló por todos.

Entonces dijo Judá: "¿Qué podemos decir a mi señor? ¿Qué hablaremos? ¿Con qué nos justificaremos? Dios ha descubierto la culpa de tus siervos. He aquí, somos esclavos de mi señor, tanto nosotros como aquel en cuyo poder fue hallada la copa." Génesis 44:16

Que esta confesión saliera de la boca de Judá era asombroso. Pero esto era precisamente lo que José estaba esperando; era por esto que les había hecho el examen final. Lo aprobaron. En efecto, todos los hermanos habían sacado la calificación máxima en esta primera parte de la prueba.

Al hablar en nombre de sus hermanos, Judá no trató de justificarse a sí mismo ni a los demás, ni tampoco de echarle la culpa a Benjamín. Al contrario de como habían actuado antes, no se volvieron contra Benjamín ni lo rechazaron como habían hecho con José muchos años antes. Judá dice muy claramente que todos ellos eran culpables.

Al considerar sus antecedentes, este era un reconocimiento asombroso. Había comenzado a producirse un verdadero cambio en su actitud. Pensemos en el hecho de que esas palabras estaban saliendo de la boca y del corazón *¡de Judá!*

José quería saber si sus hermanos eran capaces de ver la mano de Dios en su vida diaria, aun en las cosas que parecían injustas. Aun en el infortunio y la muerte. Quería ver si su enfoque vertical estaba claro. Y ahora oía esta confesión saliendo de la boca de Judá, quien se echó la culpa de todos sobre sus hombros. "Hemos sido descubiertos delante de Dios. ¡Somos culpables! Nuestra iniquidad ha quedado al desnudo."

Creo que con su confesión Judá estaba en realidad regresando veinte años atrás y refiriéndose a aquellos días cuando no sólo habían odiado a su hermano José, sino que también se habían vuelto contra él y lo habían vendido como esclavo. De no haber sido por Rubén, lo habrían matado. Esto los obsesionaba ahora. Judá había comenzado a darse cuenta de que Dios no había perdonado una falta de la que no se habían arrepentido.

EL TRATO: HERMANO POR HERMANO

José dijo, entonces:

¡Nunca haga yo tal cosa! Aquel en cuyo poder fue hallada la copa será mi esclavo. Los demás volveos en paz a vuestro padre. Génesis 44:17

Esta era la segunda parte del examen final. Primero vino la prueba vertical. ¿Habían llegado sus hermanos al punto de ver la mano de Dios en su vida diaria? Sí. Lo habían demostrado con su actitud. Luego vino la prueba horizontal. ¿A quién escogerían: a sí mismos no a Benjamín? ¿Se había producido algún cambio en sus corazones con el paso de los años?

De manera que José dijo: "Yo nunca castigaría a todos ustedes por el delito cometido por un solo hombre. La copa fue encontrada en posesión del hermano menor, así que él es a quien castigaré. Perderá su libertad y se convertirá en mi esclavo. El resto de ustedes puede marcharse en paz. Pueden regresar con su padre."

Después de esta declaración viene un dramático discurso que, en palabras de Jacob Leupold, un reputado erudito alemán, "no tiene parangón" en el Antiguo Testamento.

Entonces Judá se acercó a él y le dijo: "¡Ay, señor mío! Permite que hable tu siervo una palabra a oídos de mi señor. No se encienda tu ira contra tu siervo, puesto que tú eres como el mismo faraón. Mi señor preguntó a sus siervos diciendo: '¿Tenéis padre o hermano?' Y nosotros respondimos a mi señor: 'Tenemos un padre anciano y un muchacho pequeño que le nació en su vejez.

Un hermano suyo murió. Sólo él ha quedado de su madre, y su padre lo ama.' Tú dijiste a tus siervos: 'Traédmelo para que lo vea.' Y nosotros dijimos a mi señor: 'El joven no puede dejar a su padre; porque si le deja, su padre morirá.' Y dijiste a tus siervos: 'Si vuestro hermano menor no viene con vosotros, no veréis más mi cara.' Aconteció, pues, que cuando fuimos a tu siervo, mi padre, le contamos las palabras de mi señor. Y nuestro padre dijo: "Volved a comprarnos un poco más de alimento." Nosotros respondimos: 'No podemos ir, a menos que nuestro hermano menor vaya con nosotros. Porque no podemos ver la cara de aquel hombre si nuestro hermano menor no está con nosotros.' Entonces tu siervo, mi padre, nos dijo: 'Vosotros sabéis que mi mujer me dio dos hijos, y que uno de ellos partió de mi presencia y pienso que de cierto fue despedazado, puesto que hasta ahora no lo he vuelto a ver. Si tomáis también a éste de mi presencia y le acontece alguna desgracia, haréis descender mis canas con aflicción a la sepultura. Ahora pues, cuando llegue yo a tu siervo, mi padre, si el joven no está conmigo, como su vida está ligada a la de él, sucederá que cuando vea que no está con nosotros el muchacho, morirá. Así tus siervos habremos hecho descender las canas de tu siervo, nuestro padre, con dolor a la sepultura.

Como tu siervo salió por fiador del joven ante mi padre, diciendo: 'Si no te lo traigo de vuelta, entonces yo seré culpable ante mi padre para siempre', permite ahora que tu siervo quede como esclavo de mi señor en lugar del muchacho, y que el muchacho regrese con sus hermanos.

Porque, ¿cómo volveré yo a mi padre si el muchacho no está conmigo? ¡No podré, para no ver la desgracia que sobrevendrá a mi padre!” Génesis 44:18-34

¿Se da cuenta de quién está diciendo esto? Es Judá, otra vez. Estas palabras “sin parangón” venían del mismo hombre que, veinte años atrás, había dicho sin ningún remordimiento: “Ahí viene ese soñador, José. Vamos a matarlo, y decimos luego que una fiera lo devoró.” Pero poco después de hacer esa despiadada propuesta, lo pensó mejor y dijo: “¿Qué ganamos con matar a nuestro hermano y ocultar su sangre? Mejor lo vendemos a los traficantes de esclavos.”

Sin embargo, allí estaba él, suplicando por su hermano menor. Pero también suplicando por su padre.

Pocos años antes, a Judá no le hubiera importado un bledo lo que su padre pensara, porque él siempre había mostrado favoritismo por los hijos de Raquel. De hecho, la violencia y la crueldad de Judá y sus hermanos contra José eran un acto indirecto de crueldad contra su padre.

Ahora, ¡qué sorpresa!, este mismo hombre está mostrando una actitud de sacrificio. “Tómame en su lugar, pero envía a Benjamín de regreso a casa. Yo no puedo soportar la idea de ver que a mi padre le sobrevenga este mal.” No, no es el mismo hombre; ha cambiado.

Eso era indudable. Judá y sus hermanos se estaban convirtiendo en unos hombres transformados, y José se dio cuenta de eso. El arrepentimiento había hecho su obra. Habían aprobado ambas partes del examen final. Creo que esto explica el por qué José tomó la decisión en ese momento de quitarse la máscara de misterio.

LA REVELACIÓN: LA IDENTIDAD DEL GOBERNADOR

La siguiente escena representa uno de los momentos de mayor grandeza de todo el Antiguo Testamento, el clímax de una historia que ha mantenido cautivada nuestra atención por horas.

José ya no se podía contener más delante de todos los que estaban en su presencia, y gritó: “¡Que salgan todos de mi presencia!” Nadie quedó con él cuando se dio a conocer a sus hermanos. Entonces se puso a llorar a gritos, y lo oyeron los egipcios. Y fue oído también en casa del faraón. José dijo a sus hermanos: “Yo soy José. ¿Vive aún mi padre?” Sus hermanos no pudieron responderle, porque estaban aterrados. Génesis 45:1-3

José hizo salir del recinto a todos los egipcios, a todos los mayordomos, sirvientes y esclavos. Sólo los once hermanos se quedaron, temblando delante de él y preguntándose: *¿Qué va a pasar ahora? ¿Qué va a hacer con nosotros?*

En eso vieron al funcionario egipcio —al segundo hombre más importante después del faraón— romper en llanto. No eran unas lágrimas silenciosas en que le rodaban por las mejillas. Sus gritos eran tan fuertes que aun los que estaban fuera de la habitación los oyeron y comenzaron a decir a los otros miembros de la casa del faraón lo que estaba sucediendo.

A las lágrimas siguieron de inmediato las sorprendentes palabras.

“¡Yo soy José!”, dijo el gobernador. “¿Vive aún mi padre?”

Había roto su silencio, tanto de palabras como de idioma, pues les habló por primera vez en hebreo. ¡AAA-NEE

YO-SAPHE! “¡Yo soy José!”

Los hermanos estaban “aterrados delante de él”. ¡Por no decir algo peor! Estaban estupefactos. Estaban mudos. ¡Estaban aterrorizados! Se pusieron a temblar. *¿Qué clase de trampa diabólica era ésta?*

Entonces José dijo a sus hermanos: “Acercaos a mí, por favor.” Ellos se acercaron, y él les dijo:

“Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto.” Génesis 45:4

Al verlos allí temblando, les dijo: “Acérquense.”

El verbo hebreo utilizado aquí, *nah gash*, se refiere no sólo a una aproximación espacial, sino además a un acercamiento íntimo. Es un término utilizado de vez en cuando para acercarse con el propósito de abrazar o besar a alguien. No es el término hebreo usual para acercarse físicamente. Pienso que este pasaje puede implicar que José quería que sus hermanos observaran su rostro “más de cerca”. Esto les daría la evidencia final de que él era, en efecto, uno de los doce, no un gobernante egipcio, sino alguien de su propia carne y sangre.

¡Eso fue suficiente! Lo que antes no podían creer estaban ahora obligados a aceptar por lo que él les había dicho. En ese momento debieron haberse quedado con la boca abierta. Acababa de destapar el secreto mejor guardado de Canaán. Con toda seguridad, ninguno de los hermanos había dicho jamás a alguien lo que había ocurrido aquel día en los campos de Dotán. ¿Cómo podía saber este hombre la verdad si no fuera su José, por tanto tiempo perdido? Se quedaron viéndolo fijamente, sin parpadear, mientras él volvía a afirmar: Yo soy el que vendisteis para Egipto. *Yo soy José.*

Este es otro de esos momentos imposibles de describir. Las palabras no pueden expresar ni contener adecuada-mente la escena.

Hace algunos años, una película de la televisión llamada *The Promise* (La promesa), contaba la historia de unos jóvenes que, casi en la víspera de su boda, se vieron envueltos en un terrible accidente automovilístico en el que ambos sufrieron serias heridas, y en el que el rostro de su futura esposa quedó horriblemente desfigurado. Mientras se recuperaban de sus

heridas en el hospital, en habitaciones separadas, la madre del joven visitó a la que pronto iba a ser su nuera. Esta cruel mujer no había querido que su hijo se casara con la joven, y ahora había encontrado la oportunidad de evitarlo. Le dijo a la joven, que estaba seriamente herida, que ella pagaría secretamente todas las operaciones de cirugía plástica que pudiera necesitar para que le restauraran el rostro, si prometía desaparecer y no tener nunca más que ver con su hijo. Angustiada, aturdida, y en medio de su conmoción y de su necesidad, la desfigurada y confundida mujer hizo esa promesa. Poco tiempo después, la madre le dijo a su hijo que su prometida había muerto en el accidente.

Pero varios años después, gracias a una extraña serie de hechos, los jóvenes se encontraron. Puesto que él no había cambiado mucho, ella lo reconoció de inmediato. Trató de mantener su promesa de no tener que ver con él, pero poco a poco, a medida que las circunstancias los mantenían en contacto, él comenzó a reconocerla. Se dio cuenta de que la mujer que había amado tan profundamente, con un amor que todavía lo obsesionaba, estaba en realidad viva. Al final, restablecieron su relación en una romántica escena de reconciliación.

Años de separación fueron seguidos por ese hermoso momento de descubrimiento y reconciliación. Cualquiera que alguna vez haya vuelto a verse con un amigo o alguien querido después de años de separación, sabe perfectamente lo que esto significa.

Hace muchos años, Debbie, una de nuestras queridas nueras, captó la emoción de un momento así con las siguientes palabras:

Quando mis ojos te vieron, quise correr para echarme en tus brazos y abrazar en tu cuerpo mis débiles recuerdos. Pero el temor paralizó mis pasos y me detuve, apretando con desesperación la correa de mi bolso como si eso fuera lo único que me mantendría en pie.

Habías encanecido, y al escudriñar tu rostro vi unas líneas numerosas y profundas de lo que yo recordaba. Tus hombros estaban un poco más caídos, y me preguntaba si los cambios en tu interior habían sido igualmente tan grandes.

En ese momento, mis ojos se encontraron con los tuyos y mi ansiedad desapareció en el cálido azul de los tuyos, y comencé a llorar al ver tu sonrisa. Era la misma.

Corrí a tus brazos, y las lágrimas se deslizaron por mi rostro, mientras a mis oídos llegaban estas familiares palabras: "Te amo."

Si usted puede leer Génesis 45 sin sentirse atrapado por ese peregrinaje de la imaginación, no ha sido justo con la biografía de José. Estas breves, directas, sencillas y significativas palabras: "Yo soy José vuestro hermano, el que vendisteis para Egipto" (v. 4), simbolizan el mar de emociones que inundó a estos hermanos, una de las cuales era, principalmente, su permanente sentimiento de culpa. Lo vio en sus rostros. Por eso es que dijo lo que dijo después, demostrando una vez más gracia en abundancia.

LA RESPUESTA: GRACIA PARA LOS CULPABLES

Ahora pues, no os entristezcáis ni os pese el haberme vendido acá, porque para preservación de vida me ha enviado Dios delante de vosotros. Ya han transcurrido dos años de hambre en medio de la tierra, y todavía quedan cinco años en que no habrá ni siembra ni siega. Pero Dios me ha enviado delante de vosotros para preservaros posteridad en la tierra, y para daros vida mediante una gran liberación. Así que no me enviasteis vosotros acá, sino Dios, que me ha puesto como protector del faraón, como señor de toda su casa y como gobernador de toda la tierra de Egipto. Génesis 45:5-8

Humanamente hablando, cuando la persona promedio se encuentra con alguien que le ha hecho un grave daño, lo más probable es que lo mire con ceño y le diga enojada: "¡Ponte de rodillas y quédate así! Ahora vas a saber lo que es una humillación. Espera hasta que haya terminado contigo. ¡He agonizado todos estos años esperando este momento!"

Pero José no actuó así. Él era un hombre transformado. Era un hombre de Dios, lo que significa que era un gran hombre. Por eso, con el brazo del Señor como apoyo, pudo ver la angustia que había en los ojos de sus hermanos y decirles con toda sinceridad: "No os entristezcáis ni os pese el haberme vendido acá, porque no fueron ustedes, sino Dios, que para preservación de vida me ha enviado delante de vosotros." Permítame un momento que interrumpa el flujo de los hechos y le pregunte: ¿Actuó José desde la perspectiva vertical, o no?

"¡Sino Dios!" Esas dos palabras lo cambian todo.

José nunca habría podido decir esas tranquilizadoras palabras si no hubiera perdonado en verdad a sus hermanos. Uno no puede abrazar sinceramente a una persona si no la ha perdonado de corazón. José no vio a sus hermanos como a enemigos, porque su perspectiva había cambiado. "No me enviasteis vosotros acá, sino Dios", les dijo. "Y me envié acá por una razón: para preservar vidas."

Me encantan estas palabras. En términos de hoy, significarían: "No fueron ustedes quienes planearon esto; fue Dios quien lo hizo. Fue el Dios soberano quien penetró el futuro y vio las necesidades de este mundo, escogiéndome para que fuera su mensajero personal y para que solucionara el problema de hambre que vendría después. Ustedes pensaron que me

estaban haciendo un mal, pero déjenme decirles, que fue Dios quien utilizó sus torcidas intenciones para preservación de vida.”

Y se lo repite: “Por consiguiente, no fueron ustedes los que me enviaron acá, sino Dios.” *¡Sino Dios!* Subraye eso. “Dios fue el que me envió.” José era un hombre que vivía, todo el tiempo, bajo la perspectiva divina.

Años más tarde, José volvería a decir esto una vez más a sus preocupados hermanos. Aunque habían pasado varios años, seguían preocupados por lo que José pudiera hacerles después de la muerte de su padre. El sentimiento de culpa seguía aferrado a un lado del bote, luchando por un apoyo, mucho después de que la gracia lo hubiera abordado y estuviera frente al timón. Fue por esto que José tuvo que repetir su discurso.

Entonces lloraron también sus hermanos, y postrándose delante de él le dijeron: Aquí nos tienes como siervos tuyos. Pero José les respondió: No temáis. ¿Estoy yo acaso en el lugar de Dios? Vosotros pensasteis hacerme mal, pero Dios lo encaminó para bien, para hacer lo que vemos hoy: mantener con vida a un pueblo numeroso. Génesis 50:18-20

¡Qué magnanimidad la de José! ¡Qué actitud tan admirable bajo la dirección de Dios!

Ahora, es con usted. Yo no sé qué está irritándolo, ni qué recuerdos lo obsesionan, ni sé el dolor con el que vive por algo malo que le han hecho, pero conozco bien a la humanidad para saber que la mayoría de las personas han sido tratadas mal por alguien, en uno u otro momento. Cuando eso sucede la perspectiva se oscurece. Recuerda la manipulación de que fue objeto. Recuerda el mal recibido. Recuerda el trato injusto. Recuerda la angustia, el rechazo. Le hicieron la maldad. ¡La maldad que le hicieron a propósito! No vale la pena negarlo: esa persona lo hirió con toda mala intención.

José dijo a sus hermanos: “Vosotros pensasteis hacerme mal.” No había nada bueno en sus intenciones, y así se lo dijo.

“¡Sino Dios!” Aquí es donde José deja que su teología eclipse sus emociones humanas y sus malos recuerdos. Una compensación excelente.

“Pero Dios lo encaminó para bien.”

Así que no me enviasteis vosotros acá, sino Dios, que me ha puesto como protector del faraón, como señor de toda su casa y como gobernador de toda la tierra de Egipto. Apresuraos, id a mi padre y decidle: “Así dice tu hijo José: ‘Dios me ha puesto como señor de todo Egipto. Ven a mí; no te detengas.’” Génesis 45:8, 9

Subraye estas palabras: “Dios me ha puesto como señor de todo Egipto.”

“Dios me envió aquí. Él lo planeó todo. Él dispuso los hechos de tal manera que nada fue omitido. Mientras tanto, hermanos, él me hizo una nueva persona y me dio esta posición. Díganle a mi padre que les ofrezco un lugar para que vivan aquí, en Egipto, cerca de mí.”

John H. Sailhamer dice atinadamente:

Las palabras de José recorren el velo del relato y le permiten al lector ver lo que ha estado sucediendo entre bastidores. No fueron los hermanos quienes enviaron a José a Egipto, sino Dios.

Y Dios tenía un propósito para todo ello. Las numerosas señales que hemos visto a través del relato nos dicen que así fue. Pero ahora, el personaje central, el finalmente responsable de activar las tramas y las subtramas de los relatos precedentes, nos revela los planes y los propósitos divinos que había detrás de todo esto, José, quien fue capaz de discernir el plan divino en los sueños de Faraón, conocía también el plan divino en las cuestiones de sus hermanos. A través de todo esto, él vio al plan de Dios lograr una “gran liberación” (v. 7).

Al hablar de la protección de Dios sobre él, José hizo alusión a la pregunta inicial de los hermanos en cuanto a sus sueños, cuando era un muchacho. Ellos le habían preguntado, ¿Has de reinar sobre nosotros?” (37:8). Ahora les recordaba que había sido hecho “señor de todo Egipto” (45:8).

Además de su perdón y seguridades, “les hizo una oferta que no podían rechazar”. Los animó a regresar y traer a su padre a ese país, donde podrían disfrutar de alivio a su improductiva existencia.

Habitarás en la zona de Gosén, y estarás cerca de mí, tú, tus hijos, los hijos de tus hijos, tus rebaños, tus vacas y todo lo que tienes. Allí proveeré para ti, pues todavía faltan cinco años de hambre; para que no perezcáis de necesidad tú, tu casa y todo lo que tienes. He aquí que vuestros ojos y los ojos de mi hermano Benjamín ven que es mi boca la que os habla. Informad a mi padre acerca de toda mi gloria en Egipto y de todo lo que habéis visto. Apresuraos y traed a mi padre acá. Génesis 45:10-13

José les dijo: “Hermanos, he visto un cambio en sus vidas. Ustedes se preocupan por nuestro padre y el uno por el otro, como nunca lo hicieron antes. Y les preocupa más Benjamín que sus propias vidas. ¡Qué cambio tan grande!”

¡Qué crucial es la actitud en la vida del cristiano! Podemos cumplir con las formalidades del domingo, participar en los cultos, llevar una Biblia debajo del brazo, cantar los himnos de memoria y, con todo, guardar rencor a las personas que nos han agraviado. A nuestra manera, y aun tal vez con un poco de manipulación religiosa, nos desquitaremos de ellas. Pero no

es así como Dios actúa. Aquí, él nos muestra la manera correcta de actuar. Nos da el ejemplo de José, ese gran hombre, siendo positivos, misericordiosos, compasivos, generosos y altruistas. Pero éste aún no ha terminado de mostrar cuán profundamente se preocupa por ellos. ¡Observe la escena siguiente!

Entonces se echó sobre el cuello de Benjamín su hermano y lloró. También Benjamín lloró sobre su cuello. Besó a todos sus hermanos y lloró sobre ellos. Después de esto, sus hermanos hablaron con él. Génesis 45:14, 15

¡Puedo imaginar lo que “hablaron con él”! Tenían unos 25 años de conversación pendiente. Tengo la seguridad de que cada vez que ellos volvían a sus recuerdos y comenzaban a hablar de sus errores, José los interrumpía y les decía: “No volvamos a eso. Eso ya pasó. Lo que vale es el presente. Dios tenía un plan y todo ha salido a las mil maravillas para nuestro bien y para su gloria. Hablemos más bien de eso.”

LA VERDAD: LECCIONES QUE PODEMOS APRENDER DE LA HISTORIA

El extinto gran predicador John Henry Jowett solía decir que un pastor no merece una hora para predicar un sermón, si no puede darlo en una sola oración. Así que déjeme darle este sermón en una oración:

La grandeza se revela mayormente por nuestras actitudes

Si usted piensa que va a ser alguien grande por algunos logros que ha tenido, pero abriga actitudes negativas, le espera una terrible sorpresa. La grandeza se logra mediante las actitudes preciosas y espirituales de la humildad y del perdón hacia el prójimo. José nos ofrece en esto un notable ejemplo. ¡Qué noblemente perdonador era, cuán generoso es su misericordia!

Thomas Jefferson estaba en lo cierto cuando dijo: “Cuando el corazón es recto, los pies son veloces.” Parte de la razón por la que somos tan lentos en la aplicación de la verdad de Dios, es que nuestro corazón no es recto. Cuando solucionamos este problema, nos convertimos en siervos presurosos de Dios.

Hay decenas oportunidades para que un corazón no sea recto. El corazón no puede ser recto para con esa persona que nunca devolvió lo que le presté. El corazón puede no ser recto para con esa persona que se divorció de mí. El corazón puede no ser recto para con Dios que se llevó a mi pareja. El corazón puede no ser recto para con ese hijo, ya adulto, que se aprovechó de mí. El corazón puede no ser recto para con ese padre o esa madre que me maltrató o que me abandonó; o para con el pastor que se aprovechó injustamente de mí; o para con el maestro que me falló.

Hace falta la ayuda de Dios para tener un corazón recto. Cuando tengo una actitud negativa, contemplo la vida humanamente. Cuando tengo una actitud positiva, contemplo la vida divinamente. Eso es lo verdaderamente hermoso en la vida de José. Ese es el fondo de verdad que representa su existencia. Él fue grande, sobre todo por su actitud

Hay ciertas lecciones específicas que surgen de esa verdad. Permítame ofrecerle al menos tres para su consideración:

Primero: *Cuando puedo ver, por fe, el plan de Dios en mi ubicación, mi actitud será la correcta.* Dios me envió... Dios me envió... Dios me envió. Sólo cuando usted pueda descansar y ver a Dios en su ubicación presente, podrá ser de utilidad para él. Una actitud teológica positiva hará maravillas en su latitud geográfica.

Segundo: *Cuando pueda sentir, por fe, la mano de Dios en mi situación, mi actitud será la correcta.* Yo no comienzo el día apretando los dientes y preguntando: “¿Por qué tengo que estar en esta situación?” En cambio, tengo la convicción que él me hizo lo que soy y que me ha puesto donde debo hacer lo que él me ha dado a hacer. Yo no espero que mi situación cambie antes, para poner mi corazón en el trabajo que tengo que hacer. Le sugiero que pruebe esto. Es lo que se llama “florecer donde uno está plantado”. No hay nada comparable a una actitud de gratitud, para hacernos libres

Tercero: Cuando puedo aceptar, por fe, como buenas tanto mi ubicación como mi situación, aunque en ellas haya estado presente la maldad, mi actitud será la correcta. Cuando pueda decir con José: “Pero Dios lo encaminó para bien”, es cuando me convierto, entonces, en un monumento de la gracia.

Nuestro Salvador ya no transita por este mundo en la carne, por lo que somos nosotros los llamados a mostrar su imagen al mundo que nos rodea. Al tener su actitud en lo que decimos y hacemos, le estamos diciendo al mundo: “Esta es la respuesta correcta al maltrato. Esto es lo que Jesús haría.”

John Newton, quien escribió himnos tan amados como “Glorias mil de Ti se cuentan”, “Cuán dulce el nombre de Jesús”, y “Gracia admirable”, escribió también otro himno que rara vez oímos, excepto en algunas pequeñas iglesias rurales (que a mí me encanta visitar). Es, en realidad, un himno acerca de tener la actitud correcta:

**¡Qué tristes e insulsas las horas
si el rostro de Cristo ya no puedo ver!
Pasajes hermosos, aves melodiosas y flores fragantes,
su encanto han perdido, todo para mí.
El sol del verano brilla, pero opaco;
los campos en vano se afanan
por lucir alegres, eso bien lo sé.
Pero cuando estoy feliz de tenerlo a él,**

**el frío del invierno resulta agradable
cual la primavera con sus flores mil.**

Cuando su actitud es correcta, “¡el frío del invierno resulta agradable cual la primavera con sus flores mil!” No importa cuál sea la estación del año. No importa donde usted viva. Sus circunstancias o condiciones no tienen mucha importancia. Sus días pueden ser “tristes o insulsos”. No hay problema. Es su actitud lo que más importa. Usted no necesita tener cielos claros o noches frescas. Si su corazón es recto, sus pies serán veloces. Eso fue lo que hizo José estando en la cisterna y también en la cúspide. Así es como usted lo logrará, cualquiera que sea su situación.

¿Es recto su corazón? ¿Son veloces sus pies? ¿Se está usted alejando de la gente o acercándose a ella? ¿Está ocupado en la tarea de sanar o de herir? ¿Está acumulando o descargando presión? ¿Está trayendo gozo o ahogándolo? ¿Es su invierno tan placentero como su primavera? La única manera de salir de la cisterna es como el Señor quiere. La única solución para el resentimiento es su gracia.

Con demasiada frecuencia la neblina de nuestra carne bloquea nuestra capacidad para ver el plan de Dios. Nuestro egoísmo aleja la mano de Dios porque queremos hacer nuestra voluntad. Tanto nuestra ubicación como nuestra situación se vuelven tareas tediosas, y la vida se convierte en un diciembre árido y sin vida.

José nos enseña que la única manera de encontrar felicidad en la monotonía de esta vida es hacerlo *por fe*. Una vida llena de fe marca toda la diferencia en la manera como vemos todo a nuestro alrededor. Esto afectará nuestra actitud hacia la gente, hacia el lugar donde vivamos, hacia la situación en que nos encontremos, hacia las circunstancias, hacia nosotros mismos. Solamente así haremos que nuestros pies se conviertan en raudos y veloces para hacer lo correcto. Solamente entonces, será “diciembre tan placentero como mayo”.

¿Así que usted dice que desea ser considerado grande y exitoso algún día? He aquí el secreto: Camine por fe, confiando en que Dios va a renovar su actitud.

Capítulo Diez

EL GRAN ENCUENTRO FAMILIAR

Casi todos los veranos, cuando yo era un muchacho, mi familia solía ir de vacaciones a Carancahua Bay y pasarlas en una casita de campo en el su de Texas, entre Palacios y Port Alto. A veces esas ocasiones eran algo más que una reunión familiar. Si usted ha estado alguna vez en una reunión familiar, no tendrá problema imaginando cómo sería nuestra reunión. ¡Qué algazara! Por casi una semana, todos los Lundy, May, Frady y Swindoll dormíamos, comíamos y cantábamos en esa pequeña casa de cuatro habitaciones de mi abuelito. Estamos hablando de una juerga familiar a todo dar.

Nadábamos, paseábamos en bote, pescábamos, forcejeábamos, contábamos chistes y, sobre todo, nos hartábamos de lenguado, trucha y salmón. También abundaban las ostras fritas y los camarones cocidos. Además, nos atiborrábamos de pan, jamón y huevos en las mañanas, junto con bistecs y costillas asadas a la parrilla al aire libre; de dulces y tortas hechas en casa; y siempre helados de diversos sabores hechos en casa. Todos nos divertíamos, pero no hace falta decir que con esas comilonas no todos en la familia conservaban la línea.

Además de nosotros, la vieja casa campestre tenía toda clase de bichos: jejenes, avispas, garrapatas, alacranes, pulgas, lagartijas y sapos cornudos. Sin embargo, nada de eso parecía molestar a nadie, porque todos estábamos allí como una gran familia.

Nos reíamos hasta enloquecer con las historias del tío Jake y con las cosas más absurdas que hacía papá. Debido a que éramos muchos, dormíamos donde podíamos encontrar algún rincón en esa cabañitas. Recuerdo que me quedaba dormido riendo, bajo el mosquitero, oyendo a papá tocar una canción tras otra con su armónica, acostado en la cama, sin utilizar las manos. Cualquiera mencionaba el nombre de una canción, y en un instante mi padre empezaba a tocarla. Luego gritábamos el nombre de otra, y también la tocaba. Una vieja lámpara brillaba y se agitaba en un rincón de la cabaña hasta que, por fin, se apagaba, mientras el sueño nos vencía y las canciones eran sustituidas por los ronquidos.

¡Qué gratos recuerdos! Pero a medida que crecíamos y nos hacíamos mayores, nuestras reuniones fueron desapareciendo al ocuparse cada quien de sus estudios profesionales, de casarse y de tener sus propios hijos.

El año que enterramos a mi padre, llegué a la desconcertante conclusión de que nuestras reuniones familiares se habían acabado para siempre. Nunca más me metería en las aguas pocas profundas caminando junto a él en la noche, con el arpón en mano, caminando torpemente, ni tirarías más de mi extremo de la red para sacar las lisas y los camarones. Nunca más me sentaría en el bote con él “para esperar a que picaran” justo antes de que amaneciera. Nunca más volveríamos a tararear juntos algunas canciones. Nunca más oiría el sonido de su vieja armónica mientras me quedaba dormido. Eran recuerdos preciosos. Eran recuerdos vívidos, pintados en colores pastel en el lienzo de mi cerebro. Eran recuerdos maravillosos de cómo éramos en aquellos tiempos, cuando la vida era sencilla y el tiempo parecía estar detenido.

Aún hasta este día, no puedo prender una linterna Coleman de campamentos sin pensar en mi padre, quien me enseñó a hacerlo. O hacer arrancar un motor fuera de borda, o limpiar un montón de peces.

José nunca estuvo en Carancahua Bay en el sur de Texas, ni jamás oyó “The way we are” (Así somos), pero estoy convencido de que a sus treinta años tenía algunas imágenes desperdigadas —por todas partes de su memoria— de lo que había dejado atrás, de algunos de sus recuerdos color pastel en el lienzo de su cerebro. ¿Recordaría todos los años, quizá el día de su cumpleaños, aquellos días en Canaán cuando estaba todavía con el padre que lo amaba, y con los hermanos con quienes había crecido? ¿Haría una pausa en su trabajo y recordaría las ocasiones? ¿Suspiraría entonces y cerraría secretamente la puerta a esos recuerdos, pensando: Nunca más volveré a verlos?

PLANES PARA LA GRAN REUNIÓN

Para José, desde luego, todo eso había cambiado. Sus hermanos habían reaparecido sorpresivamente en Egipto. A través de una serie increíble de hechos, hemos seguido con gran interés su llegada al punto donde tuvo que revelarles su identidad. Ahora sabían no sólo que su hermano estaba vivo, ¡sino que también era el gobernador de Egipto! Y aún más importante: habían reconciliado sus diferencias y arreglado todos los agravios del pasado, ya que él estuvo dispuesto a perdonarlos por todos los males que había sufrido durante tantos años. Les dijo que la mano de Dios estaba en todo ello, y que su plan se estaba cumpliendo a la perfección. Habían hablado de todo lo sucedido en los años que no se vieron. Pero las cosas todavía no estaban completas. El deseo del corazón de José era ver a su padre y lograr que toda la familia se mudara a Egipto, para que vivieran cerca de él, para poder proporcionarles sin reservas todo lo que necesitaran.

Retomamos el hilo de la historia en el punto donde la noticia de lo que está sucediendo había llegado a los oídos del faraón.

El beneplácito del faraón

Se oyó la noticia en el palacio del faraón: "Los hermanos de José han venido." Esto agradó al faraón y a sus servidores, y el faraón dijo a José: "Di a tus hermanos: 'Haced lo siguiente: Cargad vuestros animales y volved a la tierra de Canaán. Tomad a vuestro padre y a vuestras familias y venid a mí. Yo os daré lo mejor de la tierra de Egipto, y comeréis sus productos más preciados.'

Y tú dales la orden siguiente: 'Haced esto: Tomad de la tierra de Egipto carretas para vuestros niños y para vuestras mujeres. Y tomad a vuestro padre y venid. No echéis de menos vuestras pertenencias, porque lo mejor de toda la tierra de Egipto será vuestro.' Génesis 45:16-20

Durante los siete años de abundancia, como ya hemos visto, José había construido vastos graneros y los había llenado con grano proveniente de la rica y fértil región del delta del Nilo. Gracias a la dirección de Dios y a la obediencia de José, Egipto tenía abundancia de comida. Ahora, después de oír la noticia de que los hermanos de José habían venido a Egipto desde Canaán, Faraón estuvo de acuerdo con el plan de su primer ministro. Su favorable respuesta nos indica claramente que todo contaba con su aprobación. "Envíenlos de regreso a sus familias y que vuelvan y se establezcan en nuestra tierra. Les daremos lo mejor de Egipto." En realidad, el faraón va más allá: Da a los hermanos de José carretas para que transporten a sus familias y todas sus pertenencias. El rey les promete que "lo mejor de toda la tierra de Egipto" les será dado a su regreso. Todos los miembros de la corte del faraón aplaudieron la decisión de José. ¿Se imagina el afecto y el respeto que esa gente debe haber tenido por José para que se produjera tan generosa respuesta?

Así que los hermanos de José hicieron tal como el faraón les dijo. Debieron de partir sumamente animados, pareciéndoles todavía difícil de creer la gracia que había sido derramada sobre ellos. Se encaminaron de regreso a Canaán con sus animales cargados y las carretas de transporte que se les había dado. Todos tenían una sonrisa en el rostro y, por supuesto, unos kilos más.

La provisión de José

Así lo hicieron los hijos de Israel. José les dio carretas, conforme a las órdenes del faraón, y les dio provisiones para el camino. A cada uno de ellos les dio un vestido nuevo; y a Benjamín le dio 300 piezas de plata y 5 vestidos nuevos. Para su padre envió lo siguiente: 10 asnos cargados de lo mejor de Egipto y 10 asnas cargadas de trigo, pan y otros alimentos para su padre, para el camino. Cuando despidió a sus hermanos, y ellos se iban, José les dijo: "No riñáis por el camino." Génesis 45:21-24

Los hermanos de José no sólo tenían comida suficiente para el camino, sino también ropas nuevas. Tenían todo lo que necesitaban, ¡y una vez más lo tenían en abundancia! Estos hombres debieron en verdad impresionar a todo el mundo cuando regresaron a Canaán, una tierra agotada después de esos largos años de hambre.

Sin duda alguna, se encontraron con gente hambrienta y con animales muertos o muriéndose, en su viaje de cinco o seis días a Canaán. Y allí iban ellos, con los lomos de sus animales cargados con abundancia de provisiones, y una fila de carretas que iban a ser usadas para transportar a sus esposas, a sus hijos, y a otros familiares a Egipto. No tenían que caminar; estaban viajando a lo grande, luciendo las ropas nuevas que les habían regalado confeccionadas en Egipto, donde estaban los mejores sastres y modistos de la antigüedad.

Notemos, sin embargo, la orden que José les da: "¡No se pongan a discutir en el camino!" Conocía bien a estos hombres, ¿verdad? A veces no puedo menos que sonreír cuando en estas historias de la Biblia se insertan chismecitos como ése. Pueden ir y venir los siglos, pero la naturaleza humana siempre es la misma. Es muy difícil mejorar la maldad.

Ah, sí. A pesar de que el sentimiento de culpa había hecho su parte, y aunque se habían producido algunos cambios, José seguía tratando con sabiduría a sus hermanos. La palabra hebrea original traducida como "reñir" significa aquí "estar agitado o perturbado", y a veces se utiliza antes de hablar de una pelea. José sabía muy bien quiénes eran sus hermanos. Conocía sus personalidades pugnaces y sus inclinaciones. Hablando realistamente, creo que él probablemente dijo eso porque de repente se veían ricos (¡y más gordos!), y ese solo cambio podía originar toda clase de reacciones negativas.

No son muchas las personas que pueden andar con una copa llena sin perder el equilibrio. La riqueza o la promoción repentinas pueden ser experiencias capaces de hacer tambalear tanto a la persona que la recibe, como a los que la rodean. El sentimiento de superioridad, o de inferioridad, la arrogancia y la envidia, pueden fácilmente ganar la partida. Si usted no está de acuerdo, fíjese en lo que sucede con aquellos a quienes les toca el premio gordo de la lotería. Son muy pocos los que saben reaccionar bien ante la fortuna inesperada.

José le había dado a su hermano Benjamín más de lo que les había dado a sus otros hermanos. A todos les dio provisiones y un vestido nuevo a cada uno, pero a Benjamín le dio 300 siclos de plata y cinco vestidos nuevos. Sin duda, José recordaba bien lo que había sucedido hacía años cuando él había recibido más que los otros. Él tenía sus razones para darle esas cosas a Benjamín, pero no quería que eso diera como resultado una pelea entre ellos. "Así que no se pongan a discutir por eso", dijo a sus hermanos.

Creo que se puede decir sin temor a equivocarse, que debe haber confianza mutua entre las personas, pero nunca hay que confiar en la naturaleza humana. Esta es una de las razones por las que los padres aconsejan a sus hijos. Los padres comprenden la naturaleza de sus hijos, mucho mejor que ellos mismos. No es una cuestión de confianza; es asunto de conocer la naturaleza humana.

La respuesta de Jacob

Subieron de Egipto y llegaron a la tierra de Canaán, a su padre Jacob. Y le dieron la noticia diciendo: ¡José vive aún! Él es el gobernador de toda la tierra de Egipto, Pero él se quedó pasmado, porque no les podía creer. Génesis 45:25, 26

Recuerde en este punto que Jacob no sabía nada de lo que había ocurrido. La última vez que había visto a sus hijos se preguntó si alguna vez volvería a verlos. Además, por más de veinticinco años había creído que su hijo José estaba muerto. ¡La noticia lo dejó atónito! Sus hijos no sólo habían vuelto realmente de Egipto, cargado con provisiones y vestidos nuevos, sino que rebosaban de contento con la noticia de que “¡José vive aún!”

El texto dice que “se quedó pasmado”. Algunas traducciones dicen: “Se le desmayó el corazón.” El texto hebreo dice, literalmente: “Se le entumeció el corazón.” Personalmente, creo que el viejo estaba tan abrumado y conmovido por la noticia que sufrió un leve ataque cardíaco.

Él había enterrado a José en su mente y corazón desde hacía años. Había perdido cualquier esperanza de volver a verlo. Ahora le decían que el hijo que había dado por muerto hacía tantos años, su hijo favorito, estaba en realidad vivo y que era un funcionario importante de Egipto, que fungía como gobernador de toda la tierra. Al principio Jacob no les creyó. No es para sorprenderse demasiado, ¿no? Entonces,

Ellos le contaron todas las cosas que José les había dicho. Y al ver las carretas que José enviaba para llevarlo, el espíritu de Jacob su padre revivió. Entonces dijo Israel: Basta. ¡José, mi hijo vive todavía! Iré y le veré antes de que yo muera. Génesis 45:27, 28

En este punto, la Biblia dice que el espíritu de Jacob “revivió”. Cuando sus hijos le informaron lo que José había dicho, y cuando vio la evidencia de la generosidad de los egipcios frente a sus propios ojos. Jacob reconoció que sus hijos le estaban diciendo la verdad. ¡José estaba vivo! Al darse cuenta de esto, el espíritu de Jacob volvió a la vida.

Sólo un detalle está registrado en los vv. 25-28 en cuanto al regreso de los hermanos a Jacob:

¡José vive aún! Una vez que lo oye, a Jacob no le importan nada los vestidos nuevos, ni lo que trae Benjamín, y ni siquiera el grano transportado por los animales. En el capítulo 37, Jacob sí cree lo que sus hijos le dicen cuando le estaban mintiendo. En el capítulo 45, Jacob no cree lo que sus hijos le cuentan cuando le están diciendo la verdad. Las malas noticias, las acepta; las buenas, las rechaza. La respuesta de Jacob a la noticia de que José está vivo se compara con la respuesta de los discípulos cuando les dijeron que Jesús estaba vivo: conmoción, incredulidad, que al final se convierte en gozo incontrolable.

La larga conversación de los hijos con Jacob acerca de José (v. 27a) y la vista de las carretas (v. 27b) le proporciona a Jacob la evidencia a primera vista de que, en verdad, José estaba vivo. Ya no necesitaba pellizcarse para ver si estaba soñando (v. 27c). Los hijos podían haber inventado la historia acerca de José, pero las carretas eran confirmación irrefutable de la autenticidad de su relato, mucho más que los vestidos nuevos o los trescientos siclos.

Convencido ahora de que José está con vida, Jacob resuelve descender a Egipto de inmediato.

Desde ese momento en adelante, Jacob tuvo sólo un pensamiento y un objetivo en mente: ver a su hijo. Se olvidó de todos los bienes puestos en fila delante de su tienda. Ni siquiera pensó en comer, aunque estaba hambriento. Pensaba sólo en una cosa: la gran reunión familiar con su amado hijo. Los veintitantos años desaparecieron como una piedra en el fondo del agua, como si esos años de pesar y separación nunca hubieran existido. ¡Su hijo estaba vivo! Y Jacob iba a verlo antes de su muerte.

Sin embargo, Jacob no saltó sobre su caballo y se fue galopando a Egipto para abrazar a su Hijo. Aparte del hecho de que su edad le habría impedido esa impulsiva acción, había aprendido algunas cosas después de todos estos años. Dudo que este padre haya dormido mucho esa noche, o cualquiera de las siguientes hasta que vio a José.

EL VIAJE DE EGIPTO A CANAÁN

Así partió Israel con todo lo que tenía y llegó a Beerseba, donde ofreció sacrificios al Dios de su padre Isaac. Y Dios habló en visiones de noche y dijo:

—Jacob, Jacob.

Y él respondió:

—Heme aquí.

Le dijo:

—Yo soy Dios, el Dios de tu padre. No temas descender a Egipto, porque allí yo haré de ti una gran nación. Yo descenderé contigo a Egipto y ciertamente yo también te haré subir de allí. Y la mano de José cerrará tus ojos. Génesis 46:1-4

La visión del Señor mismo

Sí, el viejo Jacob había aprendido algunas duras lecciones por las cosas que le habían sucedido cuando no consultaba a Dios ni andaba con él. Por consiguiente, quería estar seguro de que Dios estaba en esto. Esta era una gran mudanza para toda la familia. Así pues, aunque toda la familia hizo maletas e inició el viaje, cuando llegó a Beerseba, cerca del límite sur de Canaán, se detuvo. Antes de continuar el viaje, edificó allí un altar y ofreció sacrificios al Señor su Dios. Jacob, a estas alturas de su vida, ya se había convertido en un anciano sabio y experimentado. Se detuvo y esperó, dispuesto a saber si el traslado a Egipto contaba con la presencia y la bendición de Dios.

Debió ser un momento grandioso cuando, en la noche, fue despertado por la voz de Dios, llamándolo:

—Jacob, Jacob.

—“Heme aquí —respondió tranquilamente.

—“Yo soy el Dios, el Dios de tu padre, Isaac. No temas descender a Egipto, porque es allí que haré de ti una gran nación. Yo descenderé contigo a Egipto, y también te traeré de regreso a esta tierra. Y tu hijo José estará contigo cuando mueras.”

Este es un gran momento no sólo para Jacob y su familia, sino también para todo Israel. Esta es la primera referencia profética al gran éxodo de Israel desde Egipto. Lea otra vez las palabras que el Señor le dirige a Jacob. Fíjese bien en la promesa: “Ciertamente yo también te haré subir de allí (a esta tierra).”

Dios no le dijo a Jacob cuánto tiempo permanecería Israel en Egipto. Tampoco le hizo saber lo numerosa que llegaría a ser la nación. *Nosotros* sabemos que ellos permanecieron allí por más de 400 años. *Sabemos* que Israel creció hasta convertirse en una nación con una población de más de un millón de personas durante esos años. Pero lo único que Jacob sabía era que Dios iba con ellos a Egipto, y que él haría una gran nación de la familia de Jacob. Eso era, en realidad, lo único que necesita oír el anciano en ese momento. Ahora podía continuar su viaje en paz. Sin embargo, la promesa final segura dada por Dios era que él traería un día a Canaán a todos los hebreos, razón por la que fue llamada adecuadamente “la tierra prometida”.

Realizar una gran mudanza puede ser uno de los momentos más problemáticos que hayamos de enfrentar en la vida. Arrancar las raíces de un lugar y tratar de ponerlas en otro puede ser no sólo tremendo sino también desalentador. Esta es la razón por la que creo que es sabio hacer aquí una pausa y comprender lo importante que fue el que Jacob escuchara la voz de aprobación de Dios. He conocido personas a las que les ha tomado años adaptarse a su nuevo lugar, y algunas sencillamente no lo logran. Para el cristiano esto es algo aún más difícil por la sensación de curiosidad de saber si Dios está de acuerdo o no con el traslado. Y aun sintiéndonos seguros de que Dios lo aprueba, puede ser que todavía tengamos momentos de incertidumbre y desaliento. Me estoy refiriendo no sólo a una mudanza geográfica, sino también a un cambio de profesión, o de estado civil, de estar soltero a casarse. ¡Grandes, grandes cambios! Es muy importante la certeza de que Dios está con nosotros durante esas grandes alteraciones en nuestro estilo de vida y en esos períodos de adaptación.

Jacob también nos muestra que hay mucho, mucho más para considerar en una mudanza que el ganar más dinero o tener mayor bienestar o comodidad. Una mudanza involucra mucho más que aceptar la oferta de un mayor salario o de un ascenso en la empresa. Como hijos de Dios, tenemos que escuchar la voz de Dios y preguntarnos: *¿Está Dios en esto? ¿Le agrada esto?* Esta es la razón por la que Jacob nos impresiona en este punto.

“Señor, he recibido noticia de que mi amado hijo está en Egipto, y de que se nos ha prometido una vida de abundancia y comodidades si vamos a vivir allá”, dice Jacob. “Yo sé que él quiere que vaya. Y yo anhelo volver a verlo. También sé que Faraón ha enviado las provisiones y las carretas, y que nos ha prometido darnos la mejor tierra de Egipto. Pero, Señor, Dios de mis antepasados, *¿estás tú allí? ¿Estás tú en esto?*”

Jacob se enfrentaba a una experiencia totalmente nueva para él. Le pedían que dejara el estilo de vida sencillo, rural y monoteísta de Canaán, por un estilo de vida sofisticado y politeísta en Egipto, con todas las tentaciones que eso implicaría. ¿Perderían él y sus descendientes su identidad?

Lo que estamos viendo aquí no es sólo la mudanza de una familia, sino la de una nación. Cuando Jacob y su familia abandonen a Canaán, no quedará allí ningún israelita, ¡porque ellos son Israel! Setenta personas en total, sin contar las esposas de sus hijos. Si se trasladan a Egipto, se convertirán en una nación dentro de una nación. No es de sorprenderse que Jacob dijera: “Dios, quiero escuchar tu voz en esto.”

Sólo cuando supo que contaba con la aprobación de Dios dio el paso. Eso me impresiona. He dicho varias cosas negativas sobre Jacob en este libro, así quizá sea el momento de destacar el otro aspecto. No era ningún joven inexperto este Jacob de Génesis 46. De acuerdo con Génesis 47:9 tenía 130 años. Sin duda, ya encorvado, lleno de arrugas, con el cabello blanco como la nieve, y una barba igualmente larga y blanca, había llegado a una edad que muchos considerarían “muy

avanzada para hacer una mudanza como ésa.” ¿Quién lo dice? Por eso me impresiona tanto Jacob. No lo asustaba el reto, con tal de que supiera que su Señor estaba con él. Si eso significaba abandonar su Canaán familiar y readaptar su vida al nuevo paisaje y a los nuevos sonidos y olores de Gosén, que así fuera. Los riesgos no lo amedrentaron, como tampoco los cambios a los que se tenían que enfrentar.

Me encanta esa actitud (ya estamos otra vez con ¡la actitud!). El viejo Jacob “partió con todo lo que tenía”, y, una vez que tuvo la señal de aprobación de su Señor ante el altar de Beerseba. Ya no miraría atrás. ¡Bien hecho, amigo!

Cuando el extinto general Douglas MacArthur cumplió 75 años, escribió estas sabias palabras:

En el centro de todo corazón hay una sala de grabación; mientras ésta reciba mensajes de belleza, esperanza, alegría y ánimo, usted será joven. Cuando los cables estén todos arruinados y su corazón se encuentre cubierto con la nieve del pesimismo y el hielo del escepticismo, entonces, y sólo entonces, habrá usted envejecido.

El viaje a Egipto

Partió Jacob de Beerseba, y los hijos de Israel hicieron subir a su padre Jacob, a sus niños y a sus mujeres en las carretas que el faraón había enviado para llevarlo. Tomaron también sus ganados y sus posesiones que habían adquirido en la tierra de Canaán. Fueron a Egipto Jacob y toda su descendencia con él. Génesis 46:5, 6

Así, pues, Jacob y sus hijos se dirigieron a Egipto, con todas las carretas cargadas de mujeres y niños, de hijos e hijas, de nietos y nietas, y con todas sus posesiones y sus ganados. ¡Todo! Un poco como en la película *Las viñas de la ira*.¹ ¡Qué caravana!

Para cuando arribaron a Egipto, esta gente campesina, agobiada por el hambre, y fatigada por el viaje, debió haber parecido un hatajo de vagabundos, cargados con niños que lloraban y con sus pertenencias personales y su ganado. Sin embargo, habían llegado a la gran tierra de los faraones.

Los eruditos han estimado que Jacob se mudó a Egipto alrededor de 1876 a. de J. C., lo cual cae dentro de la era conocida como el Imperio Medio y la Duodécima Dinastía. Según los historiadores, este fue un período de gran poderío y estabilidad en Egipto. Las campañas militares y las expediciones mineras a provincias remotas y a países vecinos convirtieron a Egipto en una potencia dominante, mundial y casi imperial. El desarrollo de su economía, así como los logros alcanzados en la educación, la escultura, la arquitectura y la literatura, hicieron de éste un período clásico. Sus escritos se convirtieron en textos autorizados en los siglos posteriores.

Este fue, entonces, el Egipto en el cual Jacob y sus descendientes prosperaron.

Uno apenas puede imaginar su admiración al adentrarse en un mundo de tal eficiencia, belleza y magnificencia cultural. De hermosas ciudades. De gente rica. Y uno apenas puede imaginar lo que los egipcios deben haber pensado cuando vieron lo que parecía ser “un hatajo de campesinos” atravesando sus puertas. Podían reírse sí lo deseaban, Jehová Dios estaba con ellos, lo cual los hacía invencibles.

EL ENCUENTRO CON JOSÉ

Entonces Jacob envió a Judá delante de él a llamar a José para que viniese a encontrarle en Gosén. Mientras tanto, ellos llegaron a la tierra de Gosén. Génesis 46:28

José había estado esperando este glorioso día. Había estado imaginando esta reunión por más de veinticinco años. ¿Estuvo paseándose por su habitación durante las noches, preguntándose si sus hermanos iban a regresar, atormentado pensando si su padre aún estaba vivo en Canaán cuando ellos volvieran? Y si todavía lo estaba, ¿estaría dispuesto este terco anciano a creerles y a regresar con ellos.

La llegada a Gosén

Por fin había llegado el día cuando sus vigías le avisaron que la caravana por la que había estado esperando podía verse en el horizonte. (Usted sabe que José había puesto vigías. Usted sabe que este hombre lo tenía *todo* preparado.)

Judá se adelantó a la caravana con el objeto de recibir instrucciones. Pero José no le dio ni envió instrucciones, sino que saltó a su propio carruaje y salió a recibir a su padre.

El encuentro entre padre e hijo

Y entonces llega ese maravilloso momento, otra escena donde las palabras no son suficientes.

José hizo preparar su carro y fue a Gosén para recibir a Israel su padre. Él se dio a conocer, y echándose sobre su cuello lloró mucho tiempo sobre su cuello. Génesis 46:28

¹ Película protagonizada por Henry Fonda que tiene que ver con el éxodo de cientos de estadounidenses que tuvieron que salir del estado de Oklahoma durante la Gran Depresión en la década de los años treinta. De ahí la comparación del autor con la experiencia del viaje de Jacob a Egipto.

Hagamos una pausa, y dejemos que la admiración lo explique.

Me encanta la concisa pero gráfica manera como el historiador Alfred Edersheim describe esta íntima reunión:

En el viaje, Jacob envió a Judá adelante para que le anunciara a José su llegada. Pero éste se apresuró a recibir a su padre en la zona fronteriza de Gosén. Su encuentro, luego de tan prolongada ausencia, fue sumamente amoroso y conmovedor. La expresión hebrea que traducimos como "Él se dio a conocer" implica una presencia extraordinariamente esplendorosa. Pero cuando estuvo ante su padre hebreo, el gran señor egipcio se convirtió una vez más en apenas el muchacho José.

Imagine lo que debió haber sido esto. Después de más de dos décadas, Jacob tenía una vez más en sus brazos al hijo que había dado por muerto. Después de todo lo que había pasado, José abrazaba a su anciano padre, al hombre que tanto había extrañado, aquel a quien tanto temía no volver a ver. Podía sentir los huesos a lo largo de la espalda del anciano mientras lo apretaba con sus brazos. ¡Qué tiempo tan largo el transcurrido! ¡Cuánto lo había echado de menos! Allí estaban los dos hombres, mirándose directamente a los ojos. En un momento lloraban, y en el siguiente reían. *¡Qué reunión familiar tan magnífica y conmovedora!*

Esto me recuerda un artículo que leí en el *Fullerton News Tribune* (Diario de Noticias de Fullerton) hace algunos años, el cual contaba la historia de un encuentro que habían tenido unos gemelos que habían sido separados al nacer. Ellos sabían que habían sido adoptados, pero no tenían idea alguna de quiénes eran sus padres biológicos. Con la ayuda de una tercera persona, se logró reunirlos. Pero cuando sus fotografías salieron en el periódico, contando acerca de su reunión como adultos, una tercera persona idéntica a ellos apareció. ¡Eran trillizos! Por muy emocionados y atónitos que debieron estar estos hombres, creo que el gran encuentro de José y su padre debió haber sido superior. Tan pronto como pudo controlarse, Jacob dijo la única cosa apropiada para el momento: "¡Ahora ya puedo morir, puesto que he visto tu cara, y que vives todavía!" (Génesis 46:30).

UNA MIRADA AL PASADO, UNA MIRADA AL PRESENTE

Al pensar en este glorioso encuentro familiar mi mente se dirige a otros encuentros que trajeron lágrimas de éxtasis. Viaje en el tiempo conmigo para ver algunos de estos selectos escenarios históricos.

En los libros de Esdras y Nehemías leemos acerca de un encuentro nacional. La nación (Judá) había estado cautiva por más de 70 años. Finalmente, el rey dijo: "Pueden regresar a su tierra." Jerusalén estaba destruida. Casi no había quedado piedra sobre piedra. Así que el pueblo comenzó a reconstruir el muro y el lugar de adoración, y se reunieron en la plaza de la ciudad para oír la Palabra de Dios, que estaba siendo leída por primera vez en décadas.

Habían vivido en cautiverio durante 70 años. Cuánto celo y orgullo nacionalistas deben haber bullido a través de las venas de estos judíos al estar una vez más en la tierra de sus padres y escuchar a Esdras mientras leía en voz alta la Palabra de su Dios. El resultado se encuentra escrito para nosotros en las memorias de Nehemías:

Nehemías, que era el gobernador, el sacerdote y escriba Esdras y los levitas que enseñaban al pueblo: "¡Este es un día santo para Jehová vuestro Dios! No os entristezcáis ni lloréis." Porque todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la Ley. Luego les dijo: "Id, comed ricos manjares, bebed bebidas dulces y enviad porciones a los que no tienen nada preparado, porque éste es un día santo para vuestro Señor. No os entristezcáis, porque el gozo de Jehová es vuestra fortaleza."

Los levitas hacían que todo el pueblo guardara silencio, y decían: "Callad, porque el día es santo; no os entristezcáis." Así todo el pueblo se fue a comer y a beber, a enviar porciones y a regocijarse con gran alegría, porque habían entendido las palabras que les habían enseñado. Nehemías 8:9-12

Cuando oyeron la Palabra de Dios con sus propios oídos por primera vez después de todos esos años —algunos de ellos por primera vez en su vida— levantaron sus manos en alabanza y lloraron a voz en cuello.

Piense en esto. Estas personas habían sido como prisioneros de guerra, al haber estado cautivos, no por unos pocos años, sino por décadas. A veces —como sucedió con esta gran nación— la familiaridad con las bendiciones de la Palabras de Dios da lugar a una disposición de menosprecio y desobediencia. Por consiguiente, experimentaron sentimientos de distanciamiento de Dios durante los rigores del cautiverio. Luego fueron liberados de repente, y pudieron regresar a su amada patria. Los mayores, más viejos y más llenos de canas. Los más jóvenes, que habían pasado toda su vida en cautividad, tuvieron una experiencia totalmente nueva. Una vez más pudieron reunirse en un lugar de adoración y escuchar la Palabra de Dios. Y con sus brazos extendidos hacia el cielo, no pudieron hacer otra cosa sino llorar con lágrimas de arrobamiento. Esta reunión nacional debe haber sido algo digno de contemplar.

Otro encuentro, pero de un tipo completamente diferente, se menciona en el Nuevo Testamento. Estoy pensando en la ocasión cuando Jesús contó la historia del hijo pródigo. Al hacerlo, habló de una reunión familiar.

El hijo pródigo dijo: "Padre, tengo el derecho de recibir mi herencia y mi libertad. Dámelas para que pueda vivir mi propia vida."

Sin discutir, el padre le entregó el dinero, y el muchacho partió a su propia destrucción. Cuando cayó finalmente en la cisterna que él mismo se construyó, teniendo que comer bazofia con los cerdos, volvió por fin a sus cabales y se dirigió a su hogar.

Siempre ocurre lo mismo cuando excursionamos por el sendero de la carnalidad. Siempre llegamos a un callejón sin salida. Todo lo que hemos estado buscando se halla, en realidad, en Dios.

Mientras se le ve venir en el horizonte, imagino a este hijo acabado, que ya tenía preparado su discurso, pensando: *Me disculparé y le diré a mi padre que estoy arrepentido, y le pediré que me reciba otra vez.*

Sin embargo, antes de que pudiera decir las palabras, su padre corrió hacia él, lo abrazó y lo besó una y otra vez. ¡Qué encuentro!

El escritor David Redding describe sus propios sentimientos en cuanto a la vez que, en sus años juveniles, “el regreso al hogar” significó tanto para él.

Recuerdo cuando regresaba a casa por primera vez, mientras me encontraba en la Marina durante la Segunda Guerra Mundial. Mi hogar estaba tan metido en el campo que íbamos de cacería teníamos que ir en dirección del pueblo. Nos habíamos mudado allá debido a la salud de mi padre, cuando yo tenía apenas trece años de edad. Criábamos vacas y caballos.

Comencé a criar un pequeño rebaño de ovejas Shropshire, la variedad totalmente cubierta de lana, menos su negra nariz y las negras puntas de sus patas. Mi padre las ayudaba a tener sus crías gemelas durante el parto, y yo podía reconocer a cada una de ellas a la distancia sin ninguna dificultad. Tenía también un hermoso carnero. Cerca de nosotros vivía un hombre pobre que tenía un hermoso perro y un pequeño rebaño de ovejas que deseaba mejorar con mi carnero. Me preguntó si podía prestarle el carnero; él, a cambio, me daría el mejor cachorro de la camada de su precioso perro.

Así fue como obtuve a Teddy, un perro pastor escocés, grande y negro. Teddy era mi perro, y se desvivía por mí. Me esperaba a mi regreso a casa cuando volvía de la escuela. Dormía a mi lado, y cuando lo llamaba con un silbido corría hacia mí, aunque estuviera comiendo. Durante la noche, nadie se podía acercar a menos de 800 metros sin el permiso de Teddy. Durante esos largos veranos que pasábamos en los campos, sólo podía ver a mi familia en las noches, pero Teddy estaba conmigo todo el tiempo. Por eso, cuando tuve que irme a la guerra no sabía cómo dejarlo. ¿Cómo explicarle a alguien que ama uno, que lo está dejando, y que no podrá atrapar marmotas con él mañana, como siempre?

Así pues, el regresar a casa de la Marina fue algo que casi no puedo describir. La última parada del autobús se encontraba a unos veintidós kilómetros de la granja. Me bajé allí esa noche a eso de las once, y caminé el resto del camino a casa. Eran las dos o tres de la mañana antes encontrarme a menos de 800 metros de la casa. Estaba muy oscuro, pero yo conocía cada paso del camino. De repente, Teddy me oyó y comenzó a ladrar en señal de advertencia. Entonces di un silbido sólo una vez. El ladrido cesó. Hubo un aullido de reconocimiento y supe que una figura negra y voluminosa se estaba dirigiendo rápidamente a mí en medio de la oscuridad.

Casi de inmediato estaba en mis brazos. Hasta el día de hoy, esa es la mejor manera como puedo explicar para mí volver a casa.

Lo que entiendo claramente ahora es la elocuencia con que ese recuerdo inolvidable me habla de mi Dios. Si mi perro, sin ninguna explicación, me seguía amando y me recibía así después de todo ese tiempo, ¿no lo va a hacer mi Dios?

Estos relatos nos conducen a otro tipo de encuentro que se menciona en las Escrituras: *A la reunión familiar final y suprema* que es la esperanza de cada hijo de Dios. Lo leemos en el escrito de Pablo a los Tesalonicenses.

Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los demás que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, de la misma manera Dios traerá por medio de Jesús, y con él, a los que han dormido. Pues os decimos esto por palabra del Señor: Nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, de ninguna manera precederemos a los que ya durmieron. Porque el Señor mismo descenderá del cielo con aclamación, con voz de arcángel y con trompeta de Dios; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que vivimos y habremos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes, para el encuentro con el Señor en el aire; y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras. 1 Tesalonicenses 4:13-18

¡Qué consuelo el leer esto! ¡Qué momento tan glorioso será éste! Cuando todo el pueblo de Dios esté junto en la presencia del Cristo vivo. No hay palabras suficientes para describirlo. Los compositores de canciones parecen hacerlo mejor. El himnólogo James M. Black lo dijo de esta manera hace muchos años:

**Cuando la trompeta suene en aquel día final,
y que el alba eterna rompa en claridad;
cuando las naciones salvas a su patria lleguen ya,
y que sea pasada lista, allí he estar.
En aquel día sin nieblas en que muerte ya no habrá,
y su gloria el Salvador impartirá;
cuando los llamados entren a su celestial hogar,
y que sea pasada lista, allí he de estar.²**

En ese día, todos oiremos el sonido de la trompeta. Sé de algunos que esperan oír las melodiosas cuerdas de un arpa. Pero, yo no. Espero oír el solitario sonido de una armónica, porque mi padre está allá en la gloria aguardando mi llegada. Y en esa “alba maravillosa” toda nuestra familia estará reunida por siempre en la presencia del Señor.

Sin embargo, la realidad es que lo importante no son sus recuerdos ni lo que haya sido antes. Lo que verdaderamente importa es lo que usted es ahora. Ninguna cantidad de sólidos lazos familiares lo harán idóneos para el cielo. Sólo a través de Cristo será usted incluido en el pase de lista de la familia del Señor.

Podemos estar agradecidos por la sala de grabación de nuestros recuerdos que nos mantiene jóvenes. Pero, lo que en verdad necesitamos en este momento tan importante, es la profunda convicción de que pertenecemos a Cristo. Sólo entonces podremos mirar al futuro con la esperanza de tener esa reunión familiar final y suprema.

² Himnario Bautista. Himno núm. 502.

Capítulo Once

LA INTEGRIDAD EN EL TRABAJO

Un joven estaba haciendo una llamada en un teléfono público. Después de introducir las monedas y marcar el número, alguien que lo escuchaba disimuladamente oyó la siguiente conversación:

—Señor, ¿tiene usted algún trabajo para un empleado honesto, capaz y trabajador —preguntó el joven—. ¿No?... Ah, ¿ya tiene uno? Bien, gracias de todos modos —dijo, y colgó.

Mientras se alejaba, sonreía, y comenzó a silbar mientras se acercaba a su auto.

—Joven, no pude evitar oír lo que decía —dijo el que le escuchó—. ¿Estoy en lo correcto al pensar que a usted le acaban de negar un trabajo?

—Pues, sí —dijo sonriendo.

—¿Y entonces por qué tiene esa sonrisa y se siente tan contento?

—Porque yo soy ese empleado honesto, capaz y trabajador que ellos ya tienen. Sólo estaba comprobando si hacía bien mi trabajo.

Si usted cambiara su voz en el teléfono y le hiciera a su gerente o supervisor la misma pregunta, ¿qué respuesta obtendría? ¿Diría: “Lo siento. Ese puesto ya está ocupado por la persona idónea”? ¿U oiría: “Claro que sí; necesitamos a esa clase de persona que está describiendo. Venga para una entrevista?”

Me maravilla lo poco que se predica o lo que escriben los autores cristianos acerca de nuestro trabajo. Es muy poco lo que oímos acerca de la importancia de nuestra actividad laboral, pero esta es la que consume la mayor parte de nuestras energías cada semana. Yo creo que necesitamos prestarle más atención a nuestro trabajo, al lugar donde estamos empleados, al lugar donde pasamos la mayor parte de nuestro tiempo, y donde ganamos nuestro sustento. ¿Por qué?

Primero, *porque el trabajo revela muy bien nuestro carácter*. No es nuestra conducta del domingo por la mañana lo que muestra al mundo la profundidad de nuestra fe cristiana. Es la manera como actuamos en nuestro trabajo. Pregúntele a la persona que trabaja junto a usted, o a quien está bajo su supervisión, o a su compañero de equipo acerca del cristianismo que usted profesa, y esa persona no le hablará de su vida del domingo. Le hablará de cómo trabaja usted, o de cómo se comporta con o para quienes trabaja, día tras día, durante toda la semana.

Sus acciones y actitudes en el trabajo revelan su carácter. Cualquier rasgo negativo se revela de inmediato: flojera, doblez, deshonestidad, ira, codicia, discordia, chismografía, mezquindad, falta de reserva, deslealtad, impaciencia, todo lo habido y por haber. Por el lado bueno, por supuesto, los rasgos positivos también se revelan: ambición, puntualidad, honestidad, buen sentido de humor, armonía, compañerismo, dedicación, cooperación, entusiasmo, disposición a servir a los demás, lealtad, diligencia, estímulo, apoyo, generosidad, para mencionar sólo unos pocos.

Alguien ha dicho: “El comercio se parece mucho a un juego de tenis. Los que nos sirven bien terminan perdiendo.” Esto es muy cierto cuando se trata de nuestro trabajo.

Segundo, *porque el trabajo es un área de presión exigente*. Muchos de ustedes saben esto muy bien, ya que ahora mismo están viviendo con la clase de presión que taladra y mina, que agota su energía y que le exige sus mayores esfuerzos.

Existe la presión de la carga de trabajo. Cuando usted mira su escritorio, sepultado bajo montañas de papel, de trabajos con fecha de entrega vencida, de correo electrónico no contestado, muchas veces que nunca se pondrá al día. El recipiente de entrada de papeles está tan alto que comienza a parecerse a la torre inclinada de Pisa.

Esta es la presión de trabajar con la gente. De una u otra manera, todos nosotros trabajamos con gente. (¡Hasta el somnoliento empleado del servicio automático de lavado y secado de ropa, que prácticamente no hace nada, tiene a veces que lidiar con los clientes!)

Está la presión de la mezquindad, de la irreverencia o del chismorreó en la oficina. Hay la presión de ser la única persona que tiene que apagar el fuego, aún los pequeños incendios de matorrales que deben ser dominados a tiempos, antes de que se conviertan en incendios forestales.

Un sabio ha dicho: “Se puede saber cómo es una empresa por el personal que tiene.” A este respecto, algunos de ustedes se encuentran bajo presión debido a que su empresa está reduciendo su personal o bajo reorganización, y no están seguros de si van a conservar su trabajo por mucho más tiempo. O quizá tienen un jefe tan poco razonable que sienten que ya no puede soportar más la presión y saben que tendrán que marcharse.

Leí acerca de una importante agencia de publicidad de la ciudad de Nueva York, cuyo irritable jefe despide diaria-mente unos cuanto empleados. Cualquiera que dura todo un año trabajando allí recibe en secreto un premio de parte de su asombrados colegas. Uno de los vicepresidentes de la agencia, al recordar el primer día que comenzó a trabajar allí, dijo con

un suspiro: “No me importó mucho que mi nombre estuviera escrito en la puerta con tiza, ¡pero sí pensé que la esponja húmeda en la perilla iba absolutamente en contra de toda ética!”

Sin duda alguna, el lugar de trabajo es un área de presión exigente que revela nuestro carácter.

Tercero, *porque el trabajo es una exigente prueba de nuestra eficiencia*. ¿Estamos bien organizados? ¿Actuamos con decisión? ¿Podemos tomar decisiones difíciles? ¿Podemos pensar creativamente? ¿Cumplimos a tiempo con las asignaciones? ¿Respetamos nuestro presupuesto? ¿Logramos nuestras metas? ¿Terminamos las tareas que nos han sido delegadas? ¿Damos suficiente seguimiento a lo que iniciamos? ¿Tenemos la disposición de rendir cuentas? ¿Cuán receptivos somos? ¿Detectamos fallas, debilidades y problemas potenciales antes de que sucedan? Con cierta ironía, un amigo me dijo el otro día: “A cada quien se le debe pagar por lo que vale, no importa lo grande que pueda ser la deducción.”

Esta es una buena oportunidad para hacer una pregunta teológica: ¿No es Dios soberano en todas las esferas, incluida la de nuestro trabajo? ¿Desde cuándo está de vacaciones el carácter en nuestro trabajo? ¿Y quién dijo que nuestra fidelidad en la iglesia es más importante que nuestra fidelidad en el trabajo? Por alguna razón, nunca he podido comprender cómo pueden los seguidores de Cristo separar su vida en segmentos, llamando a uno secular y al otro sagrado.

Cuando se trata del carácter en nuestro trabajo, podemos aprender algunas valiosas lecciones de parte de José.

JOSÉ: UN MODELO CONCRETO QUE VALE LA PENA IMITAR

El gobernador egipcio es un ejemplo excelente a seguir. Como veremos pronto, él no dividió su vida en muchas piezas independientes, desconectadas y fragmentadas. Por el contrario, vivió una vida coordinada y de prudente integridad.

Como gobernador era el segundo en autoridad después del faraón. No solamente era el máximo funcionario del gobierno, sino que recibió el cargo en una época crítica de transición. Antes hubo abundancia; ahora había hambre. Esta hambre se había hecho sentir en la tierra en los últimos dos años, y gracias a la sabiduría que Dios le había dado, José sabía que la terrible situación continuaría por cinco años más.

¡Una hambruna de siete años! Piense en la inseguridad, en el temor, en el pánico que tan terrible prueba generaría. Piense en la responsabilidad, en la carga que eso significaba. José sintió todo eso y, por si fuera poco, tenía ahora la responsabilidad de su familia. Y no se trataba de una sencilla familia nuclear, conformada por madre, padre, y un par de hijos. Esta familia era de unas setenta personas, ¡una pequeña nación! Y eran hebreos de Canaán tratando de establecer su hogar en un ambiente completamente nuevo en la tierra de Gosén, en Egipto.

¿Cómo iba José a manejar toda esta responsabilidad? ¿Qué hizo para cumplir con todas sus tareas sin poner en peligro su integridad? ¿Tenía algunos secretos que podemos descubrir al examinar su carga de trabajo?

Primero, José planificaba su tarea con sabia objetividad.

Después José dijo a sus hermanos y a la familia de su padre: “Subiré y lo haré saber al faraón. Le diré: ‘Mis hermanos y la familia de mi padre que estaban en la tierra de Canaán han venido a mí. Los hombres son pastores de ovejas, porque poseen ganados. Han traído sus ovejas y sus vacas y todo lo que tienen.’ ”

Cuando el faraón os llame y os diga: “¿Cuál es vuestro oficio?”, entonces le diréis: “Tus siervos hemos sido hombres de ganadería desde nuestra juventud hasta ahora, lo mismo nosotros que nuestros padres.” Esto diréis para que habitéis en la tierra de Gosén, porque los egipcios abominan a todo pastor de ovejas. Génesis 46:31-34

José hizo su tarea. No se limitó a mirar el paisaje, a ver el mejor sitio y luego a decir a su padre y a sus hermanos: “Miren, pueden asentarse allá. Yo lo arreglaré con el faraón.” No, José actuaba de buena gana y responsablemente ante el faraón. Se negó a abusar de su superior. Además, nunca se aprovechó incorrectamente recordándole al faraón que fue él, José, quien años atrás lo había advertido del hambre que vendría.

José estudió detenidamente, con mucha eficiencia, el procedimiento que permitiría el establecimiento de su familia. Consideró el plan con los involucrados en él, y luego, como veremos en un momento, le presentó el plan a su jefe para su aprobación final. Nunca dio por sentado que él podía simplemente seguir adelante con sus planes, a pesar de su alto nivel de autoridad y responsabilidad. Él siempre sometía sus opiniones a su jefe.

Una queja que oigo a menudo, que se hace en contra de los empleados cristianos que trabajan para empleadores cristianos, es la presunción, el esperar un trato especial por ser miembros de la misma familia espiritual. Esperan ciertos privilegios, salarios y vacaciones mayores y otros beneficios, no porque se los hayan ganado o se los merezcan, sino simplemente porque son miembros de la misma iglesia o porque adoran al mismo Señor. Nada de eso vemos en José.

José sabía cómo pensaban y reaccionaban los egipcios. Él no sólo trabajaba con el faraón, sino que había estudiado y observado a profundidad a este hombre y a su pueblo. Esto explica el por qué les advirtió a sus hermanos: “Miren, para ellos los pastores son una gente detestable. Ustedes ya no están en Canaán, sino en Egipto. Y como ahora están en Egipto, tienen que pensar como los egipcios. Así que quiero que le digan al faraón que ustedes son hombres de ganadería.” Esto era verdad. No les estaba pidiendo que mintieran, sino que evitaran utilizar las palabras o el concepto de *pastores* que les resultaba repugnante al faraón y a su pueblo.

Frank Goble, en su estupendo libro *Excellence in Leadership* (La excelencia en el liderazgo), habla acerca de esta clase de objetividad cuando dice: “Los líderes excelentes tienen la capacidad de ver las cosas de una manera realista. No se dejan engañar con facilidad, ni tampoco se engañan a sí mismos.”

Arthur Maslow ha agregado:

Una de las cualidades más impresionantes dichas acerca de las personas autorealizadas es su excepcional percepción. Pueden percibir la verdad y la realidad mucho mejor que el promedio de la gente... Ven a la naturaleza humana como es y no como ellos preferirían que fuera... En lo primero que se nota esta capacidad es en su habilidad poco común para detectar lo falso, lo engañoso y los deshonesto en la personalidad y, en general, para juzgar a la gente de una manera correcta y práctica.

La persona que llega a la cúspide de su organización, que es ascendida a una posición de liderazgo, es por lo general la persona que posee esta percepción objetiva, esta capacidad de ver la verdad en vez de actuar con base en lo que quisiera que fuera cierto. Esta fue, por cierto, la manera como José actuaba con el faraón, con los egipcios, y aun con su propia familia.

Segundo, José se sometía a la autoridad con lealtad y responsabilidad.

José fue y lo hizo saber al faraón diciendo: “Mi padre y mis hermanos, con sus ovejas y sus vacas y todo lo que tienen, han venido de la tierra de Canaán, y he aquí que están en la tierra de Gosén.” Luego tomó a cinco de entre sus hermanos y los presentó ante el faraón... Después José trajo a su padre Jacob y se lo presentó al faraón. Jacob bendijo al faraón... Así José hizo habitar a su padre y a sus hermanos, y les dio posesión en la tierra de Egipto, en lo mejor de la tierra, en la tierra de Ramesés, como mandó el faraón. Génesis 47:1, 2, 7, 11

Tan pronto como José tuvo a su familia instalada, fue a ver al faraón y le informó que su familia había llegado a Egipto. Primero, tomó a cinco de sus hermanos, como representantes de la familia, y se los presentó al faraón; luego le presentó a su padre.

El faraón habló con los hermanos de José acerca de su futuro en Egipto y les dijo que la tierra estaba a su disposición. Tuvo también una larga conversación con Jacob, en la cual le preguntó al patriarca su edad y se enteró de algunas de las experiencias vividas por el anciano.

José instaló a su familia en una parte selecta de la tierra de Egipto, en un área ubicada en el delta del río Nilo, como el faraón le había ordenado hacerlo. Esta área era llamada la tierra de Gosén o la región de Zoán. También es llamada “el distrito de Ramesés”, lo cual, probablemente se refiere al gran faraón egipcio Ramsés II, que reinó varios siglos después.

¿Está usted sirviendo bajo la autoridad de alguien? Es obvio que la mayoría de nosotros lo hacemos. ¿Cómo es su espíritu, su actitud, hacia la persona que lo supervisa? El tener la actitud o el espíritu correctos pueden ser especialmente difícil si la persona que lo supervisa es problemática o un líder incompetente, o uno cuyas debilidades usted conoce muy bien. Esto no solamente es una prueba de su lealtad sino además una prueba de su madurez cristiana.

Un detalle anecdótico interesante aquí es el hecho de que durante su conversación con el faraón, los hermanos de José no hicieron lo que éste les había dicho.

Y el faraón preguntó a sus hermanos:

—¿Cuál es vuestro oficio?

Ellos respondieron al faraón:

—Tus siervos somos pastores de ovejas, lo mismo nosotros que nuestros padres.

Génesis 47:3

Recuerde que él les había dicho que dijeran que eran hombres de ganadería, porque los egipcios no tenían a los pastores en alta estima. Pero cuando el faraón les pregunta acerca de su ocupación, ellos le dicen que son pastores. Sin embargo, José no interviene; se mantiene a distancia con los brazos cruzados, y les deja decir lo que quieren. José era un líder fuerte, eficiente y capaz, pero también lo suficientemente flexible como para darles responsabilidad a sus seguidores y dejar que tomaran sus propias decisiones.

Sus hermanos también le dejaron saber al faraón que ellos no estaban pidiendo que los dejaran vivir *para siempre* en la tierra de Egipto. Le preguntaron si podían “habitar en la tierra,” o, para decirlo de otra manera, le preguntaron si podían permanecer en la tierra por un tiempo, ya que el hambre en Canaán había destruido temporalmente sus tierras de pastos.

Un líder debe ser sabio y flexible, dispuesto a ceder aquí y allá, dispuesto a delegar, dispuesto a oír planes alternativos e ideas de los que le rodean. No todo tiene que hacerse a su manera. Usted es responsable de la supervisión y dirección, pero eso no significa que tenga el derecho de ahogar la más mínima innovación. Muchas iglesias y organizaciones han perdido a gente valiosa precisamente por esta clase de inflexibilidad.

Como empleado, José era leal, responsable, sabio, objetivo y eficiente.. Como dirigente, era eficiente, sabio, objetivo y flexible.

Lo cual nos lleva a la tercera característica de José. *Tomó medidas de supervivencia con integridad personal*. Hemos vuelto de nuevo a esta cualidad de la integridad. Esta surge una y otra vez en la vida y liderazgo de este hombre. En este caso, notemos la confianza absoluta que se tenía en él.

Ya no había alimentos en toda la tierra; y el hambre se había agravado, por lo que desfallecía de hambre tanto la tierra de Egipto como la tierra de Canaán. Entonces José recaudó todo el dinero que se hallaba en la tierra de Egipto y en la tierra de Canaán, a cambio de los alimentos que le compraban, y trajo José el dinero al palacio del faraón. Y cuando se acabó el dinero en la tierra de Egipto y en la tierra de Canaán, todo Egipto vino a José diciendo: "Danos de comer. ¿Por qué hemos de morir en tu presencia por habérse nos terminado el dinero?" Génesis 47:13-15

A medida que aumentaban los años de hambre, la vida cotidiana de la que una vez habían disfrutado se deterioró, a semejanza de los años de la Gran Depresión de los Estados Unidos de América, y la gente comenzó a sentir pánico. Su mismísima supervivencia estaba en juego. En este momento, el poder dado a José era muy grande. En sus manos estaban su vida y su futuro. Después de todo, él no sólo había construido los graneros, sino que tenía también las llaves de ellos.

¡Qué oportunidad tan excelente para un líder de desplumar al pueblo! De hacer desaparecer parte del dinero. De darle comida sólo a su familia, o a unos pocos de sus favoritos. Con la absoluta confianza que el faraón había puesto en él, José no tenía que justificar ni explicar nada.

Después de todo, José tenía que vivir consigo mismo. Y algo aún más importante: José tenía que enfrentarse con Dios. Así que la distribución fue hecha decentemente y con orden. Todo el dinero fue a la cuenta correspondiente. Aquí no hubo sobornos ni comisiones. Él nunca abrió alguna clase de cuenta en el exterior; tampoco hubo un fondo secreto para sobornar a los políticos. José actuó con absoluta integridad, y al hacerlo así garantizó la supervivencia de los egipcios, de los cananeos, de los hebreos y de la gente de otras naciones. Cuando trabajó para Potifar, muchos años antes, él mostró la misma honradez que ahora. Habían pasado más de dos décadas, pero su integridad permaneció intacta.

¿Por qué era José así? Un indicio se encuentra en Génesis 41:33 cuando José, después de interpretar los sueños del faraón al predecir siete años de abundancia y siete años de hambre, advierte: "Por tanto, provéase el faraón de un hombre entendido y sabio y póngalo a cargo de la tierra de Egipto." Dios había estado preparando a José para la misma posición que él había presagiado que se necesitaría durante un largo tiempo

La palabra *entendido* en esta declaración que hizo José, significa tener percepción aguda en cuanto a una situación y en lo que hay que hacer. Esa es una cualidad que un líder debe tener. Lo que viene a ser igual a un sexto sentido para prever los acontecimientos

Un líder debe también ser *sabio*. En el hebreo, esa palabra se utiliza con frecuencia con un sentido de actividad constructiva. Un líder sabio es un constructor, no un destructor. "Faraón, tú necesitas a alguien que no acabe con la tierra. Ya tendrás suficientes problemas con el hambre. Necesitas a un hombre que pueda movilizar al pueblo y mantenerlo unido."

Difícil tarea la de mantener unido a un pueblo cuando tiene hambre. ¿Cómo hacerlo? Bueno, entre otras cosas, creyendo en la dignidad humana. Uno no se aprovecha de las personas que están a merced nuestra.

Hace unos años conocí a un joven que acababa de salir de una situación de abuso por parte de una iglesia con tendencias de secta, donde el liderazgo aplicaba la intimidación y la humillación para "mantener a la gente en línea (según sus palabras). Todavía puedo recordarlo diciéndome: "Lo que destruyeron dentro de mí mientras estuve en esa situación, fue mi dignidad personal. No había sensación de valor, de significado, ni de libertad individual. No había benevolencia. A las personas no se les permitía pensar en forma independiente, ni a cuestionar las decisiones, ni a asumir otra posición sobre cualquier asunto sin que fueran cuestionadas y humilladas. El pastor y sus seguidores esperaban que se les respetara, pero ellos, ellos mismos, no respetaban a nadie.

El pueblo venía a José con sus manos vacías y abiertas, y él respondía elevando su dignidad y tratándolos con respeto. Y, recuerde: él lo tenía todo, pero ellos no tenían nada. "¡Se nos acabó el dinero! ¡Se nos acabó la comida! Estaban completamente a merced de José.

José les dijo: "Dad vuestros ganados. Si se os ha terminado el dinero, yo os daré alimentos a cambio de vuestros ganados." Ellos llevaron sus ganados a José. Y José les dio alimentos a cambio de los caballos, el ganado ovejuno, el ganado vacuno y los asnos. Aquel año les proveyó alimento a cambio de todos sus ganados. Génesis 47:16, 17

José no se encogió de hombros ni les dio una limosna. Tampoco los puso en un programa de asistencia social. En vez de eso, les dijo que le trajeran lo que tenían —sus ganados— y a cambio les daría comida. Esta forma de intercambio continuó por todo un año. Esa fue una de las principales razones por la que sobrevivieron al hambre.

Cuando se acabó aquel año, fueron a él el segundo año y le dijeron: "No necesitamos encubrir a nuestro señor que se ha acabado el dinero y que el ganado ya es de nuestro señor. Nada ha quedado delante de nuestro señor, excepto nuestros cuerpos y nuestras tierras. ¿Por qué hemos de perecer en tu presencia, tanto

nosotros como nuestras tierras? Cómpranos a nosotros y nuestras tierras a cambio de alimentos, y nosotros y nuestras tierras seremos siervos del faraón. Sólo danos semillas para que sobrevivamos y no muramos, y que la tierra no quede desolada.”

Así compró José toda la tierra de Egipto para el faraón, porque los egipcios vendieron cada uno su tierra, ya que el hambre se había agravado sobre ellos. Así la tierra vino a ser del faraón.

Y él redujo al pueblo a servidumbre, desde un extremo a otro del territorio de Egipto. Solamente no compró la tierra de los sacerdotes, porque los sacerdotes tenían ración de parte del faraón. Como ellos comían de la ración que les daba el faraón, por eso no tuvieron que vender sus tierras.

Entonces José dijo al pueblo:

—He aquí, hoy he comprado, para el faraón, a vosotros y vuestras tierras. Aquí tenéis semilla; sembrad la tierra. Y sucederá que de los productos daréis la quinta parte al faraón. Las cuatro partes serán vuestro sustento, para los que están en vuestras casas y para que coman vuestros niños.

—Ellos respondieron:

—¡Nos has dado la vida! Hallemos gracia ante los ojos de nuestro señor y seremos siervos del faraón.

Entonces José instituyó como ley en la tierra de Egipto, hasta el día de hoy, que la quinta parte pertenece al faraón. Solamente la tierra de los sacerdotes no llegó a ser del faraón. Génesis 47:18-26

Un año más tarde, el hambre no aflojaba, ya no tenían ganado, y volvieron de rodillas con las manos vacías y abiertas, diciendo: “Ayúdanos, José. ¿Qué podemos hacer ahora? Danos comida a cambio de nuestras tierras. Cómpranos, nosotros le serviremos al faraón. Solamente ayúdanos a superar estos años horribles.” En su desesperación, se pusieron por completo a merced de José.

Lo que impresiona es que José no abusó de ese poder ¡ni una sola vez! Dios lo había sacado de la esclavitud, y él nunca olvidó lo maravilloso que había sido esa liberación. A quien le ha sido dado mucho, mucho se desmandará de él (Lucas 12:48).

Arthur Gordon, al escribir para una publicación periódica nacional, dice lo siguiente acerca de la importancia de la integridad personal:

Año tras año los empresarios estudian los expedientes académicos, examinan a las personas aprobadas. En realidad, ¿detrás de qué están? ¿De cerebros? ¿De dinamismo? ¿De conocimientos? Esas cosas son deseables, por supuesto. Pero llevan a la persona sólo hasta cierto punto. Si ésta quiere llegar a la cima y que se le confíen decisiones de dirección, debe haber un factor adicional, algo que tome a la simple capacidad y duplique o triplique su efectividad. Y para describir esta característica mágica hay sólo una palabra: integridad.

La integridad es lo que no deja que usted copie en un examen. La integridad es lo que hace que usted no presente a su compañía un informe falso de gastos; es lo que mantiene pura y recta su vida personal, no importan las ventajas y beneficios personales que pudiera lograr si compromete sus convicciones.

Un ejecutivo exitoso, miembro de una de mis primeras iglesias, me contó una vez que hace muchos años, cuando estaba comenzando a abrirse camino hacia la cima en su profesión, una gran compañía lo contactó y le prometió el oro y el moro. Lo entrevistaron, lo agasajaron y le ofrecieron un salario increíble. Esa noche, cuando regresó a la habitación de su hotel, entró en ella y se encontró con una mujer que lo esperaba. Había sido contratada y provista por sus empleadores potenciales. Él la mandó salir, dejó el hotel, y tomó el último vuelo de regreso esa misma noche. El día siguiente le escribió a la compañía, diciendo: “Olvídenlo. Si esa es la forma como ustedes hacen sus negocios, yo no soy la persona que necesitan.”

Max DePree, un destacado hombre de negocios cristiano, sostiene: “La integridad en todas las cosas precede a todo lo demás. La demostración clara de integridad es esencial.”

Sin duda alguna, la integridad no es una cosa fácil. La integridad no toma el camino fácil; no hace las decisiones fáciles; no elige la senda de “los placeres temporales”. (Cf. Hebreos 11:25). Por encima de todo, la integridad es lo que usted hace cuando no hay nadie a su alrededor para controlarlo; la integridad se demuestra mejor cuando nadie nos está observando.

Puesto que me he referido mucho a la integridad en este libro, es tiempo de que examinemos su concepto con mayor precisión. Mi amigo Warren Wiersbe lo hace magistralmente en su libro *The Integrity Crisis* (La crisis de integridad):

¿Qué es integridad? Los diccionarios nos dicen que la palabra viene del latín *integritas*, que quiere decir “totalidad”, “lo acabado”, “lo completo”. La raíz es *integer*, que significa “intacto”, “íntegro”, “entero”. La integridad es para el carácter personal o corporativo lo que es la salud para el cuerpo, o la visión 20/20 para los ojos. Una persona con integridad no está dividida (eso sería *duplicidad*) ni aparenta lo que no es (eso sería *hipocresía*). La persona es “total”; su vida está “unida” y las cosas funcionan armónicamente. Las personas que tienen integridad no necesitan esconder nada ni temerle a nada. Sus vidas son libros abiertos. Son enteras.

Más adelante, Wiersbe señala tres características resaltantes de alguien que tiene integridad:

Jesús dijo claramente que la integridad involucra la totalidad de la persona interior: el corazón, la mente y la voluntad. La persona con integridad tiene un solo corazón. No trata de amar a Dios y al mundo al mismo tiempo. La persona con integridad tiene también una sola mente, una sola perspectiva (un solo "ojo") que mantiene a su vida yendo en la dirección correcta. Después de todo, la perspectiva ayuda a determinar el resultado. "El hombre de doble ánimo es inestable en todos sus caminos" (Stg 1:8). Jesús dijo también que la persona con integridad tiene una sola voluntad; busca servir a un solo señor: Peter T. Forsythe tenía razón cuando dijo: "El primer deber de toda alma no es encontrar su libertad sino a su Señor." Una vez que usted encuentra a su Señor, Jesucristo, encontrará su libertad. "Así que, si el Hijo os hace libres, seréis verdaderamente libres" (Juan 8:36). Nadie puede servir bien a dos señores. Tratar de hacerlo es convertirse en una persona fraccionada, y una persona fraccionada no tiene integridad. Es alguien con un corazón dividido, con una mente dividida, y con una voluntad dividida.

Con un solo corazón, con una sola mente, y con una sola voluntad, José trató con honestidad y rectitud a todos los que le confiaron su dinero. Cuando ellos levantaron sus manos y dijeron Vehemente: "¡Haremos lo que sea!", él siguió siendo justo y compasivo.

La integridad tiene varios componentes, como vimos en los comentarios de Warren Wiersbe, y esos componentes conducen a subproductos claros y provechosos. Entre los más importantes está la veracidad: la honestidad total y directa. A veces pienso que somos en ese elemento cuando somos más jóvenes. En los niños inocentes e ingenuos, la verdad parece fluir más fácilmente. Antes de aprender a mentir, decimos las cosas como son, pese a quien pese.

En su libro *Honestidad, moralidad y conciencia*, Jerry White nos cuenta esta experiencia:

Un vendedor tocó a la puerta de una casa ruinosa, de una familia evidentemente pobre. La madre le dijo a su pequeño hijo que le dijera al vendedor que ella no podía abrirle la puerta porque se encontraba en la bañera. El pequeño fue a la puerta y dijo: "Nosotros no tenemos bañera, pero mamá me dijo que le dijera que ella estaba allí."

¡Así de sinceros son los niños! Sin embargo, a medida que envejecemos, no es infrecuente que veamos a personas deslizarse por la resbalosa cuesta de la deshonestidad. Podemos ser cada vez más hábiles en el arte del compromiso.

En el período que siguió al escándalo Watergate, muchas personas perspicaces lo analizaron con dos palabras: integridad comprometida. El extinto presidente Nixon y los que lo rodeaban dejaron ver finalmente una insólita falta de integridad. Cundía la duplicidad y la hipocresía. Al leer las transcripciones de las horas de cintas grabadas con las discusiones sostenidas en la Oficina Oval, uno puede seguir paso a paso la caída, con toda claridad. Primero se produjo la erosión del carácter, luego vino la amenaza, después la tentación, el desmoronamiento, el compromiso y, finalmente, la racionalización. Cuando llega el desmoronamiento de la integridad, nos hundimos en una resaca de mentiras y de encubrimiento. Pero nunca olvide que el corazón del problema fue la falta de fibra moral en nuestro líder nacional.

José tenía fibra moral. Por eso se negó a comprometer su integridad. Él planificaba por anticipado con sabia objetividad. Se sometía a la autoridad con leal sentido del deber. Se encargó del problema de la supervivencia con integridad personal. Por último, aceptó el reto con creatividad original.

El pueblo golpeado por el hambre había entregado todo lo que poseía a cambio de comida: su ganado, su tierra, y hasta a ellos mismos. ¿Qué debía hacer José? El relato de Génesis 47 nos da la respuesta:

Así compró José toda la tierra de Egipto para el faraón, porque los egipcios vendieron cada uno su tierra, ya que el hambre se había agravado sobre ellos. Así la tierra vino a ser del faraón. Y él redujo al pueblo a servidumbre, desde un extremo a otro del territorio de Egipto. Solamente no compró la tierra de los sacerdotes, porque los sacerdotes tenían ración de parte del faraón. Como ellos comían de la ración que les daba el faraón, por eso no tuvieron que vender sus tierras.

Entonces José dijo al pueblo:

—He aquí, hoy os he comprado, para el faraón, a vosotros y vuestras tierras. Aquí tenéis semilla; sembrad la tierra. Y sucederá que de los productos daréis la quinta parte al faraón. Las cuatro partes serán vuestro sustento, para los que están en vuestras casas y para que coman vuestros niños.

Ellos respondieron:

—¡Nos han dado la vida! Hallemos gracia ante los ojos de nuestro señor y seremos siervos del faraón.

Entonces José instituyó como ley en la tierra de Egipto, hasta el día de hoy, que la quinta parte pertenece al faraón. Solamente la tierra de los sacerdotes no llegó a ser del faraón. Génesis 47:20-26

José tuvo un plan original, algo que nunca se había hecho antes. "Para que la tierra produzca, debemos extendernos por todo el territorio", dijo. Antes de esto, se habían establecido en sólo unas regiones muy pobladas. Estos lugares eran sus hogares, su trabajo, sus granjas y sus vecindarios. Se les pidió que renunciaran a todo eso. Eso significó muchísimo trabajo

de persuasión. Pero José se las arregló y esparció al pueblo por toda la tierra de Egipto “desde un extremo a otro del territorio de Egipto”

“Aquí tienen semilla, y pueden plantar”, les dijo. “Si lo hacen, podrán cosechar algún día. Volverán a tener sus ingresos. Podrán salir airoso. Sólo les puso una condición: “De lo que cosechen, le darán la quinta parte al faraón. El resto será de ustedes, para que coman y vuelvan a sembrar sus campos.” José respondió con creatividad y trató al pueblo con integridad y dignidad. Les dio independencia. ¿Aceptaron el plan? ¿Funcionó? Léalo usted mismo.

“¡Nos has dado la vida!”, exclamaron. Por ser el hombre que era, creyeron en él, lo escucharon, aceptaron su plan, se sacrificaron y trabajaron duro, y quedaron agradecidos.

El liderazgo exige llevar al extremo la creatividad. Si usted es un líder, habrá ocasiones cuando se encontrará frente a una pared lisa, gruesa e intimidante y, por lo general, alta y resbaladiza. No puede atravesarla, ni escalarla, ni bordearla. ¡Allí es cuando la cosa se pone emocionante! Ahí es cuando empiezan a fluir los jugos de la originalidad y usted comienza a pensar en las maneras de superar esa pared. La innovación y la creatividad (para no mencionar el valor) unen sus fuerzas, decididas a encontrar una respuesta y una vía. Esto me recuerda la respuesta de un oficial de la marina durante la guerra de Corea. Él y sus tropas estaban rodeados por los cuatro costados por el enemigo. Totalmente rodeados y superados en número, su reacción fue: “¡Excelente... ahora sí que no podrán escapar!”

Como resultado de su original plan, alimentado por la creatividad y el valor, José estableció una política: “Entonces José [lo] instituyó como ley en la tierra de Egipto, hasta el día de hoy.” Eso a menudo parece ser el resultado final: la innovación que lleva a un plan exitoso se convierte en una política viable.

Para poder pensar con creatividad, uno necesita disfrutar del espacio. Esto es algo que deben recordar los que tienen influencia en las organizaciones, empresas y negocios. ¡Proporcionen a cada uno de los que trabajan a su alrededor suficiente espacio para que desarrollen su creatividad! Permitan que haya oportunidades para la inspiración y la genialidad, libres de las limitaciones del escepticismo.

Las palabras de Frank Goble me vienen de nuevo a la mente. Él nos ofrece este sabio consejo:

La mejor forma de matar la creatividad es poner a personas escépticas, inseguras y que están a la defensiva, como supervisores a todos los niveles. Al principio, la mayoría de las ideas son débiles y deleznales, y requieren mucho cuidado maternal. Esta es la razón, desde luego, por la que los hombres que tienen experiencia en el desarrollo de la creatividad organizacional dan énfasis a un clima creativo...

¡Libertad para pensar! Charles Clark, uno de los principales representantes de la inspiración y la genialidad, escribe en su libro sobre este tema que hay una campana que él hace sonar en medio de las sesiones de inspiración en caso de que alguien utilice una “frase asesina”. Novedosa idea, ¿no es verdad? ¿Por qué no? ¡Las “frases asesinas” arruinan las reuniones!

¿Está usted listo para escuchar algunas frases asesinas que yo he oído durante mis treinta y cinco largos años en el liderazgo cristiano?

- Eso no funcionará.
- No disponemos del tiempo.
- No tenemos el personal para llevarlo a cabo.
- No está en el presupuesto.
- Vamos a recibir muchas críticas.
- La directiva no lo va a aceptar.
- Ya hemos tratado de hacerlo antes.
- Nunca lo hemos hecho antes.
- Todavía no estamos listos para eso.
- Perderemos muchos donantes si lo hacemos.
- Eso está bien en teoría, pero ¿puede ponerse en práctica?
- Esto pudiera resultar en una demanda.
- Es demasiado moderno.
- Es demasiado anticuado.
- Fulano lo intentó y fracasó.
- Somos muy pequeños para eso.
- Somos muy grandes para eso.
- Eso cuesta mucho dinero.
- A la gente no le va a gustar.

Así como hay “asesinos de la gracia” y “asesinos del gozo” sueltos por ahí, hay también “asesinos de la creatividad”, notorios por utilizar “frases asesinas”. Por temerle al riesgo, viven amedrentados, sin aventurarse, temiendo ser

malinterpretados. Todo descubrimiento importante pasa por mucho trabajo, y a veces hasta por la incompreensión. Si usted es creativo, descubrirá muy pronto que habrá consecuencias.

Cuando Marconi dijo a sus amigos que había descubierto una manera de enviar mensajes (telegráficos) a través del aire sin necesidad de utilizar cables u otros medios físicos, lo recluyeron en una sala. Cuando Samuel Morse le pidió al Congreso 30.000 dólares para tender una línea telegráfica entre Washington, D.C. y Baltimore, fue abiertamente ridiculizado. (Un miembro del Congreso propuso, con sarcasmo, que ese dinero fuera utilizado en la construcción de un ferrocarril hasta la luna.) En 1926, cuando un joven vendedor sugirió que las ventas de su compañía aumentarían si le ponían cremallera a los pantalones de los hombres en la parte delantera, en vez de botones, todo el mundo se desternilló de risa. Con el tiempo, esa empresa se convirtió en Talon Manufacturing (Manufacturas Talon) y pudo sobrevivir gracias a un singular invento creativo: ¡la cremallera!

No todas las ideas son buenas, por supuesto. Una vez llegó a mis manos un interesante libro titulado *Incomplete Book of Failures* (El libro incompleto de los fracasos), que presenta una relación de los inventores menos exitosos de todos los tiempos; es divertidísimo. Entre 1962 y 1977, Arthur Paul Pedrick patentó 162 inventos, ninguno de los cuales está hoy en uso. Entre ellos estaba una bicicleta con capacidad anfibia. Otro era un diseño que permitiría conducir un auto desde el asiento trasero. (Es posible que algunos de ustedes tengan ya un carro así.) Para irrigar los desiertos del mundo, Pedrick propuso e ideó una forma de enviar un suministro constante de bolas de nieve desde las regiones polares ¡a través de una red de disparadores de arvejas gigantescas! También patentó varios inventos para el juego de golf, ¡entre ellos una pelota de golf que podía ser guiada a control remoto en pleno vuelo! (No sé por qué esa idea nunca prosperó).

Estoy consciente de que la creatividad puede ser llevada a extremos ridículos, ¡así que no me envíen cartas! No estoy sugiriendo tomar decisiones ridículas, pero a veces uno tiene que contemplar la posibilidad de hacer el ridículo para lograr un plan innovador y creativo. Algunas personas se vuelven tan negativas, tan cerradas, tan limitadas en su forma de pensar, tan increíblemente preocupados por el peligro, o recelosas, que no dejan margen para que las ideas se desarrollen, ni siquiera a sus propios hijos. Recuerdo algunos de los ingeniosos planes que nuestros hijos inventaban para hacer los quehaceres de la casa. Por ejemplo, el caso de los platos. Ellos estaban convencidos de que utilizar únicamente platos de cartón y utensilios plásticos aligeraría mucho, en realidad, las cosas en la cocina. Cynthia y yo no estábamos totalmente de acuerdo con la idea, ¡pero hubo ocasiones cuando aceptamos momentáneamente su plan!

Los cristianos, en particular, pueden sentirse amenazados por las cosas “nuevas”. No estoy hablando de una teología nueva, por supuesto. Como lo he venido diciendo por décadas, tenemos que estar dispuestos a dejar los métodos rutinarios sin alterar el mensaje esencial. Muchos dicen que lo están haciendo, pero, en realidad, no es cierto. Es una lástima. Una buena innovación, por ejemplo, puede mejorar maravillosamente los cultos de adoración. Hay tantas formas nuevas y originales que pueden transformar nuestras reuniones y hacer que nuestras iglesias se vuelvan otra vez atractivas e interesantes.

Detrás de los cambios, repito, debe haber un fundamento sólido. *La primera y más alta prioridad debe ser nuestro compromiso con la verdad y con los sanos principios bíblicos.* Si esquivamos la verdad o los principios, ya habremos fracasado antes de empezar. Se produce un leve deterioro y empezamos a extraviarnos. Si nuestro plan necesita de la simulación; si significa mentir; si implica el maltrato a los demás; o si, de alguna manera, nos exige liberalizar nuestra teología, es un plan engañoso. ¿Quiere un consejo? Abandónelo ya; no lo deje para después.

En segundo lugar, *debemos invertir cuidadosamente nuestro tiempo.* Peter Drucker ha dicho muchas cosas útiles, pero una que ha sido siempre mi favorita es ésta:

Tal vez no hay nada que distinga tanto a los ejecutivos eficientes como su tierno y amoroso cuidado del tiempo... A menos que se administre a sí mismo con eficiencia, ninguna cantidad de talento, destreza, experiencia o conocimientos lo convertirá en un ejecutivo eficiente.

Debemos poder decir “no” sin tener que dar una larga explicación. Eso significa decir no a cosas buenas, a cosas agradables, y aun a oportunidades maravillosas si nuestras limitaciones de tiempo, por tener prioridades mayores, no nos dejan espacio para ellas. Yo debo responder a cincuenta o más cartas por semana, invitándome a participar en diversas actividades o reuniones, o para dar conferencias: oportunidades excelentes la mayoría de ellas. Debido a mis prioridades ya establecidas tengo que decir no prácticamente a todas. Hacer esto nunca es fácil ni placentero, pero es lo correcto. Un principio que aprendí en la década de los cincuenta todavía sigue vigente: ciertas cosas tienen que ser, mientras que otras pudieran ser.

En tercer lugar, *debemos vigilar nuestra motivación.* Debemos vigilar todo el tiempo cómo respondemos o cómo nos relacionamos con las personas, y debemos preguntarnos siempre por qué respondemos afirmativa o negativamente. ¿Estamos haciendo lo “correcto” por el motivo incorrecto? ¿Estamos esperando sacarle provecho a nuestra respuesta? ¿Estamos sólo complaciendo a la gente? A veces nuestra motivación está basada en un hábito arraigado. Muchos prefieren el camino de siempre, pero yo he descubierto que un sendero trillado no es sino una tumba destapada. Es una forma excelente de morir mucho antes de dejar de respirar. Si usted se halla en el patrón inmovilizante de un estilo de vida rutinario y aburrido, quizá ya es tiempo de que examine detenidamente la vida a través de los ojos de José. Deténgase y piense en los ajustes, en los

cambios y en la flexibilidad que él demostró a través de todos sus años como líder. Observe que, aun después de haber envejecido, se negó a huir de los retos de la vida.

Al reflexionar en todo esto, pienso en la cruz, donde los cuatro principios que siguen estaban presentes. Antes de que se produjera el gran momento de la redención, Dios nuestro Padre lo había planeado todo con sabia objetividad, movido por su amor incondicional. Él vio cómo estábamos, no sólo como él quería que estuviéramos. Estábamos envilecidos, perdidos, en pecado y espiritualmente muertos. Éramos extranjeros. Lo odiábamos. Si se nos hubiera dado una oportunidad de escoger nuestra condición perdida, cada uno de nosotros hubiera participado en la crucifixión de su Hijo. Nos vio como estábamos.

Entonces, Jesucristo su Hijo, se sometió con leal sentido del deber a la autoridad del Padre. “Sí, iré. Llevaré el mensaje de salvación. Sí, iré a la tierra que creamos. Sí, llevaré el castigo. Seré objeto de burla. Sí, moriré. Sí, me someteré.”

En la cruz, el Señor Dios ordenó un plan para nuestra supervivencia espiritual, con divina integridad. Requería el sacrificio de Cristo en la cruz. Y él lo obedeció. Podemos confiar en su Palabra. Él fue quien dijo ser, e hizo lo que dijo que haría. Con un solo corazón, y una sola mente, y una sola voluntad, él cumplió el plan del Padre.

Finalmente, Jesucristo llevó a cabo el plan más innovador y creativo que este podrá jamás conocer. Desde el nacimiento virginal hasta la muerte, resurrección y la pronta venida de Cristo, el plan de Dios Todopoderoso es rico en innovación y creatividad. Un plan jamás hecho antes, y que jamás volverá a hacerse. Fue definitivamente el Plan Maestro que sólo el Creador pudo imaginar.

Tal como lo hizo con José, el Padre lo hace con nosotros. En su gran diseño de vida, él no desestima el pecado del hombre; se ocupa de él. Se ocupa de las preguntas difíciles de la vida. No de preguntas como: ¿Qué voy a hacer para vivir?, sino de ¿cómo tener vida? No de ¿cómo voy a emplear mi tiempo? sino de ¿cómo voy a emplear la eternidad? Y no tanto de ¿cómo puedo llevarme bien con la persona que tengo a mi lado? Sino, finalmente de ¿cómo puedo llevarme bien con Dios? Si respondemos bien las preguntas difíciles, todas las demás se aclararán.

Dios quiera que podamos ser modelos de diligencia, honestidad, compasión y creatividad. Dios quiera que nuestro trabajo sea una extensión de nuestra integridad. Y Dios quiera que cada uno de nosotros, que nombramos el nombre de Cristo como nuestro Señor, podamos ser una influencia positiva para quienes nos rodean, y fieles representantes y embajadores de Aquel que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros.

En otras palabras, Dios quiera que sigamos las pisadas de José. O, mejor aun, las pisadas de Jesús.

Capítulo Doce

REFLEJOS CREPUSCULARES Y DE MEDIA NOCHE

Mi día comenzó muy temprano, mucho antes de que rompiera el alba, con el sonido del timbre del teléfono. Al otro lado de la línea se oía la voz emocionada y exultante de un hombre joven que estaba llamando para decirme que apenas hacía unos minutos se había convertido en padre. El bebé estaba bien. La madre estaba bien, aunque exhausta. ¡El nuevo papá estaba bien y extasiado! Me dijo el nombre del bebé y la razón por la que habían escogido ese nombre y todas las cosas relacionadas con el nacimiento. Se rió nerviosamente un poco y después abiertamente varias veces. Gritó una o dos veces. Mientras colgaba el teléfono, sonreí. ¡Qué manera tan jubilosa de empezar el nuevo día!

Después de desayunar me fui a la oficina. A eso de las 9:30 recibí una llamada de una pareja con una necesidad urgente. Acababan de recibir la noticia de que a la esposa le habían diagnosticado una condición grave. Me vi obligado de inmediato, a asumir un nuevo papel a fin de ministrar a estos queridos amigos. La sonrisa de deleite de comienzos de la mañana cambió de repente a un sentimiento de pena e impotencia a mediados de la mañana. (Varios meses después esta mujer partió a la presencia del Señor.)

Al mediodía, mi almuerzo terminó muy rápidamente porque tenía que dar los toques finales a un mensaje fúnebre que debía predicar esa tarde a las 2:00. Hasta ese momento, en un período de pocas horas, había ido de un nacimiento a una enfermedad crítica, y de aquí a la aflicción de una familia enlutada en un servicio funerario.

Al regresar a mi oficina, encontré una nota en la que me pedían que me reunieran cuanto antes con una pareja que necesitaban asesoramiento. Habían estado casados por algo más de diez años y tenían tres hijos. Ahora, decían, no podían comunicarse, se habían separado y estaban considerando divorciarse. Otro papel que asumir. Mientras hablábamos, la habitación se llenó de lágrimas de frustración y de palabras irritadas. Fue una reunión penosa y decepcionante. (Los esposos fueron incapaces de resolver sus diferencias y después de un tiempo se divorciaron.) Toda esa situación me puso muy triste.

Esa noche, a eso de las 7:00, cuando me acerqué al armario para sacar mi esmoquin de boda, tuve ganas de cancelar el evento de la noche. No podía, por supuesto, así tuve que asumir otro nuevo papel. Oficié la ceremonia, sonreí para el fotógrafo, estreché la mano del novio, felicité a los orgullosos padres, besé a la novia, e hice lo mejor para participar en el regocijo de esa boda nocturna y de la feliz recepción.

Después de esto, me desplomé en mi auto, totalmente agotado. Mientras conducía hacia la casa, busqué algo que oír en la radio. Tammy Wynette estaba cantando: “Perdóname, ¡pero yo nunca te prometí un jardín de rosas!” Asentí con la cabeza.

La vida de José fue todo menos un jardín de rosas; y nuestro viaje a través de ella también ha sido todo, menos aburrido. Sus altibajos fueron tan extremos como había sido mi día, sólo que mucho peor. Los suyos fueron más como una montaña rusa durante toda su vida. Fue idolatrado, protegido y mimado por su padre mientras crecía en un ambiente hostil lleno de hermanos iracundos. Lo envidiaban tanto que pensaron matarlo y lo lanzaron en una cisterna de Canaán. Luego decidieron más bien ganarse unos siclos con él, así que lo vendieron a unos mercaderes de esclavos quienes lo llevaron a Egipto, donde fue comprado por un funcionario de alto rango llamado Potifar. En la casa de este hombre, José fue respetado y ascendido al cargo de mayordomo jefe, con una autoridad total gracias a la confianza del funcionario. Pronto llamó la atención de la lujuriosa esposa de su jefe. Por ser obediente a su Dios y haber decidido mantener su pureza, José rechazó con firmezas sus tretas y logró esquivar sus insinuaciones, sólo para oír los gritos de la mujer mientras lo acusaba de asalto sexual y de intento de violación. Como resultados de sus falsas acusaciones, José fue a parar en un calabozo egipcio, pero allí, una vez más, se hizo acreedor de la confianza y el respeto. A pesar de que no le hizo daño a nadie, sino que más bien ayudó a otros a salir de la cárcel, siguió olvidado por varios años. Luego, a través de unas circunstancias ordenadas por Dios, fue sacado de ese lugar y, prácticamente, de la noche a la mañana, elevado al cargo de gobernador, como la mano derecha del faraón. Asombrosamente volvía a ser importante. Por último, después de estar separado de su familia de Canaán por más de veinte años, se reunió de nuevo con sus hermanos y padre, mientras manejaba con acierto en Egipto la crítica situación originada por el hambre.

Angustia. Triunfo. Alturas. Profundidades. Sueños. Calabozos. Elevación. Rechazo. Ganancia. Pérdida. Los altibajos, las idas y venidas, la poderosa realidad de la vida de este hombre, son suficientes para sobrepujar cualquier cosa que usted y yo hayamos experimentado alguna vez. A veces tales contrastes hacen que hombres y mujeres se olviden de Dios. A veces se vuelven tan severos y cínicos que deciden abandonar a sus viejos amigos y volverse en contra de su propia familia. Pero José no lo hizo así. Las situaciones difíciles de su vida, en vez de borrar los recuerdos de su familia, los intensificaron.

El ex pastor y escritor Clarence Edward Macartney, capta esta pensamiento con un exquisito toque de imaginación creativa:

Grande en los sueños de su juventud, grande en las adversidades y en las pruebas que había sufrido, grande en la hora de la tentación, José es el más grande de todos en su prosperidad, cuando sus sueños se hacen realidad.

Él nunca se olvidó de la casa de su padre. A veces, cuando estaba ocupado en los grandes asuntos de Faraón, los señores y funcionarios le hacían una pregunta y José no les respondía. No había oído la pregunta. Estaba oyendo la voz de Jacob, la voz de Benjamín. A veces, cuando se hallaba sentado tranquilamente en su palacio, una expresión abstraída se reflejaba en su semblante, y su esposa, la hija del sacerdote de On, lo sacudía por el brazo y le preguntaba si se había olvidado de ella; o le ponía a Efraín en una rodilla y a Manasés en la otra, y les decía que lo sacaran de su ensimismamiento y de sus recuerdos, y que pensara en ella y en sus hijos. Pero los pensamientos de José estaban muy lejos de ese hermoso palacio. Él no veía las columnas de piedra de arenisca roja rodeadas por serpientes ornamentales y coronadas por grandes águilas, en cuyos ojos y garras brillaban las piedras preciosas. No veía a lo lejos el sinuoso Nilo, ni las inmensas pirámides ni la silenciosa Esfinge con su mirada fija. Los pensamientos de José estaban muy lejos de Egipto, en las negras tiendas de Hebrón, porque "en medio de placeres y palacios podemos andar a la ventura, porque por muy humilde que sea, no hay ningún lugar como el hogar.

Después de larga espera la siniestra hambruna de siete años llegó a su fin. Volvió la prosperidad y Egipto floreció. La fértil área del delta del Nilo, donde José había asentado a su familia, comenzó a producir. Año tras año, las cosechas eran abundantes. Durante diecisiete años, Jacob disfrutó tanto de las bendiciones de Dios como de la abundancia de los campos, junto con su familia, reunida una vez más.

JACOB: ENFERMEDAD, BENDICIÓN Y MUERTE

Habitó, pues, Israel en la tierra de Egipto, en la tierra de Gosén, y se establecieron en ella. Allí fueron fecundos y se multiplicaron mucho. Jacob vivió en la tierra 17 años; y los días de Jacob, los años de su vida, fueron 147 años. Génesis 47:27, 28

La familia de Jacob, ahora llamada por el nombre que Dios les dio, Israel, se volvió muy fructífera. Los jóvenes se casaron, les nacieron bebés, y aumentó grandemente la población. Luego, después de haber estado diecisiete años en la tierra de Egipto, Jacob llegó a su cumpleaños 147. Él, lo mismo que su hijo favorito, había tenido numerosos altibajos, muchos fracasos, pero también recibido muchas bendiciones de su misericordioso Señor. Conuerdo con Alexander Whyte, cuando dice: "No hubo ningún santo del Antiguo Testamento, desde todos los puntos de vista, que fuera testigo, como Jacob, tanto del favor como del perdón de Dios." Su peregrinación llegaba a su fin. Quién sabe si todo el clan se reunió para darle una gran fiesta de cumpleaños. ¡Qué gran celebración debió haber sido esta!

En algún momento después de esto, posiblemente dentro del mismo año en que se menciona su edad por última vez, Jacob se dio cuenta de que el ángel de la muerte rondaba su lecho y, como era de esperar, llamó a José. Esta escena es otra de las ocasiones memorables atrapadas para siempre en un marco escritural.

Jacob con José

Cuando se acercó el día de la muerte de Israel, éste llamó a su hijo José y le dijo:

—Si he hallado gracias ante tus ojos, por favor, pon tu mano debajo de mi muslo y muéstrame misericordia y verdad; te ruego que no me sepultes en Egipto, sino que cuando repose con mis padres, me llevarás de Egipto y me sepultarás en el sepulcro de ellos.

José respondió:

—Yo haré como tú dices.

Y él dijo:

—¡Júramelo!

Él se lo juró. Entonces Israel se postró sobre la cabecera de la cama.

Génesis 47:29-31

"Júramelo, José, prométeme que lo harás", dijo Jacob. "Pon tu mano debajo de mi muslo y júralo."

Hacer promesas a un moribundo no es nada raro. Esta costumbre todavía se estila hoy. He oído a esposos, a esposas e hijos hablar de promesas que hicieron a su pareja, o a su padre o madre, en su lecho de muerte. Pero, ¿qué podemos decir de este extraño gesto de colocar la mano de alguien debajo del muslo de otra persona? ¿Qué significaba eso?

Brown, Driver, y Briggs, autoridades del pasado todavía reputados en cuanto al texto hebreo, dicen que esta forma de sellar una promesa se hacía colocando la mano en la parte baja de la espalda, o debajo de las nalgas. José prometió hacer lo que su padre le pidió, y también lo expresó simbólicamente al colocar su mano debajo de Jacob. Era una postura común de asumir un voto, común en este tiempo.

“Prométeme delante de nuestro Dios, José, que me enterrarás en la tierra de mi padre. Promete que me sepultarás en Canaán, la tierra de nuestra familia, no aquí en Egipto. Dios nos trajo a Egipto para que muriéramos de hambre, pero quiero ser enterrado en la tierra de nuestros antepasados, junto a Abraham, Isaac y Lea. Regrésame allá. No me entierres en Egipto. Jura delante de Dios que esto no sucederá.” Y José juró cumplir esta promesa a su padre.

En su libro titulado *¡Esto es ser hombre! Conversaciones francas con los hombres y sus esposas*, James Dobson habla del epitafio que colocó sobre la lápida de su piedra. En esa “piedra fundamental”, como él la llama, Jim hizo grabar dos sencillas pero formidables palabras: “Él oraba.”

En la lápida de Jacob, José pudo haber colocado las palabras: “Él adoraba.” Años atrás, por supuesto, “Él engañaba” pudiera haber sido más apropiado, pero ahora que Jacob tenía casi siglo y medio de edad, había andado un largo trecho con Dios. Al final de su vida, uno de sus últimos actos fue adorar al Dios con quien había luchado y al que había servido. En su vejez, exhortó a José a recordar que Canaán, no Egipto, era la tierra prometida, así que hizo que su hijo le prometiera hacer su tumba final en ese lugar.

Jacob con los hijos de José

Esta escena es seguida rápidamente por otra de conmovedor significado, cuando los hijos de José —Manasés y Efraín— fueron llevados para que vieran a su abuelo en su lecho de muerte.

Manasés y Efraín no eran unos niños, para ese momento, ya eran unos jóvenes. Habían transcurrido diecisiete años desde que Jacob llegó a Egipto, y los hijos de José habían nacido antes de que esto ocurriera. Jacob comienza sus palabras reiterando el pacto que Dios había hecho con él.

Y ahora tus dos hijos, Efraín y Manasés, que te nacieron en la tierra de Egipto antes de que yo viniese a ti en la tierra de Egipto, serán míos; como Rubén y Simeón serán míos... Los ojos de Israel estaban tan debilitados por la vejez que no podía ver. Hizo, pues, que ellos se acercaran a él; y él los besó y los abrazó. Y dijo Israel a José: Yo no esperaba ver tu cara, ¡y he aquí que Dios me ha hecho ver también a tus hijos!... Luego Israel extendió su mano derecha y la puso sobre la cabeza de Efraín, que era el menor, y su izquierda la puso sobre la cabeza de Manasés, cruzando sus manos a propósito, a pesar de que el primogénito era Manasés. Y bendijo a José diciendo:

“El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham e Isaac, el Dios que me pastorea desde que nací hasta el día de hoy, el Ángel que me redime de todo mal, bendiga a estos jóvenes.

Sean ellos llamados por mi nombre y por los nombres de mis padres Abraham e Isaac, y multiplíquense abundantemente en medio de la tierra.” Génesis 48:5, 10, 11, 14-16

Puesto que José había sido un hijo especial para Jacob, los hijos de Jacob era también especiales para su abuelo. Jacob, en su lecho de muerte, adoptó como suyos a los dos hijos de José, y al hacer eso dividió entre ellos la herencia que le correspondía a José en la tierras de Canaán.

Todo esto tiene después un gran significado en la historia de la nación de Israel, y hace que esta última escena con Jacob y sus nietos sea extremadamente importante.

Quizá sea por mi naturaleza práctica, pero yo también veo aquí algo de gran valor para todos nosotros. Tiene que ver con cómo y dónde murió Jacob, en contraste con cómo y dónde morimos nosotros hoy. Jacob murió en su propio lecho, en su casa. Es raro que eso ocurra hoy. Hoy el nacimiento de un niño se ha convertido más y más en un asunto familiar, en el que casi toda la familia está presente en el vestíbulo de la “sala de partos” cuando nace el bebé. ¡Un gran cambio en comparación con lo de antes! Pero, por otra parte, la muerte ha sido relegada más y más al frío y a veces poco amoroso cuidado de los profesionales de la medicina, al estéril ambiente de un ajetreado hospital y, después, a la funeraria o la capilla del cementerio. Sólo en los últimos años hemos comenzado a ver crecer el movimiento promotor de albergues familiares, donde se permite a la persona pasar sus últimos días en un hogar, teniendo a su lado a aquellos que ama para que la ayuden y animen en sus últimos días en esta tierra.

Sin embargo, a pesar de este resurgimiento de la presencia personal y familiar, es muy raro que veamos morir a una persona. ¿Sorprende, entonces, que el último lugar en que una persona se imagine estar sea en un ataúd? ¿A dónde van los que esperan la muerte? Van a clínicas y hospitales. Sólo en muy raras ocasiones mueren teniendo a su alrededor a sus familiares (¡incluidos los nietos!). Y aunque muchos de estos lugares profesionales son limpios y cuentan con un personal competente y servicial, pueden parecer los lugares más solitarios de la tierra.

Joe Bayly, a quien mencioné más atrás con la pérdida que tuvo de sus tres hijos y de otros seres amados, ha escrito acerca de la muerte con una gran comprensión, sensibilidad y autoridad. Aunque sus palabras pudieran parecer hoy un poco pasadas de moda, la mayoría de nosotros podemos identificarnos con sus comentarios al describir este dramático contraste de escenas:

Uno de mis primeros recuerdos fue cuando me llevaron a la habitación de mi abuela en Gettysburg, Pennsylvania, para darle un beso final de despedida...

Esa escena me causa impresión hoy por su parecido con las del Antiguo Testamento. Mi abuela, que era una persona que infundía respeto, estaba consciente y ligeramente levantada sobre una almohada; sus trenzas de blanca cabellera estaban cuidadosamente colocadas sobre el cobertor que ella había hecho cuando era joven. La cama, con cuatro columnas, era aquella en la cual había dormido por 50 años, en la que fueron concebidos y donde nacieron sus cuatro hijos.

El amplio piso de madera crujía con su familiar sonido, la lámpara de queroseno titilaba sobre el inmenso tocador, y un ramo de arveja olorosa tomado del jardín de la abuela daba a la habitación una tenue fragancia.

La anciana dama estaba rodeada por sus hijos y nietos. Pocas horas después, murió.

Cuarenta años después, mis hijos estaban con su abuelo cuando tuvo su último ataque cardíaco. Le administramos oxígenos, llamamos al médico, y luego llegó la ambulancia. Los hombres pusieron al abuelo en una camilla, lo sacaron de la casa, y eso fue lo último que sus nietos vieron de él. Los niños son excluidos de la mayoría de los hospitales.

En la unidad de cuidados intensivos del hospital, mi esposa y yo estuvimos con él hasta que terminó la hora de visitas. Los mecanismos de supervivencia —tubos, agujas, sistemas de oxígeno, marcapasos electrónicos— estaban en él, sobre él y alrededor de él.

El abuelo murió solo, durante la noche, después que terminó la hora de visitas. Sus nietos no tuvieron la oportunidad de darle un beso final de despedida ni de sentir la presión de su mano sobre sus cabezas.

En esta generación, la muerte se ha mudado del hogar al hospital...

Como pastor, y actualmente como alguien que capacita a los que llegarán a ser pastores, me importa mucho este asunto de la muerte. No nos preparamos para la muerte cuando nos estamos muriendo. Debemos prepararnos para la muerte mientras estamos vivos y sanos. Debemos pensar en la muerte y discutir el tema juntos como familia. La muerte no es algo que debemos temer, rehuir o evitar. Es un tema que hay que compartir con los familiares y amigos que nos han acompañado a través del viaje de la vida.

Los hijos de José estuvieron con su abuelo mientras él se aproximaba a esos momentos finales. Sintieron su mano en su frente y oyeron sus tiernas y sabias palabras de bendición. ¡Que Dios bendiga a la nación al ser ustedes bendecidos por él!. ¡Qué momento! Tal vez Manasés y Efraín estaban arrodillados al lado de su abuelo. ¡Qué impacto perdurable en las vidas de estos dos jóvenes!

Jacob con sus hijos

Entonces Jacob llamó a sus hijos y les dijo: "Reuníos, y os declararé lo que os ha de acontecer en los días postreros. Reuníos y escuchad, hijos de Jacob; escuchad a vuestro padre Israel" Génesis 49:1, 2.

A pesar de su edad y fragilidad, la memoria de Jacob era extraordinaria. Pudo nombrar a cada uno de sus hijos, describir su naturaleza individual y recordar detalles pertinentes de la vida que habían llevado. Aunque no siempre los había disciplinado de manera sabia ni apropiada, conocía bien a sus hijos. Sin duda, el Señor lo ayudó en ese conmovedor momento de su vida al darle la inspiración profética heredada por ese anciano padre. Desde el primogénito, Rubén, hasta el más joven, Benjamín, Jacob bendijo no sólo a sus hijos, sino a las doce tribus que descenderían de ellos.

Todos éstos llegaron a ser las doce tribus de Israel, y esto fue lo que su padre les dijo al bendecirlos; a cada uno lo bendijo con su respectiva bendición. Génesis 49:28.

Después de esto, Jacob les dio instrucciones específicas acerca de dónde iba a ser enterrado, de conformidad con la promesa que José le había hecho antes. Luego viene esta hermosa declaración: "Cuando acabó de dar instrucciones a sus hijos, recogió sus pies en la cama y expiró. Y fue reunido con sus padres" (Génesis 49:33).

Aquellos que tienen una esperanza eterna, aunque estén afligidos por la pérdida momentánea que implica la muerte, y por la dolorosa ausencia que sigue, deben recordar y sentirse consolados por la conciencia de que, cuando el cristiano parte de este mundo, se reúne en el lugar de los santos. Como dice el texto, Jacob "fue reunido con sus padres". Ausente del cuerpo, cara a cara con el Señor. ¡Qué sencillo y qué sagrado ese momento! Con un tranquilo y final suspiro, el viejo patriarca se unió a las filas eternas de los santos que han partido.

John Donne, poeta inglés del siglo XVII, fue no sólo uno de los más grandes poetas de ese país, sino también uno de sus predicadores más famosos. Él escribió elocuentemente en cuanto a la muerte:

Toda la humanidad es de un solo Autor, y es un solo libro; cuando un hombre muere, un capítulo es arrancado del libro, pero es traducido a un mejor lenguaje; y cada capítulo debe ser traducido así. Dios utiliza varios traductores: unas partes son traducidas por la edad, otras por la enfermedad, otras por la guerra y otras por la justicia; pero la mano de Dios está en cada traducción, y su mano encuadernará otra vez nuestras hojas dispersas para esa Biblioteca donde cada libro estará abierto, el uno para el otro.

Dios traduce la vida de una persona después de la muerte, y sólo entonces podemos medir el significado de esa vida. ¡Qué lástima que a menudo nos damos cuenta de ese significado demasiado tarde! La mayoría de las veces es mucho tiempo después de que ocurre la muerte de esa persona.

JOSÉ: AFLICCIÓN, GRACIA Y GLORIA

Cuando Jacob fue unido a su familia, José quedó afligido. Cualquiera que haya experimentado, como yo, la pérdida de un padre amoroso y devoto, conoce muy bien el dolor punzante que se apodera de uno. Todavía puedo recordar mi extraño sentimiento de orfandad y soledad, aunque tenía la ternura de mi amada esposa, quien lloraba a mi lado, así como la de nuestros cuatro hijos, y la de mis queridos hermano y hermana. Con todo, ahí estaba yo, y allí él, que había partido de este mundo para siempre. A la gloria, sí, pero también de mi vida terrenal. Nunca más volvería a oír su voz, su risa, sus consejos, sus oraciones. Nunca más volvería a compartir momentos de felicidad con él, ni sentir el toque de su fuerte mano sobre mi brazo, ni verlo firmar su nombre con su hermosa letra. Nunca más volvería a tener en sus brazos a uno de mis hijos, ni a cubrirme con sus brazos en un abrazo de reconocimiento o estímulo. ¿Qué si entiendo la reacción de dolor de José? Mucho más de lo que soy capaz de describir.

Encuentro las siguientes palabras profundamente conmovedoras:

Entonces José se echó sobre la cara de su padre, lloró sobre él y lo besó. José mandó a sus servidores, los médicos, que embalsamaran a su padre, y los médicos embalsamaron a Israel. Cumplieron con él cuarenta días, tiempo que duraba el proceso de embalsamamiento, y los egipcios guardaron luto por él setenta días. Génesis 50:1-3

Este comentario no nos sorprende, puesto que, si las pirámides y las momias son un ejemplo, los egipcios habían desarrollado un sofisticado sistema de embalsamamiento. Después que los médicos terminaron tan especial proceso, que tomó cuarenta días, y después que el pueblo lloró su partida por setenta días, el cortejo fúnebre inició su largo viaje a Canaán.

Es interesante que los egipcios, así como José y toda su familia hebrea, guardaron luto. Por amor y respeto al hombre que se había hecho querer por ellos, y que se había ganado su genuino respeto, todos los egipcios, desde Faraón para abajo, sintieron su pérdida. Ellos también lo lloraron por setenta días. Además, cuando llegó el momento de que José cumpliera con su promesa de enterrar a su padre en la lejana Canaán, el monarca egipcio dio su aprobación a toda la operación.

El entierro de su padre

Y pasados los días de su duelo, José habló a los de la casa del faraón diciendo:

—Si he hallado gracia ante vuestros ojos, por favor, haced llegar a oídos del faraón lo siguiente: “Mi padre me hizo jurar diciendo: ‘He aquí, que yo voy a morir; en el sepulcro que cavé para mí en la tierra de Canaán, allí me sepultarás.’ Permite, pues, que suba yo ahora, sepulte a mi padre y regrese.”

El faraón le respondió:

—Sube y sepulta a tu padre, cómo él te hizo jurar.

Entonces José subió a sepultar a su padre. Y con él subieron todos los servidores del faraón, los dignatarios de su corte y todos los dignatarios de la tierra de Egipto, toda la familia de José, sus hermanos y la familia de su padre. Solamente dejaron en la tierra de Gosén a sus niños, sus ovejas y sus vacas. Subieron también con él carros y gente de a caballo, formando un numeroso cortejo. Génesis 50:4-9

Este numeroso cortejo de personas debe haber sido una procesión fúnebre impresionante, saliendo silenciosamente de Egipto, dirigiéndose luego hacia el oriente a través del reseco desierto del Sinaí, y finalmente cambiando el rumbo hacia el norte, hacia la región dada por Dios, llamada la tierra prometida. Me pregunto qué pensaría la gente que veía pasar esa procesión de días? ¿Llevan ahí a un gran rey? ¿Va ahí el padre de José? ¿Va ahí el cuerpo de aquel a través de cuyos lomos se ha formado la nación de los judíos? Tal vez algunos beduinos del desierto permanecieron de pie, por respeto, y se quedaron viendo aquello. ¡Qué momento tan memorable! Había llegado a su fin otra era. Es apropiado en este punto de la historia que la narración afloje el paso para armonizar con la triste cadencia de la procesión fúnebre de Jacob.

Una vez que llegaron a su destino, enterraron a Jacob como él lo había querido, en la cueva del Macpela, el lugar donde estaban sepultados sus antepasados: Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, así como su esposa, Lea.

Joyce Baldwin dice a este respecto:

A pesar de la importancia de José en el gobierno de Egipto, la familia jamás pensó que su herencia estaba allí. La legitimidad de su derecho a Canaán estaba en el regalo divino de la tierra a Abraham, el principal antepasado de Israel. Él regresó del cortejo fúnebre de Egipto para el entierro de Jacob allá, renovó el derecho de la familia sobre la cueva y también sobre la tierra.

Era una promesa que regresarían un día a ocupar lo que, en efecto, le había sido concedido a Abraham y Sara, y a Isaac y Rebeca. Lea también estaba enterrada allí (pero no Raquel), y Jacob tomaría su lugar en el

mausoleo familiar, como uno de los tres grandes nombres asociados para siempre con la promesa de Dios en cuanto a esa tierra: Abraham, Isaac y Jacob.

Este significativo lugar provocó aún más lágrimas al hijo que tanto echaba de menos a su padre. Me siento muy agradecido de que las Escrituras no nos hayan ocultado este lado tan tierno y sensible de la naturaleza de José. ¡Qué tristeza tan grande le produjo perder a su amado padre!

Llegaron hasta la era de Atad, que estaba al otro lado del Jordán, y allí tuvieron una lamentación grande y muy fuerte. José hizo duelo por su padre durante siete días... Después que había sepultado a su padre, José volvió a Egipto junto con sus hermanos y todos los que fueron con él para sepultar a su padre. Génesis 50:10, 14

El regreso a Egipto debió haber incluido largos momentos de reflexión. Quizá José y sus hermanos se sentaron alrededor de una fogata, tarde en la noche, donde la caravana se detuvo para descansar, y estuvieron recordando algunas escenas del pasado. Recuperarse de la aflicción toma tiempo: meses y a veces años. En este caso, algunas de esas ocasiones de reflexión agitaron renovadas punzadas de remordimiento en el corazón de los hermanos. Y una vez que el viejo mandamás de la conciencia volvió a salir a la superficie, el temor y la ansiedad los abrumó.

Y viendo los hermanos de José que su padre había muerto, dijeron: Quizá José nos tenga rencor y nos devuelva todo el mal que le ocasionamos. Y enviaron a decir a José: Tu padre nos mandó antes de su muerte que te dijéramos. "Así diréis a José: 'Por favor, perdona la maldad de tus hermanos y su pecado, porque te trataron mal.' " Por eso, te rogamos que perdones la maldad de los siervos del Dios de tu padre. José lloró mientras la hablaban. Génesis 50:15-17

El perdón a sus hermanos

Esta es otra visión fugaz del lado tierno y sensible de José. La lucha de sus hermanos con sus pecados pasados (¡ya olvidados!) lo conmovió hasta las lágrimas. Ellos todavía no podían apropiarse de la gracia. Era todavía “demasiado bueno para ser verdad”. Todo lo que habían dicho y hecho hacía tantos años volvió a toda prisa a sus mentes. El miedo también volvió cuando su imaginación tomó el mando. ¿Había sido José bueno con ellos por consideración a su padre? ¿Por qué razón no se había vengado de ellos todavía?

En la mente de ellos no había ninguna duda de que la muerte de su padre podía significar la repentina remoción de una influencia restringente sobre su hermano. Mientras Jacob vivía, se sentían seguros, al menos más seguros. Con él ya muerto, ¿quién sabía lo que podía pasar? Una vez más, el sentimiento de culpa los inquietó. Quizá en su aflicción por la muerte de su padre, mientras tenían el corazón ablandado como nunca, el sentimiento de culpa se deslizó por la puerta desprevenida de sus recuerdos, robándoles una vez más su frágil paz.

Estaban recordando otra vez el pecado pasado que ya había sido perdonado del todo por José, pero que no había sido olvidado del todo por ellos. Por consiguiente, le tenían miedo. Por eso le enviaron un mensaje, diciéndole que su padre había pedido que los perdonara por lo que habían hecho.

La respuesta de José revela una vez su fibra moral. Lloró cuando le dijeron esto porque no habían creído totalmente lo que él les había dicho antes. ¿Recuerda cuando les dijo que había un propósito divino detrás de todo lo que le había pasado? ¿Recuerda que les dijo que no habían sido ellos quienes lo habían enviado a Egipto sino Dios? Al ver cómo disparataban en lo que decían, y cómo intentaban volver a traer toda la basura del pasado, se dio cuenta de que en realidad no le habían escuchado ni le habían creído. Necesitaba repetir esas palabras una vez más.

Sin vacilar, les ofreció seguridad en forma de perdón. Las palabras de José aquí en Génesis 50 nos proporcionan la expresión más excelente de perdón que podamos encontrar en cualquier parte, aparte de las palabras de Jesucristo. Le sugiero que las lea despacio y con sentimiento, de preferencia en voz alta. A todos los que luchan con una culpa innecesaria por pecados ya perdonados, les aprovechará recordar con frecuencia la respuesta de José. Les sugiero que memoricen estas breves líneas para que se les graben en la mente para siempre. Es de esperar que les ayudarán a comprender y a apropiarse de la gracia de Dios como nunca antes. José tranquilizó a sus hermanos, diciéndoles:

No temáis. ¿Estoy acaso en el lugar de Dios? Vosotros pensasteis hacerme mal, pero Dios lo encaminó para bien, para hacer lo que vemos hoy: mantener con vida a un pueblo numeroso. Ahora pues, no tengáis miedo. Yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos. Así les confortó y les habló al corazón. Génesis 50:19-21

“¿Estoy acaso en el lugar de Dios?”, les preguntó José. Si él hubiera sido un hombre de menos valía, podía haber jugado a ser “el rey de la montaña” y llenado el papel de Dios. Los “asesinos de la gracia” son los que hacen esa clase de cosas. Se aprovechan del poder que tienen sobre los demás. Juegan un juego carnal cuando tienen a alguien acorralado, a alguien que es vulnerable y que está a su merced.

José se negó a hacer eso. No lo hizo antes cuando se reunió con ellos, y no lo hace ahora. Por su obediencia a Dios, estaba contenido por sentimientos de tierna misericordia al comunicar la gracia de Dios. “¿Estoy acaso en el lugar de Dios?”, les preguntó a sus hermanos. Les dijo, en realidad: “Hermanos, escúchenme. Vamos a aclarar esto por última vez. Yo sé lo

que ustedes hicieron, y sé lo que pretendían. ¡Perfecto! Yo sé todo eso. Ese era el plan de ustedes; pero Dios tenía otros planes, y él convirtió en buenos los resultados de sus malas intenciones. Por un tiempo, yo no entendía nada de esto, pero eso ya quedó atrás. Estemos claros en esto: “Dios lo encaminó todo para bien.” Nunca en su vida demostró José tanta nobleza como en ese momento. Como diría Churchill, esa fue su “hora más gloriosa”.

Un piloto de helicópteros me contó una vez una magnífica experiencia que había tenido mientras pilotaba un helicóptero de la policía. Por primera y única vez en su vida, dijo, había visto un arco iris completo. Generalmente, todo lo que vemos en un arco iris es un arco, con un extremo (o ambos) fijos en la tierra. Pero esa es sólo la mitad del arco iris, me dijo el piloto, porque un arco iris es circular. Añadió: “Cuando me encontraba justo en la posición correcta, exactamente en el lugar correcto en ese prisma celestial, no solamente lo vi, *sino que volé a través de él y alrededor de él*. Fue un momento irrepetible en la vida”, dijo, “entrar en ese arco iris.”

—¿Así que no hay una olla llena de oro al final del arco iris? —bromeé.

—No —dijo él—. Porque el arco iris no tiene final.

José dijo a sus hermanos: “Yo veo el arco iris completo. Ustedes sólo pueden parte de él. Déjenme decirles que yo he estado a través y alrededor de él, y no tiene final. Ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios lo encaminó para bien.” El oro estaba en José, en realidad, no es una olla imaginaria.

Vigile su corazón cuando tenga el poder de hacer sentir culpable a alguien. Niéguese a restregarle la nariz en el lío que ha hecho. Acuérdesse del padre del hijo pródigo. Pero, mejor aún, acuérdesse de José. “No teman”, los tranquilizó bondadosamente. “Yo los sustentaré a ustedes y a sus hijos.”

Me encantan las palabras del himno imperecedero de George Robinson:

**Un eterno y grande amor
he podido conocer,
por la gracia del Señor
que me lo hace comprender.
¡Oh qué sueño arrobador!
Siento dulce calma y paz.
Para siempre es su amor;
Mío es él, no pido más.³**

El término de su vida

¡Qué manera de concluir una vida! El Espíritu de Dios no pierde tiempo para pasar de la significativa expresión de gracia de José, a sus últimas palabras.

El reloj de Dios marca, finalmente, el término de esta vida magnífica, al pasar de su hora de gloria a sus últimas palabras. Hasta el final de su vida es un gozo tener cerca a este hombre. Nada de quejas, nada de lamentos, nada de remordimientos. Y hasta el mismísimo final estuvo pensando en los demás. En vez de atraer la atención hacia todo lo que había logrado, lo cual era enorme, les recordó lo que Dios había prometido, que era eterno.

Luego José dijo a sus hermanos: “Yo voy a morir, pero Dios ciertamente os visitará con su favor y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró dar a Abraham, a Isaac y a Jacob.” Entonces José hizo jurar a los hijos de Israel, diciendo: “Ciertamente Dios vendrá en vuestra ayuda; entonces vosotros haréis llevar de aquí mis restos.” José murió a la edad de 110 años, y lo embalsamaron y lo pusieron en un ataúd en Egipto. Génesis 50:24-26

Cuando José supo que su muerte estaba cerca, y que estaba, en efecto, listo para morir, tranquilizó una vez más a sus hermanos. Él no había olvidado las promesas de Dios y, al igual que su padre, Jacob, no quería tampoco que sus hermanos las olvidaran.

“Dios seguirá cuidando de ustedes”, les dijo, “y un día los llevará de regreso a la tierra de nuestros antepasados, a la tierra de Canaán.” Después les hizo jurar no sólo que creían esto, sino que cuando sucediera, llevarían sus restos con ellos.

Entonces, a la plétórica edad de 110 años, casi tan rápido como entró en la escena bíblica, José sale de ella, dejándonos hermosos recuerdos de una vida de intachable integridad y de perdón saturado de gracia.

USTED Y YO: LOS AÑOS QUE NOS QUEDAN

Fin de la historia, fin del Génesis, pero no el fin de una nación.

A través de la vida de José, hemos llegado a darnos cuenta de que, aunque está a siglos de nosotros, este fue un hombre que vivió muchas de nuestras experiencias; y que lo que él aprendió a través de su vida es tan pertinente para nosotros como las noticias de la noche, ¡en realidad, mucho más! El legado que nos deja es que, a pesar de estar muerto, todavía nos habla.

³ . *Himnario Bautista*. Himno Núm. 324: “Un Eterno y Grande Amor.”

Hemos descubierto muchas verdades al estudiar la vida y personalidad de José. Verdades sobre la integridad, el perdón, el sentimiento de culpa, la fe y, por cierto, la gracia. Sin embargo, hay tres lecciones perdurables que parecen flotar sobre su vida como un olor fragante.

Primero, *Dios soberanamente hace que todas las cosas obren para su gloria y para nuestro bien*. Sí, todas las cosas. Nada en la vida es insignificante o está perdido si vivimos bajo la mano oportuna de nuestro amante Padre celestial. Tengo la convicción de que José llegó a este convencimiento temprano en su vida, lo que explica el por qué soportó los contratiempos y embates de fortuna que encontró en su camino con tal abundancia. El tener conciencia de que manejamos nuestra vida bajo el cuidado providencial del Padre hace mil milagros cuando nos desanimamos una y otra vez.

Segundo, *José vivió una vida libre de amargura a pesar de todo lo que le pasó*, a pesar de todos los fuertes golpes que recibió en su vida. Aun en su vejez no albergaba enconos. El árbol de su vida no produjo frutos amargos.

Hay pocas cosas más difíciles o lamentables de ver que a una persona anciana amargada, arropada con una manta de ira, vomitando obscenidades, hablando de las tantas cosas malas que ha hecho, y alimentándose con los recuerdos de lo que pudo haber sido.

Una mujer escribió estas penetrantes palabras: “¿Importan, en verdad, todos los ‘por qué’? ¿Podrían todas las respuestas llevarse el dolor, o todas las razones secar, en realidad, mis ojos, aunque vinieran de la corte celestial? No, yo lloraría otra vez. ¡Dios mío, tú me has salvado del negro abismo del infierno; sálvame ahora de la tiranía de la amargura!”

¿Está usted aprisionado por las garras de la “tiranía de la amargura”? ¿Es esa la manera como quiere que terminen sus días? ¿Será ese el recuerdo que quede de su vida cuando usted haya partido de este mundo? ¡No permita que eso suceda! Empleemos los años que nos quedan de la misma forma que lo hizo José, animando a los que están a nuestro alrededor, esparciendo el contagioso encanto de la gracia y proclamando las promesas de Dios llenas de esperanza.

Mi querido amigo Ken Gire hace tres perspicaces preguntas, y luego ofrece varias respuestas magníficas en su libro *A Father's Gift: The Legacy of Memories* (El regalo de un padre: Un legado de recuerdos).

¿Qué imágenes recordará mi hijo
cuando se acerque a la sencilla lápida de granito
de la tumba de su padre?
¿Qué recordarán mis hijas?
¿O mi esposa?

He decidido darles menos sermones,
decir menos trivialidades,
criticar menos,
dar menos opiniones...

De ahora en adelante,
les daré imágenes que les ayuden a vivir,
imágenes que puedan consolarlos,
animarlos,
y mantenerlos reconfortados
en mi ausencia.

Porque cuando me haya ido sólo habrá
silencio.
Y recuerdos...

De todo
lo que pudiera darles,
para hacer sus vidas un poco mejor,
un poco más ricas,
un poco mejor preparados para el viaje que les espera,
nada se compara con el regalo
del recuerdo,
de las imágenes que muestren que ellos son especiales,
y que son amados.

Imágenes que estarán ahí
cuando yo ya no esté.

Imágenes que tengan en sí mismas
una redención que sólo a ellas les pertenece.

Tercero, *cuando José se enfrentó a la muerte, estaba en paz con Dios y con el hombre*. Hacía mucho tiempo que estaba en paz con sus hermanos, y se mantenía por ser una paz cimentada en la misericordia de Dios. Todo eso fue una realidad, porque él estaba en paz con Dios, no como una figura distante, sino como su Dueño y Señor. Al igual que sus antepasados, José tenía la seguridad que, en su muerte, se reuniría con el pueblo de Dios.

Nosotros también necesitamos enfrentar la muerte con esa seguridad y ser salvados del “negro abismo del infierno”. Permita que estas palabras se le graben. Sin Cristo, cuando llega la muerte, sólo hay infierno y todo su horror. En Jesucristo lo que hay es una eternidad con Dios y todo su gozo. El contraste eterno es tan negro y tan blanco como eso. No crea en ningún otro mensaje gris. Cuando aceptamos la muerte del Salvador como una muerte a nuestro favor, nuestro último crepúsculo y la medianoche final se convertirán en una gloriosa mañana que jamás tendrá fin.

Conclusión

JOSÉ: UN HOMBRE DE INTEGRIDAD Y PERDÓN

Cuando comencé esta serie de libros sobre “Grandes vidas de la Palabra de Dios” me pregunté si podría comenzar a perder el entusiasmo, el gusto, con el paso del tiempo. Como es natural, mi primer libro sobre *David* absorbió mi atención de cabo a rabo. Su gallarda y dinámica presencia se hizo sentir intensamente en todo el libro, de principio a fin. Después volví a preguntarse si mermaría mi entusiasmo al bajar de ese “éxtasis” y aceptaba el reto de escribir un segundo libro: *Ester*.

¡Nada de eso! la valentía de esta mujer, su vitalidad, su disposición de convertirse en el eslabón de esperanza en el largo y glorioso legado de su pueblo me cautivó. No pude evitar entusiasmarme al ver cómo actuaba Dios logrando sus excelsos propósitos a través de cada evento. La vida de Ester estuvo rodeada de escenas dramáticas, una tras otra. Pero después, a medida que esas páginas llegaban a su final, me vi asaltado de nuevo por estas persistentes preguntas: ¿Es eso todo? ¿Volveré a alcanzar el mismo nivel de éxtasis? Al pasar de dos libros a tres, ¿puedo esperar el lograr de algún modo la satisfacción que tuve cuando escribí acerca del rey David y de la reina Ester?

¡Qué poco sabía! Después de haber terminado este tercer libro, *José: Un hombre de integridad y perdón*, he decidido dejar de lado mis ansiedades para siempre. Con toda sinceridad, no recuerdo una experiencia más agradable o satisfactoria en toda mi carrera literaria, que el haber escrito esta tercera obra biográfica. Lo digo con todo mi corazón y sin exageración alguna. Nunca ha estado más animado mi espíritu ni más fortalecida mi alma, como lo han estado con el estudio que he hecho de este hombre maravilloso llamado José, al ver cómo Dios llevó a cabo tan perfectamente su voluntad a través de él. Y la facilidad con que han armonizado estos capítulos es sorprendente.

Hubo momento cuando me sentí tan absorto en la obra, que tenía problemas para relacionarme con mi entorno. Seré aun más sincero con usted: a veces sentía como si José estuviera junto a mí, codo con codo, poniéndome la mano en el hombro, urgiéndome a seguir, diciéndome que escribiera algo de cierta manera, impidiendo que dijera algo de cierta forma. Una vez me reí a pleno pulmón por un expresión que utilicé. Era como si él se hubiera inclinado hacia mí y me la hubiera susurrado en el oído. Aunque yo no creo, en realidad, en la escritura automática, me sentí guiado por el Espíritu Santo como nunca antes en mi vida. Hubo momentos cuando me sentí tan absorto en el relato, que casi pude oír el retumbo de las ruedas de los carros de los caballos, y ver la esfinge a través de mi ventana. Fue magnífico, y le doy a Dios la alabanza. ¡No sé lo que sucedió, pero espero que se siga repitiendo!

Nunca me sentí cansado, ni por una sola vez tuve que hacerle frente a un bloque mental (el terror de todo escritor), desde el primer día que me senté a escribir. Algunas veces comenzaba poco después de las tres de la mañana. Otras veces terminaba cerca de la medianoche, pero sin nada de sueño. Normalmente, sólo necesito dormir un poco, pero durante este proyecto particular necesité aún menos. ¡*Ha sido maravilloso!* Las ideas me fluyeron libremente y los capítulos han enlazado bien. ¡Si todos los libros se pudieran escribir con tanto placer!

Lo mejor de todo es que ésta ha sido, en verdad, una experiencia espiritual. Hubo momentos en que tuve que hacer una pausa y permitir que la aplicación que recién acababa de escribir para los demás penetrara en mi necesitado corazón. Encontré especialmente aleccionador el capítulo acerca de conservar una actitud positiva. Asimismo, el recordar las reuniones familiares de los años idos se convirtió en una peregrinación emocional para mí. Necesitaba volver a evocar esas escenas de mi pasado cuando escribía el capítulo 10. Casi había olvidado cuánto nos divertíamos como familia. Y reconozco, con franqueza, que lloré frecuentemente antes de terminar este capítulo. A veces tenía que inclinar la cabeza y sollozar. No creo haberme dado cuenta, antes de escribir sobre el dolor de José por la pérdida de mi propio padre. Yo pensaba que todo eso había terminado. Pero no era así. Por estas cosas, y otras más, José se ha hecho querer por mí como pocos cuya vida he estudiado.

Es de esperar que ahora sienta una afinidad semejante con el antiguo gobernador de Egipto, cuya extraordinaria vida es suficiente para hacer que cualquiera de nosotros esté alerta y preste atención. Gracias a que la experiencia de escribir sobre él ha sido tan enriquecedora, me siento especialmente motivado a ocuparme de otro personaje bíblico en la continuación de nuestra serie sobre “Grandes vidas”. Pero es otra historia que disfrutaremos en otra oportunidad. Gracias a José, apenas puedo esperar para volver a mi escritorio con el bloc de papel en mano.

Por ahora, tengamos agradecimiento por un hombre a quien Dios levantó para que confiara en él en todas las situaciones, y para que fuera ejemplo de su gracia frente a quienes no la merecían. Mi esperanza es que al leer sobre el espíritu ejemplar de José y sus extraordinarias habilidades, comencemos a pensar como él pensó y a vivir como él vivió. Después de todo, ese es el propósito de leer acerca de hombres y mujeres piadosos: ser liberados de aquellas cosas que por mucho tiempo nos han tenido secuestrados y han obstaculizado nuestra relación con Cristo y con los demás. Tanto David como Ester jugaron un papel vital en ese proceso. A ellos se agrega *José: un hombre de integridad y perdón*, quien nos reta a marcar una diferencia en nuestro mundo, siendo diferentes en nuestro diario vivir, por la gracia de Dios y para su gloria. ¿No quiere unirse a mí en esto?